

# LIAHONA







**Downham, Inglaterra, por Frank Magleby**

A finales de la década de 1830, el élder Heber C. Kimball, del Quórum de los Doce Apóstoles, y Joseph Fielding lograron mucho éxito al predicar el Evangelio en las aldeas de Downham y Chatburn, ambas ubicadas cerca de Preston, Inglaterra. Durante su última visita, varios niños rodearon al élder Kimball y tomados de la mano cantaron canciones de Sión mientras caminaban con él cierta distancia. Sobrecogido por la emoción, el élder Kimball salió del camino varias veces para lavarse los ojos en el estero.\*



# Informe de la Conferencia General Semestral número 169 de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

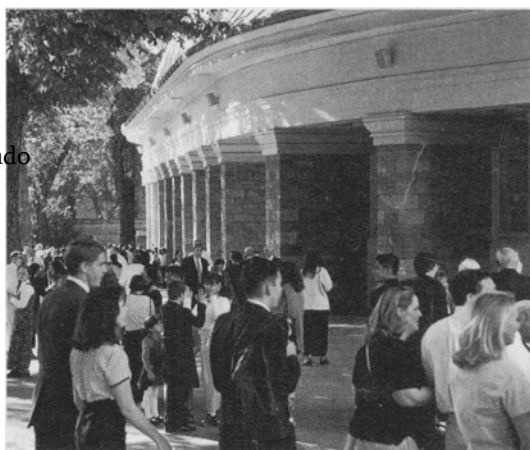
Discursos y acontecimientos que tuvieron lugar los días 2 y 3 de octubre de 1999, en el Tabernáculo de la Manzana del Templo, en Salt Lake City, Utah

**E**sta mañana quiero aprovechar la oportunidad para hablarles brevemente sobre el progreso alcanzado en pos de nuestra meta de contar con cien templos en funcionamiento para el año 2000”, dijo el presidente Gordon B. Hinckley durante la sesión de apertura de la conferencia, que se efectuó el sábado.

“Desde el principio del año en curso hemos dedicado [ocho] templos... Entre ahora y fin de año dedicaremos siete templos más... Al llegar al final del año 1999, esperamos que haya 68 templos en funcionamiento...”

“Cientos de miles de personas que no son miembros de la Iglesia han asistido a los programas de puertas abiertas de los nuevos templos. Lo han hecho con reverencia y respeto. En muchos casos, los templos son, sin ninguna duda, los edificios más sobresalientes de las ciudades donde se encuentran localizados. La gente se maravilla ante su belleza. Pero, sobre todo, se quedan impresionados con los cuadros del Señor que se exhiben en estas santas casas. Al verlos ya no nos consideran una religión no cristiana. Es importante que ellos sepan que la figura central de toda nuestra adoración es el Señor Jesucristo...”

“El año entrante habremos de continuar con la obra de las dedicaciones; será una temporada muy



ocupada, ya que pensamos dedicar cuarenta y dos templos o más. Al llegar al término del año 2000, si lo que ahora tenemos planeado se llega a realizar, no solamente tendremos los cien que nos trazamos como meta, sino más de ellos.

“No nos detendremos. Tal vez no edifiquemos al mismo ritmo, pero continuaremos mientras ésa sea la voluntad del Señor”.

El domingo por la tarde, el presidente Hinckley hizo la siguiente observación: “Al cerrar hoy las puertas de este Tabernáculo y esperar a que llegue el momento en que se abran las puertas del nuevo Centro de Conferencias el próximo abril, lo hacemos con amor, con agradecimiento, con respeto y con reverencia —y en realidad, con afecto— por este edificio y por las personas que nos han precedido, quienes construyeron todo esto de forma tan magnífica y cuyo trabajo ha sido útil

durante tanto tiempo”.

Previamente, ese mismo día, dijo: “Dejemos que se acabe este año y que llegue el nuevo. Que pase otro siglo y uno nuevo lo reemplace. Digamos adiós a un milenio y demos la bienvenida al comienzo de mil años más.

“Y así avanzaremos en el continuo camino de crecimiento y progreso y aumento, influyendo positivamente en la vida de la gente de todas partes mientras la tierra dure.

En algún momento de todo este avance, Jesucristo aparecerá para reinar con esplendor sobre la tierra. Nadie sabe cuándo acontecerá eso; ni siquiera los ángeles del cielo saben el tiempo de Su regreso. Pero será un día bienvenido”.

Dirigieron las sesiones de la conferencia durante los dos días el presidente Hinckley y sus consejeros de la Primera Presidencia, el presidente Thomas S. Monson y el presidente James E. Faust.

Se llevaron a cabo, como en el pasado, transmisiones por radio y televisión de los acontecimientos de la conferencia. Por primera vez se pusieron a disposición del mundo entero, vía Internet, las transmisiones en directo de esta conferencia, tanto de audio como de video. Los videocasetes de la conferencia general están disponibles para las unidades de la Iglesia de todo el mundo. —Los editores.

LIAHONA, enero de 2000

Vol. 24, Número 1 20981-002

Publicación oficial de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, en el idioma español.

**La Primera Presidencia:** Gordon B. Hinckley, Thomas S. Monson, James E. Faust

**El Quorum de los Doce Apóstoles:**

Boyd K. Packer, L. Tom Perry, David B. Haight, Neal A. Maxwell, Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks, M. Russell Ballard, Joseph B. Wirthlin, Richard G. Scott, Robert D. Hales, Jeffrey R. Holland, Henry B. Eyring

**Editor:** Marlin K. Jensen

**Asesores:** F. Enzo Busche, John M. Madsen, Alexander B. Morrison

**Administradores del Departamento de Cursos de Estudio:**

*Director administrativo:* Ronald L. Knighton

*Director de redacción:* Richard M. Romney

*Director de artes gráficas:* Allan R. Loyborg

**Personal de redacción:**

*Editor administrativo:* Marvin K. Gardner

*Ayudante del editor administrativo:* R. Val Johnson

*Editor asociado:* Roger Terry

*Colaboradora de redacción:* Jenifer Greenwood

*Coordinadora de redacción /producción:* Beth Dayley

*Ayudante de publicaciones:* Connie Shakespear

**Personal de diseño:**

*Gerente de artes gráficas:* M. M. Kawasaki

*Diseño artístico:* Scott Van Kampen

*Diseñadora principal:* Shari Cook

*Diseñadores:* Thomas S. Child, Todd R. Peterson

*Gerente de producción:* Jane Ann Peters

*Producción:* Reginald J. Christensen, Kari A. Couch,

Denise Kirby, Jason L. Mumford, Deena L. Sorenson

*Preimpresión digital:* Jeff Martin

**Personal de subscripción:**

*Director de circulación:* Kay W. Briggs

*Gerente de distribución:* Kris Christensen

*Gerente de ventas:* Joyce Hansen

**Coordinación de Liahona:** W. Kent Ethington

Para saber el costo de la revista y cómo suscribirse a ella fuera de Estados Unidos y Canadá, póngase en contacto con el Centro de Distribución local o con el líder del barrio o de la rama.

Las colaboraciones y los manuscritos deben enviarse a Liahona, 50 East North Temple,

Salt Lake City, UT 84150-3223, USA o por correo electrónico a: CUR-Liahona-IMag@ldschurch.org

La *Liahona* (un término del Libro de Mormón que significa "brújula" o "director") se publica en albanés, alemán, armenio, búlgaro, cebuano, coreano, checo, chino, danés, español, estonio, fidji, finlandés, francés, haitiano, hiligayanón, holandés, húngaro, ilokano, indonesio, inglés, islandés, italiano, japonés, kiribatí, letón, lituano, malagasy, mongol, noruego, polaco, portugués, rumano, ruso, samoano, sueco, tagalo, tailandés, tahitiano, tongano, ucraniano y vietnamita. (La frecuencia de las publicaciones varía de acuerdo con el idioma.)

© 2000 por Intellectual Reserve, Inc. Todos los derechos reservados. Impreso en los Estados Unidos de América.

**Para los lectores de México:** Certificado de Licitud de título número 6988 y Licitud de contenido número 5199, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y revistas ilustradas el 15 de septiembre de 1993. "Liahona" es nombre registrado en la Dirección de Derechos de Autor con el número 252093. Publicación registrada en la Dirección General de Correos número 100, Registro del S.P.M. 0340294 características 218141210.

**For readers in the United States and Canada:**

January 2000 vol. 24 no. 1, LIAHONA (USPS 311 -480)

Spanish (ISSN 0885-3169) is published monthly by The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints, 50 East North Temple, Salt Lake City, UT 84150. USA subscription price is \$10.00 per year; Canada, \$15.50 plus applicable taxes. Periodicals Postage Paid at Salt Lake City, Utah, and at additional mailing offices. Sixty days' notice required for change of address. Include address label from a recent issue; old and new address *must* be included. Send USA and Canadian subscriptions and queries to Salt Lake Distribution Center at the address below. Subscription help line: 1 -800-537-5971. Credit card orders (Visa, MasterCard, American Express) may be taken by phone.

**POSTMASTER:** Send address changes to Salt Lake Distribution Center, Church Magazines, PO Box 26368, Salt Lake City, UT 84126-0368.

# ÍNDICE DE TEMAS

Adversidad 6, 32, 42

Albedrío 12, 77

Arrepentimiento 38, 49, 91, 103, 105

Autodominio 26, 101

Centro de Conferencias 108

Confianza 52

Deber 58

Declaración de la Sociedad de Socorro 111

Desidia 38

Día de reposo 21

Discipulado 29

Doctrina 73

Dones espirituales 12

Educación 62

Ejemplo 34

Enseñanza 94

Esperanza 42, 70, 79

Espíritu Santo 79, 94, 105

Estudio de las Escrituras 82

Expiación 29, 38

Expresión de palabra 101

Fe 52, 54, 70

Femineidad 111, 117, 120

Finanzas 62

Hermanamiento 9, 98

Historia Familiar 4

Hombría 49

Humildad 49

Jesucristo 21, 29, 42, 70, 82, 87, 105, 117

Libro de Mormón 6, 82

Llamamientos 58

Matrimonio 62

Mundanalidad 117

Murmurar 6

Música 26

Obediencia 18, 32, 79, 103

Obra misional 52, 54

Oración 15

Paternidad 21

Patrimonio 34, 91

Paz 36, 79

Plan de Salvación 77

Preparación 36

Profetas 15, 18, 36, 45, 73

Progreso de la Iglesia 4

Pureza 101

Reactivación 9

Rectitud 103

Relaciones familiares 15, 18, 34, 77, 91, 111, 114

Restauración 87

Retención 9, 98

Reunión de superación personal, de la familia y del hogar 14

Revelación 26

Sacerdocio 58

Sacerdocio Aarónico 45

Servicio 32

Sociedad de Socorro 111, 114, 117, 120

Tabernáculo 108

Templos y la obra del templo 4, 120

Tentación 12

Testimonio 54

Trinidad 45

Unidad 98

## Los discursantes de la conferencia por orden alfabético

Andersen, Neil L. 18

Ballard, M. Russell 73

Banks, Ben B. 9

Bradford, William R. 103

Damiani, Adhemar 32

Dew, Sheri L. 117

Edgley, Richard C. 49

Eyring, Henry B. 38

Faust, James E. 25, 54, 70, 120

Featherstone, Vaughn J. 15

Hinckley, Gordon B. 4, 62, 87, 108

Holland, Jeffrey R. 42

Jensen, Virginia U. 114

Larsen, Sharon G. 12

Maxwell, Neal A. 6

Monson, Thomas S. 21, 58

Morrison, Alexander B. 29

Nelson, Russell M. 82

Oaks, Dallin H. 94

Oveson, Stephen B. 34

Packer, Boyd K. 26

Perry, L. Tom 91

Pinegar, Patricia P. 79

Porter, L. Aldin 77

Scott, Richard G. 105

Smoot, Mary Ellen 111

Stone, David R. 36

Stucki, H. Bruce 52

Winkel, Richard H. 98

Wirthlin, Joseph B. 45

Wood, Robert S. 101

**Orientación Familiar y Maestras Visitantes:** En los ejemplares de la revista *Liahona* de enero y de julio, que son los que corresponden a los números de la conferencia general, no se publica el mensaje para la orientación familiar ni el Mensaje para las Maestras Visitantes propiamente designados. Los maestros orientadores y las maestras visitantes, una vez que consideren por medio de la oración las necesidades de las hermanas a las que visiten, deben seleccionar uno de los discursos de la conferencia general para utilizarlo como mensaje.

**En la cubierta:** "Para que sepáis", por Gary L. Kapp. Cortesía de David Larsen.

Las fotografías de la conferencia fueron tomadas por Craig Dimond, John Luke, Welden C. Andersen, Matt Reier, Heather Leary, Tamra Ratieta, Shelli Livingston, Lana Leishman, Don Thorpe, Robert Casey y Bryant Livingston.

**Discursos de la Conferencia General en Internet:** Para tener acceso a los discursos de la Conferencia General en varios idiomas por medio del Internet, conecte con: [www.lds.org](http://www.lds.org).



# ÍNDICE

- 1 **INFORME DE LA CONFERENCIA GENERAL SEMESTRAL  
NÚMERO 169 DE LA IGLESIA DE JESUCRISTO DE LOS  
SANTOS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS**

## SESIÓN DEL SÁBADO POR LA MAÑANA

- 4 **BIENVENIDOS A LA CONFERENCIA**  
PRESIDENTE GORDON B. HINCKLEY
- 6 **LECCIONES QUE APRENDEMOS DE LAMAN Y DE LEMUEL**  
ÉLDER NEALA. MAXWELL
- 9 **"PASTOREA MIS OVEJAS"**  
ÉLDER BEN B. BANKS
- 12 **EL ALBEDRÍO: UNA BENDICIÓN Y UNA AFLICCIÓN**  
SHARON G. LARSEN
- 15 **NOS QUEDA TODAVÍA UN SÓLIDO ESLABÓN**  
ÉLDER VAUGHN J. FEATHERSTONE
- 18 **LOS PROFETAS Y LOS GRILLOS CEBOLLEROS  
ESPIRITUALES** ÉLDER NEIL L. ANDERSEN
- 21 **CÓMO LLEGAR A SER LO MEJOR DE NOSOTROS MISMOS**  
PRESIDENTE THOMAS S. MONSON

## SESIÓN DEL SÁBADO POR LA TARDE

- 25 **SOSTENIMIENTO DE OFICIALES DE LA IGLESIA**  
PRESIDENTE JAMES E. FAUST
- 26 **EL ESPÍRITU DE REVELACIÓN**  
PRESIDENTE BOYD K. PACKER
- 29 **"PARA ESTO HE VENIDO AL MUNDO"**  
ÉLDER ALEXANDER B. MORRISON
- 32 **"NO PODEMOS ELEGIR SERVIR A DIOS Y AL MUNDO AL  
MISMO TIEMPO"** ÉLDER ADHEMAR DAMIANI
- 34 **NUESTRO LEGADO**  
ÉLDER STEPHEN B. OVESON
- 36 **HURACANES ESPIRITUALES**  
ÉLDER DAVID R. STONE
- 38 **NO DEMORES**  
ÉLDER HENRY B. EYRING
- 42 **"SUMO SACERDOTE DE LOS BIENES VENIDEROS"**  
ÉLDER JEFFREY R. HOLLAND

## SESIÓN DEL SACERDOCIO

- 45 **EL CRECER DENTRO DEL SACERDOCIO**  
ÉLDER JOSEPH B. WIRTHLIN
- 49 **"¡HE AQUÍ EL HOMBRE!"**  
OBISPO RICHARD C. EDGLEY
- 52 **LA FE DE UN GORRIÓN: LA FE Y LA CONFIANZA EN EL  
SEÑOR JESUCRISTO** ÉLDER H. BRUCE STUCKI
- 54 **EN CUANTO A LAS SEMILLAS Y LA TIERRA**  
PRESIDENTE JAMES E. FAUST
- 58 **EL PODER DEL SACERDOCIO**  
PRESIDENTE THOMAS S. MONSON

- 62 **POR QUÉ HACEMOS ALGUNAS DE LAS COSAS QUE HA-  
CEMOS** PRESIDENTE GORDON B. HINCKLEY

## SESIÓN DEL DOMINGO POR LA MAÑANA

- 70 **LA ESPERANZA, ANCLA DEL ALAAA**  
PRESIDENTE JAMES E. FAUST
- 73 **GUARDAOS DE LOS FALSOS PROFETAS Y DE LOS FALSOS  
MAESTROS** ÉLDER M. RUSSELL BALLARD
- 77 **NUESTRO DESTINO**  
ÉLDER L. ALDIN PORTER
- 79 **PAZ, ESPERANZA Y ORIENTACIÓN**  
PATRICIA R. PINEGAR
- 82 **UN TESTIMONIO DEL LIBRO DE MORMÓN**  
ÉLDER RUSSELL M. NELSON
- 87 **EN EL CENIT DE LOS TIEMPOS**  
PRESIDENTE GORDON B. HINCKLEY

## SESIÓN DEL DOMINGO POR LA TARDE

- 91 **UN AÑO DE JUBILEO**  
ÉLDER L. TOM PERRY
- 94 **LA ENSEÑANZA DEL EVANGELIO**  
ÉLDER DALLIN H. OAKS
- 98 **NADIE ES UNA ISLA**  
ÉLDER RICHARD H. WINKEL
- 101 **"CON LENGUA DE ÁNGELES"**  
ÉLDER ROBERT S. WOOD
- 103 **RECTITUD**  
ÉLDER WILLIAM R. BRADFORD
- 105 **¡ÉL VIVE!**  
ÉLDER RICHARD G. SCOTT
- 108 **ADIÓS A ESTE AAARAVILLOSO Y ANTIGUO TABERNÁCULO**  
PRESIDENTE GORDON B. HINCKLEY

## REUNIÓN GENERAL DE LA SOCIEDAD DE SOCORRO

- 111 **ALÉGRENSE, HIJAS DE SIÓN**  
MARY ELLEN SMOOT
- 114 **SUPERACIÓN PERSONAL, DE LA FAMILIA Y DEL HOGAR**  
VIRGINIA U. JENSEN
- 117 **SOMOS MUJERES DE DIOS**  
SHERI L. DEW
- 120 **LO QUE SIGNIFICA SER UNA HIJA DE DIOS**  
PRESIDENTE JAMES E. FAUST
- 64 **AUTORIDADES GENERALES DE LA IGLESIA DE JESUCRIS-  
TO DE LOS SANTOS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS**
- 125 **SE DIRIGEN A NOSOTROS**
- 126 **NOTICIAS DE LA IGLESIA**



# Bienvenidos a la conferencia

Presidente Gordon B. Hinckley

"La Iglesia sigue creciendo a paso acelerado, influyendo positivamente cada vez en más vidas. Se está expandiendo por toda la tierra de una manera maravillosa".



**M**is amados hermanos y hermanas: Les damos la bienvenida a esta gran conferencia mundial de la Iglesia.

Estamos agradecidos por la presencia de todos ustedes y por los esfuerzos que han hecho para estar aquí. Agradecemos los lazos que nos unen con nuestros hermanos y hermanas reunidos en miles de recintos alrededor del mundo.

La Iglesia sigue creciendo a paso acelerado, influyendo positivamente cada vez en más vidas. Se está expandiendo por toda la tierra de una manera maravillosa.

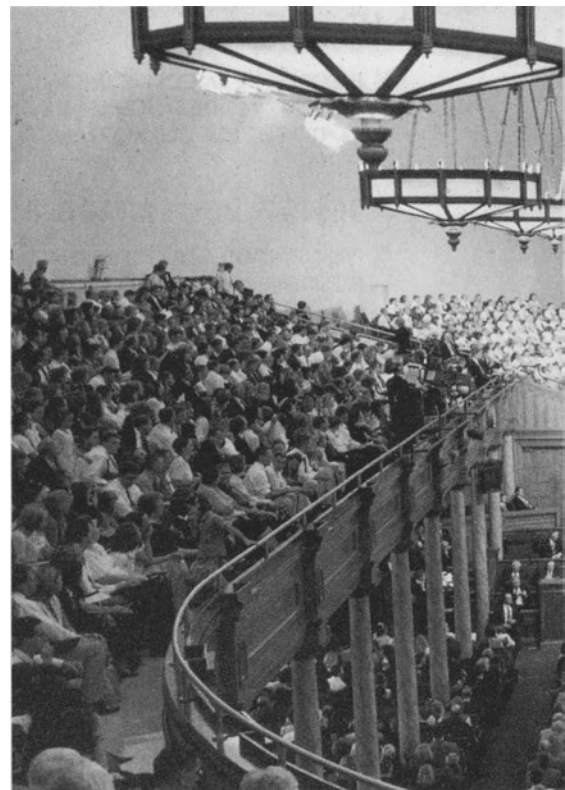
Esta mañana quiero aprovechar la oportunidad para hablarles

brevemente sobre el progreso alcanzado en pos de nuestra meta de contar con cien templos en funcionamiento para el año 2000.

Desde el principio del año en curso hemos dedicado templos en Anchorage, Alaska; Colonia Juárez, México; Madrid, España; Bogotá, Colombia; Guayaquil, Ecuador; Spokane, Washington; Columbus, Ohio y Bismarck, Dakota del Norte; o sea, un total de ocho. Entre ahora y fin de año dedicaremos siete templos más, en Columbia, Carolina del Sur; Detroit, Michigan; Halifax, Nueva Escocia; Regina, Saskatchewan, Canadá; Billings, Montana; Edmonton, Alberta y Raleigh, Carolina del Norte. Al llegar al final del año 1999, esperamos que haya 68 templos en funcionamiento.

Ha sido una experiencia maravillosa participar en los servicios de dedicación de todos esos templos. Lo más reconfortante de todo ha sido el entusiasmo de la gente. El espíritu de la obra del templo descansa sobre ellos y manifiestan su enorme agradecimiento por tener una casa del Señor más cerca de su hogar. Muchos de ellos han viajado largas distancias en el pasado y algunos siguen haciéndolo. Al congregarnos en esos sagrados servicios para dedicar esos benditos edificios, hemos visto a mucha gente con lágrimas en los ojos.

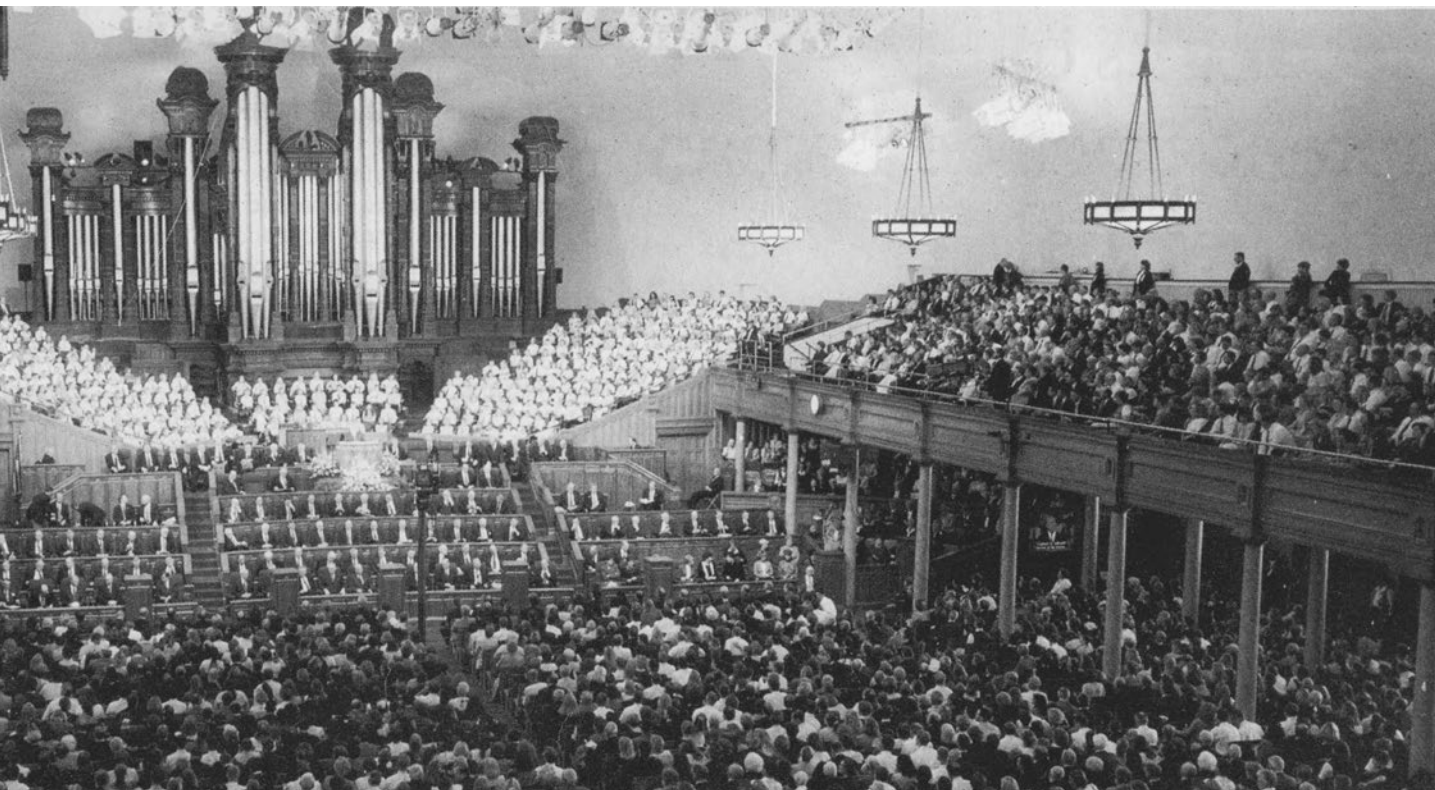
Gran cantidad de niños y niñas



han asistido a esos servicios. A ellos se les ha recordado que esos templos no son únicamente para sus padres, sino también para ellos. A los doce años de edad pueden entrar a la Casa del Señor para llevar a cabo el bautismo vicario por quienes se encuentran del otro lado del velo de la muerte, ¡Qué servicio tan magnífico y desinteresado! ¡Qué cosa tan maravillosa es que nuestros jóvenes participen en forma totalmente abnegada en esa ordenanza en favor de aquellos que no están capacitados para efectuarla por sí mismos.

A la par de ese incremento de actividad de los templos está el aumento en la obra de la historia familiar. Los sistemas de informática, con su vasta capacidad, están acelerando el trabajo y la gente está beneficiándose con las nuevas técnicas que se ponen a su alcance. ¿Cómo puede alguien negar que la mano del Señor está en todo esto? Al mejorar la tecnología computarizada, también crece el número de templos para dar cabida al paso acelerado de la obra de historia familiar.





Vista panorámica del interior del Tabernáculo durante una sesión de la conferencia.

Cientos de miles de personas que no son miembros de la Iglesia han asistido a los programas de puertas abiertas de los nuevos templos. Lo han hecho con reverencia y respeto. En muchos casos, los templos son, sin ninguna duda, los edificios más sobresalientes de las ciudades donde se encuentran localizados. La gente se maravilla ante su belleza. Pero, sobre todo, se quedan impresionados con los cuadros del Señor que se exhiben en estas santas casas. Al verlos ya no nos consideran una religión no cristiana. Es importante que ellos sepan que la figura central de toda nuestra adoración es el Señor Jesucristo.

Esta tarea de construir tantos templos ha sido y es una empresa de gran magnitud. Es imposible darse cuenta de todo lo que entra en juego en ella a menos que se esté muy allegado a todo lo relacionado con su proceso. Cada uno de estos edificios, ya sea grande o pequeño, es construido de la mejor manera posible, usando los mejores materiales. Su costo es mucho mayor que el de la construcción de una capilla, puesto que son edificadas de acuer-

do con normas más elevadas. Quiero expresar mi agradecimiento a la gran cantidad de hombres y mujeres dedicados que trabajan con ahínco en este magnífico proyecto.

Las mismas ordenanzas que se otorgan en el Templo de Salt Lake, el más grande de la Iglesia, están a disposición en todos los demás, inclusive los de tamaño más pequeño. Lo cierto es que no son pequeños, sino que son cómodos y hermosos, y representan lo supremo de nuestra adoración y lo máximo de las bendiciones concedidas.

A fines de este mes pensamos dar la palada inicial para el Templo de Nauvoo. Es mucho el entusiasmo que hemos visto y las contribuciones que se han hecho a favor de este histórico proyecto.

El año entrante habremos de continuar con la obra de las dedicaciones; será una temporada muy ocupada, ya que pensamos dedicar cuarenta y dos templos o más. Al llegar al término del año 2000, si lo que ahora tenemos planeado se llega a realizar, no solamente tendremos los cien que nos trazamos

como meta, sino más de ellos.

No nos detendremos. Tal vez no edifiquemos al mismo ritmo, pero continuaremos mientras ésa sea la voluntad del Señor.

Hermanos y hermanas, es una etapa gloriosa de esta obra. Dios, nuestro Padre Eterno, está bendiciendo Su causa, Su reino y Su pueblo. Los recursos de la Iglesia, incluso los edificios y las instalaciones para efectuar la obra del templo, siguen en aumento.

En vista de que no edificamos un templo hasta que haya suficiente gente en ese lugar, hasta que haya suficientes personas que paguen diezmo y hasta que haya suficiente fe, la construcción de estos sagrados edificios es una indicación del aumento de la fe y de la obediencia a los principios del Evangelio.

Que seamos dignos de las bendiciones del Señor al seguir adelante en esta gran obra, cuya influencia afecta no solamente a quienes estamos vivos, sino a la gran multitud de muertos de todas las generaciones, lo ruego con humildad, en el nombre de Jesucristo. Amén. □



# Lecciones que aprendemos de Lamán y de Lemuel

Élder Neal A. Maxwell  
Del Quorum de los Doce Apóstoles

"Lamán y Lemuel se volvieron rebeldes en lugar de líderes, con resentimiento en lugar de rectitud, y todo por su falta de comprensión tanto del carácter como de los propósitos de Dios".



Como lo acaban de demostrar sus proféticas palabras, somos muy bendecidos de tener al presidente Hinckley.

Hermanos y hermanas, en páginas muy delgadas, repletas de significado, hay pasajes de las Escrituras que están como escondidos; de ahí que se nos exhorte a escudriñarlas, a deleitarnos con ellas y a meditarlas (véase Juan 5:39; Alma 14:1; Alma 33:2; Moroni 10:3; 2 Nefi 9:51). Pero, especialmente, debemos hacer más de lo que hizo Nefi, o sea, aplicar "todas las Escrituras a nosotros mismos" (1 Nefi 19:23).

Como ilustración, las palabras

que debemos aplicar aparecen dos veces con respecto a Lamán y Lemuel, a quienes algunos consideran erróneamente nada más que como figuras vagas. Consideremos, por lo tanto, cómo la aplicación de las siguientes palabras va mucho más allá de ellos dos: "Y así era como Lamán y Lemuel... murmuraban... porque no conocían la manera de proceder de aquel Dios que los había creado" (1 Nefi 2:12; véase también Mosíah 10:14).

La falta de comprensión de los "tratos" del Señor con Sus hijos — de Su relación con ellos y de Su forma de tratarlos — es fundamental. El murmurar no es más que un síntoma, tampoco es su única consecuencia; en realidad, hermanos y hermanas, esa falta afecta a todo lo demás!

La mala interpretación de algo tan crucial hace imposible conocer a Dios, que erradamente aparece así como un ser inalcanzable, inaccesible, indiferente e inepto, una deidad incapacitada y disminuida, de cuyas aparentes limitaciones hay quienes, irónicamente, se quejan.

Desde el principio, Lamán rechazó la función que le correspondía y quería, en cambio, ser el mandamás, resentido constantemente ante la dirección espiritual de Nefi; y Lemuel no sólo era fiel seguidor de Lamán

sino que también le facilitaba el camino, prestándole atención cuando lo "incitaba" (véase 1 Nefi 16:37-38). Si Lamán hubiera estado completamente aislado, algunas consecuencias habrían sido muy diferentes. En nuestra sociedad también tenemos personas "facilitadoras", que se dejan incitar para oponerse a lo bueno; a esas tampoco se les puede considerar inocentes. Aunque, como Lemuel, pasan relativamente inadvertidas, su hipocresía se destaca.

Las admoniciones que se dieron a Lamán y Lemuel "eran difíciles de comprender, a menos que uno recurriera al Señor; y como eran duros de corazón, no acudían al Señor como debían" (1 Nefi 15:3).

Esta falta de creencia en un Dios que se revela a sí mismo era una falta fundamental. Algunos contemporáneos que quieren distanciarse de Dios tratan de considerarlo como algo del pasado. Al creer en un Dios incapacitado, la gente puede hacer más o menos lo que le dé la gana. Eso no está muy lejos de decir que no hay Dios, por lo tanto, ¡no hay ley ni pecado! (véase 2 Nefi 2:13; véase también Alma 30:28).

Como Lamán y Lemuel, muchos tratan de relegarlo al pasado, y así Él deja de ser el Dios constante de ayer, hoy y mañana (véase 2 Nefi 27:23). En realidad, Dios tiene continuamente ante Sí el pasado, el presente y el futuro, lo cual constituye "un eterno hoy" (*Enseñanzas del profeta José Smith*, pág. 267; véase también D. y C. 130:7).

En resumen, la propia falta de carácter de Lamán y Lemuel fue lo que les impidió entender ¡el carácter perfecto de Dios! No es de extrañar que el profeta José Smith haya dicho que "si los hombres no entienden el carácter de Dios, no se entienden a sí mismos" (*Enseñanzas del profeta José Smith*, págs. 424-425).

Lamán y Lemuel tampoco se dieron cuenta de que un Dios amoroso tiene que ser, inevitablemente, un Padre que enseñe, que quiera que Sus hijos sean felices y regresen al hogar. Al no comprender bien los tratos de Dios, no pudieron entender



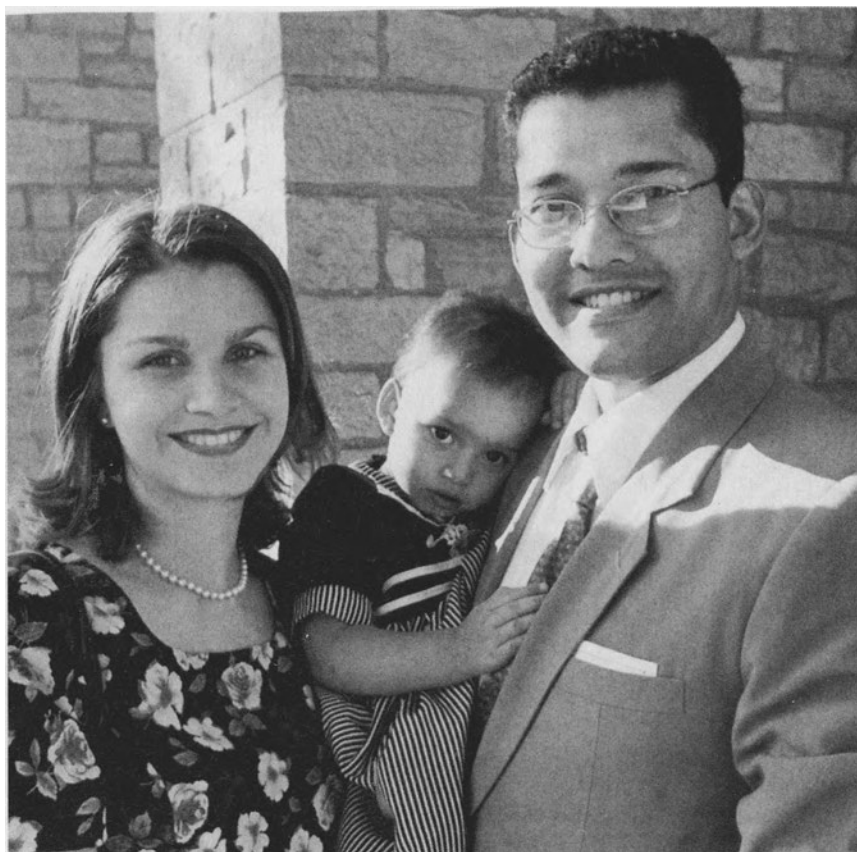
el atributo más importante de Su carácter: Su amor. Por eso, sus murmuraciones eran síntoma de un profundo y patético mal espiritual.

Lamán y Lemuel tampoco entendieron que en los tratos de Dios está implícito el hecho de que haya profetas que adviertan a la gente. El Señor había llamado para ello a Lehi, pero aparentemente a Lamán y Lemuel les avergonzaba el papel tan poco popular de su padre y su firme desafío en cuanto a la manera de pensar prevaleciente en Jerusalén.

Por estar espiritualmente adormecidos, pensaban que la gente de Jerusalén no merecía las críticas proféticas que había recibido (véase 1 Nefi 2:13). No obstante, se extendía una penetrante decadencia espiritual que tuvo lugar, como sucede muchas veces, “en el término de no muchos años” (Helamán 4:26). Hay muchos que no se dan cuenta de la arrolladora decadencia similar que existe en la actualidad. Irónicamente, los que siguen a las multitudes en pos de esa marcha que lleva a la destrucción están muchas veces orgullosos de su ¡individualidad! Toman cualquier consejo como un insulto y una restricción de su albedrío.

Algo sumamente fundamental era también la falta de comprensión de Lamán y Lemuel de que un Dios que enseña a Sus hijos puede requerir de ellos cosas difíciles. La función de la adversidad se nota en esta explicación severa pero inspirada: “Con todo, el Señor considera conveniente castigar a su pueblo; sí, él prueba su paciencia y su fe” (Mosíah 23:21). Su patética esperanza de vida fácil fue evidente en sus quejas por tener que buscar las planchas de Labán, por sufrir en el inhóspito desierto, por construir el barco y por cruzar el vasto océano (véase 1 Nefi 3-4). Apáticos e insensibles, Lamán y Lemuel no sentían la misma confianza de Nefi acerca del hecho de que el Señor nunca mandará a Sus hijos hacer nada difícil sin prepararles antes el camino (véase 1 Nefi 3:7).

Sus errores garrafales los llevaron a contradicciones casi cómicas,



como la de creer que Dios podía vencer al poderoso Faraón y al gran ejército egipcio en el Mar Rojo, ¡pero no al pueblerino Labán! ¿Cuántos de nuestra época se someten de modo similar a los bravucones y tratan de ganarse su favor?

En la división final entre lamanitas y nefitas, adviertan los límites espirituales que predominaron sobre los geográficos: “...yo, Nefi, tomé a mi familia... y a todos los que quisieron ir conmigo... que creían en las amonestaciones y revelaciones de Dios; y por este motivo escucharon mis palabras” (2 Nefi 5:6).

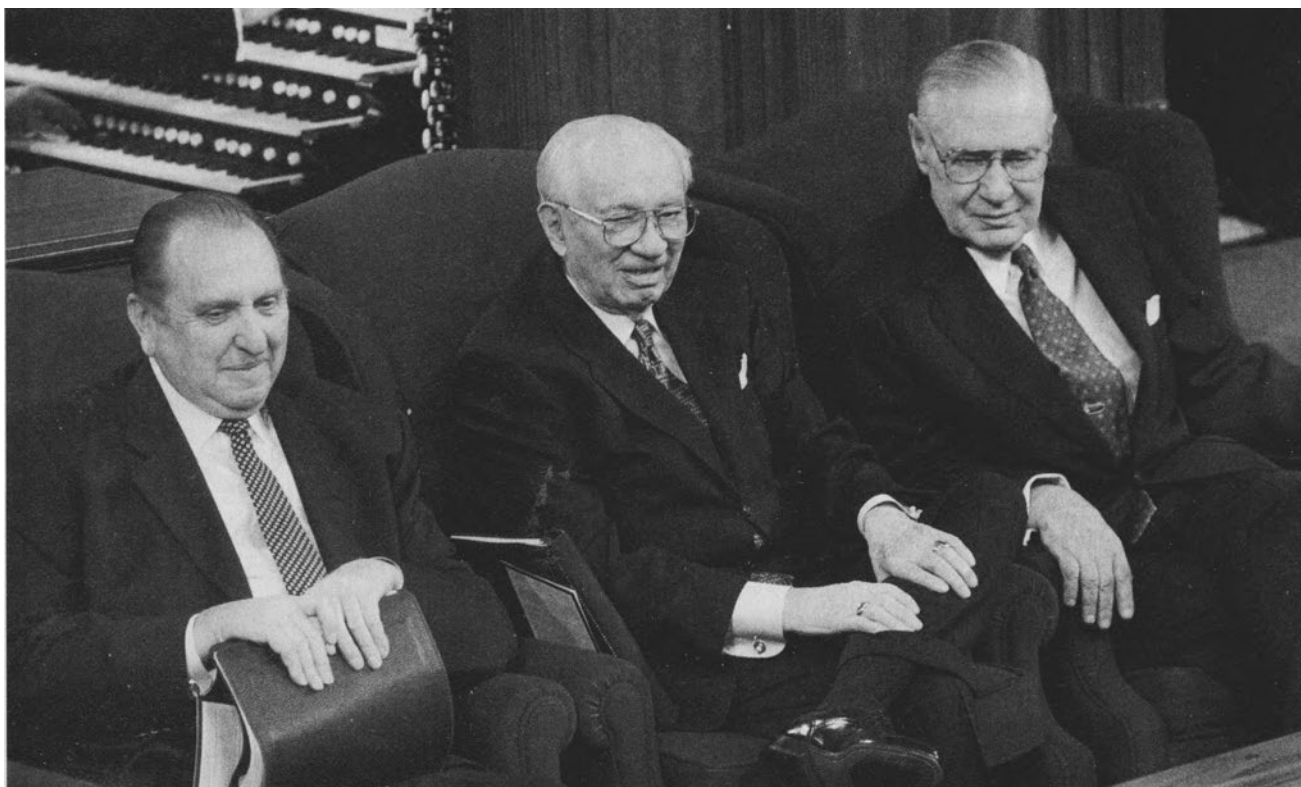
Ellos no participaron del fruto del árbol de la vida, que es el amor de Dios (véase 1 Nefi 11:25). El amor de Dios por Sus hijos se manifiesta más profundamente en Su don de Jesús como nuestro Redentor: “...de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo Unigénito...” (Juan 3:16). El participar del amor de Dios es participar de la expiación de Jesús y de las liberaciones y los gozos que ella brinda. Evidentemente, Lamán y Lemuel no

tenían ese tipo de fe, menos aún en un Cristo que todavía estaba por venir (véase Jarom 1:11).

En contraste, Nefi había “logrado un conocimiento grande de... Dios”; de ahí su firme declaración: “Sé que [Dios] ama a sus hijos; sin embargo, no sé el significado de todas las cosas” (1 Nefi 1:1; 11:17). Si sentimos amor por Dios y conocemos Su bondad, confiaremos en El aun cuando estemos perplejos.

Por eso, Lamán y Lemuel no entendían la relación del hombre con Dios y, peor aún, tampoco querían entender. Lo que trataron de hacer fue mantenerse distanciados de Dios; además, como eran intelectualmente holgazanes, no contaron sus bendiciones cuando la gratitud podría haber disminuido la distancia. Pero para ellos nunca llegó el momento de hacer un inventario.

Lamán y Lemuel demostraron también escasa y efímera curiosidad espiritual. Una vez, es cierto, hicieron preguntas directas sobre el significado de la visión del árbol, el río y la barra de hierro; pero sus preguntas



La Primera Presidencia. De *izquierda a derecha*: Presidente Thomas S. Monson, Primer Consejero; Presidente Gordon B. Hinckley; y presidente James E. Faust, Segundo Consejero.

estaban dirigidas más bien a entender puntos doctrinales que a entender su propia conexión con Dios y con Sus propósitos para ellos. Ciertamente, no “aplicaron” las respuestas a ellos mismos (véase 1 Nefi 19:23).

Su contrición nunca duró mucho, como en el intervalo que hubo entre el momento en que se les apareció el ángel y el momento en que volvieron a murmurar (véase 1 Nefi 3:31). Bajo coerción, hasta reconocieron superficialmente: “sabemos con certeza que el Señor está contigo”, Nefi; pero muy pronto “se entregaron a... rudeza desmedida” en el barco (véase 1 Nefi 17:55; véase también 1 Nefi 18:8, 9). Su violencia periódica indica que sus resentimientos no eran meras diferencias abstractas e intelectuales.

Lamán y Lemuel se sentían intimidados por el poder de Labán, pero su temor al poder sólo demuestra el poder del temor. Como “el amor perfecto desecha todo temor”, es evidente que su capacidad de amar era muy pequeña (véase Moroni

8:16; véase también 1 Juan 4:18). A pesar de que no tenían principios, lo más triste era que no tenían amor!

De ahí que los endurecidos Lamán y Lemuel raramente respondieran al cariño de los demás; estaban ajenos a la empatía, que es un atributo eterno. Cuando Lehi los exhortó con toda la emoción de un tierno padre, por lo general el resultado fue aún más resentimiento, lo que provocó una cruel reacción hacia los padres y los hermanos (véase 1 Nefi 8:37). Cuando Nefi demostró pesar por el comportamiento de ellos, ambos “se regocijaron” de su aflicción (véase 1 Nefi 17:19). No tomaban a bien las admoniciones, ¡menos cuando provenían de Nefi!

Propensos a la furia y rápidos para quejarse, apenas recordaban la última vez que se les había rescatado al presentárseles la próxima dificultad. En cambio, por faltarles la perspectiva del Evangelio, las preocupaciones cotidianas, como la de un arco roto encima de todo lo demás, predominaban sobre lo eterno.

La nuestra es también una época de egoísmo, de conducta circunstancial, ¡como si los Diez Mandamientos provinieran de un grupo de tertulia!

Al llegar a ambas tierras de Abundancia, ¿habrán podido pensar Lamán y Lemuel que el rumbo tan correcto que habían seguido era pura casualidad? Quizás Nefi hubiera “adivinado acertadamente” (véase Helamán 16:16). Su ingratitud por la Liahona provoca estas preguntas: ¿Qué pensarían realmente ellos de tan excepcional instrumento? ¿Creerían que era nada más que un aparato conveniente o una sencilla pieza de equipo para cualquier barco?

Irónicamente, muchos que como Lamán y Lemuel son los primeros en exigir señales, después son los primeros en desecharlas. Algunos exigen más milagros al mismo tiempo que consumen su diario menú de maná y olvidan la extraordinaria Fuente de la que procede.

Por lo tanto, hermanos y hermanas, mejor que los milagros periódicos



es el tener el Espíritu Santo como “compañero constante” (véase D. y C. 121:46). Sin embargo, es preciso recordar que aunque el Espíritu Santo es un Consolador, ¡no es un invasor!

La forma en que Lamán y Lemuel rechazaron a los profetas y a las Escrituras indica que no eran propensos a la aplicación práctica, a los recordatorios ni a la nueva revelación personal; sencillamente, no entendían que los caminos de Dios son más elevados que los del hombre (véase Isaías 55:9). Gozaban de la bajeza intelectual en su equivalente portátil al ostentoso “edificio grande y espacioso” (1 Nefi 8:26, 31).

De ahí que se hayan vuelto rebeldes en lugar de líderes, con resentimiento en lugar de rectitud, y todo por su falta de comprensión tanto del carácter como de los propósitos de Dios y de Sus tratos con Sus hijos.

En cuanto a su importancia espiritual, Lamán y Lemuel fueron lamentables cerros. Es cierto que podríamos saber más acerca de ellos, pero eso no afectaría el análisis final. Si parecen, en ciertos aspectos, personajes vagos, es porque el suyo era un vacío tétrico, que podría haberse llenado con el “amor de Dios”. En la visión hubo una desolada escena en la que Lehi miró ansiosamente buscando a Lamán y Lemuel, “por si acaso los veía”; finalmente los vio “pero no quisieron venir... para comer del fruto” (1 Nefi 8:17-18; véase también 1 Nefi 11:25; 8:35; 2 Nefi 5:20). De todos los castigos que nos acarreamos nosotros mismos, este epitafio describe el más terrible y grave.

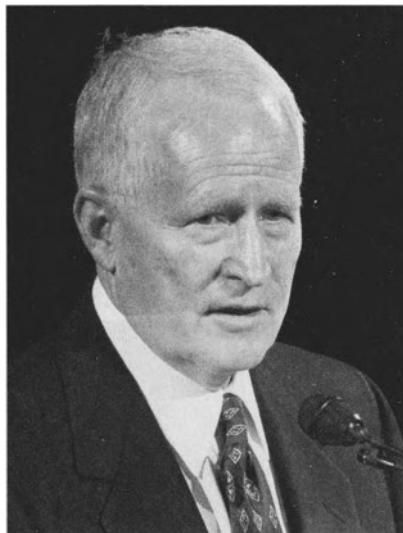
Misericordiosamente, mis hermanos, la espléndida Restauración nos provee otras formas de “entender los tratos de Dios con Sus hijos”, incluso con cada uno de nosotros personalmente. Podemos participar de Su amor aplicando la gloriosa expiación de Jesús a fin de llegar a ser más como El; y si aplicamos las inestimables Escrituras a nosotros mismos apresuraremos ese preciado proceso. Que así lo hagamos, en el nombre de Jesucristo. Amén. □

# “Pastorea mis ovejas”

**Élder Ben B. Banks**

De la Presidencia de los Setenta

“Pienso que todo miembro activo de la Iglesia conoce a una oveja perdida que necesita la atención y el amor de un pastor comprensivo”.



Hace ya algunos años, mi esposa Susan y yo tuvimos la oportunidad de hacer una gira por la Misión Nueva Zelanda Christchurch con el presidente Melvin Tagg y su esposa. El presidente Tagg sugirió que en la gira que íbamos a hacer de la misión incluyéramos un día de preparación y fuéramos en autobús de excursión al hermoso estrecho Milford. El viaje incluía varias paradas en hermosos y pintorescos lugares a lo largo del camino. Durante una de esas paradas, mientras caminábamos de regreso al autobús, sentí curiosidad al ver a un grupo de pasajeros que formaban un círculo en medio de la carretera y sacaban fotografías. Al atisbar por entre la gente, vi en medio del círculo a un pequeño y asustado corderito que trataba de mantenerse de pie sobre sus temblorosas patas. Parecía haber nacido hacía tan sólo unas horas. Yo había visto muchas

ovejas en mi vida, ya que mi suegro se dedicaba a comerciar con ganado ovino; por consiguiente, no tenía ningún interés en fotografiar a un solitario corderito y me subí al autobús a esperar.

Una vez que todos los pasajeros subieron de nuevo al autobús, el conductor tomó en sus brazos al asustado corderito, lo sostuvo con ternura contra su pecho y lo llevó al vehículo. Se sentó, cerró la puerta, tomó el micrófono y nos dijo: “Sin duda, un rebaño de ovejas pasó por aquí esta mañana y este corderito se ha quedado extraviado. Pienso que si lo llevamos con nosotros podríamos encontrar al rebaño un poco más adelante y devolver este pequeño a su madre”.

Durante varios kilómetros viajamos a través de hermosos bosques y por fin llegamos a una bella pradera de alta y ondulante hierba. Como era de esperar, en medio de la pradera pacía un rebaño de ovejas. El conductor del autobús se detuvo, se excusó y salió. Todos pensamos que dejaría al corderito a un lado de la carretera y regresaría al autobús, pero no fue así. Con el animalito en brazos, caminó con mucho cuidado y sin hacer ningún ruido a través de la hierba, hacia donde estaba el rebaño. Cuando se acercó lo que más pudo al rebaño sin inquietarlos, con dulzura puso al corderito en el suelo y luego permaneció en el campo hasta asegurarse de que volvía al redil.

Al regresar al autobús, nuevamente tomó el micrófono y dijo: “¿Pueden escuchar los balidos de la madre que dice: ‘Gracias, muchas

gracias por devolverme a mi cordero?”.

Al meditar en esa maravillosa enseñanza impartida por aquel conductor de autobús, mis pensamientos se remontan a la parábola que el Señor dio sobre la oveja perdida.

“Se acercaban a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírle,

“y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Este a los pecadores recibe, y con ellos come.

“Entonces él les refirió esta parábola diciendo:

“¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla?

“Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso;

“Y al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles:

Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido.

“Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento” (Lucas 15:1-7).

Nuestro profeta actual, el presidente Gordon B. Hinckley, expresa también su preocupación por las ovejas perdidas:

“Existen tantos jóvenes que andan sin rumbo y recorren el trágico camino de las drogas, las pandillas, la inmoralidad y todos los demás problemas que éstos traen aparejados. Hay viudas que ansían escuchar una voz amiga y ser recipientes de esa actitud de interés real que habla del amor. Además, están aquellos que una vez fueron fervientes en la fe, una fe que ahora se ha enfriado; muchos de ellos querrían volver pero

no saben cómo y necesitan manos amigas que se extiendan hacia ellos. Con un poco de esfuerzo sería posible traer a muchos para que se deleitaran otra vez en la mesa del Señor.

“Mis hermanos y hermanas, ruego que cada uno de nosotros, después de haber participado en esta grandiosa conferencia, tome la resolución de buscar a aquellos que necesitan ayuda, que estén en circunstancias desesperantes o difíciles y que los levanten, con el espíritu de amor, hasta ser recibidos en los brazos de la Iglesia, donde habrá manos fuertes y corazones tiernos que los reanimen, los consuelen, los sostengan y los encaminen hacia una vida feliz y productiva” (“Una mano extendida para rescatar”, *Liahona*, enero de 1997, pág. 97).

Después de escuchar la preocupación de nuestro profeta, deberíamos preguntarnos: “¿Por qué se ha enfriado la fe de aquellos que una vez fueron fervientes en la fe?”.

Para tener éxito en el mandamiento profético de perfeccionar a los santos, debemos también esforzarnos por fortalecer a aquellos cuya fe se ha enfriado. Para comenzar esa tarea, sería conveniente que estuviéramos enterados de su forma de pensar y de las razones que tienen para no asistir a las reuniones y participar en el hermanamiento de los santos.

La mayoría de los miembros activos piensan que los que son menos activos se comportan de modo diferente porque no creen en la doctrina de la Iglesia. Un estudio que realizó la División de Investigación de la Iglesia no corrobora esa suposición. En ese estudio se demuestra que casi todos los miembros menos activos que se entrevistaron creen que Dios existe, que Jesús es el Cristo, que José Smith fue un profeta y que la Iglesia es verdadera.

Como parte de otro estudio, a un grupo de miembros activos, que anteriormente habían estado menos activos, se les preguntó por qué no asistían a la Iglesia. Las razones más comunes que se dieron fueron las siguientes:

•Sentimientos de falta de dignidad.





- Problemas personales o familiares.
- Los padres o el cónyuge eran menos activos.

- Pereza o rebeldía de adolescentes.

- Conflictos con el horario de trabajo.

- El centro de reuniones estaba demasiado lejos o carecían de transporte.

Después se les preguntó qué los hizo integrarse de nuevo a la actividad de la Iglesia. Las razones más comunes fueron:

- El enfrentar una crisis en la vida.

- El haber superado problemas personales.

- El ejemplo del cónyuge, de la novia o del novio.

- La influencia de los miembros de la familia.

- Deseaban tener la influencia del Evangelio en la familia.

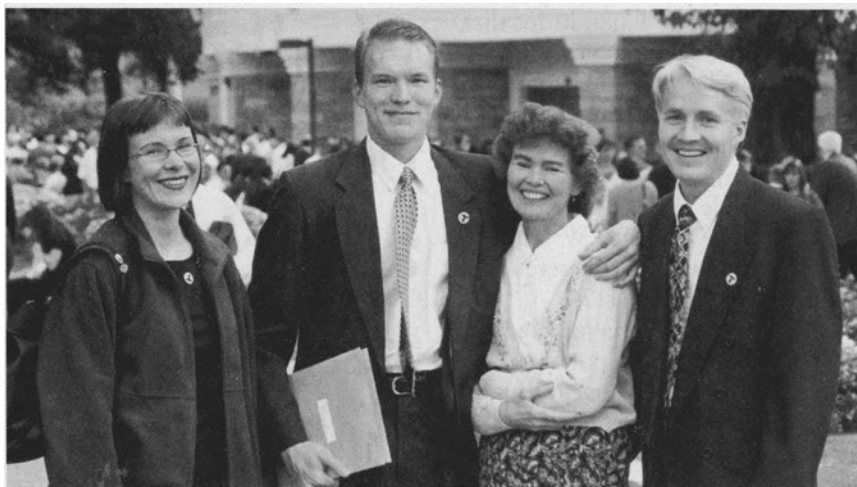
- El hermanamiento de los miembros del barrio, el mudarse a otro barrio donde la gente se preocupaba por ellos.

(Véase División de Comparación de Investigación de Información, septiembre de 1999.)

Pienso que todo miembro activo de la Iglesia conoce a una oveja perdida que necesita la atención y el amor de un pastor comprensivo.

El presidente Hinckley nos ha dicho lo que todo nuevo converso necesita para permanecer activo en la Iglesia: un amigo, una responsabilidad y ser nutrido continuamente por la buena palabra de Dios. Las ovejas perdidas necesitan de ese mismo cuidado y de esa misma preocupación para ayudarlas a volver al redil.

Conozco una familia que perdió a su hijo durante una excursión de campamento. Cuando los esfuerzos iniciales para encontrarlo no tuvieron éxito, se pidió ayuda y cientos respondieron al llamado hasta que el niño se encontró nuevamente en brazos de su madre y de su padre. Mi súplica esta mañana es que todos tengamos esa misma preocupación y amor sincero para hacer todo lo que esté a nuestro alcance para recuperar a esos preciados hijos e hijas que



están perdidos en lo que respecta a la actividad de la Iglesia.

El cometido que se presenta ante nosotros es extraordinario; será necesario que ejerzamos mayor fe, energía y dedicación si deseamos llegar a esos hermanos y hermanas, pero es preciso hacerlo. El Señor espera que lo hagamos.

Debemos recordar que el cambio se lleva a cabo lentamente. Todos debemos tener paciencia, brindar hermanamiento y amistad, aprender a escuchar y amar y tener cuidado de no juzgar.

En todo barrio y rama hay hombres y mujeres buenos y honrados. Muchos no saben cómo volver a la Iglesia. Entre ellos hay buenos padres y madres. Muchos tienen algo en común: no son los líderes espirituales en su hogar. Pienso que si hombres y mujeres de fe visitan a esas personas, se convierten en sus amigos, les brindan amor y les enseñan el Evangelio, esas personas y sus familias se reintegrarán nuevamente.

Durante los próximos minutos quisiera dirigirme a quienes se han alejado del redil. Espero que esta mañana algunos de ustedes que no están completamente activos en la Iglesia estén escuchando esta sesión de la conferencia. En muchos casos ustedes han formado nuevas amistades y ya no guardan más las normas de la Iglesia. Muchos de sus hijos van por el mismo camino que ustedes y siguen su ejemplo. Los hijos no sólo dependen en gran parte de sus padres para recibir sustento físico y

emocional, sino también apoyo espiritual.

*En la parábola del Salvador  
era una oveja la que se extravió.  
Una oveja del redil  
de las noventa y nueve se apartó.*

*¿Por qué hemos de ir a buscar  
a la que está perdida y por ella  
orar?*

*Porque si una oveja se extravía,  
a los corderos también puede  
extraviar.*

*Los pequeños tras ella van,  
y a dondequiera vaya, ellos también  
irán;  
si la oveja se pierde y errante va,  
errantes los corderos tras ella  
andarán.*

*Por eso, a la oveja ansiosos  
llamamos,  
por el bien de los tiernos corderos;  
pues por una oveja errante y  
perdida,  
un terrible precio pagarán.*

(citado por Hugh B. Brown, en *The Abundant Life*, págs. 166-167, "The Echo" por C. C. Miller)

El Señor dijo: "Mis ovejas oyen mi voz" (Juan 10:27). Del mismo modo, sus hijos responden a la voz de ustedes. En realidad, nadie puede ocupar con eficacia el lugar de ustedes como padre y madre. Se cuenta que un pequeño de seis años perdió a su madre en un gran supermercado y que empezó a gritar desesperadamente:

“¡Marta! ¡Marta!” Cuando localizaron a la madre y los reunieron nuevamente, ella le dijo; “Mi amor, no deberías llamarme Marta, pues para ti yo soy ‘Mamá’; a lo que el pequeño respondió: ‘Sí, ya lo sé, pero la tienda estaba llena de mamás, y yo quería a la mía’” (véase Spencer W. Kimball, *La fe precede al milagro*, [Deseret Book Company, 1983], pág. 117).

¡Qué bendición sería para la familia si ustedes pudieran poner su vida en armonía con el Evangelio! La decisión de cambiar, de volver a ser activos [en la Iglesia] y de venir a Cristo es la más importante que puedan tomar en esta vida.

Para terminar, una última palabra para quienes pastorean el rebaño. El Salvador mismo, en una revelación dada al profeta José Smith, nos dice en términos muy personales cuán valiosa es toda alma:

“Recordad que el valor de las almas es grande a la vista de Dios;

“porque he aquí, el Señor vuestro Redentor padeció la muerte en la carne; por tanto, sufrió el dolor de todos los hombres, a fin de que todo hombre pudiese arrepentirse y venir a él.

“Y ha resucitado de entre los muertos, para traer a todos los hombres a él, mediante las condiciones del arrepentimiento.

“¡Y cuán grande es su gozo por el alma que se arrepiente!

“Así que, sois llamados a proclamar el arrepentimiento a este pueblo.

“Y si acontece que trabajáis todos vuestros días proclamando el arrepentimiento a este pueblo y me traéis aun cuando fuere una sola alma, ¡cuán grande será vuestro gozo con ella en el reino de mi Padre!” (D. y C. 18:10-15).

El Buen Pastor de buena voluntad dio Su vida por Sus ovejas, por ustedes y por mí, sí, por todos nosotros, para que podamos vivir eternamente con nuestro Padre Celestial. Ruego que todos sigamos la admonición que nuestro Salvador Jesucristo dio a Pedro tres veces: “...Apacienta mis corderos... Pastorea mis ovejas... Apacienta mis ovejas” (véase Juan 21:15-17). En el nombre de Jesucristo. Amén. □

# El albedrío: Una bendición y una aflicción

Sharon G. Larsen

Segunda Consejera de la Presidencia de las Mujeres Jóvenes

“El albedrío es la facultad de pensar, de escoger y de actuar por nuestra propia voluntad. Presenta oportunidades infinitas, acompañadas de responsabilidad y de consecuencias”.



Cuando salimos de la presencia de nuestro Padre Celestial y entramos en este mundo, trajimos un don inapreciable, sagrado, preterrenal y eterno. Es este don, el don del albedrío, acerca del cual deseo hablar.

El albedrío es la facultad de pensar, de escoger y de actuar por nuestra propia voluntad. Presenta oportunidades infinitas, acompañadas de responsabilidad y de consecuencias. Es una bendición y una aflicción. El empleo prudente de este don del albedrío es de importancia fundamental hoy día, puesto que nunca antes en la historia del

mundo los hijos de Dios han sido tan bendecidos ni se han visto tan abiertamente enfrentados a tantos caminos que tomar.

La vida era más sencilla hace años en mi pueblo natal de la pradera canadiense. Nuestro número de teléfono tenía un solo dígito: el 3. Al pueblo llegaba sólo una película en blanco y negro que mandaban de la ciudad de Cardston y que se exhibía el jueves por la noche. El correo llegaba el lunes, el miércoles y el viernes, si no nevaba mucho.

Había sólo un camino principal. A casi cinco kilómetros hacia el oeste de él estaba nuestra granja y a unos treinta y dos kilómetros hacia el este de ese mismo camino estaba el Templo de Alberta. No había muchos otros caminos que escoger ni lugares a los cuales ir.

Hoy en día hay infinidad de números telefónicos, películas de todas clases y colores, correo electrónico a la mano las veinticuatro horas del día, y muchos caminos que de modo implacable exigen el ejercicio de nuestro discernimiento. Nuestro medio ambiente está saturado de opciones. Pero el propósito por el que estamos aquí en la tierra no ha cambiado nunca.

El Señor le dijo a Abraham que El nos había mandado a la tierra para ver si haríamos lo que El nos



mandara (véase Abraham 3:25). El escoger es ineludible. Las dos fuerzas opuestas del mundo buscan nuestro sometimiento a ellas. Por un lado, existe la realidad de Satanás y, por el otro, el amor más poderoso del Salvador.

Lehi nos enseña que si no hubiera oposición no habría rectitud ni iniquidad, ni el bien ni el mal (véase 2 Nefi 2:11, 16). No podríamos actuar por nosotros mismos si no tuviéramos que escoger. Para llegar a ser dedicados discípulos de Cristo, debemos tener la opción de rechazarle. Por eso a Satanás se le permite ejercer su poder, por lo que el someter nuestra voluntad a Dios, a veces puede resultar difícil. Sin embargo, es gracias a la facultad de actuar por nosotros mismos que progresamos.

C. S. Lewis dijo: “Sólo los que se esfuerzan por resistir la tentación saben lo fuerte que es... Uno llega a saber lo fuerte que es el viento si camina en contra de él y no si se queda acostado. El que cede a la tentación cinco minutos después de que ésta le acomete nunca sabrá cómo hubiera sido si hubiese espera-

do una hora”. Lewis añade: “Cristo, por ser el único hombre que nunca cedió a la tentación, es el único hombre que sabe en todo su alcance lo que la tentación significa” ( *Mere Christianity*, 1960, págs. 109-110).

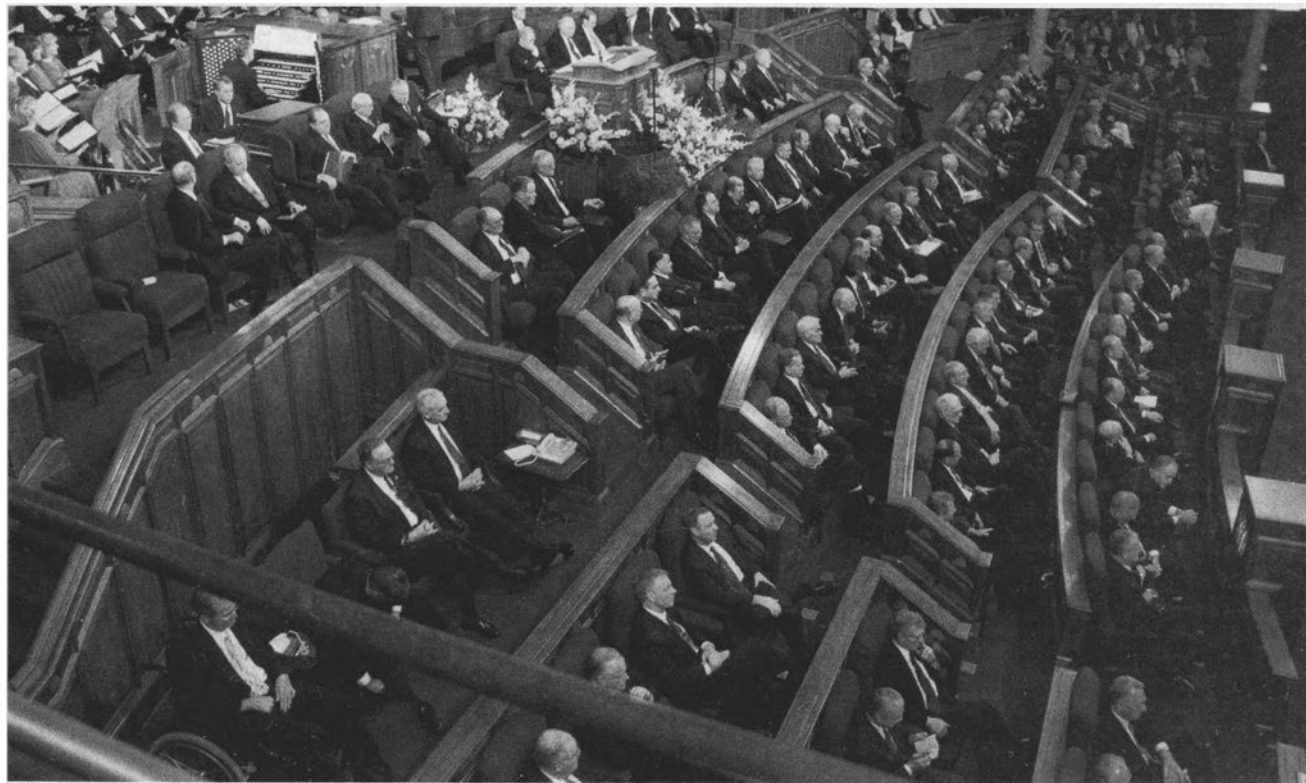
Recuerdo haber preguntado a mis padres si podía yo hacer ciertas cosas. Su respuesta era invariable: “Se te ha enseñado. Tú sabes lo que opinamos al respecto, pero tienes que decidirlo tú misma”. Sin embargo, el decidir por nosotros mismos acarrea consecuencias, las cuales no siempre son lo que deseamos. Queremos tener libertad, pero sin consecuencias. Y por eso, solemos probar a quedarnos en terreno neutral, indecisos y sin comprometernos. Pero es en ese medio en el que nos volvemos vulnerables a la influencia de Satanás.

El rey Acab y su pueblo de Israel del norte nos hablan de neutralidad y de indecisión. La mano del Señor se detuvo porque el pueblo no se decidía a quién adorar: si a Jehová o a Baal. Baal es otro nombre de Satanás. El Señor mandó a Elías el profeta con este claro mensaje:

“¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él”. Las Escrituras dicen que “el pueblo no respondió palabra”(1 Reyes 18:21). No querían tener la responsabilidad de hacer un compromiso. Recordarán el relato: Elías los retó a hacer una prueba para ver quién era Dios. Cada cual oraría a su dios para ver cuál de los dos quemaría la ofrenda del altar. Cuando los sacerdotes invocaron con todas sus fuerzas a su ídolo, no hubo voz ni quien respondiese.

En marcado contraste, el solitario profeta del Dios verdadero y viviente no sólo fue oído, sino también magnificado en su petición. Cuando Elías suplicó a Dios, cayó fuego de Jehová y lo consumió todo: el holocausto, la leña, las piedras, el polvo y aun lamió el agua que estaba en la zanja. Tras haber visto aquello, los del pueblo dijeron: “¡Jehová es el Dios...!” (1 Reyes 18:39). Y las Escrituras dicen que, en seguida, los sacerdotes de Baal fueron muertos. ¡No quedaron incrédulos con vida en Israel del norte aquel día!

Vista del estrado del Tabernáculo, reservado para las Autoridades Generales y los oficiales generales de la Iglesia.



El escoger un camino u otro no sería un dilema si el hacer el bien se recompensara tan rápida y espectacularmente como le ocurrió a Elías o si el hacer el mal tiene como consecuencia una muerte inmediata. Pero no es tan sencillo cuando nuestra tarea es aumentar nuestra fe.

Nuestra fe y nuestro cometido se ponen a prueba cuando el mundo ofrece otros tentadores caminos que nos alejan del reino del Señor. A algunos les gustaría disfrutar del vivir en el reino del Señor y tener al mismo tiempo una “casa de verano” en Babilonia. Pero si no estamos de continuo escogiendo con intención y esfuerzo el reino de Dios, en realidad retrocederemos a medida que el reino de Dios siga avanzando “valiente, noble e independiente” (José Smith, “The Wentworth Letter”, *Enciclopedia of Mormonism*, ed. Daniel H. Ludlow, 5 tomos, 1992, tomo IV, pág. 1754). El escoger el camino que seguiremos determinará nuestras bendiciones o nuestras aflicciones. El Señor nos invita a echar sobre El nuestra carga, y El nos sustentará (véase Salmos 55:22), y Mormón nos advierte que el diablo no amparará a sus hijos (véase Alma 30:60).

Un joven, al que quiero con todo el corazón, me dijo: “Que nadie me diga lo que tengo que hacer. Yo mando en mi propia vida”. Tiene el concepto erróneo de que para ser independiente y libre, debe oponerse a la voluntad de Dios. ¿De dónde sacará entonces fortaleza?

El hermano James E. Talmage dice de Jesús: El “fue todo lo que un niño debe ser, porque el peso abrumador del pecado no retardó su desarrollo; amó y obedeció la verdad y, por consiguiente, fue libre” (James E. Talmage, *Jesús el Cristo*, pág. 118).

El escoger hacer lo correcto nos libra y nos bendice, incluso el escoger lo que parezca insignificante. Un amigo que pensaba que el Señor intervenía demasiado en su vida, dijo: “No aguanto todas esas normas de la Iglesia que me dicen que debo hacer esto, que no puedo hacer aquello”. El no se daba cuenta de que esas normas son una evidencia

del amor vigilante de nuestro Padre.

Por increíble que parezca, hay seis mil millones de personas en este planeta y el Padre Celestial se interesa por lo que veo para entretenerme, así como por lo que como y bebo, y también se interesa por la forma en que gano y gasto el dinero. Se interesa por lo que hago y por lo que no hago. El Padre Celestial se interesa por mi felicidad.

El interés de nuestro Padre Celestial se manifiesta de muchas maneras y sólo nos resta escuchar y vivir por ello. Alguien dijo: “Si no hemos escogido primeramente el reino de Dios, al final no importa lo que hayamos escogido en su lugar” (William Law, clérigo del siglo XVIII).

Debido a que el propósito por el cual estamos aquí en la tierra no ha cambiado, ni cambiará nunca, nuestro Padre suministra constante y regularmente dones para proteger nuestro mundo y fortalecer nuestro uso prudente del albedrío. Piensen en el don de la oración que nos da la oportunidad de ser escuchados y comprendidos. Piensen en el don del Espíritu Santo que nos mostrará todas las cosas que debemos hacer (véase 2 Nefi 32:5). Piensen en los convenios sagrados que hemos hecho, en las Escrituras, en las bendiciones del sacerdocio y en las patriarcales. Piensen en el don

supremo de la Expiación y en el recordatorio de ella que está en la Santa Cena y que nos cubre de amor, de esperanza y de gracia. Esos dones nos sirven para emplear el albedrío con prudencia a fin de volver a nuestro hogar celestial donde “cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman” (1 Corintios 2:9).

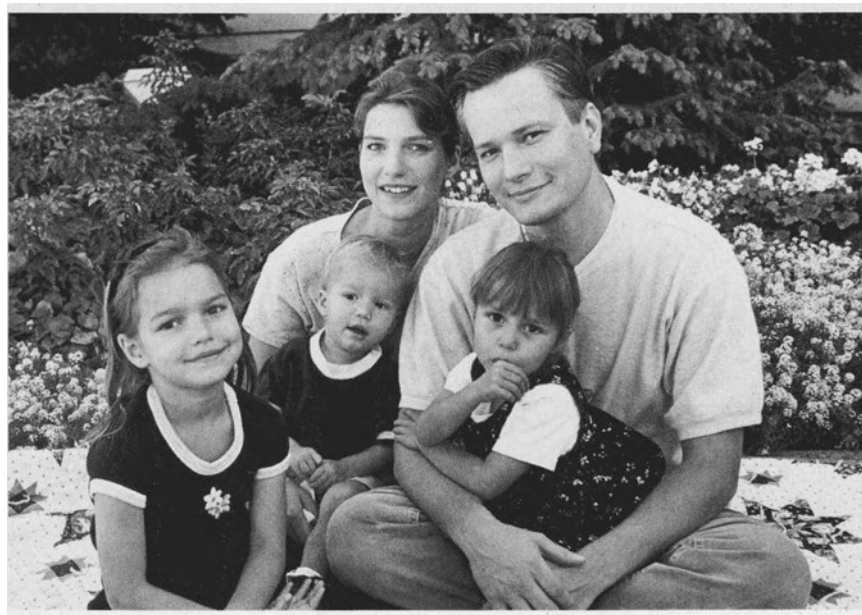
Ante nosotros se extienden muchos caminos, pero al igual que en mi pueblo natal, hay un solo camino principal: el estrecho y angosto.

Reconociendo nuestra tendencia a desviarnos por senderos extraños (1 Nefi 8:32), suplicamos al Señor por medio del himno que dice:

*Señor, ¿por qué de Ti me alejo  
Si eres mi Dios y te amo con fervor?  
Mi corazón entero te entrego:  
Séllalo para Tu morada con  
Tu amor.*

(*Hymns*, edición de 1948, pág. 70.)

Concluyo con la oración de Nefi, que habla por ustedes y por mí: “¡No cierres, oh Señor, las puertas de tu justicia delante de mí, para que yo ande por la senda del apacible valle, para que me ciña al camino llano!” (2 Nefi 4:32). En el nombre de Jesucristo. Amén. □

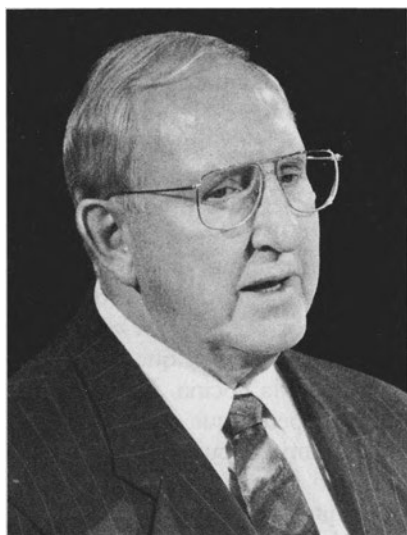




# Nos queda todavía un sólido eslabón

Élder Vaughn J. Featherstone  
De los Setenta

"A medida que el mundo se va hundiendo más y más en el pecado, esta magnífica Iglesia permanece firme e inamovible como una enorme roca de granito".



**A**lexandr Solzhenitsin definió las resoluciones temporáneas como "la práctica de darse por vencidos una y otra vez, y esperar y esperar hasta que el adversario quede satisfecho".

Mis amados jóvenes amigos, permítanme asegurarles que el adversario nunca queda satisfecho.

Oliver Wendell Holmes dijo: "Cuando el espíritu alienta el corazón, no puede haber descanso, porque aun en las tinieblas de la noche nos queda todavía un sólido eslabón, una luz que no se apagará".

¿No les hace eso sentirse agradecidos de pertenecer a una Iglesia dirigida por apóstoles y profetas, sabiendo que nos queda todavía un sólido eslabón, una luz que no se

apagará? A medida que el mundo se va hundiendo más y más en el pecado, esta magnífica Iglesia permanece firme e inamovible como una enorme roca de granito.

¿No se sienten orgullosos de que la Iglesia nos enseña la verdad? No tenemos que dudar en cuanto a su posición sobre aretes para muchachos y hombres, tatuajes, cabellos hirsutos y teñidos, lenguaje profano o gestos obscenos. Tenemos profetas que nos revelan las normas de vida. Ellos nos enseñan que los Diez Mandamientos no han pasado de moda. La palabra del Señor ha estado resonando por muchas generaciones: "No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano" (Exodo 20:7). El profanar el nombre de Dios es una grave ofensa para el Espíritu, y el hacerlo sólo satisface los ropósitos de Satanás de burlarse de nuestro Dios.

Jehová ha declarado también: "No hurtarás" (Éxodo 20:15). El robar es una afrenta a Dios. Este es sólo uno de los Diez Mandamientos, pero el defraudar, mentir y dar falso testimonio son otras maneras de hurtar.

Queridos jóvenes, ¿no están agradecidos de que los apóstoles y los profetas de Dios nunca los confundan en cuanto al pecado? No importa cuán violentos sean los vientos de la opinión pública, la Iglesia es inamovible. Dios ha mandado que "los sagrados poderes de la procreación

se deben utilizar sólo entre el hombre y la mujer legítimamente casados, como esposo y esposa"<sup>1</sup>.

Quienes apoyan principios perversos y una conducta depravada están viviendo en el pecado. Las leyes, las opiniones públicas y los adultos que consienten a ello y que enseñan lo contrario al Evangelio están equivocados aun cuando la mayoría los acepte. El pecado es pecado y ésa es la verdad de Dios. El apóstol Pablo declaró: "¿No sabéis que sois templos de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?" (1 Corintios 3:16).

La pornografía es maligna. Quedé muy impresionado por una historia relatada en los funerales del padre de Henry Eyring. Cuando él era un joven que venía de las colonias mexicanas, al cruzar la frontera hacia los Estados Unidos, el agente de aduanas le preguntó: "Joven, ¿trae usted pornografía en sus valijas?", a lo cual él respondió: "No, señor, ni siquiera soy dueño de una". Es maravilloso ser tan puro e inocente como aquel joven. Sabemos que la pornografía causa adicción y es destructiva. Tiene varios compañeros de aventuras: las bebidas alcohólicas, el tabaco y las drogas. Utiliza cierta clase de música y de bailes y usa el *Internet* y la televisión. Quienes la producen son impíos y carecen de conciencia. Conocen las consecuencias, pero no les importan. Así como aquellos que venden drogas, nunca están a la mano para ayudarles cuando ustedes caigan destruidos. Pero nosotros —sus padres, sus obispos y sus líderes— sí estaremos ahí.

Tengan mucho cuidado cuando establezcan amistades. Dos hombres se hallaban conversando y uno de ellos dijo: "Juan, ayer pasé de largo por tu casa", a lo que Juan respondió: "Gracias". Agradescan cuando no se les incluya en los grupos en que no les convenga estar. Siempre recibirán una fuerte advertencia al respecto.

Rudyard Kipling dijo:

*"Ésta es la Ley de la Jungla, y es tan antigua y real como el mismo cielo;*



*y el lobo que la obedezca progresará, y el que la niegue morirá.*

*Así como la serpiente se enrosca meneándose en el tronco de un árbol, la fortaleza de la manada es el lobo y la fortaleza del lobo es la manada<sup>2</sup>.*

Sus verdaderos amigos son sus protectores.

Un consejo a los adultos y a los padres. El padre del élder Bruce R. McConkie dijo que cuando violamos algún mandamiento, no importa cuán simple sea, nuestros jóvenes podrían decidirse a violar tiempo después un mandamiento diez veces mayor y justificarse a raíz del pequeño mandamiento que hayamos quebrantado<sup>3</sup>.

Las espontáneas conversaciones religiosas que se realizan en el hogar son unas de las principales influencias que determinan el grado de religiosidad de nuestros jóvenes. Cuando hablamos sobre aquello que más nos gusta, y no porque lo hayamos programado — como ser, la noche de hogar, las oraciones en familia o el estudio de las Escrituras— sino simplemente porque son de gran valor para nosotros, ello ejercerá una

profunda influencia en nuestros hijos.

Grady Bogue, profesor universitario, dijo: “Cuando la enseñanza se hace bien, es una obra maravillosa. Sin embargo, constituye uno de los esfuerzos más perjudiciales cuando se lleva a cabo sin cuidado o aptitud. El conducir al alumno por mal camino, ya sea por ignorancia o por arrogancia —ya sea porque no sepamos o porque no nos importe— es peor que si un cirujano cometiera una torpeza, porque nuestros errores no sangran. Por el contrario, producen cicatrices escondidas cuyas malas y trágicas consecuencias no se percibirán por muchos años y su remedio será doloroso e imposible”<sup>4</sup>.

Jóvenes, no se sientan oprimidos por la obediencia. La obediencia es un maravilloso y extraordinario privilegio. En Abraham 4:18 leemos: “Y los Dioses vigilaron aquellas cosas que habían ordenado hasta que obedecieron”. ¿Qué habría sucedido si los elementos no hubieran obedecido? Habrían sido maldecidos y sujetados. Y así es con nosotros mismos. La obediencia es realmente la única manera de ser libres y ejercer nuestro albedrío. Satanás enseña todo lo contrario y con cada decisión equivocada nos va encadenando. Yo les testifico que la obediencia es un privilegio maravilloso.

Cuando yo era niño, mi madre tenía que ir a una refinería llamada Garfield Smelter y trabajar como un hombre a fin de mantener a sus siete hijos. Siempre que le era posible, trabajaba en horas de la noche; estoy seguro que era para poder estar con nosotros durante el día. No sé a qué horas dormía la pobre mujer. Un sábado temprano, salió del trabajo y llegó a casa entre las 7 y las 8 de la mañana; se acostó por un par de horas y luego se levantó. Había invitado a todos sus familiares para la cena; deben haber sido unas 35 o 40 personas. Decoró las mesas, arregló las sillas y colocó los platos y los cubiertos. Cocinó durante todo ese día y se acumularon los platos, las ollas y las sartenes.

Todos fueron a cenar. Después de comer, llevaron los platos sucios a la

cocina y la comida la colocaron sobre la mesa y en las alacenas, cerraron la puerta de la cocina y toda la familia se puso a conversar. Eran ya casi las 8 de la noche.

Recuerdo haberme encontrado a solas en la cocina y con mi mente de niño me puse a pensar: *Mi madre ha trabajado todo el día y toda la noche para preparar la cena. Una vez que todos se hayan ido, todavía tendrá que lavar los platos y guardar la comida. Le llevará dos o tres horas y eso no es justo.* Entonces se me ocurrió: *Yo los lavaré.*

Lavé los platos, los cubiertos y los vasos. No teníamos un lavaplatos eléctrico; el nuestro andaba a mano y por tanto, esa noche utilicé mis manos y media docena de paños para secar la loza. Me mojé de la cabeza a los pies. Guardé la comida sobrando, limpié la mesa y el escurridor, y luego me eché de rodillas para lavar el piso. Cuando terminé, pensé que la cocina había quedado impecable, pero me llevó cerca de tres horas.

Entonces escuché que todos se levantaron y se fueron. Cerraron la puerta de calle y oí que mi madre venía hacia la cocina. Yo estaba satisfecho y pensé que también ella lo estaría. Abrió la puerta y, aunque yo tenía sólo 11 años de edad, pude ver que se quedó muy sorprendida. Miró alrededor de la cocina y me miró con una mirada que entonces no alcancé a comprender. Ahora sí me doy cuenta. Fue algo así como “Gracias. Estoy muy cansada. Creo que me entiendes. Te quiero mucho”. Se acercó y me abrazó. Percibí una luz en sus ojos y un sentimiento de amor en mi corazón y aprendí entonces que encender una luz en los ojos de nuestros padres nos brinda un sentimiento maravilloso.

Otra especial ocasión fue un domingo antes del Día de Acción de Gracias, alrededor del año 1943. Me encontraba yo en una reunión de sacerdocio y había allí una cartelera con fotos de todos los jóvenes que se encontraban en el servicio militar. Algunos presbíteros que pocos meses antes habían estado a la mesa

de la Santa Cena prestaban ahora servicio en la guerra. Cada semana se cambiaban las fotografías. Los que habían muerto en acción tenían una estrella dorada junto a su foto; los que habían sido heridos tenían una estrella roja y los que habían desaparecido una estrella blanca. Yo, como diácono de 12 años de edad, verificaba cada semana quiénes habían muerto o habían sido heridos.

Pero esa mañana, en la reunión de mi quorum, un miembro del obispado dijo: "El próximo jueves es el Día de Acción de Gracias. Debemos efectuar todos una oración familiar en nuestros respectivos hogares. Anotemos en la pizarra todas las cosas por las que estamos agradecidos". Así lo hicimos y entonces él dijo: "Incluyan esas cosas en sus oraciones de acción de gracias". Me sentí descompuesto ya que nunca teníamos una oración ni bendecíamos los alimentos.

Al atardecer fuimos a la reunión sacramental. Casi al terminar la reunión, el obispo se puso de pie; estaba muy emocionado. Nos habló de los jóvenes de nuestro barrio que habían muerto o habían sido heridos. Habló sobre nuestra libertad, nuestra bandera, nuestra patria y nuestras bendiciones. Y entonces agregó: "Espero que cada familia se arrodele y lleve a cabo una oración familiar el día de acción de gracias y dé gracias a Dios por sus bendiciones".

Me sentía sumamente deprimido y pensé: *¿Cómo podemos tener una oración familiar?* Yo quería ser obediente. Esa noche casi no pude dormir. Quería tener una oración el día de acción de gracias y aun pensé que estaría dispuesto a ofrecerla si me lo pidieran, pero era muy tímido para ofrecerme a hacerlo. Me preocupé todo el lunes, el martes y el miércoles en la escuela.

Papá no regresó a casa el miércoles sino hasta el otro día. El jueves nos levantamos; éramos cinco muchachos y dos hermanas. No desayunamos para así tener más apetito para la comida del día de Acción de Gracias. Para aumentar aún más

nuestro apetito, fuimos a un campo cercano y cavamos un pozo de 2 metros de profundidad por 2 metros de ancho. Hicimos una trinchera para escondernos. Recuerdo que con cada palada iba pensando: *Por favor, Padre Celestial, haz que tengamos una oración.* Finalmente, a eso de las 2 y media de la tarde, mamá nos llamó a comer. Nos lavamos y nos sentamos a la mesa. De algún modo, mamá había conseguido preparar un pavo con todos los acompañamientos típicos. Cuando puso toda la comida sobre la mesa, sentí como si el corazón se me fuera a salir del pecho. Los minutos pasaban. Miré a mi padre, luego a mi madre y entonces pensé: *Por favor, por favor, hagamos una oración.* Casi sentía pánico, pero, de pronto, todos

empezaron a comer. Yo había estado esforzándome todo el día para tener más apetito, pero en ese momento se me pasó el hambre. No quise comer. Más que ninguna otra cosa en el mundo, quería orar; pero era ya muy tarde.

Amados jóvenes, den gracias por tener padres que hacen sus oraciones y leen las Escrituras; valoren la noche de hogar y agradezcan a aquellos que les enseñan y los adiestran.

Mis queridos jóvenes amigos, hay tantas cosas maravillosas y de gran mérito en este mundo. Me encantan las constantes referencias del presidente Hinckley sobre el amor que siente por ustedes, la confianza que les tiene y el potencial que ve en ustedes, nuestra amada juventud.





Prepárense para entrar en el templo. Un maravilloso poema lo describe así:

*“Entren por esta puerta como si el  
piso fuera de oro puro  
y las paredes cubiertas de joyas.  
Todo aquí es de valor inapreciable.  
Como si un coro en túnicas de fuego  
cantara aquí.  
No hablen fuerte, no se apresuren;  
hagan silencio.  
Dios está aquí.”*

# Los profetas y los grillos cebolleros espirituales

Élder Neil L. Andersen

De los Setenta

Y el presidente Joseph F. Smith enseñó: “Después de que hayamos hecho todo cuanto podamos por la causa de la verdad y de que hayamos resistido el mal que los hombres nos hayan ocasionado, y de que nos hayan abrumado con sus maldades, todavía tenemos el deber de seguir firmes. No podemos darnos por vencidos; no debemos postrarnos. Las causas importantes no triunfan en una sola generación”<sup>6</sup>.

Hombres y mujeres jóvenes, levanten el estandarte; sostengan la antorcha de su generación. Tenemos absoluta confianza en que lo harán.

Agradezco a Dios el sólido eslabón que todavía nos queda, la luz que no se apagará. Recuerden cuán bendecidos son al llevar a cabo sus oraciones en el hogar. Y procuren siempre encender una luz en los ojos de su madre. Es lo menos que todos podemos hacer por ella.

Les amamos,preciados jóvenes, y rogamos a Dios que bendiga a cada uno de ustedes. En el nombre de Jesucristo. Amén. □

## NOTAS

1. “La Familia”, Una proclamación para el mundo, *Liahona*, junio de 1996, págs. 10-11.

2. *Rudyard Kiplings Verse*, 1935, pág. 559.

3. Conversación con Brit McConkie.

4. “A Friend of Mine: Notes on the Gift of Teaching”, *Vital Speeches*, 15 de julio de 1988, pág. 615.

5. Poema por Orson F. Whitney; citado por Spencer W. Kimball en “The Things of Eternity—Stand We in Jeopardy?” *Ensign*, enero de 1977, pág. 7.

6. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith*, 1999, pág. 114.

“En el Israel moderno, servir al Señor significa seguir cuidadosamente a los profetas”.



**D**eseo expresarles mi amor. Dirijo mis palabras a los miembros de la Iglesia dedicados y llenos de testimonio de todas las naciones de la tierra. El solo hecho de que en esta hermosa mañana del sábado estén aquí o viendo esta conferencia en alguna sala ensombrecida en medio del día, manifiesta su discipulado. Ustedes se toman de serio lo que creen y lo exteriorizan.

Una amonestación que a mí me ha dado fuerza es la poderosa declaración del profeta Josué: “Escogeos hoy a quien sirváis... pero yo y mi casa serviremos a Jehová” (Josué 24:15).

Las palabras de Josué tienen muchísima importancia, pero aun así, la forma en que mostramos nuestra

decisión de servir al Señor cambia con cada generación. Cuando Josué habló hace 3.500 años, sus palabras significaban dejar atrás los falsos dioses, ir a la guerra contra los cananeos y prestar suma atención a las palabras del Profeta. Casi podemos oír las quejas de los escépticos cuando Josué anunció los planes de batalla para tomar la ciudad de Jericó. En primer lugar dijo que iban a rodear la ciudad en silencio durante cada uno de los seis días, y en el séptimo circundarían la ciudad en siete ocasiones. A continuación, los sacerdotes harían sonar las trompetas y al mismo tiempo el pueblo emitiría un gran grito. Entonces, les aseguró Josué, los muros de la ciudad caerán. Y cuando los muros cayeron, los escépticos se callaron (Véase Josué, capítulo 6).

Hay una cosa en nuestra época que no ha cambiado desde que habló Josué: Los que escogen servir al Señor siempre escuchan al profeta con atención. En el Israel moderno, servir al Señor significa seguir cuidadosamente a los profetas.

Los desafíos a los que nosotros y nuestras familias hacemos frente como discípulos de Cristo son un tanto diferentes a los que tenían los israelitas de Josué. Permítanme ilustrarlo con una experiencia. Nuestra familia vivió durante muchos años en el estado de Florida. Debido a la alta concentración de arena que hay en este estado, el césped es de un tipo de hoja ancha al que llamamos

San Agustín. Un enemigo monumental del césped de Florida es un pequeño insecto marrón llamado grillo cebollero.

Una tarde mientras mi vecino y yo estábamos frente a la casa, nos fijamos en un bichito pequeño que cruzaba la acera. “Será mejor que fumigues el césped”, me advirtió mi vecino. “Ese es un grillo cebollero”. No hacía demasiadas semanas que lo había fumigado, y no pensaba que tuviera ni el tiempo ni el dinero para volverlo a hacer tan pronto.

A la mañana siguiente examiné el césped, el cual estaba frondoso y de un verde muy bonito. Observé si podía ver alguno de esos pequeños insectos, pero no pude ver ninguno. Recuerdo que pensé: “Bueno, quizás aquel pequeño grillo cebollero pasó por mi jardín en camino al de mis vecinos”.

Observé el césped por más de una semana buscando señales de invasores, pero no había ninguna apreciable; y me felicité por no haber hecho caso del consejo de mi vecino.

La anécdota, sin embargo, tiene un final triste. Al salir de casa una mañana, unos diez días después de la conversación con mi vecino, vi, con horror, como si hubiese ocurrido durante la noche, que el césped estaba cubierto de manchas color marrón. Fui entonces a toda prisa a comprar insecticida y lo apliqué de inmediato, pero era demasiado tarde. El césped se había arruinado y para restaurarlo a su estado anterior fue necesario plantar más césped, largas horas de trabajo y un gran gasto.

La advertencia de mi vecino había sido fundamental con respecto al césped. El vio lo que yo no veía; sabía algo que yo no sabía: que esa clase de grillos viven bajo tierra y se movilizan sólo de noche, por lo que mis inspecciones diurnas no sirvieron de nada. El también sabía que esos insectos no se comen las briznas del césped, sino que se alimentan de las raíces de éste. Y sabía que esas pequeñas criaturas de dos centímetros y medio de largo comerían muchas raíces antes de que yo

viere el efecto de ello a flor de tierra. Pagué un precio muy alto por mi petulante independencia.

Vivimos en una época magnífica donde las bendiciones de las que gozamos son suntuosas y exuberantes. Con fe en el Salvador y obediencia a los mandamientos podemos llenar nuestra vida de satisfacción y regocijo.

Pero en estos tiempos de tanta belleza, las dificultades que hallamos al escoger servir al Señor son más sutiles que las de épocas anteriores, aunque sin duda son igual de frecuentes en el ámbito espiritual. Hay grillos espirituales que horadan por debajo de nuestros muros de protección e invaden nuestras delicadas raíces. Muchos de esos “insectos” de maldad parecen pequeños y, a veces, son casi invisibles. Si no los comba-

timos, harán daño e intentarán destruir lo que es más valioso para nosotros.

Las advertencias de los profetas y apóstoles siempre los llevan a hablar del hogar y de la familia. Permítanme citar la voz de amonestación de los profetas. El 11 de febrero de este año, la Primera Presidencia, con el apoyo del Quorum de los Doce Apóstoles, envió a todos los miembros de la Iglesia una carta de consejo con respecto a nuestras familias. Quisiera leerles parte de esa carta:

“Aconsejamos a los padres y a los hijos que den una prioridad predominante a la oración familiar, a la noche de hogar para la familia, al estudio y a la instrucción del Evangelio y a las actividades familiares sanas. Sin importar cuán apropiadas puedan ser

Miembros del Quorum de los Doce Apóstoles saludan al presidente Gordon B. Hinckley y a sus consejeros, el presidente Thomas S. Monson y el presidente James E. Faust, a su llegada al Tabernáculo.



otras exigencias o actividades, no se les debe permitir que desplacen los deberes divinamente asignados que sólo los padres y las familias pueden llevar a cabo en forma adecuada” (“Carta de la Primera Presidencia”, *Liahona*, diciembre de 1999, pág. 1).

¿Cómo reaccionamos ante ese profético consejo? ¿Cuál ha sido mi reacción y la reacción de ustedes a esa carta que la Primera Presidencia nos envió hace casi ocho meses?

En calidad de padre de adolescentes en un mundo tan ajetreado, doy constancia de que es necesario prestar a estos asuntos nuestra más cuidadosa atención a fin de que den resultado de forma eficaz en nuestra familia. Acabamos de escuchar el bello relato del élder Featherstone en cuanto a la oración familiar. Con todas las influencias adversas que rodean a nuestros hijos, ¿podemos imaginarnos el verlos irse por la mañana sin arrodillarse y pedir con humildad la protección del Señor? ¿O terminar el día sin arrodillarse juntos y reconocer nuestra responsabilidad ante El y nuestro agradecimiento por Sus bendiciones? Hermanos y hermanas, es preciso que llevemos a cabo la oración familiar.

Por cierto hay ocasiones en las que el intentar reunir a la familia para leer las Escrituras no podría

catalogarse como una experiencia espiritual digna de ser anotada en nuestro diario. Pero no debemos desistir. Hay ocasiones especiales en las que el espíritu de un hijo o una hija se encuentra preparado para recibir en su corazón, como un fuego, el poder espiritual de estos dos grandiosos poderes de las Escrituras. Al rendir honor a nuestro Padre Celestial en nuestros hogares, El rendirá honor a nuestros esfuerzos.

Todos sabemos en cuanto a la lucha que es necesario librar para retener la noche de hogar para la familia. Hay ladrones entre nosotros quienes nos robarían nuestras noches de los lunes. Pero las promesas que el Señor hizo a las familias que llevan a cabo la noche de hogar para la familia, emitidas por la Primera Presidencia hace 84 años, y reiteradas por nuestros profetas actuales, jamás han sido revocadas y están a nuestra disposición.

“Si los santos obedecen este consejo, les prometemos que resultarán grandes bendiciones. En el hogar aumentarán el amor y la obediencia a los padres, la fe nacerá en el corazón de los jóvenes de Israel, y obtendrán poder para combatir las influencias malignas y las tentaciones que los acosan” (en James R. Clark, comp., *Messages of the First*

*Presidency of The Church of Jesús Christ of Latter-day Saints*, 6 tomos, 1965-1975,4:339).

¿Quiénes de los que me escuchan estarían dispuestos a conceder estas promesas a aquellos que nos privarían de nuestros lunes por la noche? Ninguno de nosotros.

Para ustedes y para mí, los discípulos de Cristo, se deben fortalecer estos momentos de edificar la fe en la vida de nuestros hijos. Habrá ocasiones en las que como padres nos sentiremos deficientes. Eso me sucede a mí; pero debemos empezar de nuevo. Al ver nuestros esfuerzos verdaderos, el Señor abrirá las bendiciones del cielo si nos esforzamos por dar a nuestras familias la más alta prioridad. Mis hermanos y hermanas, hay grillos espirituales que están ocupados con nuestras raíces, y debemos ocuparnos aún más de nuestra mayordomía para con nuestras familias.

Al participar en esta conferencia, prestemos atención a nuestro querido presidente Hinckley, a sus consejeros y a los Apóstoles que nos dirijan la palabra.

No sigamos el modelo que mostré con los grillos cebolleros de Florida; nunca pasemos por alto las advertencias; nunca seamos petulantes en nuestra independencia. Aprendamos y escuchemos siempre con fe y humildad, estando prestos para arrepentimos cuando sea necesario.

Este es el Reino de Dios en la tierra. Ustedes y yo somos discípulos del Señor Jesucristo. El es el Hijo de Dios. El vive. El dirige esta obra. El presidente Hinckley es Su profeta, y junto a él hay otras catorce personas que poseen las llaves apostólicas. Ellos son atalayas en la torre, mensajeros de la voz de amonestación, Profetas, Videntes y Reveladores.

“Escogeos hoy a quien sirváis... pero yo y mi casa serviremos a Jehová” (Josué 24:15).

“Y el pueblo respondió a Josué: A Jehová nuestro Dios serviremos, y a su voz obedeceremos” (Josué 24:24).

Es mi súplica que estas palabras puedan estar inscritas en nuestros corazones. En el nombre de Jesucristo. Amén. □





# Cómo llegar a ser lo mejor de nosotros mismos

Presidente Thomas S. Monson

Primer Consejero de la Primera Presidencia

"Si [confiamos en el Señor], llegaremos a reconocer que hemos estado embarcados en Su obra, que Sus divinos propósitos se han cumplido y que nosotros hemos participado en ese cumplimiento".



En una época antigua y en un lugar muy lejano, nuestro Señor y Salvador Jesucristo enseñó a las multitudes y a Sus discípulos "el camino, la verdad y la vida"<sup>1</sup>. Les ofreció Sus consejos con palabras sagradas y Su magnífica existencia nos dejó un verdadero ejemplo. En ocasiones, el Señor solía preguntar: "¿Cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir?"<sup>2</sup>.

Durante Su ministerio en el continente americano, agregó palabras significativas al responder a esa misma clase de pregunta: "¿Qué clase de hombres habéis de ser? En

verdad os digo, aun como yo soy"<sup>3</sup>.

En Su ministerio terrenal, el Maestro describió cómo debemos vivir, cómo debemos enseñar, cómo debemos servir y qué debemos hacer para llegar a ser lo mejor de nosotros mismos.

Una de esas lecciones se encuentra en el libro de Juan, en la Santa Biblia, y dice: "Felipe halló a Natanael, y le dijo: Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas: a Jesús, el hijo de José, de Nazaret.

"Natanael le dijo: ¿De Nazaret puede salir algo de bueno? Le dijo Felipe: Ven y ve.

"Cuando Jesús vio a Natanael que se le acercaba, dijo de él: He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño"<sup>4</sup>.

En nuestra jornada terrenal, el consejo del apóstol Pablo nos brinda guía celestial: "...todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad". Y entonces añadió la recomendación final: "Lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí, esto haced; y el Dios de paz estará con vosotros"<sup>5</sup>.

En nuestra búsqueda para llegar a ser lo mejor de nosotros mismos, hay varias preguntas que podrían

guiarnos: *¿Soy lo que quiero ser? ¿Estoy hoy más cerca del Salvador que ayer? ¿Estaré aún más cerca de El mañana? ¿Tengo el valor necesario para cambiar?*

Es hora de que escojamos un sendero que con frecuencia se descuida, uno que podríamos llamar "El sendero de la familia", a fin de que nuestros hijos y nuestros nietos puedan crecer hasta alcanzar todo su potencial. Hay una tendencia nacional —y aun internacional— que lleva consigo un tácito mensaje: "Retorna a tus raíces, a tu familia, a las lecciones aprendidas, a la existencia vivida, a los ejemplos demostrados, sí, a los valores de la familia". Con frecuencia sólo se requiere regresar al hogar: a registrar las buhardillas por largo tiempo no examinadas, los diarios personales rara vez leídos, los álbumes de fotos casi olvidados.

El poeta escocés James Barrie escribió: "Dios nos ha dado recuerdos a fin de que podamos tener rosas de junio en el diciembre de nuestra vida"<sup>6</sup>. ¿Qué recuerdos tenemos de nuestra madre? ¿De nuestro padre? ¿De nuestros abuelos? ¿De nuestra familia? ¿De nuestros amigos?

¿Qué lecciones hemos aprendido de nuestros padres? Hace algunos años un padre le preguntó al élder ElRay L. Christiansen qué nombre le sugeriría para un nuevo bote que había adquirido. El hermano Christiansen le dijo: "¿Por qué no le pones *'El infractor del día de reposo'*"? Estoy seguro de que aquel novato marino pensó si su flamante juguete sería un infractor o un guardián del día del Señor. Cualquiera haya sido su decisión, seguramente dejó una indeleble impresión en sus hijos.

Otro padre enseñó a su hijo una inolvidable lección en cuanto a la obediencia y, por medio del ejemplo, a guardar el día de reposo. Me enteré de esto en los funerales de una gran Autoridad General, H. Verían Andersen. Uno de sus hijos le rindió un homenaje que se aplica a toda persona, no importa dónde se encuentre ni lo que esté haciendo. Es el ejemplo de la experiencia personal.



El hijo del élder Andersen contó que años antes había tenido una actividad escolar un sábado por la noche y le pidió prestado a su padre el automóvil de la familia. Después de darle las llaves, y mientras el joven se disponía a salir por la puerta, su padre le dijo: “El auto necesitará gasolina antes de mañana. Asegúrate de ponérsela antes de regresar”.

El hijo del élder Andersen comentó que la actividad de aquella noche resultó ser sumamente entretenida. Se reunió con sus amigos, disfrutaron del refrigerio y todos se divirtieron. Sin embargo, tanto se había divertido que se olvidó de cumplir las instrucciones que su padre le había dado de echarle gasolina al automóvil antes de volver a casa.

Llegó la mañana del domingo y el élder Andersen descubrió que el indicador de la gasolina del vehículo indicaba que el tanque estaba vacío. El hijo vio que su padre entró de vuelta en la casa y puso las llaves del auto sobre la mesa. En el hogar de los Andersen, el día del Señor era un día de adoración y de agradecimiento, y no para ir de compras.

Al seguir con su mensaje, el hijo del élder Andersen dijo: “Vi que mi padre se puso la chaqueta, se despidió y entonces hizo a pie el largo camino hasta la capilla para asistir a una reunión temprana”. Tenía que cumplir con su deber. Los principios no fueron supeditados a la conveniencia.

Al concluir su mensaje en el funeral, el discursante dijo: “Ningún hijo pudo jamás haber recibido de su padre una lección más eficaz que la que él me dio ese día. Mi padre no solamente conocía la verdad. También la vivía”.

Es en el hogar en donde modelamos nuestras actitudes, nuestras verdaderas creencias. Es en el hogar en donde se fomenta o se destruye la esperanza.

Nuestros hogares deben ser mucho más que santuarios. Deben ser lugares donde el Espíritu de Dios pueda morar, donde las tempestades se detengan a sus puertas, donde reine el amor y more la paz.

No hace mucho recibí una carta de una joven madre; en ella me decía: “A veces me pregunto si en verdad influyo en la vida de mis

hijos. Especialmente, al ser una madre soltera que trabaja en dos empleos para poder mantenerlos, cuando llego a casa suelo encontrar sólo desorden, pero nunca pierdo las esperanzas.

“Mis hijos y yo estábamos viendo la transmisión de una conferencia general y usted hablaba en esos momentos acerca de la oración. Mi hijo entonces comentó: ‘Mamá, tú ya nos enseñaste eso’. Yo le pregunté: ‘¿Qué quieres decir?’ Y él respondió: ‘Bueno, tú nos enseñaste a orar y cómo hacerlo, pero la otra noche fui a tu cuarto para preguntarte algo y te encontré de rodillas orando a nuestro Padre Celestial. Si Él es importante para ti, también lo será para mí’”. La carta terminaba así: “Imagino que una nunca podrá saber qué clase de influencia ejerce hasta que un hijo nos observe hacer lo que a él se le ha tratado de enseñar”. ¡Cuán maravillosa fue esa lección que un hijo aprendió de su madre!

Cuando yo era muchacho, descubrí algo sorprendente en la Escuela Dominical, un Día de las Madres, que ha permanecido conmigo a través de los años. Melvin, un hermano ciego del barrio, un talentoso cantante, solía ponerse de pie ante la congregación como si estuviera viendo a cada persona. Entonces cantaba “Esa hermosa madre mía”. Aquellas brillantes y resplandecientes brasas del recuerdo penetraban muy adentro del corazón. Los hombres sacaban sus pañuelos y los ojos de las mujeres brillaban empañados por las lágrimas.

Nosotros, los diáconos, pasábamos por entre la congregación llevando a cada una de las madres un pequeño geranio en una maceta de arcilla. Algunas madres eran jóvenes, otras de mediana edad y había también algunas ya ancianas que parecían estar aferrándose a sus últimos años de vida. Pude percibir cje los ojos de todas esas madres poseían una mirada bondadosa. Cada una de ellas respondía: “¡Gracias!” Pude sentir el espíritu de la declaración que dice: “Cuando alguien da una flor a otra persona, la fragancia

de la flor perdura en las manos del dador”. No he olvidado aquella lección y nunca la olvidaré.

Hay algunas madres, algunos padres, algunos hijos y algunas familias que han sido llamados a soportar pesadas cargas en esta vida terrenal. Una de esas familias era la de los Borgstrom, en el norte de Utah. Transcurría la Segunda Guerra Mundial y en varias partes del mundo se libraban terribles batallas.

Los Borgstrom perdieron trágicamente a cuatro de sus cinco hijos que servían en las Fuerzas Armadas. En el transcurso de sólo seis meses, esos cuatro hijos dieron su vida—cada uno de ellos en diferentes lugares del mundo.

Al año siguiente, los cadáveres de esos cuatro hermanos fueron traídos a Tremonton y sus funerales tuvieron lugar en el Tabernáculo de Garland, Utah, que se encontraba repleto de gente. El general Mark Clark asistió a los funerales y poco después pronunció con emoción estas palabras: “Volé a Garland en la mañana del 26 de junio, y me presenté a la familia, entre ellos estaban la madre, el padre y sus otros dos hijos... uno de ellos un adolescente. Nunca antes había conocido a un grupo familiar tan estoico.

“Cuando los cuatro féretros cubiertos con banderas fueron colocados frente a nosotros en la capilla, yo me senté junto a esos valientes padres y quedé profundamente impresionado por su comprensión, por su fe y por lo orgullosos que se sentían por esos magníficos hijos que habían hecho el supremo sacrificio en aras de los principios que tan nobles progenitores les habían inculcado desde su niñez.

“Posteriormente, la señora Borgstrom se acercó a mí y en voz baja me dijo: ‘¿Va a llevarse usted a mi otro hijo?’. Le respondí que mientras yo estuviera al mando del ejército en la Costa Occidental, si llegaran a llamar a su hijo, haría todo lo posible por asignarlo a prestar servicio solamente en los Estados Unidos.

“En medio de esa conversación callada con aquella madre, el padre

se inclinó y dijo a la señora Borgstrom: ‘He podido escuchar tus palabras con el general acerca de nuestro hijo menor; pero tú sabes bien que si la patria lo necesita, él no se negará a ir’.

“Yo apenas pude contener mi emoción. Ahí estaban esos padres, con cuatro hijos que yacían sin vida a raíz de las heridas que recibieron en el frente, y aún así, estaban dispuestos a hacer el último sacrificio si su patria se los pedía”.

Es el Evangelio del Señor Jesucristo que así conmovió el hogar y el corazón en ese día inolvidable.

Los años han venido y se han ido, pero la necesidad de un testimonio del Evangelio continúa siendo esencial. A medida que seguimos adelante hacia el futuro, no debemos descuidar las lecciones del pasado. Nuestro Padre Celestial dio a Su Hijo. El Hijo de Dios dio Su propia vida. Y a nosotros se nos ha pedido que demos nuestra vida, si fuere menester, al divino servicio de Ellos. ¿Lo harán ustedes? ¿Lo haré yo? ¿Lo haremos todos nosotros? Hay lecciones que deben enseñarse, actos bondadosos que deben efectuarse, almas que es necesario salvar.

Recordemos el consejo del rey Benjamín: “...cuando os halláis al servicio de vuestros semejantes, sólo estáis al servicio de vuestro Dios”<sup>7</sup>. Acérquense para rescatar a los que necesitan ayuda y elévenlos hasta el sendero más alto y el mejor camino. En la Primaria cantamos: “Guíenme, enséñenme la senda a seguir para que algún día yo con El pueda vivir”<sup>8</sup>.

La verdadera fe no es exclusiva de los niños, sino que se aplica a todos nosotros. Tal como aprendemos de Proverbios: “Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia.

“Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas”<sup>9</sup>. Si hacemos esto, llegaremos a reconocer que hemos estado embarcados en Su obra, que Sus divinos propósitos se han cumplido y que nosotros hemos participado en ese cumplimiento.

Permítaseme ilustrar esta verdad con una experiencia personal. Hace muchos años, cuando servía como obispo, tuve la impresión de que tenía que visitar a Augusta Schneider, una viuda originaria de la región europea de Alsacia-Lorena, que aunque hablaba muy poco inglés dominaba el alemán y el francés. Durante varios años después de aquella primera impresión la visité durante las temporadas navideñas. Cierta vez, Augusta me dijo: “Obispo, tengo algo de mucho valor para mí que quiero regalarle”. Fue entonces hasta un lugar especial de su modesto apartamento y trajo el obsequio. Se trataba de un hermoso fieltro de unos 15 por 20 centímetros en el que lucían las medallas que le habían otorgado a su esposo durante el servicio que había prestado en las fuerzas francesas en la Primera Guerra Mundial. Ella me dijo: “Quiero que reciba este valioso tesoro personal que tanto aprecio”. Con toda cortesía le respondí que quizás sería mejor que diera ese regalo a algún miembro de su familia. “No”, dijo con firmeza, “el regalo es suyo, porque usted tiene el alma de un verdadero francés”.

Poco tiempo después de haberme dado ese regalo tan especial,





Augusta falleció y fue a morar con aquel Dios que le dio la vida. En ocasiones suelo pensar en su declaración de que yo tenía “el alma de un verdadero francés”. No tenía ni la menor idea de lo que quiso decirme con eso; y sigo sin tenerla.

Muchos años más tarde, tuve el privilegio de acompañar al presidente Ezra Taft Benson a la dedicación del Templo de Francfort, Alemania, que habría de servir a los miembros de habla alemana, francesa y holandesa. Al empacar mis cosas para el viaje tuve la impresión de que debía llevar conmigo las medallas que me habían regalado, sin saber siquiera lo que habría de hacer con ellas; las

había tenido en mi posesión durante varios años.

En una de las dedicaciones en el idioma francés, el templo estaba repleto de miembros. Las canciones y los mensajes que se presentaron fueron hermosos. La gratitud por las bendiciones de Dios penetró en cada corazón. Por las notas que tenía anotadas para dirigir pude darme cuenta de que esa sesión incluía a algunos miembros de la zona de Alsacia-Lorena.

Durante mi discurso, me di cuenta de que el nombre del organista era *Schneider*. Entonces relaté el caso de mi asociación con Augusta Schneider; luego fui hasta el órgano

y le entregué a ese hombre las medallas y le dije que, siendo que su apellido era Schneider, quería que aceptara la responsabilidad de encargarse de indagar acerca de ese nombre en sus investigaciones genealógicas. El Espíritu del Señor dio testimonio a nuestro corazón de que ésa fue una sesión muy especial. El hermano Schneider, enormemente emocionado por el espíritu que se manifestó en el templo, tuvo gran dificultad para acompañar en el órgano el último himno de esa sesión.

Yo comprendí que ese valioso tesoro —la blanca de la viuda, porque era todo lo que Augusta Schneider poseía— fue puesto en la mano de alguien que se aseguraría de que muchas personas con “alma de verdaderos franceses” recibieran ahora las bendiciones que los santos templos brindan, tanto a los vivos como a los que ya han pasado más allá de esta vida terrenal.

Testifico que con Dios, todo es posible. El es nuestro Padre Celestial; Su Hijo es nuestro Redentor. Al esforzarnos por aprender Sus verdades y vivirlas, nuestra vida y la vida de otras personas serán abundantemente bendecidas.

Con toda seriedad declaro que Gordon B. Hinckley es un verdadero profeta para nuestros días y que es guiado en la gran obra que sigue progresando bajo su dirección.

Ruego que siempre tengamos presente que la obediencia a los mandamientos de Dios trae las bendiciones prometidas.

Ruego que cada uno de nosotros merezca recibirlas, en el nombre de Jesucristo. Amén. □



#### NOTAS

1. Juan 14:6.
2. 2 Pedro 3:11.
3. 3 Nefi 27:27.
4. Juan 1:45-47.
5. Filipenses 4:8-9.
6. Parafraseado de James Barrie, en *Peters Quotations: Ideas for Our Time*, comp. Laurence J. Peter, 1977, pág. 335.
7. Mosiah 2:17.
8. Naomi W. Randall, “Soy un hijo de Dios”, *Himnos*, N° 196.
9. Proverbios 3:5-6.

# Sostenimiento de oficiales de la Iglesia

**Presidente Thomas S. Monson**  
Primer Consejero de la Primera Presidencia



**H**ermanos y hermanas, el presidente Hinckley me ha pedido que presente a las Autoridades Generales, a los Setenta Autoridades de Área y a las presidencias generales de las organizaciones auxiliares de la Iglesia para su voto de sostenimiento.

Se propone que sostengamos a Gordon Bitner Hinckley como Profeta, Vidente y Revelador, y Presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días; a Thomas Spencer Monson como Primer Consejero de la Primera Presidencia y a James Esdras Faust como Segundo Consejero de la Primera Presidencia. Los que estén a favor pueden manifestarlo. Los opuestos, si los hay, pueden manifestarlo.

Se propone que sostengamos a Thomas Spencer Monson como Presidente del Quorum de los Doce Apóstoles, a Boyd Kenneth Packer

como Presidente en Funciones del Quorum de los Doce Apóstoles y a los siguientes hermanos como miembros de ese quorum: Boyd K. Packer, L. Tom Perry, David B. Haight, Neal A. Maxwell, Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks, M. Russell Ballard, Joseph B. Wirthlin, Richard G. Scott, Robert D. Hales, Jeffrey R. Holland y Henry B. Eyring. Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo. Los que se opongan, pueden manifestarlo.

Se propone que sostengamos a los Consejeros de la Primera Presidencia y a los Doce Apóstoles como Profetas, Videntes y Reveladores. Todos los que estén a favor pueden manifestarlo. Los contrarios, si hubiese alguno, con la misma señal.

Se propone que demos un voto oficial de agradecimiento a los élderes Joe J. Christensen y a Andrew W. Peterson y se les designe el estado de Autoridad General Emérita del Primer Quorum de los Setenta. Se propone también que relevemos al élder Christensen como presidente de los Quórumes de los Setenta. Los que deseen unirse en un voto de agradecimiento por su servicio, sírvanse manifestarlo.

Se propone que sostengamos al élder Ben B. Banks como miembro de la presidencia de los Quórumes de los Setenta. Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo. Los que se opongan, con la misma señal.

Se propone que relevemos a los élderes Max W. Craner, César A. Dávila, R Bruce Mitchell y J. Kirk Moyes como Setenta Autoridades de Área. Los que estén a favor,

sírvanse manifestarlo.

Se propone que sostengamos a J. Devn Cornish, Manfred H. Schütze y Johann A. Wondra como Setenta Autoridades de Área.

Se propone que relevemos a Patricia P. Pinegar, Anne G. Wirthlin y Susan L. Warner como presidencia general de la Primaria. Los que deseen unirse en un voto de agradecimiento especial hacia estas hermanas por la gran obra que han realizado, pueden manifestarlo.

Se propone que sostengamos a Coleen K. Menlove, Sydney S. Reynolds y Gayle M. Clegg como presidencia general de la Primaria. Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo. Los que se opongan, pueden manifestarlo.

Se propone que sostengamos a las demás Autoridades Generales, Setenta Autoridades de Área y a las presidencias generales de las organizaciones auxiliares como están constituidas en la actualidad. Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo. Si hay alguien que se oponga, puede manifestarlo.

Todo parece indicar que el sostenimiento ha sido unánime y afirmativo. Gracias, hermanos y hermanas, por su fe y por sus oraciones.

Pedimos ahora que la nueva presidencia general de la Primaria tome su lugar en el estrado. □



# El espíritu de revelación

**Presidente Boyd K. Packer**

Presidente en Funciones del Quorum de los Doce Apóstoles

"Jóvenes Santos de los Últimos Días, ¡pongan su vida en orden! ¡Acepten responsabilidades! ¡Lleven las riendas de su vida! ¡Dominen su mente y sus pensamientos!"



**M**e dirijo a nuestros niños y a nuestros jóvenes y les propongo que digan a sus padres y a sus abuelos que se sienten en silencio y no los distraigan por algunos minutos.

Quisiera contarles algo que aprendí de mi hermano y que ha sido como una protección para mí. Ya he hablado de ello anteriormente, pero no con tanto detalle como pienso hacerlo hoy.

Me gradué de piloto y recibí mis alas de plata dos días antes de cumplir 20 años. Más tarde, fui destinado a la base Langley Field, en el estado de Virginia, como copiloto de un bombardero B-24 capacitado para utilizar una nueva arma secreta: el radar.

Mi hermano, el coronel León C. Packer, estaba destinado en el Pentágono, en Washington, D. C. Habiendo recibido muchas conde-

coraciones como piloto del bombardero B-24, llegó a ser General de Brigada en la Fuerza Aérea.

Mientras me encontraba en la base Langley Field, terminó la guerra en Europa y se nos ordenó ir al Pacífico. Antes de partir para el frente de batalla, pasé algunos días con mi hermano en Washington.

El me contó cosas que había aprendido bajo el zumbido de las balas. Había volado desde Africa del Norte en ataques aéreos por el sur de Europa; muy pocos aviones habían regresado.

El 16 de abril de 1943 era capitán de un bombardero B-24 que regresaba a Inglaterra después de un ataque aéreo sobre Europa. Su avión, el "Yard Bird", había sostenido daños considerables por fuego antiaéreo y tuvo que separarse del resto de la formación.

Luego se encontraron solos y bajo un fuerte ataque por parte de los cazas enemigos.

En el relato que escribió de una sola página dijo: "El motor número tres echaba humo y perdió la hélice. El abastecedor de combustible número cuatro quedó destrozado. Los cables del alerón y del estabilizador derecho también resultaron dañados. El timón de cola apenas responde. La radio no funciona. Perforaciones muy grandes en el ala derecha. Los alerones están deshechos. Toda la parte trasera del fuselaje está llena de perforaciones. El sistema hidráulico inservible. La torre de la cola no funciona".

Un relato de la Octava Fuerza Aérea, publicado hace apenas dos

años, hace un recuento detallado de ese vuelo, escrito por un integrante de la tripulación.<sup>1</sup>

Con uno de los motores en llamas, los otros tres perdieron potencia. Iban a estrellarse. La alarma dio órdenes de que se lanzaran en paracaídas. El artillero, el único que pudo salir, se lanzó en paracaídas al Canal de la Mancha.

Los pilotos abandonaron sus asientos y empezaron a dirigirse hacia la plataforma del compartimiento de las bombas. De pronto, mi hermano oyó que uno de los motores hacía ciertos ruidos, como si quisiera arrancar, y sin demora volvió a su asiento y logró conseguir suficiente potencia de los motores para llegar a las costas de Inglaterra, en donde los motores fallaron y el avión se estrelló.

El tren de aterrizaje se desprendió al chocar contra la cima de una colina; el avión se abrió camino por entre los árboles y se hizo pedazos. El fuselaje quedó cubierto de tierra.

De manera increíble, no obstante que algunos estaban muy mal heridos, todos sobrevivieron. El artillero se perdió, pero posiblemente salvó la vida de los otros nueve, ya que, cuando el enemigo vio salir humo de uno de los motores y aparecer un paracaídas, cesaron el ataque.

Esa no fue la única vez que un avión piloteado por mi hermano se estrelló en un aterrizaje.

Mientras conversábamos, me explicó cómo había logrado permanecer calmo durante un ataque. Me dijo: "Tengo un himno predilecto"—el cual nombró—"y cuando las cosas se complicaban, lo cantaba en silencio y entonces me invadía una fe y una seguridad que me mantenían en el curso correcto".

Con esa lección, me despidió para el frente de batalla.

En la primavera de 1945, tuve la oportunidad de poner en práctica la lección que mi hermano me había enseñado meses atrás.

La guerra en el Pacífico terminó antes de que llegáramos a las Filipinas, por lo que se nos mandó ir a Japón.

Despegamos del aeródromo de Atsugi, cerca de Yokohama, en un



bombardero B-17 con destino a Guam para recoger un reflector.

Después de nueve horas en el aire, descendimos a través de las nubes y nos dimos cuenta de que estábamos completamente perdidos. Nuestra radio no funcionaba y, como nos dimos cuenta, nos encontramos en medio de un tifón.

Volamos a ras del océano tratando de buscar un indicio que nos indicara en dónde estábamos. En esa situación desesperante, recordé las palabras de mi hermano y aprendí que se puede orar y hasta cantar sin emitir un solo sonido.

Después de cierto tiempo, volamos sobre una serie de rocas que sobresalían del agua. ¿Serían parte del archipiélago de las Islas Marianas? Las seguimos y de pronto la Isla Tinian apareció en el horizonte y pudimos aterrizar con el tanque de combustible casi vacío. Al avanzar por la pista de aterrizaje, los motores se fueron parando uno por uno.

Fue así que aprendí que la oración y la música sagrada pueden ser algo muy privado y personal.

Aun cuando esa experiencia fue dramática, *el valor más grande de la lección que me enseñó mi hermano tuvo efecto más tarde en la vida cotidiana*, cuando enfrenté las tentaciones que ustedes enfrentan ahora.

Con el correr de los años, me di cuenta de que, aunque no era muy fácil, podía controlar mis pensamientos si sabía hacia dónde dirigirlos. Ustedes pueden reemplazar los pensamientos de tentación, de enojo, de desilusión y de miedo por otros mejores mediante la música.

Me encanta la música de la Iglesia. Los himnos de la Restauración brindan inspiración y protección.

¡También sé que cierta música es espiritualmente destructiva, mala y peligrosa! ¡Deséchenla!

Sé también por qué mi hermano aconsejó a sus hijos: "Recuerden que el fuego antiaéreo es más tupido cerca del blanco".

Los pensamientos son conversaciones que sostenemos con nosotros mismos. ¿Entienden por qué las Escrituras nos dicen "...[dejad] que la virtud engalane [vuestros]

pensamientos incesantemente", y nos prometen que si lo hacemos, nuestra "confianza se fortalecerá en la presencia de Dios; y la doctrina del sacerdocio destilará sobre [nuestras almas] como rocío del cielo", y entonces, "el Espíritu Santo será [nuestro] compañero constante"?<sup>2</sup>.

"Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho"<sup>3</sup>.

Jovencitos, la voz del Espíritu no se oye, sino que se siente. Ustedes pueden aprender desde muy pequeños cómo obra el Espíritu Santo.

Las Escrituras están repletas de consejos sobre cómo lo bueno puede influir en su manera de pensar y cómo la maldad puede controlarlos, si se lo permiten. Esa lucha nunca acabará. Pero recuerden esto:

*Toda el agua de este mundo, por más que lo intente, no hundirá el pequeño barco a menos que en él entre.*

*Y toda la maldad del mundo, ni el pecado en su crueldad, penetrarán el alma del hombre si él no los deja entrar<sup>4</sup>.*

Cuando aprendan a dominar sus pensamientos, estarán a salvo.

Alguien a quien conozco hace lo siguiente: Siempre que lo invade un pensamiento impropio, comienza a rozar el anillo de bodas con el pulgar, lo cual rompe el ciclo y se convierte en una manera casi instantánea de bloquear pensamientos e ideas indeseables.

No puedo dejar de contarles algo más acerca de la vez que estuve con mi hermano en Washington. El tenía que volar un bombardero B-25



hasta Texas para recoger algo y luego volver a Washington al día siguiente. Yo fui con él, siendo ésa la única vez que volamos juntos.

Muchos años después fui honrado por la Universidad Weber State, donde ambos nos graduamos y él había sido un líder estudiantil durante su época universitaria. Como yo me encontraba en Sudamérica, él accedió a asistir al banquete y aceptar el reconocimiento por mí.

Durante el discurso que pronunció al aceptarlo, relató lo siguiente, parte de lo cual es verdad. Dijo que en Texas nos encontrábamos en dos aviones diferentes, uno junto al otro en la pista, listos para despegar. Entonces me dijo por radio: “¡Te espero arriba, si piensas que puedes llegar!”.

Luego les dijo que después que se me llamó como Autoridad General de la Iglesia yo solía vigilar su conducta y decirle: “¡Te espero arriba, si piensas que puedes llegar!”.

Bueno, mi buen hermano llegó y ahora está en donde yo espero estar algún día.

Jovencitos Santos de los Últimos Días, ¡pongan su vida en orden! ¡Acepten responsabilidades! ¡Lleven

las riendas de su vida! ¡Dominen su mente y sus pensamientos! Si tienen amigos que no son una buena influencia para ustedes, hagan cambios, incluso si eso les causa soledad y aun el rechazo.

Si ya hubieran cometido errores serios, hay formas de arreglar las cosas y al final será como si nunca hubiesen ocurrido.

A veces el sentido de culpa domina nuestros pensamientos y nos hace prisioneros. ¡Qué insensatez es quedarnos allí si la puerta permanece abierta! No se digan a sí mismos que el pecado en realidad no tiene importancia. Eso no les servirá de nada, pero el arrepentimiento sí.

Háganse cargo de su vida ahora. Qué extraordinario es ser Santo de los Últimos Días en estos tiempos maravillosos y desafiantes.

Pablo dijo al joven Timoteo: “Ninguno tenga en poco tu juventud”<sup>5</sup>.

Y Louisa May Alcott tenía sólo 14 años cuando escribió:

*Un pequeño reino poseo,  
Donde los pensamientos moran;  
Y cuán difícil es, según veo,  
Gobernarlo a toda hora...*

*No pido corona ninguna,  
Sino lo que todos pueden lograr.  
Ni busco tomar tierra alguna  
Sólo el reino de mi mente  
conquistar*<sup>6</sup>.

Ustedes pueden y deben conquistar su mente. Nuestro futuro depende de ustedes, nuestros niños y jovencitos.

Y bien, ése es el consejo que les hago llegar. Ahora despierten a sus padres y díganles que han aprendido una manera de ayudarse a ustedes mismos a ser perfectos. Quizás no sean del todo perfectos, pero pueden acercarse a la perfección.

Les doy este incentivo: Un maestro, al intentar explicar lo que es una teoría, formuló esta pregunta: “Si al llevar una carta al buzón te detienes a medio camino y luego prosigues y recorres la mitad de la distancia que quede y te vuelves a detener; y si así sigues avanzando y repitiendo el procedimiento una y otra vez, teóricamente, ¿llegarás finalmente al buzón? Un alumno vivaz dijo: “No, pero llegará lo suficientemente cerca para echar la carta”.

Ustedes llegarán lo suficientemente cerca de la perfección para

Miembros del Quorum de los Doce Apóstoles antes del comienzo de una de las sesiones de la conferencia. *Desde la izquierda:* El presidente Boyd K. Packer, Presidente en Funciones del Quorum de los Doce Apóstoles, y los élderes L. Tom Perry, Neal A. Maxwell, Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks, M. Russell Ballard y Joseph B. Whithlin.



tener una vida llena de retos y pro-  
blencias, con inspiración, felicidad y  
gozo eternos.

El Señor ha prometido: “No os  
dejaré huérfanos; vendré a  
vosotros”<sup>7</sup>.

“Sí, he aquí, hablaré a tu *mente* y  
a tu *corazón* por medio del Espíritu  
Santo que vendrá sobre ti y morará  
en tu corazón...

“Este es el espíritu de revelación...

“Por tanto, éste es tu don; empé-  
ñate en él y serás bendecido, porque  
te librará...”<sup>8</sup>.

Que Dios los bendiga. Ustedes  
acaban de cantar “Yo sé quien soy;  
sé el plan de Dios”<sup>9</sup>. Algún día  
darán su testimonio a sus nietos, y  
ellos a los nietos de ellos, y éstos  
a otra generación y así sucesiva-  
mente.

Contemplan la larga vida, el  
largo futuro ante esta Iglesia, ante  
los niños y los jóvenes, ante todos  
los Santos de los Últimos Días. Les  
testifico a ustedes, jovencitos, que  
Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios.  
Como abuelo y bisabuelo que soy, sé  
cuanto les amamos a ustedes. Les  
digo cuánto les amamos, cuánto se  
les ama en esta Iglesia, e invoco las  
bendiciones del Señor sobre ustedes  
a medida que hacen frente a la ma-  
ravillosa vida que les aguarda como  
jóvenes Santos de los Últimos Días.  
Todo lo cual hago como siervo del  
Señor y en el nombre de Jesucristo.  
Amén. □

## NOTAS

1. Véase Gerald Astor, *The Mighty  
Eighth: The Air War in Europe told by the  
Men Who Fought It*, 1997.

2. D.yC. 121:45-46.

3. Juan 14:26.

4. Autor desconocido, “All the Water  
in the World,” *Best-Loved Poems of the LDS  
People*, editado por Jack M. Lyon y otros,  
1996, pág. 302.

5. 1 Timoteo 4:12.

6. Louisa May Alcott, “My Little  
Kingdom,” *Louisa May Alcott—Her  
Girlhood Diary*, ed. por Cary Ryan, 1993,  
págs. 8-9.

7. Juan 14:18.

8. D. y C. 8:2-4; cursiva agregada.

9. “La Iglesia de Jesucristo”, *Canciones  
para los niños*, pág. 48.

# “Para esto he venido al mundo”

Elder Alexander B. Morrison

De los Setenta

“El símbolo de Jesús y del lugar que ocupa en nuestros corazones debe  
ser una vida totalmente entregada a Su servicio, a amar y cuidar a los  
demás”.



Cuando Jesús fue llevado ante  
Pilato, después de una obs-  
cura noche llena de odio, de  
insultos y de maltrato, el orgulloso  
Procurador romano rápidamente  
pudo darse cuenta de que éste no  
era un hombre común. Jesús no ma-  
nifestó ninguna actitud servil ni el  
falso valor característico de aquellos  
que suplicaban misericordia ante el  
poder del imperio de Roma; sino  
que permaneció en silencio ante el  
orgulloso romano; con la cabeza er-  
guida, majestuoso, con porte dócil  
pero al mismo tiempo digno de un  
rey. “¿Luego, eres tú rey?”, inquirió  
Pilato (Juan 18:37).

Jesús, el Rey de Reyes, cuyo Padre  
le hubiera dado “más de doce legio-  
nes de ángeles” (Mateo 26:53) si tan

sólo se lo hubiera pedido, cuya gloria  
y majestad trascendían cualquier  
cosa que Pilato o cualquier otro  
hombre hubiese podido comprender,  
respondió con sencillez: “Tú dices  
que yo soy rey. Yo para esto he naci-  
do, y para esto he venido al mundo,  
para dar testimonio a la verdad”  
(Juan 18:37). Pilato, un hombre  
débil e indeciso, carente de integri-  
dad e indiferente a los principios co-  
rrectos, replicó en tono cínico:  
“¿Qué es la verdad?” (Juan 18:38).  
Luego, aunque no halló en Jesús nin-  
gún delito y además sabía con certe-  
za que El no era ningún agitador  
político ni una amenaza para el  
poder y la autoridad de Roma, Pilato  
cedió a la presión de la multitud se-  
dienta de sangre, y entregó a Cristo a  
quienes lo irían a crucificar.

“Para esto he venido al mundo”.  
¿Y qué era *esto*? ¿Por qué Jesús, el  
Señor Dios omnipotente, que se  
sienta a la diestra del Padre, creador  
de mundos sin fin, legislador y juez,  
condescendió venir a la tierra para  
nacer en un establo, vivir la mayor  
parte de su existencia terrenal en la  
obscuridad, caminar por los polvo-  
rientos senderos de Judea procla-  
mando un mensaje al que  
violentamente muchos se oponían,  
para ser al final traicionado por uno  
de Sus allegados más íntimos, y  
morir entre dos malhechores en la  
sombria colina del Gólgota? Nefi,  
que se glorió en “Jesús, porque él ha  
redimido mi alma del infierno”



Durante 132 años, las Autoridades Generales y otros discursantes han entrado al Tabernáculo a través de estas puertas situadas al lado norte del pulpito.

(2 Nefi 33:6) comprendía la motivación de Cristo: “El no hace nada a menos que sea para el beneficio del mundo; porque él ama al mundo, al grado de dar su propia vida para traer a todos los hombres a él” (2 Nefi 26:24). El amor que sentía por todos los hijos de Dios fue lo que llevó a Jesús, único en su perfección sin pecado, a ofrecerse como rescate por los pecados de los demás. Como dice la letra de un himno predilecto: “Pues el Señor Su vida dio y con Su sangre nos salvó” (*Himnos*, Nº 106). Esa fue, entonces, la causa sublime que trajo a Jesús a la tierra a “sufrir y por los hombres a morir”. Vino como “cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1:19) para expiar nuestros pecados para que El, al ser levantado sobre la cruz, pudiese atraer a sí mismo a todos los hombres (véase 3 Nefi 27:14). Según las acertadas palabras de Pablo: “Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados” (1 Corintios 15:22).

El símbolo de su triunfo sobre la muerte es la tumba vacía. Aquel al que “levantó Dios al tercer día” (Hechos 10:40) desató las “ligaduras

de esta muerte temporal, de modo que *todos* se levantarán” (Alma 11:42, cursiva agregada) y lograrán “la victoria sobre la tumba” (Mormón 7:5). En El “el aguijón de la muerte es consumido” (Mosíah 16:8).

No obstante, Jesús vino a traer no sólo la inmortalidad, sino también la vida eterna a los hijos de nuestro Padre. A pesar de que la Expiación de Cristo proporciona la resurrección de las personas de todo el universo, ya sea que lo merezcan o no, el don de la vida eterna, o sea la vida con el Padre y el Hijo, en Su presencia perfecta, está reservado para los fieles, para aquellos que manifiestan su amor por Cristo mediante su deseo de seguir Sus mandamientos y hacer convenios santos y guardarlos. “El que tiene mis mandamientos, y los guarda”, nos recuerda Jesús, “ése es el que me ama” (Juan 14:21). Tal como lo han declarado los profetas a través de los tiempos, únicamente si hacemos convenios sagrados y los guardamos, esos sagrados acuerdos celestiales entre Dios y el hombre, llegaremos a ser “participantes de la

naturaleza divina” y escapar a “la corrupción que hay en el mundo” (2 Pedro 1:4).

Antes que nada, Jesús vino a la tierra como el Salvador expiatorio que murió para que todos pudiesen tener “paz en este mundo y la vida eterna en el mundo venidero” (D. y C. 59:23). Sin embargo, vino también por otra razón: para servir como ejemplo para todos del potencial divino del hombre, la norma mediante la cual debemos medir nuestra vida. Aquel que proclamó Su divinidad a la mujer samaritana en el pozo de Jacob (véase Juan 4) nos exhorta a ser “aun como yo soy” (3 Nefi 27:27), a ser perfectos “como yo, o como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (3 Nefi 12:48). Desde lo más hondo de esa inefable perfección, El nos hace el llamado de cuidar a los enfermos, a los pobres, a los afligidos, a orar y a sentir compasión hacia todos los hijos de Dios, porque “Dios no hace acepción de personas” (véase Hechos 10:34). Para Él no hay barreras de raza, género ni idioma: Según explicó Nefi: “a nadie de los que a él vienen desecha, sean negros o blancos, esclavos o libres, varones o mujeres; y se acuerda de los paganos; y todos son iguales ante Dios...” (2 Nefi 26:33).

A aquellos de entre nosotros que se preguntan quién es nuestro prójimo, El habló del buen samaritano; del pastor que dejó a sus noventa y nueve ovejas para ir a buscar a la que se le había perdido; y del hombre que “hizo una gran cena” a la cual invitó “a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos” (Lucas 14:16,21).

Jesús, el Maestro Supremo, a menudo enseñaba verdades eternas que extraía de las experiencias comunes de la vida. Una de esas lecciones tiene que ver con la necesidad que tenemos de dar con espíritu de sacrificio y con la verdadera intención de bendecir a los que sean menos afortunados que nosotros. Lucas anotó en el registro que cuando Jesús se sentó en el templo, observaba a los que ponían sus ofrendas en el arca de las ofrendas.



Algunos depositaban su obsequio con actitud piadosa y sinceridad de propósito, pero otros, aunque daban grandes sumas de plata y oro, lo hacían de manera ostentosa, principalmente para ser vistos de los hombres.

Entre las largas filas de donantes se encontraba una viuda pobre, quien depositó en el arca de las ofrendas todo lo que tenía, dos pequeñas monedas de bronce conocidas como blancas, que juntas sumaban menos que el valor de medio centavo en dinero americano. Percatándose de la desproporción que había entre lo que ella dio y las ofrendas cuantiosas de algunos otros, Jesús proclamó: “En verdad os digo, que esta viuda pobre echó más que todos”. Si bien el rico había dado de su abundancia, “ésta, de su pobreza echó todo el sustento que tenía” (Lucas 21:1-4). Jesús sabía que la cantidad que damos no es lo que importa. De acuerdo con la aritmética de los cielos, el valor lo determina la calidad y no la cantidad. Para Dios, lo que es aceptable es la intención del corazón y de la mente bien dispuesta (véase 2 Corintios 8:12).

Jesús sentía un amor especial hacia los niños. Tanto en el viejo continente como en el nuevo, los exhortó a venir a El (véase Lucas 18:16; 3 Nefi 17:21-24). En el registro nefita se encuentra asentado el dulce testimonio del tierno amor que Cristo tiene hacia los pequeñitos: “...y tomó a sus niños pequeños, uno por uno, y los bendijo, y rogó al Padre por ellos.

“Y cuando hubo hecho esto, lloró” (3 Nefi 17:21-22). Jesús sabía que los niños son puros y sin pecado. “...si no os volvéis y os hacéis como niños”, dijo, “no entraréis en el reino de los cielos” (Mateo 18:3). El rey Benjamín, el gran profeta nefita, explicó lo que significa llegar a ser como un niño: “sumiso, manso, humilde, paciente, lleno de amor y dispuesto a someterse a cuanto el Señor juzgue conveniente imponer sobre él” (Mosíah 3:19).

En un mundo en el que día a día presenciamos tanta indiferencia

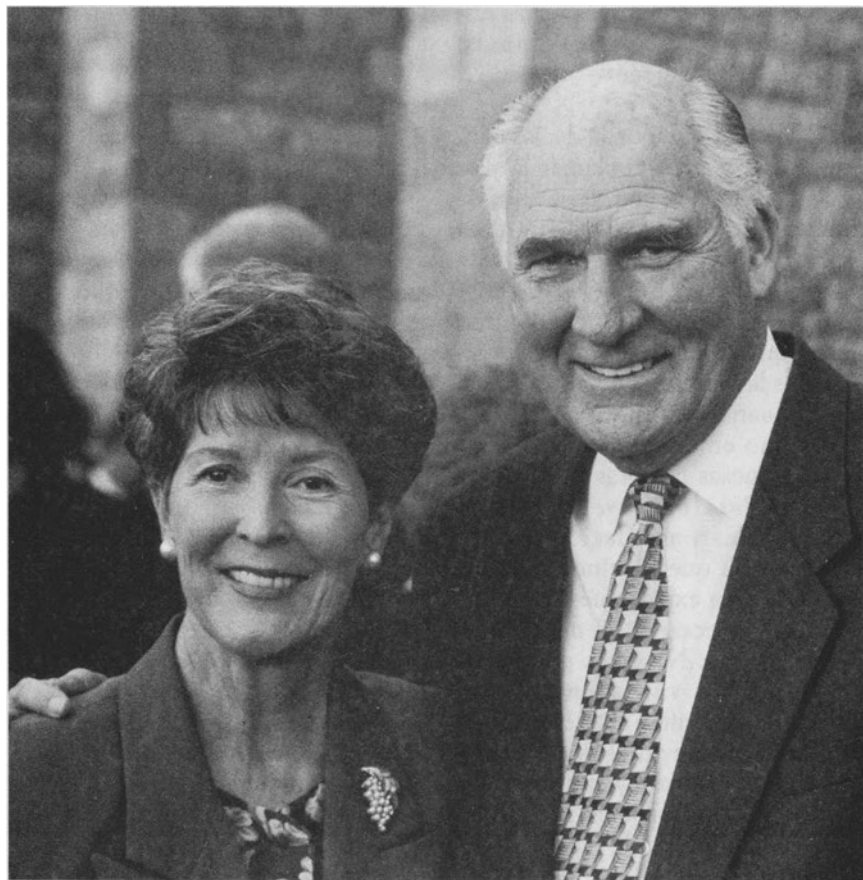
insensible hacia los menos afortunados, Jesús habló de la necesidad de dar de comer al hambriento, de dar de beber al sediento, de dar albergue al forastero, de vestir al desnudo y de visitar a los enfermos y a los encarcelados.

En una de las pruebas más difíciles del ser un discípulo de Cristo, el Señor nos exhortó: “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen” (Mateo 5:44). Nos recordó que al hacer actos de caridad en beneficio de los demás, incluso de aquellos que algunos consideran los “más pequeños”, “a mí lo hicisteis” (véase Mateo 25:35-45). Enseñó no sólo acerca de la obligación que tenemos de ayudarnos los unos a los otros temporalmente, sino también en cuanto a las consecuencias poderosas, eternas y espirituales que esto conlleva. En verdad, todos Sus mandamientos, al

final de cuentas, son espirituales y no sólo temporales. Por lo tanto, las Escrituras nos amonestan que “a fin de retener la remisión de [nuestros] pecados de día en día, para que [an demos] sin culpa ante Dios... de [nuestros] bienes [demos] al pobre, cada cual según lo que tuviere” (Mosíah 4:26).

Por tanto, a fin de cuentas, la mejor manera de manifestar nuestra devoción a Cristo y nuestro deseo de seguir Sus pasos es por la forma en que vivimos y le servimos. El símbolo de Jesús y del lugar que ocupa en nuestros corazones debe ser una vida totalmente entregada a Su servicio, a amar y cuidar a los demás, a una consagración total a Cristo y a Su causa; a un renacimiento espiritual que produce “un gran cambio” en nuestros corazones y nos prepara para recibir “su imagen en [nuestros] rostros” (Alma 5:13-14). El tomar el nombre del Señor sobre nosotros significa que

La hermana Patricia P. Pinegar, recién relevada de su cargo de presidenta general de la Primaria, en compañía de su esposo, Ed.



estamos dispuestos a hacer cualquier cosa que El requiera de nosotros. Alguien ha dicho que el precio de una vida cristiana es el mismo de siempre: es sencillamente dar todo lo que poseemos sin retener nada, “[abandonar] todos [nuestros] pecados para conocer [le a El]” (Alma 22:18). Cuando no vivimos de acuerdo con las normas del Señor por pereza, indiferencia o iniquidad; cuando somos inicuos o crueles, egoístas, sensuales o frívolos; en cierto sentido estamos crucificando de nuevo al Señor. Cuando en todo momento nos esforzamos por ser lo mejor; cuando estamos al cuidado de los demás y les servimos; cuando superamos el egoísmo con el amor; cuando ponemos el bienestar de los demás antes que el nuestro; cuando llevamos las cargas los unos de los otros y “[lloramos] con los que lloran”; cuando “[consolamos] a los que necesitan de consuelo, y [somos] testigos de Dios en todo tiempo, y en todas las cosas y en todo lugar” (Mosiah 18:8-9), es entonces que honramos al Señor, recibimos Su poder y llegamos a ser más y más como El, haciéndonos más y más resplandecientes, si perseveramos, “hasta el día perfecto” (D. y C. 50:24).

No hay voz que pueda declarar, ni lengua que pueda proclamar la plenitud del ejemplo indescriptible de Cristo. Las palabras de Juan, el amado, dicen: “Y hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir” (Juan 21:25).

Termino en donde comencé, con las majestuosas palabras de Cristo a Pilato: “Para esto he venido al mundo”. Cuan agradecidos debíamos estar de que El vino hace dos mil años, para expiar nuestros pecados y establecer el ejemplo para nuestras vidas. Nosotros proclamamos esa gran verdad a todo el mundo. Les testifico que El volverá otra vez como Rey de Reyes y Señor de Señores, con paz y salvación, tu pueblo a libertar (*Himnos*, N° 26).

En el nombre de Jesucristo. Amén. □

# Servir al Señor

Élder Adhemar Damíani

De los Setenta

"No podemos elegir servir a Dios y al mundo al mismo tiempo".



Cuando la vida de Josué llegaba a su fin, reunió a las tribus de Israel y les recordó la misericordia y las bendiciones que el Señor había conferido sobre ellos.

Debido al tipo de vida que vivían, Josué los amonestó y les dijo:

“Ahora, pues, temed a Jehová, y servidle con integridad y verdad; y quitad de entre vosotros los dioses a los cuales sirvieron vuestros padres al otro lado del río, y en Egipto; y servid a Jehová.

“Y si mal os parece servir a Jehová, escoged hoy a quién sirváis;... pero yo y mi casa serviremos a Jehová”<sup>1</sup>.

Hoy en día se nos amonesta de la misma manera por medio de apóstoles y profetas. Debemos temer al Señor, servir al Señor, dejar a un lado los dioses mundanos y elegir a quién serviremos.

El temer al Señor significa ser reverente, y amarlo y guardar Sus mandamientos.

Mostramos que servimos al Señor por la forma en que vivimos los mandamientos que recibimos de El, por el trabajo que llevamos a cabo para establecer el Reino de Dios sobre la tierra y por la forma en que actuamos ante nuestros semejantes.

El hacer a un lado los dioses mundanos significa eliminar de nuestra mente los pensamientos impuros, deshacerse de todos los sentimientos de odio y maldad de nuestro corazón y liberar nuestras vidas de cualquier cosa que impida que el Espíritu Santo esté siempre con nosotros.

Para algunos, el dejar a un lado los dioses mundanos significará librarse de algún pequeño hábito. Para otros, puede ser el liberarse de pecados serios que estén cometiendo. Para otros, incluso puede significar el olvidar hechos tristes que sucedieron en una época temprana en la vida. Cualesquiera sea la situación, en cada uno de nosotros se encuentra el poder de cambiar, el poder de transformar los sentimientos negativos de nuestro corazón. El Señor Jesucristo nos dará ese poder y nos ayudará. Todo lo que nos pide es que tengamos fe en El, que sigamos Su ejemplo y que obedezcamos Sus mandamientos.

Cuando amamos a Dios, lo servimos con sinceridad y renunciamos a las cosas de este mundo, nos convertimos en verdaderos seguidores de Cristo.

Muchas veces durante nuestra vida nos detenemos y reflexionamos, como sucedió con el pueblo de Israel. ¿Valía la pena servir al Señor? Jesús dijo:



“Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Descendió la lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca. Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina”<sup>2</sup>.

El servir a Cristo no es en sí una forma de escapar de la dura realidad de la vida.

Como dice la Biblia: “Todo acontece de la misma manera a todos; un mismo suceso ocurre al justo y al impío; al bueno, al limpio y al no limpio...”<sup>3</sup>.

La lluvia, las inundaciones y los vientos no sólo sacuden la casa que había sido construida sobre la arena, sino también a la otra, la que había sido construida sobre la roca.

Tanto el que sirve al Señor como el que lo desdén vive en un mundo reglamentado por las mismas leyes de la naturaleza.

Muchas son las cosas que sobrevienen tanto al santo como al pecador: enfermedades, muerte, catástrofes, accidentes, etc.

Ni la prosperidad ni la pobreza indican si la persona está viviendo una vida cristiana.

El sufrimiento físico no es evidencia de maldad ni es castigo por el pecado.

¿Cuales son, entonces, las recomendaciones del servir al Señor?

El Evangelio de Jesucristo no promete que viviremos libres de las

tribulaciones; pero sí fortalece nuestro espíritu para que podamos aceptar la adversidad y enfrentarla cuando llegue.

La casa fundada sobre la roca no cae con los grandes vientos ni con la lluvia.

La persona cuya vida está fundada en el Evangelio del Señor Jesucristo es capaz de:

- Enfrentar la adversidad con esperanza;

- Resistir las ofensas y perdonar; y

- Enfrentar la muerte con serenidad.

La persona que decide seguir al Señor y guarda Sus mandamientos:

- En sus debilidades, sabe dónde está la fuente de su fortaleza;

- En su fortaleza, permanece humilde;

- En su pobreza, sabe cuáles son sus riquezas;

•En su prosperidad, recuerda a sus hermanos con amor.

Una persona que puede vivir de esta forma, sin temor ni odio, mas con amor, es una persona feliz.

Los frutos que se obtienen de servir al Señor son, en esencia, espirituales.

Jesús enseñó que cada árbol da fruto de acuerdo con su especie. “No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos”<sup>4</sup>.

Jesús prometió la vida eterna a Sus seguidores. “De cierto os digo, que no hay nadie que haya dejado casa, o padres, o hermanos, o mujer, o hijos, por el reino de Dios, que no haya de recibir mucho más en este tiempo, y en el siglo venidero la vida eterna”<sup>5</sup>.

En esta vida edificamos nuestra morada eterna.

¿Estamos edificando sobre la roca que es el Evangelio de Jesucristo o estamos edificando sobre la arena cuyo fundamento es la falsedad del mundo?

En todo momento debemos elegir a quién serviremos, porque hemos sido puestos sobre esta tierra para ser probados<sup>6</sup>.

No podemos elegir servir a Dios y al mundo al mismo tiempo<sup>7</sup>.

Si deseamos seguir al Señor, debemos guardar Sus mandamientos y seguir a nuestro profeta y sus enseñanzas:

“Y si mal os parece servir a Jehová, escogeos hoy a quien sirváis... pero yo y mi casa serviremos a Jehová”<sup>8</sup>.

Doy mi testimonio de que yo sé que estos principios son verdaderos. Mi familia y yo hemos sido muy bendecidos al seguir el consejo de los apóstoles y profetas y al elegir servir al Señor. Hoy día nos guía un profeta de Dios. En el nombre de Jesucristo. Amén. □

#### NOTAS

1. Josué 24:14-15.
2. Mateo 7:24-27.
3. Eclesiastés 9:2.
4. Mateo 7:18.
5. Lucas 18:29-30.
6. Véase Abraham 3:25.
7. Véase Mateo 6:24.
8. Josué 24:15.

# Nuestro legado

Élder Stephen B. Oveson

De los Setenta

“¿Qué *estamos* haciendo para asegurar que nuestros amados hijos y nietos hereden [nuestro] legado?”



**M**is hermanos y hermanas, estoy tan agradecido de estar con ustedes hoy en este histórico Tabernáculo. Hace setenta y cuatro años, mi abuelo, Lars Peter Oveson, se puso de pie ante este púlpito y dio su testimonio, habiendo sido invitado como presidente de la estaca Emery County, Utah.

Aunque él murió cuando yo era pequeño, mi abuelo siempre ha sido uno de mis héroes. He estudiado su diario personal que relata una y otra vez su voluntad de responder a los llamamientos que recibió durante toda su vida. El y sus padres se convirtieron al Evangelio en Dinamarca, emigraron a este país y cruzaron las llanuras para unirse a los santos en Utah. Uno de los llamamientos hizo necesario que dejara por seis meses a su joven esposa para trabajar en la construcción del Templo de St. George. De nuevo tuvo que alejarse

de ella y de su pequeña familia para servir en una misión de dos años en su país natal de Dinamarca. Más tarde, los llamamientos de obispo y de presidente de estaca hicieron necesario que se mudaran y que tuvieran que construir su hogar y su granja en tres ocasiones diferentes. A través de todos esos períodos de inestabilidad, permaneció agradecido, alegre y fiel a los principios del Evangelio, dejando un gran legado de fe a los que llevamos su nombre.

Ese legado me fue transmitido por mi padre, Merrill M. Oveson, el menor de una familia de trece hijos. El y mi madre, Mal Berg Oveson, descendiente también de un linaje fiel, fueron sellados en el Templo de Salt Lake, abordaron un tren y fueron a Oregon para que mi padre continuara sus estudios. Allí permanecieron por más de cuarenta años, durante muchos de los cuales vivieron en una pequeña comunidad agrícola donde éramos los únicos miembros de la Iglesia.

A menudo he pensado en lo fácil que hubiera sido para mis padres simplemente cambiar su religión y unirse a los muchos amigos que tenían en la iglesia cristiana de la comunidad. Eso les habría simplificado mucho la vida, especialmente durante los años de la Segunda Guerra Mundial, en que era imposible, debido al racionamiento de gasolina y de neumáticos, viajar cuarenta millas a la rama organizada más cercana de la Iglesia de los Santos de los Últimos Días. En vez de ello, recibieron permiso para efectuar la Escuela Dominical en casa, lo cual hicieron



fielmente semana tras semana todos esos años. Allí compartimos la Santa Cena como familia; allí fue donde mis hermanos y yo aprendimos los principios del Evangelio y escuchamos las historias de la Biblia y del Libro de Mormón literalmente a los pies de nuestros padres.

Mi padre, otro de mis héroes, murió hace varios años, pero mi madre, que ahora tiene noventa y seis años, sigue asistiendo fielmente a su barrio cada semana y es una inspiración para todos los que la conocen.

Mi esposa heredó un legado similar, y estamos tan agradecidos por ello. Sabemos que se nos ha confiado este llamamiento en parte por los hechos fieles de los que nos han antecedido. La pregunta es: *¿Qué estamos haciendo para asegurar que*

nuestros amados hijos y nietos hereden ese legado?

Ya sea que descendamos de generaciones en la Iglesia o que seamos el primer eslabón en la cadena de generaciones, tenemos la responsabilidad de transmitir a nuestra posteridad un legado de fe, el cual queda de manifiesto por medio de nuestros hechos diarios. Los que son miembros recién convertidos tienen una oportunidad particularmente grande de ser los pioneros para sus antepasados y para su posteridad. A fin de cumplir con esa obligación, todos debemos hacernos algunas preguntas directas:

• ¿Estamos edificando vidas de honradez e integridad?

• ¿Seguimos el consejo de nuestros profetas actuales y pasados?

• ¿Guardamos nuestros convenios?

• ¿Llevamos a cabo la noche de hogar y estudiamos las Escrituras, y tratamos de vivir los preceptos que aprendemos de ellas?

• ¿Obedecemos la Palabra de Sabiduría?

• ¿Somos generosos con nuestros diezmos y ofrendas?

• ¿Ayunamos y oramos con regularidad y con un corazón sincero?

• ¿Estamos atentos para escuchar la respuesta a nuestras oraciones y tratamos de seguir los susurros del Espíritu?

• ¿Somos buenos vecinos y amigos leales?

• ¿Ayudamos a edificar el reino al honrar el sacerdocio, magnificar nuestros llamamientos y compartir el Evangelio con los demás?

• ¿Somos lentos para la ira y presuros para perdonar?

• ¿Podemos decir con honradez que no sólo nos arrepentimos de nuestros errores sino que también aprendemos de ellos?

• ¿Colocamos al Salvador y Su Evangelio en primer término en nuestra vida? O, como alguien dijo una vez: "Si se nos acusara en un tribunal de justicia de ser Santos de los Últimos Días, ¿habría suficiente evidencia para declararnos culpables?"

Hermanos y hermanas, si no nos sentimos cómodos con las respuestas a esta clase de preguntas, debemos comenzar hoy mismo a edificar una vida más ejemplar a fin de que nuestros seres más queridos "vean [nuestras] buenas obras, y glorifiquen a [nuestro] Padre que está en los cielos" (Mateo 5:16).

Debo admitir que cuando mi vida no está a la altura de las normas de mis antepasados, es porque he permitido que las prioridades del mundo tomen precedencia sobre las espirituales; pero he aprendido que es posible cambiar la dirección de nuestras metas y poner la mira en los valores eternos.

Mi esposa y yo hemos observado a muchos conversos a la Iglesia hacer los cambios necesarios para convertirse en almas centradas en el Evangelio. Hemos visto a cientos de



jóvenes misioneros regulares en Buenos Aires, Argentina, hacer los sacrificios necesarios para volverse verdaderos siervos consagrados del Señor. Lo único que se requiere es deseo, obediencia, dedicación y perseverancia. ¡El Señor hará el resto!

Nosotros somos Sus hijos; El nos ama y nos conoce a cada uno por nuestro propio nombre. El desea que regresemos a Su presencia y vivamos con El eternamente. Este es el gran legado del Evangelio de Jesucristo. Debido al sacrificio expiatorio de nuestro Salvador, tenemos la certeza de una vida en el más allá y de la posibilidad de heredar todo lo que el Padre tiene. Con este conocimiento y este legado, debemos “seguir adelante con firmeza en Cristo, teniendo un fulgor perfecto de esperanza” (2 Nefi 31:20).

Debemos seguir el ejemplo de nuestro amado Profeta, el presidente Hinckley, quien recientemente dijo a los alumnos de Ricks College: “A ustedes digo con toda la energía de que soy capaz: no se conviertan en el eslabón débil de la cadena de sus generaciones. Ustedes vienen al mundo con un legado maravilloso; provienen de grandes hombres y mujeres... Nunca los defrauden. Nunca hagan algo que debilite la cadena de la cual ustedes forman una parte fundamental” (*Scroll*, 14 de septiembre de 1999, pág. 21). Para mí eso significa que debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para asegurar que incluyamos en nuestros seres queridos el gran legado de un testimonio perdurable del Evangelio de Jesucristo.

Como lo dijo tan elocuentemente mi abuelo hace setenta y cuatro años: “Me regocijo al dar testimonio al mundo de la veracidad de esta obra del Señor, porque sé que es verdad; sé que es para la edificación y el adelanto de los hijos de Dios, y ruego que el Señor nos ayude... a permanecer fieles y leales, para que seamos obreros valientes en la causa de la rectitud y ayudemos a edificar Su reino sobre la tierra” (Lars Oveson, en *Conference Report*, abril de 1925, pág. 127). A esas verdades agrego mi propio testimonio en el nombre de Jesucristo. Amén. □

# Huracanes espirituales

Élder David R. Stone

De los Setenta

"A nuestros guardianes en la torre se les conoce como apóstoles y profetas. Ellos son nuestros ojos espirituales en el cielo".



Un domingo por la mañana, hace más de un año, amanecimos con un hermoso día en Santo Domingo en la República Dominicana. El sol del Caribe brillaba y el cielo estaba despejado. La brisa apenas movía las hojas de los árboles; era un día cálido y tranquilo. Pero a lo lejos en el mar, más allá del alcance de nuestros sentidos ese día, el destructor se acercaba, implacable e irresistible. El Centro Meteorológico, que tenía la responsabilidad de seguir la trayectoria y de predecir la ruta del huracán Georges, estaba constantemente actualizando la información en el Internet. Esa mañana tranquila y apacible, por medio de ese sistema de ojos en el cielo, vi el camino previsto del ciclón, que apuntaba como una flecha hacia el corazón de Santo Domingo.

En menos de 48 horas, el huracán azotó la isla con furia intensa e

insensible, dejando a su paso destrucción, desolación y muerte. El poder salvaje y violento de la naturaleza era asombroso. Desde el refugio de nuestra casa vimos árboles que se doblaban por la fuerza del viento que rugía, bramaba y soplaba con furia. El poder destructor de ese viento hizo que el agua penetrara en la casa a través de las ventanas, y el río que se formó en la calle, elevándose a casi un metro de altura, finalmente empezó a bajar cuando faltaba poco para que entrara en la casa.

En la región donde vivíamos, la mayoría de los árboles fueron desarraigados o quebrados por los vientos huracanados; por toda la ciudad había árboles, ramas, postes y cables derribados. Las calles quedaron bloqueadas; el tránsito era difícil, y no hubo energía eléctrica durante más de una semana. Aunque la destrucción fue extensa, hubiera sido mucho peor a no ser por las advertencias de las personas que predicen el tiempo y aconsejan a la gente para que esté preparada. Casi todos los que se prepararon debidamente soportaron el huracán y salieron relativamente ilesos. Estoy agradecido por esas personas que se dedican a vigilar y a seguir el trayecto de esas tormentas. Sus oportunas advertencias salvan vidas y protegen a las personas. Los que no hacen caso de las advertencias pagan el precio por desoír a los guardianes cuya tarea es la de vigilar, advertir y salvar.

Aunque el daño, la destrucción y la muerte que resultan de este espectacular fenómeno de fuerza física



Bancos del lado norte del Tabernáculo. La mayoría de la gente que asiste a la conferencia entra por las puertas ubicadas en el lado norte, sur y este del edificio.

son inmensos, hay aún más desolación causada en la vida de la gente por huracanes espirituales. Estas fuerzas furiosas a veces causan daño mucho más devastador que los ciclones físicos porque destruyen nuestras almas y nos privan de nuestra perspectiva y promesa eternas. Cuando la tormenta física ha pasado, podemos empezar a poner nuestras vidas y nuestros hogares en orden; pero algunos huracanes espirituales nos arrastran al caos, y caemos encadenados por influencias potentes y perniciosas cuyas consecuencias apenas percibimos en el momento. Al igual que esos agitados ciclones físicos, los huracanes espirituales pueden pasar casi inadvertidos hasta que casi están encima de nosotros, pero también pueden atacar con furia intensa e insensible.

Nos colocamos en el camino de estos huracanes espirituales cuando participamos en cosas como la ira, el alcohol y el abuso; la lujuria y el

libertinaje; la promiscuidad y la pornografía; las drogas, el orgullo, la codicia, la violencia, la envidia y la mentira; la lista es larga. Hay ocasiones en que la vida aparentemente sigue como antes, y en ese período latente no hay indicio de la terrible retribución que vendrá; pero entonces nos encontramos a merced de la furia satánica de esos huracanes que saquean nuestra vida, trayendo angustia, agonía, depresión, desolación y desesperación. Demasiadas veces también traen tristeza, pesar, sufrimiento y aflicción a nuestros seres queridos. Una vez pasada la tormenta, es con frecuencia más difícil restaurar un alma destrozada que reconstruir una ciudad asolada. Se agitan remolinos de malevolencia, malicia e iniquidad en la sociedad de hoy, y no dejarán ilesos a los que se crucen en su camino.

Pero también tenemos a nuestros guardianes que vigilan a estos huracanes espirituales, cuyo llamamiento

es el de velar y amonestar, ayudándonos a evitar el daño, la destrucción, devastación y hasta la muerte espiritual. A nuestros guardianes en la torre se les conoce como apóstoles y profetas. Ellos son nuestros ojos espirituales en el cielo, y ellos saben, por inspiración, intuición e inteligencia pura, qué curso pueden tomar estas tormentas. Ellos continúan alzando la voz de amonestación para prevenirnos en cuanto a las consecuencias trágicas de la violación deliberada e intencional de los mandamientos de Dios. El desoír sus advertencias es ponernos en el camino de la tristeza, la miseria, y la ruina; el seguirlas es seguir a los siervos escogidos del Señor a los prados espirituales de paz y abundancia.

Desde este púlpito nos han aconsejado acerca de los ciclones de nuestra sociedad y civilización; nos han amonestado sobre el mal en todos sus disfraces, y nos han advertido una y otra vez que volvamos a los caminos

del Señor. Hay ocasiones en que no desearíamos escuchar lo que tengan que decir; hay veces en que no creemos que el huracán vendrá; pero en su debido tiempo, llegará; porque los que siembran viento cosecharán el torbellino (véase Oseas 8:7). El Señor sabía esto, y quizás no haya otro momento más conmovedor en las Escrituras que cuando el Señor, al ver Jerusalén, habla con ternura, amor y aflicción: “Jerusalén, Jerusalén.... ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste!” (Lucas 13:34).

Hay paz y tranquilidad, hay seguridad y solaz en Su evangelio. Si tan sólo escuchamos a los que tienen el llamamiento de vigilar y amonestar, si hacemos caso a las palabras del Gran Maestro, entonces nuestra casa espiritual permanecerá firme, aunque descienda la lluvia, vengan los ríos, soplen los vientos y golpeen sobre nuestra casa, porque estamos fundados sobre la roca (véase Mateo 7:24-25).

El Señor ha dicho: “Y la voz de amonestación irá a todo pueblo por boca de mis discípulos, a quienes he escogido en estos últimos días” (D. y C. 1:4). También dijo: “...sea por mi propia voz, o la voz de mis siervos, es lo mismo” (D. y C. 1:38).

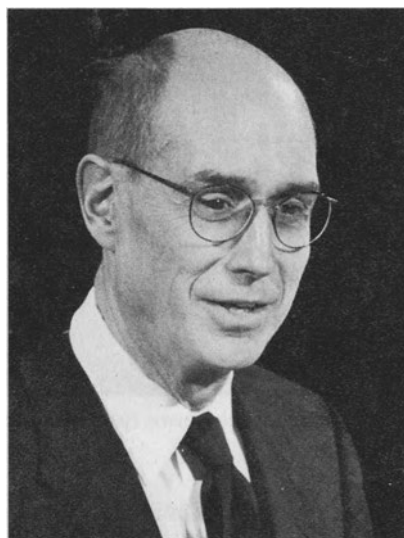
Testifico que hay un Dios en los cielos, el Creador del cielo y de la tierra y todo lo que en ellos hay. Testifico que El tiene un plan para nosotros, Sus hijos. Testifico que en cumplimiento de ese plan, Su Hijo, Jesucristo, vino a la tierra para tomar sobre Sí los pecados del mundo y hacer posible que seamos liberados de las terribles consecuencias del pecado y la maldad. El es nuestro Salvador y Redentor, y tal como lo hizo en Jerusalén, Sus brazos están extendidos hacia nosotros. El será nuestro escudo y protector y tendremos paz en medio de la tormenta, y refugio del viento enfurecido.

Que siempre escuchemos a los que tienen el llamamiento de vigilar, amonestar, ver y salvar. Que caminemos en las vías del Señor y seamos preservados en los prados de paz, en el nombre de Jesucristo. Amén. □

# No demores

**Élder Henry B. Eyring**  
Del Quorum de los Doce Apóstoles

“Nefi tenía razón: Dios no da ningún mandamiento a los hijos de los hombres sin prepararles la vía para que obedezcan. Por más difíciles que sean nuestras circunstancias, podemos arrepentimos”.



**T**odos hemos enfrentado fechas tope. El temor puede hacer presa de nosotros al comprender que tal vez no haya tiempo suficiente para terminar lo que hemos prometido, y pensamos: “¿Por qué no empecé antes?”.

El Señor sabía que enfrentaríamos la tentación de postergar la preparación más importante de la vida, y en más de una ocasión nos advirtió al respecto. Enseñó la parábola de las diez vírgenes, cinco de las cuales no llenaron sus lámparas para recibir al esposo. También dio la parábola de los siervos que eran infieles porque creían que el Señor demoraría Su venida. Los resultados de la demora fueron trágicos.

Para las cinco vírgenes que no estaban preparadas fue éste:

“Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor,

señor, ábrenos! Mas él, respondiendo, dijo: De cierto os digo, que no os conozco” (Mateo 25:11-12).

Para los siervos infieles que demoraron su preparación fue éste:

“Vendrá el señor de aquel siervo en día que éste no espera, y a la hora que no sabe, y lo castigará duramente, y pondrá su parte con los hipócritas; allí será el lloro y el crujir de dientes” (Mateo 24:50-51).

La tentación de demorar el arrepentimiento no sólo sucede cuando es el fin del mundo, como lo indican estos pasajes. Esa tentación parece haber sido casi constante desde el principio del tiempo y continúa durante toda la vida. De jóvenes, quizás hayamos pensado: “Habrá tiempo suficiente para preocuparnos de lo espiritual justo antes de la misión o del matrimonio. Las cosas espirituales son para las personas mayores”. Después, en los primeros años del matrimonio, las presiones de la vida, del empleo, de las cuentas, de encontrar un momento de descanso y de recreación parecen acosarnos tanto que de nuevo nos parece razonable postergar nuestras obligaciones con Dios y con la familia. Es fácil pensar: “Quizás haya más tiempo para eso en los años de la madurez”, pero el tiempo no deja de comprimirse en los años subsiguientes. Hay tanto por hacer y el tiempo parece encogerse; no parece haber una década entre los cincuenta y cinco, los sesenta y cinco y los setenta y cinco años de edad.

Con la edad vienen los desafíos físicos y emocionales. Parece que



una hora no nos alcanza para hacer tanto como hacíamos de jóvenes. Es más difícil ser paciente con los demás, y éstos parecen ser más exigentes. Entonces es tentador volver a disculparnos por tener que vivir a la altura de los convenios que hicimos previamente y que por tanto tiempo han estado en el olvido.

No todos caemos en esa trampa de inacción, pero hay suficientes personas que lo hacen, por lo que todos tenemos por lo menos a algún ser querido, y a veces a varios: un hijo, un padre, un amigo, alguien por quienes nos sentimos responsables, por quienes nos sentimos terriblemente preocupados. Ellos han escuchado el Evangelio; han hecho convenios, y sin embargo son desobedientes y negligentes a pesar del vacío que sabemos que eso les produce. La decisión de arrepentirse o de seguir siendo prisioneros del pecado es sólo suya; y sin embargo, el tener una idea de cómo se originó esa trampa de inacción y de resistencia en su mente y en su corazón quizás nos ayude a escuchar con más facilidad la respuesta a nuestra ferviente oración: “Por favor, Padre Celestial, ¿qué puedo hacer para ayudar?”.

Esa tentación de demorar procede de nuestro enemigo Lucifer. El sabe que nunca podremos ser verdaderamente felices a menos que tengamos esperanza en esta vida, y después, en la siguiente, la realización de la vida eterna, el mayor de todos los dones de Dios, que es vivir en familias para siempre con nuestro Padre Celestial y con Jesucristo, y tener prole eterna. Satanás quiere que seamos tan desdichados como lo es él, y sabe que sólo tendremos la verdadera felicidad si somos purificados mediante la fe en el Señor Jesucristo, mediante el arrepentimiento profundo y continuo, y si hacemos y guardamos los convenios sagrados que ofrecen los siervos autorizados de Dios. En las Escrituras se confirma el peligro:

“Por lo que, si habéis procurado hacer lo malo en los días de vuestra probación, entonces os halláis impuros ante el tribunal de Dios, y

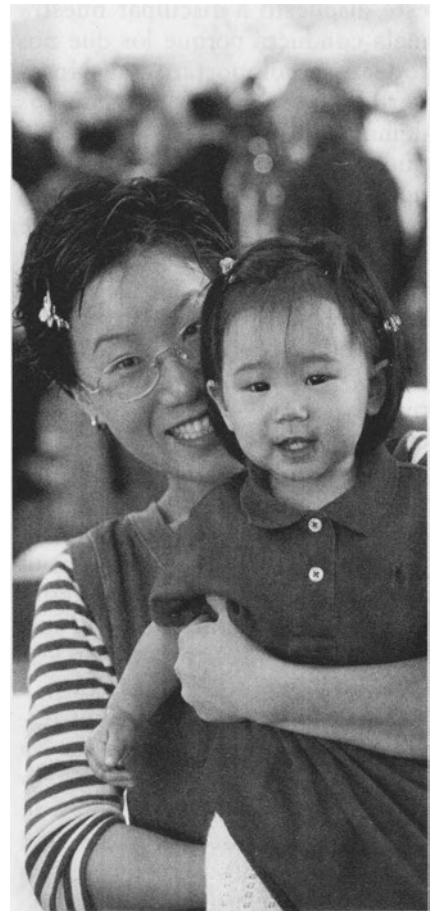
ninguna cosa impura puede morar con Dios; así que, debéis ser desechados para siempre” (1 Nefi 10:21).

Y así, Satanás nos tienta con la desidia todos los días de nuestra probación. Cualquier decisión que demore el arrepentimiento le da la oportunidad de robar la felicidad de uno de los hijos espirituales de nuestro Padre Celestial.

Todos hemos sido tentados con esa desidia. Sabemos por experiencia propia que el presidente Kimball tenía razón cuando escribió: “Uno de los defectos más graves de todas las épocas es la desidia”, y luego lo definió como: “el no estar dispuestos a aceptar responsabilidad personal *ahora mismo*” (*The Teachings of Spencer W. Kimball*, ed. Edward L. Kimball, 1982, pág. 48, cursiva en el original). De modo que Satanás trabaja tanto en nuestro deseo de pensar que no tenemos motivo para arrepentimos y en nuestro deseo de postergar todo lo desagradable para el futuro. El nos ha tentado a ustedes y a mí, y a nuestros seres queridos, con pensamientos como éste: “Dios es tan amoroso; por cierto que no me hará responsable de los errores que son simplemente el resultado de ser humano”. Y después, si eso no da resultado, es casi seguro que surja este otro pensamiento: “Bien, quizás sea responsable de mi propio arrepentimiento, pero ahora no es un buen momento para comenzar. Si espero, será mejor”.

Hay algunas verdades que ponen al descubierto esas mentiras que procuran tentarnos a postergar el arrepentimiento. Comencemos con el engaño, que es tan atractivo, de que no tenemos necesidad de arrepentimos.

La verdad es que todos necesitamos el arrepentimiento. Si somos capaces de razonar y tenemos más de ocho años de edad, todos necesitamos la purificación que proviene del poner en práctica el efecto total de la Expiación de Jesucristo. Cuando eso queda claramente establecido, no somos engañados a caer en la desidia por medio de la sutil pregunta: “¿He cruzado la línea del pecado grave, o puedo demorar el



siquiera pensar en arrepentirme?”. La pregunta que en verdad importa es ésta: “¿Cómo puedo aprender a percibir incluso el inicio del pecado, para así empezar a arrepentirme lo más pronto posible?”

Una segunda verdad que tiene que ver con nuestra responsabilidad personal es saber que no somos desvalidas víctimas de nuestras circunstancias. El mundo trata de decirnos que lo contrario es verdadero: las imperfecciones de nuestros padres o nuestra defectuosa herencia genética se nos han dado para absolvernos de la responsabilidad personal. Pero por más difíciles que sean las circunstancias, éstas no nos liberan de la responsabilidad individual por nuestras acciones e inacciones. Nefi tenía razón: Dios no da ningún mandamiento a los hijos de los hombres sin prepararles la vía para que obedezcan. Por más difíciles que sean nuestras circunstancias, podemos arrepentimos.

En forma similar, quizás el mundo

esté dispuesto a disculpar nuestra mala conducta porque los que nos rodean se comportan mal. No es verdad que la conducta de los demás elimina la responsabilidad que tenemos por la nuestra. Las normas de Dios para nuestro comportamiento no cambian, ya sea que los demás elijan o no elevarse a la altura de ellas.

Eso se vuelve especialmente difícil cuando otras personas nos hacen daño y nos sentimos justificados en nuestro enojo. Es mentira que el enojo que sintamos justifique el impulso de herir o de rechazar a nuestros antagonistas. Debemos perdonar para ser perdonados. El esperar a que ellos se arrepientan antes de que perdonemos y nos arrepintamos es permitirles escoger una demora que podría costarnos la felicidad aquí y en la vida venidera.

Finalmente, cada persona es responsable porque el Señor nos ha dado más que suficientes advertencias. Al nacer recibimos el Espíritu de Cristo para discernir el bien del mal y permitírnos experimentar la conexión que existe entre el pecado y la infelicidad. Desde el principio del tiempo El ha enviado profetas para hablar en contra del pecado y fomentar la fe y el arrepentimiento; ha restaurado la plenitud del Evangelio de Jesucristo por medio del profeta José Smith. Gordon B. Hinckley es Su profeta viviente, quien posee todas las llaves del sacerdocio, las cuales permiten a los que viven en la actualidad arrepentirse y elegir obtener la vida eterna. Hoy en día se nos hace responsables a medida que el Espíritu Santo confirma que estas palabras son verdaderas.

Pero aun cuando se acepte la responsabilidad personal tal vez no se supere la tentación de creer que ahora no es el momento de arrepentirse. El “ahora” puede parecer tan difícil y el “más tarde” tanto más fácil. La verdad es que siempre es mejor arrepentirse hoy que cualquier día del mañana. Primero, el pecado tiene efectos debilitadores. La desidia debilita la fe misma que necesitamos para arrepentimos. La

decisión de continuar en el pecado disminuye nuestra fe y mengua el derecho de tener al Espíritu Santo como compañero y consolador.

Y segundo, aun si somos perdonados más adelante, el Señor no puede restaurar los buenos efectos que el arrepentimiento de hoy podría haber tenido en las personas a quienes amamos y a quienes debemos servir. Eso es particularmente patético en el caso de los padres de hijos pequeños. En esos tiernos años hay oportunidades de moldear y de elevar el espíritu que tal vez jamás se vuelvan a presentar. Pero aún el abuelo que quizás haya perdido las oportunidades con sus propios hijos, al decidir arrepentirse hoy, pueda hacer por sus nietos lo que una vez podría haber hecho por sus hijos.

Cuando se acepta la responsabilidad y se siente la urgencia de arrepentirse, puede surgir la pregunta: “¿Por dónde comienzo?”. Cada persona es única, pero para todos, el arrepentimiento ciertamente incluirá el pasar por el umbral de la oración humilde. Nuestro Padre Celestial puede permitírnos sentir plenamente la convicción de nuestros pecados. El conoce la profundidad de nuestro remordimiento y puede entonces indicar lo que debemos hacer para ser merecedores del perdón. En el caso de pecados graves, debemos confesarlos a un juez en Israel y aceptar su guía. La oración por sí sola no será suficiente en ese caso. Pero para todos nosotros, sea cual fuere la gravedad de nuestros pecados, la oración abrirá la puerta al arrepentimiento y al perdón. Sin la oración sincera no son posibles el arrepentimiento y la purificación. Cuando la puerta se abre por medio de la oración, existe la posibilidad de obtener paz.

Una de las preguntas que debemos hacerle a nuestro Padre Celestial en oración privada es: “¿Qué he hecho hoy, o qué no he hecho, que no te complazca? Si tan sólo lo supiera, me arrepentiré de todo corazón, sin demora”. Esa oración humilde será contestada, y entre las respuestas seguramente se incluirá la certeza de que el preguntar hoy

fue mejor que esperar a preguntar mañana.

Testifico que las palabras que un siervo de Dios pronunció hace mucho tiempo son verdaderas:

“Y ahora bien, hermanos míos, después de haber recibido vosotros tantos testimonios, ya que las Santas Escrituras testifican de estas cosas, yo quisiera que vinieseis y dieseis fruto para arrepentimiento.

“Sí, quisiera que vinieseis y no endurecieseis más vuestros corazones; porque he aquí, hoy es el tiempo y el día de vuestra salvación; y por tanto, si os arrepentís y no endurecéis vuestros corazones, inmediatamente obrará para vosotros el gran plan de redención.

“Porque he aquí, esta vida es cuando el hombre debe prepararse para comparecer ante Dios; sí, el día de esta vida es el día en que el hombre debe ejecutar su obra.

“Y como os dije antes, ya que habéis tenido tantos testimonios, os ruego, por tanto, que no demoréis el día de vuestro arrepentimiento hasta el fin; porque después de este día de vida, que se nos da para prepararnos para la eternidad, he aquí que si no mejoramos nuestro tiempo durante esta vida, entonces viene la noche de tinieblas en la cual no se puede hacer obra alguna.

“No podréis decir, cuando os halléis ante esa terrible crisis: Me arrepentiré, me volveré a mi Dios. No, no podréis decir esto; porque el mismo espíritu que posea vuestros cuerpos al salir de esta vida, ese mismo espíritu tendrá poder para poseer vuestro cuerpo en aquel mundo eterno” (Alma 34:30-34).

Hay otra tentación que debemos resistir: la de ceder ante el pensamiento desconsolador de que es demasiado difícil y demasiado tarde para arrepentimos. Una vez conocí a un hombre que pudo haberlo pensado y pudo haberse dado por vencido. Cuando tenía doce años fue ordenado diácono, y algunos de sus amigos lo tentaron a comenzar a fumar. Comenzó a sentirse incómodo en la Iglesia. Sin terminar la segunda enseñanza, salió de su pequeño pueblo para iniciar una



vida en las obras de construcción a través de los Estados Unidos. El operaba equipo pesado. Se casó y tuvo hijos, pero el matrimonio terminó en un divorcio lleno de amargura. Perdió a los hijos; perdió un ojo en un accidente; vivió solo, en casas de huéspedes; perdió todo lo que tenía con la excepción de lo que llevaba en un baúl.

Una noche, al prepararse para mudarse de nuevo, decidió aligerar la carga de ese baúl. Debajo de los cachivaches que había acumulado a través de los años, encontró un libro. Nunca supo cómo llegó allí ese libro. Era el Libro de Mormón. Lo leyó y el Espíritu le confirmó que era verdadero. Entonces se dio cuenta de que durante todos esos años se había alejado de la verdadera Iglesia de Jesucristo y de la felicidad que pudo haber sido suya.

Más tarde, cuando él tenía más de setenta años de edad, fue mi compañero en la misión de distrito. Yo pedí a las personas a las que enseñábamos, al testificar del poder de la Expiación del Salvador, que lo

miraran a él. Había sido lavado y purificado y había recibido un corazón nuevo, y sabía que ellos podían percibirlo en el rostro de él. Les dije que lo que veían era evidencia de que la Expiación de Jesucristo podía eliminar *todos* los efectos corrosivos del pecado.

Esa fue la única vez que él me regañó. En la oscuridad, afuera de la casa rodante donde habíamos estado enseñando, me dijo que debía haberle dicho a las personas que aunque Dios le había dado un corazón nuevo, no había podido devolverle a su esposa ni a sus hijos ni lo que él hubiera podido hacer por ellos. Pero él no miraba hacia atrás con dolor y remordimiento por lo que pudo haber sido, sino que avanzaba con fe hacia lo que podría llegar a suceder.

Un día me dijo que en un sueño que había tenido la noche anterior había soñado que se le había restaurado la vista en el ojo ciego. Comprendió que el sueño era una visión de un día futuro en que andaría entre gente amorosa en la luz de una gloriosa resurrección. Lágrimas

de gozo rodaban por el rostro de profundas arrugas de ese hombre alto y delgado. Me habló calladamente, con una sonrisa radiante. No recuerdo lo que dijo que vio, pero recuerdo que su cara resplandecía con feliz expectativa al describir la visión. Con la ayuda del Señor y con el milagro de ese libro que estaba en el fondo del baúl, para él no había sido demasiado tarde ni el camino demasiado difícil.

Testifico que Dios el Padre vive. Lo sé. Y nos ama. Su Hijo Unigénito vive. Debido a que El resucitó, nosotros también viviremos de nuevo, y entonces veremos a las personas a las que hemos amado y que nos han amado. Mediante la fe y la obediencia podemos tener relaciones familiares para siempre. Los miembros de nuestra familia que nos aman, de ambos lados del velo, nos dirían, mientras consideramos si hemos de humillar nuestro corazón y arrepentimos: "Por favor, no demoren". Esa es la invitación y la súplica del Salvador. En el nombre de Jesucristo. Amén. □

# “Sumo sacerdote de los bienes venideros”

Élder Jeffrey R. Holland  
Del Quorum de los Doce Apóstoles

"Algunas bendiciones nos llegan pronto, otras llevan más tiempo, y otras no se reciben hasta llegar al cielo; pero para aquellos que aceptan el Evangelio de Jesucristo, *siempre llegan*".



**E**n esas ocasiones en las que tenemos necesidad de recibir ayuda especial de los cielos, bien haríamos en tener presente uno de los títulos dados al Salvador en la epístola a los Hebreos. Refiriéndose al “tanto mejor ministerio” de Jesús y a la razón por la cual El es el “mediador de un mejor pacto”, colmado de “mejores promesas”, el autor de la epístola, supuestamente el apóstol Pablo, nos dice que por medio de Su mediación y Su expiación, Cristo llegó a ser el “sumo sacerdote de los bienes venideros”<sup>1</sup>.

Hay ciertos momentos en que todos tenemos la necesidad de saber que las cosas mejorarán. Moroni se refirió a ello en el Libro de Mormón como la “esperanza de un mundo

mejor”<sup>2</sup>. Por nuestra propia salud emocional y por nuestro propio vigor espiritual todos debemos estar en condiciones de mirar hacia el futuro a cierto grado de alivio, hacia algo agradable, renovador y optimista, ya sea que se trate de una bendición que esté al alcance de la mano o aún distante. Nos basta con saber que podemos llegar allí, que no importa cuán próximo o lejano esté, existe la promesa de “bienes venideros”.

Yo declaro que eso es precisamente lo que el Evangelio de Jesucristo nos ofrece, particularmente en momentos de necesidad. *Hay ayuda. Hay felicidad. Hay realmente una luz allende la obscuridad.* Es la Luz del Mundo, la Estrella Resplandeciente de la Mañana; la “luz que es infinita, que nunca se puede extinguir”<sup>3</sup>. Es el Hijo de Dios mismo. En alabanzas de amor más grandes aún que las que Romeo jamás hubiera podido proclamar, decimos: “¿qué resplandor se abre paso a través de aquella ventana?”. Es el retorno de la esperanza y Jesús es el Sol<sup>4</sup>. A todo aquel que esté luchando por ver la luz y encontrar la esperanza, le digo que no se desanime, que siga tratando, que Dios le ama, que las cosas mejorarán. Cristo llega a usted en su “tanto mejor ministerio” con un futuro de “mejores promesas”. El es su “sumo sacerdote de los bienes venideros”.

Pienso en los misioneros que recién han sido llamados, que dejan

atrás a familiares y amigos para enfrentarse a veces al rechazo y al desaliento y, al menos al principio de la misión, a algún que otro momento de añoranza del hogar y tal vez a un poco de temor.

Pienso en los padres jóvenes que están criando fielmente a sus familias mientras estudian y en los que acaban de recibirse y tratan de vivir con escasos recursos, con la esperanza de gozar algún día de una mejor situación económica. Al mismo tiempo, pienso en otros padres que darían cualquiera de sus posesiones terrenales a cambio de que su hijo errante volviera a su hogar.

Pienso en los padres o madres que se enfrentan a todo esto sin la ayuda de un cónyuge, como resultado de la muerte o el divorcio, la separación, el abandono o por alguna otra desgracia no esperada y por cierto tampoco anhelada en épocas mejores.

Pienso en todos aquellos que quisieran estar casados pero no lo están, quienes desean tener hijos mas no pueden tenerlos, aquellos que tienen conocidos pero muy pocos amigos, quienes lloran la muerte de un ser querido o que ellos mismos están enfermos. Pienso en los que sufren a causa de los pecados —los propios o los de alguien más— y que tienen la necesidad de saber que hay una manera de regresar al redil y de volver a ser felices. Pienso en los desconsolados y oprimidos, que sienten que la vida les ha privado de las mejores experiencias o que quisieran no haber tenido que pasar por algunas de ellas. A todas estas personas y a muchas otras más les digo: Aférrense a su fe, a la esperanza, “...orad siempre, sed creyentes...”<sup>5</sup>. Por cierto, como escribió Pablo de Abraham: “El creyó en esperanza contra esperanza...” y “...tampoco dudó, por incredulidad... se fortaleció en fe...” y fue “...plenamente convencido de que era... poderoso para hacer todo lo que [Dios] había prometido”<sup>6</sup>.

Aun cuando no siempre perciban lo positivo que hay detrás de los problemas y las aflicciones, Dios sí



puede percibirlo pues Él es la fuente de esa luz que ustedes buscan; los ama y conoce sus temores; escucha sus oraciones. El es nuestro Padre Celestial y no cabe ninguna duda de que El derrama por Sus hijos tantas lágrimas como las que ellos derraman.

Pese a este consejo, sé que muchos de ustedes en verdad se sienten a la deriva en alta mar, en el más aterrador sentido de la expresión. Ante tales dificultades, tal vez clamen junto al poeta:

*“Obscurece. Mí rumbo he perdido.  
Las aguas han cambiado de color.  
No sé por dónde cruzar el río,  
me estremezco de tanto temor”<sup>7</sup>.*

No, no es sin reconocer las tempestades de la vida sino plenamente consciente de ellas que testifico del amor de Dios y del poder del Señor para calmar la tormenta. Tengamos siempre presente el relato bíblico que nos dice que El también estaba sobre las agitadas aguas, que se enfrentó a los peores momentos junto a los más inexpertos, más jóvenes y más temerosos. Únicamente alguien que ha luchado contra esas alarmantes olas tiene el derecho de decirnos a *nosotros-al igual que a las aguas*:- “calla, enmudece”<sup>8</sup>. Sólo aquel que ha soportado la adversidad máxima podría tener la justificación para decir en esos momentos: “Sed de buen ánimo”<sup>9</sup>. Ese consejo no tiene como fin el simplemente hacernos pensar de manera positiva, aun cuando esto es algo que se necesita en el mundo. No, Cristo sabe mejor que ninguna otra persona que las pruebas de la vida pueden ser muy difíciles y que el batallar con ellas no nos hace personas débiles. Pero así como el Señor evita la retórica melosa, El reprende seriamente la falta de fe y deplora el pesimismo. ¡El espera que creamos!

Los ojos de ningún otro humano fueron más penetrantes que los de El y muchas de las cosas que vio atravesaron Su corazón. Por cierto, Sus oídos deben haber escuchado todo llanto, toda súplica y todo

llanto de dolor. A un extremo que va mucho más allá de nuestra capacidad de comprensión, El fue “varón de dolores y experimentado en quebranto”<sup>10</sup>. Por cierto que para el hombre común de las calles de Judea, la misión de Cristo debe haberle parecido un fracaso y una tragedia, un hombre bueno abrumado totalmente por las maldades que le rodeaban y las fechorías de los demás. Se le malentendió y se le malinterpretó e incluso se le odió desde el principio. No importaba lo que dijera o hiciera, Sus declaraciones eran tergiversadas, Sus hechos cuestionados y Sus motivos puestos en tela de juicio. En toda la historia del mundo, nadie ha amado con tanta pureza ni servido con tanta abnegación, ni a nadie se le ha tratado con tanta perversidad por su labor. Sin embargo, nada pudo quebrantar Su fe en el plan de Su Padre ni en las promesas de El. Aun en los momentos más oscuros de Getsemaní y del Calvario, El siguió confiando en el Dios en que, por un momento, temió que le hubiera abandonado.

Puesto que los ojos de Cristo estaban indefectiblemente puestos en el futuro, pudo soportar todo cuanto se requirió de El, sufrir como ningún otro hombre puede sufrir “sin morir”<sup>11</sup>, como dijo el rey Benjamín; ver a su alrededor los escombros de las vidas humanas y las promesas hechas al antiguo Israel convertidas en ruinas y, pese a todo, decir entonces y ahora: “No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo”<sup>12</sup>. ¿Cómo era capaz de hacerlo? ¿Cómo podía creer en ello? Porque El sabe que los fieles muy pronto recibirán lo que merecen; El es un Rey; El representa la corona; El sabe qué es lo que se puede prometer. El sabe que “Jehová será refugio del pobre, refugio para el tiempo de angustia... Porque no para siempre será olvidado el menesteroso, ni la esperanza de los pobres perecerá perpetuamente”<sup>13</sup>. El sabe que “Cercano está Jehová a los quebrantados de corazón; y salva a los contritos de espíritu”. El sabe que “Jehová redime el alma de sus siervos, y no serán condenados



cuantos en él confían”<sup>14</sup>.

Espero me disculpen por terminar de forma tan personal, que no representa las terribles cargas que muchos de ustedes llevan sobre sus hombros, sino que tiene más bien el propósito de dar ánimo. El mes pasado hizo treinta años que una pequeña familia cruzó los Estados Unidos con destino a una universidad, sin dinero, en un automóvil muy viejo. Habían cargado todo lo que poseían en este mundo en un pequeño remolque alquilado, al que sólo habían llenado hasta la mitad. Tras despedirse de sus preocupados padres, habían transitado exactamente 55 kilómetros por la carretera cuando, de debajo del capó del coche, empezó a salir un humo espeso.

El joven padre salió de la carretera hacia un camino lateral y echó una mirada al motor, levantó él más presión que la del auto, y entonces, dejando a su confiada esposa y a sus dos inocentes niños, el menor de ellos de apenas tres meses, esperando en el vehículo, caminó unos



cinco kilómetros y medio hasta la gran metrópolis de Kanarraville, en el sur de Utah, con una población que, por aquel entonces, constaba de 65 habitantes. Consiguió un poco de agua, y un hombre muy bondadoso se ofreció para llevarlo de vuelta hasta donde había dejado a su familia. Tras reparar provisoriamente el coche, condujeron lenta, *muy* lentamente, hasta St. George para que lo revisaran.

Pese a que lo inspeccionaron repetidamente durante más de dos horas, no pudieron encontrarle ningún problema, así que la familia reinició su viaje. Tras haber transcurrido casi la misma cantidad de tiempo que la vez anterior, exactamente

en el mismo lugar de la carretera — quizás a sólo cinco metros más o menos de donde se había llevado a cabo la avería anterior— se produjo en el auto, debajo del capó, otra explosión similar. Al parecer, estaban en juego las leyes más precisas de la física automotriz.

Para ese entonces, sintiéndose más tonto que enojado, el desilusionado joven padre dejó una vez más a sus confiados seres queridos y emprendió la larga caminata en busca de ayuda. Esta vez, el hombre que le facilitó el agua le dijo: “Usted o el otro tipo que se parece a usted debería conseguir un nuevo radiador para el automóvil”. Por segunda vez el buen prójimo se ofreció para

llevarlo de vuelta hasta el mismo lugar donde aguardaba ansiosamente su familia. El hombre no sabía si echarse a reír o a llorar ante las dificultades de esa joven familia.

“¿Qué distancia han recorrido?”, preguntó. “Cincuenta y cinco kilómetros”, respondí. “¿Cuánto les queda de viaje?” “Cuatro mil doscientos kilómetros”, le dije. “Bueno, es posible que *usted* haga el viaje, y también lo hagan su *esposa* y los dos niños, pero *ninguno de ustedes* va a llegar demasiado lejos en *este* auto”. Sus palabras demostraron ser proféticas en todo sentido.

Hace apenas dos semanas pasé por aquel mismo lugar de la carretera, donde una salida lleva hasta un camino vecinal, a más o menos cinco kilómetros al oeste de Kanarraville, Utah. Aquella misma hermosa y leal esposa, mi más querida amiga y el gran apoyo de mi vida a través de todos estos años, dormía plácidamente en el asiento a mi lado. Los dos niños del relato y otro pequeño hermano que se les unió más tarde ya han crecido y prestado servicio como misioneros, se han casado y crían ahora a sus propios hijos. Esta vez, el coche en el que viajábamos era modesto pero muy cómodo y seguro. De hecho, nada de ese momento ocurrido hace dos semanas, con excepción de mi querida esposa que dormía plácidamente a mi lado, y yo, tenía ni la más mínima similitud a las circunstancias angustiosas ocurridas hace tres décadas.

Sin embargo, mentalmente, y apenas por un instante, creí ver al costado de aquel camino un viejo automóvil en cuyo interior había una buena y joven esposa y dos pequeños que trataban de no protestar ante tan lamentable situación. También imaginé ver, un poco más adelante, a un joven padre emprendiendo a pie el largo recorrido hasta Kanarraville, al parecer con los hombros un poco caídos por el peso del evidente temor de quien no tiene mucha experiencia. Como se describe en las Escrituras, sus manos parecían “caídas”<sup>15</sup>. En ese momento imaginario no pude contener mi

impulso de decirle: “No te des por vencido, muchacho. No te desanimas. Sigue caminando. Sigue intentándolo. Encontrarás ayuda y felicidad más adelante, muchísima en unos treinta años y aún más allá en el futuro. Mantén la cabeza en alto; al final todo saldrá bien. Confía en Dios y cree en las cosas buenas que están por venir”.

Testifico que Dios vive, que El es nuestro Padre Eterno, que nos ama a cada uno con amor divino. Testifico que Jesucristo es Su Hijo Unigénito en la carne y que tras haber triunfado en este mundo es heredero de la eternidad, es coheredero con Dios, y ahora está a la diestra de Su Padre. Testifico que ésta es la verdadera Iglesia de Ambos y que Ellos nos sostienen en los momentos de necesidad y siempre lo harán, aun cuando no podamos darnos cuenta de Su intervención. Algunas bendiciones nos llegan pronto, otras llevan más tiempo, y otras no se reciben hasta llegar al cielo; pero para aquellos que aceptan el Evangelio de Jesucristo, *siempre llegan*, se los aseguro. Agradezco a mi Padre Celestial Su bondad pasada, presente y futura y lo hago en el nombre de Su Amado Hijo y generoso Sumo Sacerdote, el Señor Jesucristo mismo. Amén. □

#### NOTAS

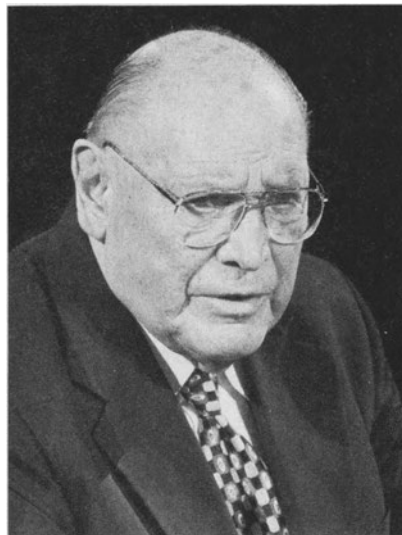
1. Hebreos 8:6; 9:11.
2. Éter 12:4.
3. Véase Juan 8:12; Apocalipsis 22:16; Mosíah 16:9.
4. Véase William Shakespeare, *Obras completas*, “Romeo y Julieta”, Acto Segundo, Escena II, Aguilar, S. A. de Ediciones, Madrid, 1967, pág. 273.
5. D. y C. 90:24.
6. Romanos 4:18, 20-21.
7. Joseph Hilaire Belloc, “The Prophet Lost in the Hills at Evening”, de Lord David Cecil, ed., *The Oxford Book of Christian Verse*, 1940, pág. 520.
8. Véase Marcos 4:39; D. y C. 101:16.
9. Véase Juan 16:33; D. y C. 68:6.
10. Mosíah 14:3; véase Isaías 53:3.
11. Mosíah 3:7.
12. Juan 14:27.
13. Salmos 9:9, 18; cursiva agregada.
14. Salmos 34:18, 22.
15. Véase D.yC.81:5.

Sesión del sacerdocio  
2 de octubre de 1 999

# El crecer dentro del sacerdocio

Élder Joseph B. Wirthlín  
Del Quorum de los Doce Apóstoles

“La Expiación de Jesucristo ha dado al Salvador la potestad de ayudarles a progresar hasta ser los jóvenes que Él sabe que pueden llegar a ser”.



**M**e siento muy humilde ante la gran responsabilidad de dirigirme a este grupo de hermanos que poseen el sacerdocio de Dios. Ruego sinceramente que el Espíritu del Señor nos acompañe para que lo que tengo que decir se grabe profundamente en su corazón.

Me gusta hablar a los hermanos del sacerdocio, particularmente a los jóvenes de nuestra Iglesia que poseen el Sacerdocio Aarónico. Lo crean o no, no me parece que haya pasado tanto tiempo desde que yo era un muchacho. Cuando era diácono, comenzaron a aparecer las señales de la Gran Depresión; decenas de miles de personas perdieron el trabajo; el

dinero escaseaba; las familias tenían que arreglárselas como pudieran; muchos niños y jóvenes ni siquiera preguntaban a la madre qué había para la cena, pues sabían muy bien que los armarios estaban casi vacíos.

Mis padres trabajaban duramente y estiraban el dinero todo lo más posible; tal vez esa fuera la razón principal por la que todo lo que me daban era siempre dos o tres tallas más grande.

Tenía doce años cuando recibí el primer par de patines de hielo; eran tan grandes que tenía que rellenar las puntas con algodón.

Cuando los saqué de la caja, miré a mi madre y le dije: “Mamá, ¡yo no puedo patinar con esto!”.

“Sé agradecido por tenerlos, Joseph”, me dijo; y agregó lo que ya me había acostumbrado a oír: “No te preocupes; ya te quedarán bien”.

Un año después, lo que más deseaba tener era un par de hombreras protectoras y un casco de fútbol americano. La mañana de Navidad abrí mis paquetes y ahí estaban las hombreras protectoras y el casco... pero eran de un tamaño apropiado para Goliath, que era de seis codos y un palmo de altura, unos dos metros setenta.

“Mamá, ¡son muy grandes!”, le dije.

“Sé agradecido por tenerlos, Joseph”, me dijo nuevamente. “No

te preocupes; ya te quedarán bien”.

Antes de entrar en la escuela secundaria jugué mucho al fútbol americano en el vecindario. Cuando me puse mi equipo nuevo, las hombreras me colgaban tanto sobre los hombros que lo único que me protegían era los codos.

Aun cuando rellené el casco con algodón y papel de periódico, se sacudía cada vez que daba un paso; y cuando corría, daba vueltas y vueltas hasta que la única manera de poder ver por donde iba era mirar por el agujero del casco que correspondía a la oreja.

Una vez, corrí con la pelota hacia el arco a toda velocidad y me di contra un árbol. Cada vez que me atajaban, el casco daba una vuelta

de ciento ochenta grados y parecía que era la cabeza que se me había dado vuelta para atrás; después, tenía que volver a ponerle el relleno de algodón y periódico, colocarme a la fuerza el casco y correr hasta el grupo de jugadores.

Mi padre era un hombre muy grande. Recuerdo que un día me puse sus zapatos y quedé asombrado del tamaño. ¿Llegarían alguna vez a servirme? ¿Crecería yo hasta llegar a la estatura de mi padre?, me preguntaba.

Pienso en esos días con cariño. Es extraño, pero también pienso con cariño en las palabras alentadoras de mi querida madre: “No te preocupes, Joseph; ya llegará el día en que te queden”.

De manera similar, todos tenemos que aprender la forma de que “nos queden bien” nuestras responsabilidades como poseedores del sacerdocio.

#### **LAS GRANDIOSAS POSIBILIDADES DE LA JUVENTUD**

Primero, quiero decirles, jóvenes, que el Señor tiene Sus ojos puestos en ustedes. El los ama y los conoce; El sabe de sus triunfos y de sus pruebas, de sus éxitos y de sus pesares.

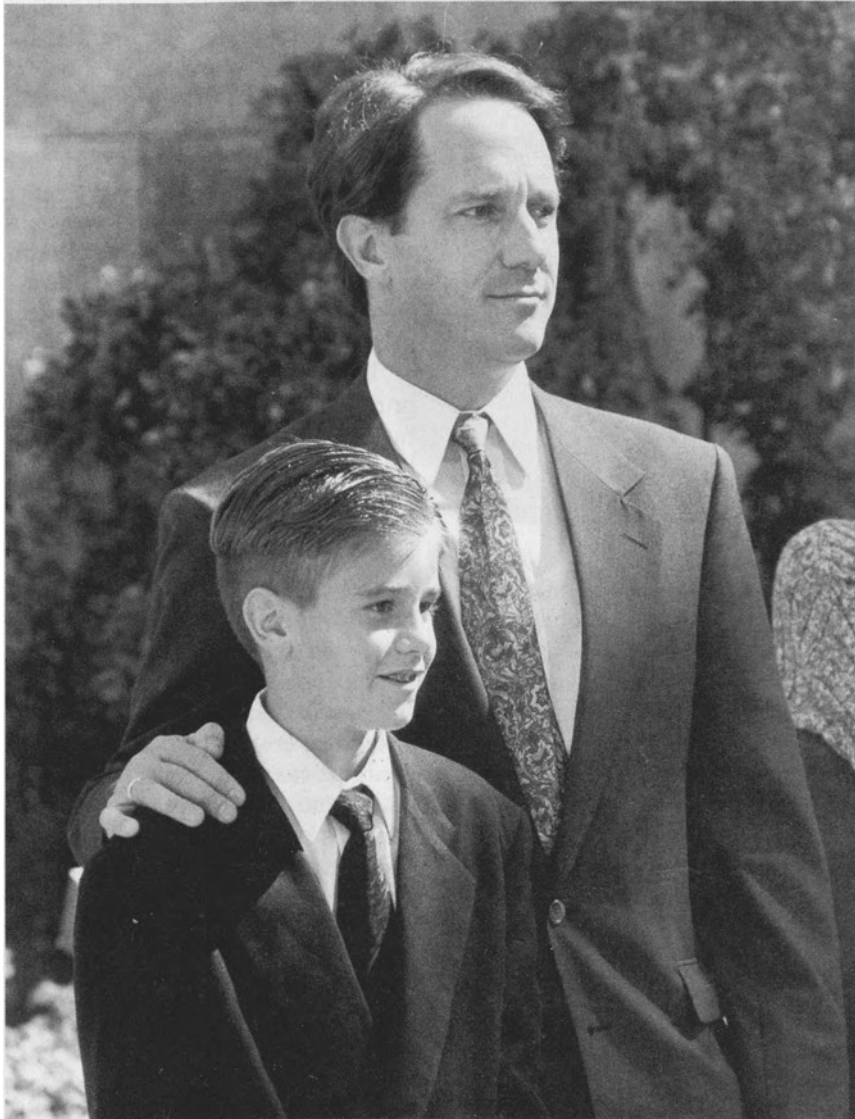
El sabe que habrá veces en que, al contemplar las dificultades que enfrentan, quizás piensen que son demasiado grandes para resolver. Sin embargo, El está dispuesto y listo para ayudarles mientras se convierten en los hombres que llegarán a ser.

A veces, quizás piensen que los deberes que tienen como poseedores del Sacerdocio Aarónico son insignificantes, pero les aseguro que no es así.

Todo lo que hacen en el Sacerdocio Aarónico tiene un propósito espiritual y es importante para el Señor. Siempre que ejercen el sacerdocio están en la obra del Señor, haciendo la labor del Señor. Van como Sus siervos, con Su autoridad para actuar en Su nombre.

Recuerdo cuando mi padre, que era también mi obispo, me puso las manos sobre la cabeza para conferirme el Sacerdocio Aarónico. Ese día sentí algo especial. En las semanas siguientes volví a sentir lo mismo al repartir los emblemas sagrados de la Santa Cena a los miembros de mi barrio, la gente a la cual contemplaba como mis ideales; se me ocurrió entonces que estaba haciendo lo mismo que el Salvador había hecho en la Última Cena.

Quiero hablarles de cinco principios que, si los obedecen y los incorporan en su vida mientras son jóvenes, les asegurarán la felicidad y la paz mientras vivan, sean cuales sean las pruebas y las tentaciones que se les presenten. El Señor ha revelado estos principios como consejos para todos nosotros los que nos esforzamos por llegar a ser la clase de hombres que El quiere que seamos.



**CINCO PRINCIPIOS PARA LOS  
POSEEDORES DEL SACERDOCIO  
AARÓNICO**

*Primero, pongan al Padre Celestial en primer lugar en su vida.* Recuerden las palabras de Alma a su hijo Helamán: “¡Oh recuerda, hijo mío, y aprende sabiduría en tu juventud; sí, aprende en tu juventud a guardar los mandamientos de Dios!”<sup>1</sup>. El Salvador nos recordó esa prioridad cuando enseñó que el primer y gran mandamiento es: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente”<sup>2</sup>.

Es esencial que sepan y comprendan que nuestro Padre Celestial los quiere como hijos, porque El es el Padre de sus espíritus. Eso los hace literalmente Sus hijos, engendrados espiritualmente por El.

Como tales, han heredado el potencial de llegar a ser como El. Su deseo más grande es que progresen en esta vida, línea sobre línea, pareciéndose más a El, para que un día puedan volver a Su presencia. Recuerden, es la obra y la gloria de Dios llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna de ustedes<sup>3</sup>.

El amor de Dios por ustedes y por toda la humanidad es completo e ilimitado<sup>4</sup>. El es perfectamente justo<sup>5</sup>, pero es también perfectamente misericordioso<sup>6</sup>; es perfectamente bondadoso<sup>7</sup> y comprende a la perfección las circunstancias y la condición en que se encuentran. El los conoce mejor de lo que ustedes mismos se conocen.

Dado que su Padre Celestial es perfecto,<sup>8</sup> pueden tener una fe absoluta en El; confiar en El; y guardar Sus mandamientos esforzándose continuamente por hacerlo.

“¿Eso quiere decir que debemos guardar todos los mandamientos de Dios?”, se preguntarán. ¡Sí! ¡Todos!

José Smith dijo: “[Dios] jamás ha instituido, jamás instituirá una ordenanza ni dará mandamiento alguno a Su pueblo que en su naturaleza no tenga por objeto promover esa felicidad que El ha designado y que no resulte en el mayor bien y gloria para aquellos que reciban Su ley y Sus ordenanzas”<sup>8</sup>.

Dios no nos da mandamientos



para limitarnos ni para castigarnos, sino que son ejercicios que forman el carácter y santifican el alma. Si los pasamos por alto, nos volvemos espiritualmente flojos y débiles, y quedamos sin defensa; si los obedecemos, nos convertimos en gigantes espirituales, fuertes e intrépidos en rectitud.

¿Dedican tiempo todos los días para repasar los hechos cotidianos con su Padre Celestial? ¿Le expresan los deseos de su corazón y la gratitud por las bendiciones que derrama sobre ustedes?

La obediencia diaria a los mandamientos de Dios es indispensable y nos protege durante la vida terrenal y nos da la preparación para esa insondable aventura que nos espera del otro lado del velo.

*Segundo: Vengan a Cristo y síganlo como su Salvador y Redentor.* Venimos a Cristo al aprender a amarlo y al estudiar diligentemente las Escrituras. ¿Cómo demostramos el amor que tenemos por el Salvador? El nos dio la respuesta: “Si me amáis, guardad mis mandamientos”<sup>9</sup>.

Cada uno de ustedes puede leer algo de las Escrituras todos los días, y es necesario que pasen tiempo meditando sobre ellas y estudiándolas. Leer y meditar aunque sea un versículo es mejor que nada. Exhorto a todo jovencito a leer todos los días algún pasaje de las Escrituras, por el resto de su vida. Pocas cosas les proporcionarán mayores dividendos.

Aprendan sobre su Salvador. Jesucristo sufrió en el huerto de Getsemaní más de lo que ustedes puedan comprender. En forma voluntaria y con gran amor, El tomó sobre sí, no sólo nuestros pecados sino los dolores, las enfermedades y los sufrimientos de toda la humanidad<sup>10</sup>. En la cruz sufrió lo mismo y dio Su vida para pagar el precio de nuestros pecados si nos arrepentimos. Y, en Su supremo triunfo, El resucitó y rompió las ligaduras de la muerte para que la resurrección estuviera a disposición de todos.

La Expiación de Jesucristo ha dado al Salvador la potestad de ayudarles a progresar hasta ser los jóvenes que El sabe que pueden llegar a ser. Es por medio del arrepentimiento





que la Expiación tiene efecto en la vida de ustedes.

Cuanto mejor entiendan la Expiación y lo que ella significa, menor será la posibilidad de que caigan ante las tentaciones del adversario. Ninguna otra doctrina brindará mayores resultados para el mejoramiento de la conducta y el fortalecimiento del carácter que la de la Expiación de Jesucristo, que es el punto central del plan de Dios y preeminente en el Evangelio restaurado.

Mi sincero testimonio en calidad de testigo especial es que yo sé que Jesús es el Cristo, el Unigénito del Padre, el Creador del cielo y de la tierra, nuestro Señor y Salvador.

*Tercero: Cultiven la compañía del Espíritu Santo.* El don del Espíritu Santo es uno de los más preciosos que puedan recibir en la tierra. El Espíritu Santo puede convertirse en su faro guiador; El les “mostrará todas las cosas que deb[en] hacer”<sup>11</sup>. El puede serles de utilidad en cualquier tarea justa que hayan emprendido, incluso en los estudios y en los asuntos relacionados con sus amigos.

Sin embargo, la misión principal del Espíritu Santo es testificar de nuestro Padre Celestial y de Su Amado Hijo, Jesucristo. Si tienen cuidado en guardar los mandamientos, el Espíritu Santo les ayudará a aprender más sobre el Padre Celestial y sobre Jesucristo y, a medida que estudien y mediten las

Escrituras todos los días, recibirán iluminación en su mente.

Es posible que reciban la inspiración del Espíritu Santo como una voz suave y apacible. No pueden llegar a ser los hombres que deben ser a menos que se eleven primero por encima de las cosas del mundo que reclaman su atención. Por ejemplo, algunas músicas del mundo son degradantes, vulgares e impropias, y ahogarán las impresiones del Espíritu Santo. El dar a su cuerpo sustancias que el Señor ha prohibido en la Palabra de Sabiduría les impedirá sentir y reconocer las impresiones del Espíritu Santo.

El no llevar una vida limpia y casta apaga la inspiración del Espíritu. Eleven sus pensamientos por encima de lo vulgar y de lo inmoral. Eviten los programas y las películas censurables de televisión, los lugares depravados del Internet y toda forma de entretenimiento que muestre o aliente a la inmoralidad y a la violencia. Huyan de la pornografía como si fuera una enfermedad contagiosa y fatal; no se pueden permitir el lujo de quedar adictos a su esclavitud. Eso alejaría de ustedes al Espíritu Santo y Su influencia.

*Cuarto: Amen y veneren a José Smith como el gran Profeta de la Restauración.* Desde niño siempre me ha impresionado el hecho de que nuestro Padre Celestial y Su Hijo Amado Jesucristo hubieran escuchado las oraciones sinceras de

un muchacho de catorce años que andaba en busca de la verdad. De la misma manera que contestó la oración de José Smith, el Padre Celestial contestará las oraciones de ustedes, a Su debido tiempo y a Su manera.

Al aprender más sobre el profeta José, sabrán que por medio de él se restauró la plenitud del Evangelio sempiterno, incluso las llaves del sacerdocio. Además, sabrán de su grandeza de espíritu, de la compasión que sentía por los que sufrían, de su comprensión de los misterios de los cielos y de las obras de nuestro Padre Celestial y de Su Hijo Jesucristo entre los hombres.

Cuanto más aprendo sobre el Profeta, más lo quiero, más deseo seguir su ejemplo y más aprecio lo que han hecho nuestro Padre Celestial y Su Hijo al restaurar este Evangelio que tiene como fin llenar la tierra en estos últimos días.

*Quinto: Amen al Profeta viviente de Dios, síganlo y sean fieles a él.* El presidente Gordon B. Hinckley es el sucesor y el guardián de esas llaves del sacerdocio que fueron originalmente restauradas al profeta José Smith. En la tierra, sólo hay un hombre a la vez que posee y ejerce todas las llaves del sacerdocio; ese hombre es en la actualidad Gordon B. Hinckley.

Sigan las enseñanzas del Profeta de nuestros días. El está inspirado por Dios para enseñarnos lo que sea necesario para que vivamos con felicidad y rectitud.

#### **AMOR POR LOS JÓVENES DEL SACERDOCIO AARÓNICO**

Mis maravillosos jóvenes hermanos en el Evangelio. Los amo y los respeto mucho. A menudo se les ha dicho, y yo lo repito aquí: ustedes son linaje escogido. Han sido puestos por el Señor para llevar Su Iglesia y Su Reino al siglo veintiuno. Han sido elegidos por el Señor para salir en esta tierra cuando la maldad y la iniquidad sean muy potentes. Pero ustedes están preparados para enfrentar lo que sea.

El presidente Gordon B. Hinckley dijo: “Tengo toda razón

para considerarlos la generación más grandiosa que hemos tenido en la Iglesia, a pesar de todas las tentaciones que enfrentan”<sup>12</sup>.

Eso no quiere decir que no tengan que enfrentar la porción de pesar, dificultades y pruebas que les corresponda. Desde los días en que rellenaba con algodón los patines de hielo y me ponía unas hombreras y un casco demasiado grandes, mi vida ha estado llena de experiencias y dificultades que a veces parecían demasiado grandes para mí. Aun hasta hoy, de vez en cuando no puedo evitar pensar que el tamaño del manto que se me ha pedido que lleve es, quizás, demasiado grande.

Pero día tras día trato de dar a mi Padre Celestial el primer lugar en mi vida; trato de venir a Cristo y seguirlo como mi Salvador y Redentor; cultivo la compañía del Espíritu Santo; amo y venero al profeta José Smith, y escucho y sigo al Profeta de Dios en nuestros días. Al hacer todo eso, tengo confianza en que el Señor me bendecirá.

Aun después de todos estos años, todavía oigo la voz de mi madre, diciendo: “Sé agradecido por lo que tienes, Joseph. Y no te preocupes, ya te quedará bien”.

Es mi oración que todos podamos progresar en el sacerdocio y llegar a ser la clase de hombres que nuestro Padre Celestial quiere que seamos, lo ruego en el nombre de Jesucristo. Amén. □

#### NOTAS

1. Alma 37:35.
2. Mateo 22:37.
3. Véase Moisés 1:39.
4. Véase Juan 3:16.
5. Véase 2 Nefi 9:17; Mosiah 29:12.
6. Véase Deuteronomio 4:31; Alma 42:15.
7. Véase Isaías 54:8; 3 Nefi 22:8.
8. Véase *Enseñanzas del profeta José Smith*, pág. 313.
9. Juan 14:15.
10. Véase Alma 7:11-12.
11. 2 Nefi 32:5.
12. “‘You Live in Greatest Age of World,’ Pres. Hinckley Tells Spokane Youth”, *Church News*, 4 de septiembre de 1999, pág. 3.

## “¡He aquí el hombre!”

**Obispo Richard C. Edgley**  
Primer Consejero del Obispado Presidente

“Un verdadero hombre es lo suficientemente fuerte para resistir las asechanzas de Satanás y lo suficientemente humilde para someterse a los poderes redentores del Salvador”.



**H**ace pocos meses recibí una carta de una amiga de la familia a la que no había visto durante muchos años. La carta era una expresión de desesperanza, una súplica de ayuda. Después de luchar para criar ella sola a sus hijos, ahora se había vuelto a casar. Su esposo, que no era miembro de la Iglesia, era un tipo rudo que intentaba expresar su hombría por medio de la bebida, el vocabulario indecente, la conversación irrespetuosa y un comportamiento cuestionable. La preocupación más grande que ella tenía era que el ejemplo de su esposo le estuviera enseñando a su hijo que ésas eran en verdad las características de la hombría. Me suplicaba si habría alguna manera, aunque nos separara una gran distancia, mediante la cual yo pudiera hablar con su hijo, a quien llamaremos Ben, sobre las características de la

verdadera hombría. Esta noche trataré de responder a esa súplica. Dirijo, por tanto, mis palabras a un amigo lejano, y a todos los “Bens” de la Iglesia que intentan estar a la altura de lo que es un hombre.

Así que, hablemos, Ben. Todos deseamos ser aceptados y reconocidos cuando entramos en la edad adulta. Si vivimos lo suficiente, la edad adulta nos llega de una manera u otra. La verdadera hombría, sin embargo, llega sólo cuando la ganamos y si logramos ganarla.

A Satanás se le conoce como el gran impostor. Su religión, su filosofía y su obra están basados en el engaño y la mentira. Su objetivo es frustrar la obra del Señor engañándonos y, al final, haciéndonos “miserables como él” (2 Nefi 2:27). Desea que nosotros creamos que él es todo un hombre y que sus caminos nos llevan a la hombría.

Por el contrario, Jesús se entregó voluntariamente a la voluntad del Padre. Como resultado fue traicionado, acusado, golpeado y juzgado. Su sacrificio no fue obligatorio, sino que fue el resultado de Su valentía, deber y amor, lo que lo llevó a probar la amarga copa que le hizo sangrar por cada poro. Después que Pilato fue testigo del enorme sufrimiento y humillación de Jesús, e incluso abogó en su defensa para que se le dejara libre, finalmente sucumbió a las demandas de los judíos. Cuando lo entregó para que lo crucificaran, lo hizo con las simples pero claras palabras: “¡He aquí el hombre!” (Juan 19:5). Sí, Jesús es el hombre. Posee todas las características del hombre

verdadero e ideal. Sus caminos, y no los de Satanás, conducen a la hombría. Cualquiera que crea lo contrario ya está enredado en las sempiternas cadenas del engaño de Satanás (véase 2 Nefi 28:19).

Ben, todos los jóvenes deben elegir entre el bien y el mal y entre los caminos de Dios y los de Satanás. Cuando un joven empieza a fumar para probar que es hombre, ¿hacia el terreno de cuál de ellos se va encaminando? Cuando un joven empieza a beber, a tomar drogas, a participar en el sexo, y a ser escandaloso y grosero, ¿hacia el terreno de cuál de ellos se va encaminando? Se ha dicho que muchos jovencitos empiezan a fumar cuando son adolescentes para probar que son hombres y tratan de dejar el cigarrillo a los 30 por la misma razón. No hay hombría en sucumbir ante Satanás. No hay hombría en ser derrotado por sus principios.

De modo que, Ben, con estos antecedentes, permíteme darte mi opinión sobre la verdadera hombría. Debido a la falta de tiempo, me voy a limitar a sólo dos observaciones que en realidad podrían ser muchas más.

(1) Un verdadero hombre es lo suficientemente fuerte para resistir las asechanzas de Satanás.

(2) Un verdadero hombre es lo suficientemente humilde para someterse a los poderes redentores del Salvador.

Supongo que es natural para nosotros comparar la fuerza, el machismo, y quizás incluso el comportamiento grosero y escandaloso con la hombría. Sin embargo, los atributos de la verdadera hombría no son necesariamente físicos. Permíteme intentar explicarlo.

El apóstol Pablo amonestó: "Porque no tenemos lucha contra sangre y carne [lo cual no es la prueba real de la hombría], sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad" (Efesios 6:12). La verdadera valentía incluye el estar firmes en contra del maligno, aun si nos encontramos solos, y a menudo ante el desdén y el ridículo



de los demás. Eso es valentía; eso es fuerza; eso es hombría, y puede resultar difícil.

Conozco a un joven que estaba muy emocionado por haber sido seleccionado para jugar en el equipo oficial de básquetbol en un campeonato fuera del estado. La primera noche que estuvieron en el hotel los compañeros decidieron ver películas pornográficas. El joven salió de la habitación y caminó solo por la ciudad hasta bien entrada la noche, y hasta que se hubieron terminado las películas. Estoy seguro de que pasó vergüenza y se sintió solo y desafiado, pero eso es valentía; eso es hombría en todo el sentido de la palabra. Y yo digo. "¡He aquí el hombre!"; un muchacho de 18 años convertido en hombre. Sé de cientos de jóvenes que han enfrentado el ridículo y la vergüenza al rechazar drogas, alcohol y sexo para servir a sus semejantes, dar un buen ejemplo o defender los principios de rectitud. Todos los jóvenes tienen que hacer frente a las asechanzas de Satanás; es imposible escapar a esta lucha. Pero siempre es posible salir victorioso. Sí, un verdadero hombre es lo suficientemente fuerte como para resistir las asechanzas de Satanás.

Ben, algunas cargas que se nos llama a sobrellevar son tan pesadas que sólo se pueden conquistar por medio de la humildad, la sumisión y la contrición. El ganar fortaleza y poder por medio de la humildad, la sumisión y la contrición parece ser una contradicción, ¿no es cierto?

Pero ésta es una de las grandes ironías de la vida: Podemos recibir poder más allá de nuestras posibilidades naturales sometiendo nuestra voluntad al Padre. Hasta cierto grado, todos somos víctimas del Tentador. Incluso a veces nos enredamos en transgresiones serias— transgresiones que tienen consecuencias eternas. Aquellos que han cometido transgresiones serias deben seguir el camino cuidadosamente planeado del arrepentimiento que proporciona el Salvador y que a menudo dirige el obispo o el presidente de la estaca. Esto viene a ser la verdadera prueba de la hombría y no todos son lo suficientemente hombres para enfrentar ese desafío.

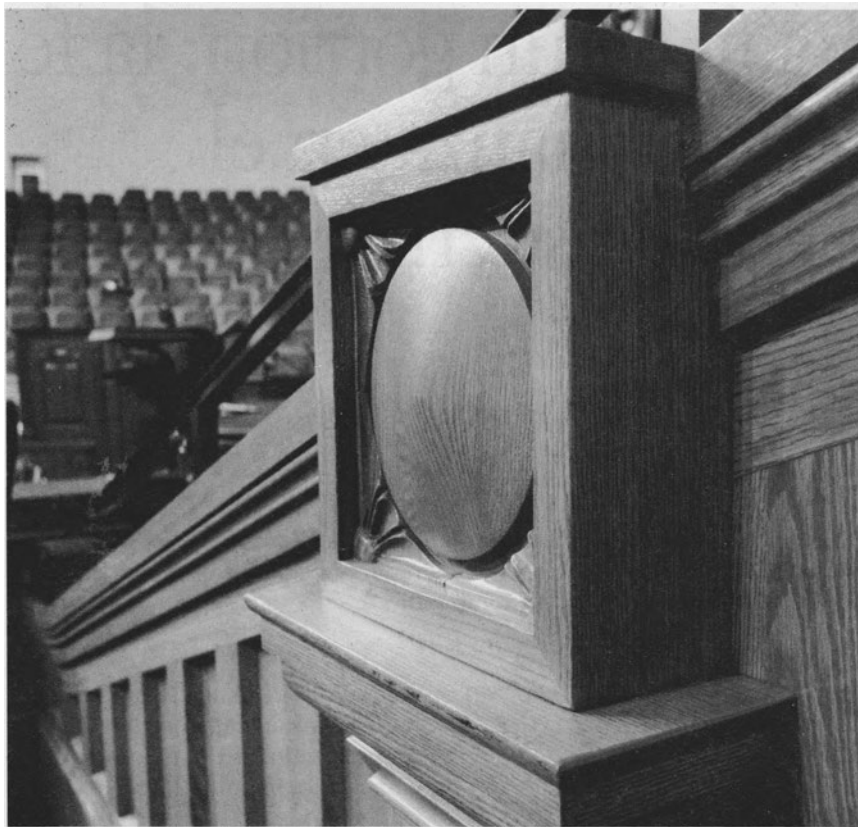
Hace algunos meses se me asignó entrevistar a un joven de 21 años de edad, para determinar si su arrepentimiento era suficiente para que él sirviera una misión. Me dolió el alma al leer de los serios problemas y transgresiones de su pasado. Me pregunté si sería posible que alguien con ese pasado pudiera prepararse para ser digno de ir a una misión. A la hora de la entrevista vi a un joven bien parecido que se dirigía hacia mí. Estaba inmaculadamente vestido y su apariencia era muy agradable. Tenía aspecto de ex misionero recientemente relevado y me pregunté quién sería. Al acercarse, me extendió la mano y, para mi sorpresa, se presentó como el joven a quien debía entrevistar.

Durante la entrevista le pregunté simplemente: "¿Cuál es la razón por

la que ha venido a verme?”. Entonces procedió a exponer los sórdidos detalles de su pasado. Luego de repasar y confesar nuevamente su transgresión, me empezó a hablar de la Expiación y de los años de doloroso arrepentimiento que lo habían llevado hasta esa entrevista. Expresó su amor por el Salvador y luego explicó que la expiación de Cristo era suficiente para rescatar incluso a un muchacho como él. Al finalizar la entrevista puse mi mano sobre su hombro y dije: “Cuando regrese a las Oficinas Generales de la Iglesia, mi recomendación será que a usted se le permita servir una misión”; y luego agregué: “Sólo le pido una cosa, sólo una: Si se le concede el privilegio de servir, deseo que sea el mejor misionero de toda la Iglesia. Eso es todo”.

Aproximadamente cuatro meses después hablé en una reunión espiritual en el Centro de Capacitación Misional, en Provo, Utah. Luego de la reunión me encontraba frente al pulpito saludando a los misioneros, cuando me di cuenta de que una cara conocida se me acercaba. Mi primera impresión fue que iba a ser embarazoso saludarlo porque seguramente debía conocer a ese joven. No podía recordar dónde lo había conocido y sabía cuál sería la primera pregunta que me haría. Y así fue, me extendió la mano y preguntó: “¿Se acuerda de mí?”. Me disculpé y algo abochornado, contesté: “Lo lamento, sé que debería conocerlo, pero no logro recordar”. El dijo: “Entonces le diré quién soy. Soy el mejor misionero del Centro de Capacitación Misional”. No pude contener las lágrimas que lentamente corrían por mis mejillas al pensar: “He aquí un hombre; ha superado su Getsemaní; ha pagado el doloroso precio del arrepentimiento; se ha humillado y sometido al poder redentor del Salvador; ha vencido los desafíos; se ha elevado a la estatura de la verdadera hombría”. Y digo: “He aquí el hombre”, un hombre lo suficientemente humilde para someterse a los poderes redentores del Salvador.

Ben, puedes describir a un hombre en centímetros, kilos, complexión



El detalle que se muestra en este tallado en madera es típico de la exquisita artesanía que se encuentra en todo el Tabernáculo.

o físico, pero se mide a un hombre por su carácter, compasión, integridad, ternura y principios. Dicho en palabras simples, las medidas de un hombre están grabadas en su corazón y en su alma, no en sus atributos físicos (véase 1 Samuel 16:7), pero se pueden ver en su conducta y en su comportamiento. Muchas veces las cualidades de la hombría son evidentes en aquello a lo que llamamos semblante. Cuando Alma inquirió: “¿Habéis recibido su imagen [refiriéndose al Salvador—el verdadero hombre] en vuestros rostros?” (véase Alma 5:14), él estaba hablando, amigo mío, sobre los atributos de la verdadera hombría.

Sí, Ben, Satanás tiene a su hombre y Dios tiene al Suyo; Satanás tiene sus características de la hombría y Dios tiene las Suyas. Satanás presentará sus características como la verdadera medida de la hombría y las de Dios como débiles y cobardes. Pero uno debe entender que el criterio de Satanás casi siempre será el más fácil y el más cobarde. Los caminos

de Satanás no necesitan valentía, ni carácter, ni fortaleza personal y no demuestran hombría en absoluto.

Un verdadero hombre no necesita que Satanás lo guíe por los senderos fáciles con sus cadenas perpetuas de destrucción. Un verdadero hombre es lo suficientemente fuerte para resistir las asechanzas de Satanás y lo suficientemente humilde para someterse a los poderes redentores del Salvador.

Moisés, en un momento de motivación y a la vez de reprensión, preguntó a los israelitas: “¿Quién está por Jehová?” (Éxodo 32:26). Lo que en realidad preguntaba era: “¿Al lado de quién están ustedes?”. A nuestro Padre Celestial se le llama “Hombre de Santidad” (Moisés 6:57; 7:35). Este es un título que reservamos con reverencia para el Ser Supremo; no es un título que tomamos sobre nosotros, Ben. Pero todo poseedor del sacerdocio debe tratar de que se le conozca simplemente como un hombre de Dios. Eso, mi querido amigo, es la hombría. En el nombre de Jesucristo. Amén. □

# La fe de un gorrión: la fe y la confianza en el Señor Jesucristo

Élder H. Bruce Stucki  
De los Setenta

"Cuando por medio de nuestro profeta actual el Señor nos revela que es necesario que nos esforcemos más... entonces debemos dar un paso al frente y decir: 'Heme aquí, envíame a mí' ".



**Q**uisiera hablarles acerca de un pajarito que se encontraba inmóvil en el suelo de un estacionamiento. Durante la noche, los fuertes vientos de la tormenta lo habían hecho caer del nido. Al parecer, había nacido apenas unos días antes y aunque tenía muy pocas plumas, era posible darse cuenta de que se trataba de un gorrión común y corriente.

Mientras yacía ahí, esperando la suerte que le depararía el destino, una joven que caminaba por el estacionamiento en dirección a su automóvil vio el gorrión y lo recogió, y sintiendo pena por el indefenso

pajarito, lo llevó a casa para cuidarlo. Preparó un nido en una canasta con pañuelos de papel, los cuales cambiaba a menudo para que el pajarito tuviera un lugar limpio y cómodo.

Ella lo alimentaba varias veces al día, viendo cómo se fortalecía, y a los pocos días abrió éste los ojos y pudo ver por primera vez. Vio a la joven que le daba de comer y a la familia que vivía en la casa; se acostumbró a los ruidos que oía a su alrededor y no sentía temor.

Con el correr de los días, empezó a dar saltitos; lo sacaron de la canasta y lo pusieron en una jaula limpia.

El pajarito confiaba en la joven y en la familia; cuando quería comer, gorjeaba y movía sus alitas rápidamente, y apenas abrían la puerta de la jaula, saltaba a la mano de la joven y esperaba pacientemente a que ella lo alimentara.

Se quedaba muy quieto sobre la mano mientras ella andaba de un lado a otro en la casa e incluso cuando salía. Para que se fuera acostumbrando al mundo exterior, lugar en el que pronto tendría que vivir, ella lo sacaba al jardín en donde ella y su hermana se sentaban bajo un árbol y conversaban mientras el pajarillo observaba y miraba todo a su alrededor.

Cuando llegó el momento en que

la jovencita y su hermana fueran al campamento de las jóvenes, el pajarito fue con ellas a pasar una semana en las montañas. Fue allí donde trató de volar por primera vez, volando desde la mano de la joven hasta las ramas bajas de un árbol cercano.

Pero se sentía contento de volver a la mano familiar y a la seguridad del cariño de la joven, y aunque estaba aprendiendo a volar, no se fue. Cuando el campamento de las jóvenes llegó a su fin, el pájaro regresó a casa con ellas y siguió con las lecciones de vuelo.

La joven, al darse cuenta de que muy pronto el pájaro se tendría que unir a los de su propia clase, lo llevó al jardín y lo instó a que volara. El ave voló hasta un pequeño pino, se posó en una rama y comenzó a mirar a su alrededor. La jovencita lo dejó allí y regresó a casa, pensando que el pajarillo pronto se iría con otros pájaros.

Al poco tiempo se escuchó el gorjeo del pájaro en el frente de la casa. Cuando la joven fue a ver qué le pasaba, el pájaro salió volando del árbol y se posó nuevamente en la mano de ella, quien le dio de comer.

Durante las primeras noches, el pájaro volvía a la casa y quería permanecer adentro para pasar la noche con la familia, pero poco después empezó a quedarse afuera en los árboles cercanos a la casa con sus nuevos amigos. Cuando la joven salía al jardín y le silbaba, él respondía y volaba para posarse en su mano, y entonces mi hija Trinilee le daba de comer.

Ese pequeño pájaro y mi hija me enseñaron una gran lección en cuanto a la fe y la confianza. A pesar de que era apenas una fracción del tamaño de su amiga, y de que su vida podía correr peligro entre los humanos, el pajarito confiaba en ella y tenía fe en que no le haría daño y en que lo alimentaría... y acudía inmediatamente a su llamado.

Hermanos, ¿se han preguntado alguna vez acerca de nuestra fe? ¿Tenemos esa clase de confianza y de fe en el Señor? ¿Acudimos nosotros a Su llamado para prestar





Asientos en el lado sur del Tabernáculo. Los pilares que soportan el balcón son de pino macizo, los cuales han sido pintados para que parezcan mármol. Los bancos son de pino y se han pintado para que se vean como roble.

servicio y ser alimentados por Su mano?

Debemos esforzarnos por estar en Su presencia y acudir a Su llamado; sin embargo, muchos de nosotros carecemos de la fe y de la confianza necesarias para acudir al Señor cuando El nos llama. En la actualidad, nos llama para que le seamos fieles y tengamos confianza en El, para que nos pueda alimentar.

“Y Cristo ha dicho: Si tenéis fe en mí, tendréis poder para hacer cualquier cosa que me sea conveniente” (Moroni 7:33).

“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mateo 28:19).

Hay una obra urgente e importante que llevar a cabo entre todas las naciones y entre todos los pueblos. Hay muchos maravillosos jóvenes y señoritas, hermanas mayores y matrimonios misioneros que han sido llamados a servir y han respondido al llamado, y ahora sirven fielmente una misión para el Señor.

Existe una imperiosa necesidad de tener muchos misioneros más,

incluso matrimonios misioneros, tal como lo expresó el presidente Hinckley en una transmisión vía satélite el 21 de febrero de 1998, cuando dijo: “Con un esfuerzo combinado, con el reconocimiento del deber que recae sobre cada uno de nosotros como miembros de la Iglesia, y con sinceras oraciones al Señor para que nos ayude, podemos duplicar ese número” de bautismos de conversos.

“Pues he aquí, el campo blanco está ya para la siega; y he aquí, quien mete su hoz con su fuerza

atesora para sí, de modo que no perece, sino que trae salvación a su alma" (D. y C. 4:4).

No existe obra de mayor importancia o que brinde mayor gozo y satisfacción que podamos llevar a cabo en este momento.

El Señor, al hablarle a John Whitmer por intermedio del profeta José Smith, dijo: "Y ahora bien, he aquí, te dije que lo que será de mayor valor para ti será declarar el arrepentimiento a este pueblo, a fin de que traigas almas a mí, para que con ellas reposes en el reino de mi Padre. Amén" (D. y C. 15:6).

Hermanos, creo en nuestro Padre Celestial y confío en El. Cuando por medio de nuestro profeta actual el Señor nos revela que es necesario que nos esforcemos más, que más de nosotros participemos en la obra de traer almas a Cristo, entonces debemos dar un paso al frente y decir: "Heme aquí, envíame a mí" (Isaías 6:8).

De un himno predilecto, paso a citar:

*"Venid, los que tenéis de Dios el sacerdocio.*

*Las nuevas publicad y congregad al pueblo"*

*("Venid, los que tenéis de Dios el sacerdocio", Himnos, N° 206).*

Es necesario que después del bautismo los ayudemos a recorrer el camino que lleva a la exaltación, dándoles apoyo hasta que tengan un cimiento y un testimonio sólidos que los conduzca a través del tiempo hasta la vida eterna.

Amo a mi Padre Celestial y a nuestro Salvador, el Señor Jesucristo, y estoy muy agradecido por las muchas bendiciones y oportunidades que me han brindado. Ruego de todo corazón y con toda mi alma estar a la altura de los planes que Ellos tienen para mí, cualesquiera que éstos sean.

Ruego que todos demos fe y la misma confianza en el Señor que el pequeño gorrión le demostró a mi hija, y que acudamos al llamado del Señor.

Es mi plegaria que en efecto todos lo hagamos juntos, en el nombre de Jesucristo. Amén. □

# En cuanto a las semillas y la tierra

**Presidente James E. Faust**

Segundo Consejero de la Primera Presidencia

"Deseamos en particular que ustedes, jovencitos, tengan un testimonio fuerte, con raíces sólidas, porque sólo entonces será una brújula infalible".



**M**is queridos hermanos, la responsabilidad de dirigir la palabra a este vasto ejército de poseedores del sacerdocio es una gran responsabilidad que pesa sobre mis hombros. Ruego la bendición del Señor y las oraciones de ustedes mientras lo hago.

Estoy agradecido de que siendo apenas un niño se me haya enseñado a sembrar. Por medio del milagro de la vida, plantamos en nuestro propio huerto semillas que nos daban deliciosas arvejas, maíz, zanahorias, nabos, cebollas y papas. Recuerdo claramente una experiencia muy significativa que tuve cuando mi abuelo nos mostró la forma de sembrar semilla de alfalfa con la mano. Había arado y rastrellado el

terreno para prepararlo para la siembra; luego, tomando un puñado de semillas y, moviendo el brazo extendido en un amplio semicírculo, ingeniosamente las iba esparciendo a medida que caminaba a través del campo. Aun cuando los pájaros se comían parte de las semillas, la alfalfa crecía y el campo permanecía rico y fructífero por muchos años.

Más tarde, mientras prestaba servicio como misionero, esa experiencia me ayudó a entender la parábola del Salvador sobre el sembrador, la que en realidad es una parábola sobre diferentes clases de tierra. El enseñó que "...parte de la semilla cayó junto al camino; y vinieron las aves y la comieron.

"Parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra...

"Pero salido el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó.

"Y parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron, y la ahogaron.

"Pero parte cayó en buena tierra, y dio fruto, cuál al ciento, cuál a sesenta, y cuál al treinta por uno"<sup>1</sup>.

En esta parábola la semilla es la misma, pero cayó en tierra de cuatro clases diferentes. El Salvador también explicó el significado de la parábola. La semilla que "cayó junto al camino" representa a los que escuchan la palabra de Dios pero no la entienden y caen en las garras de Satanás. La segunda semilla, que "cayó en pedregales", describe a aquellos que reciben con gozo la

palabra y se esfuerzan mientras todo esté bien, pero cuando llegan las pruebas y sienten las presiones de la gente a causa de sus creencias, se ofenden y no perseveran. La tercera semilla, la que “cayó entre espinos”, representa a los que escuchan la palabra, pero las cosas del mundo y las riquezas son más importantes para ellos y se alejan de la verdad. La última semilla, sin embargo, la que “cayó en buena tierra”, representa a aquellos que oyen la palabra, la entienden, la viven y cosechan grandes y eternas recompensas<sup>2</sup>.

El Libro de Mormón proporciona varios ejemplos de semillas que cayeron junto al camino. Uno de ellos es el relato de los zoramitas. Alma escribe que a los zoramitas “les había sido predicada la palabra de Dios.

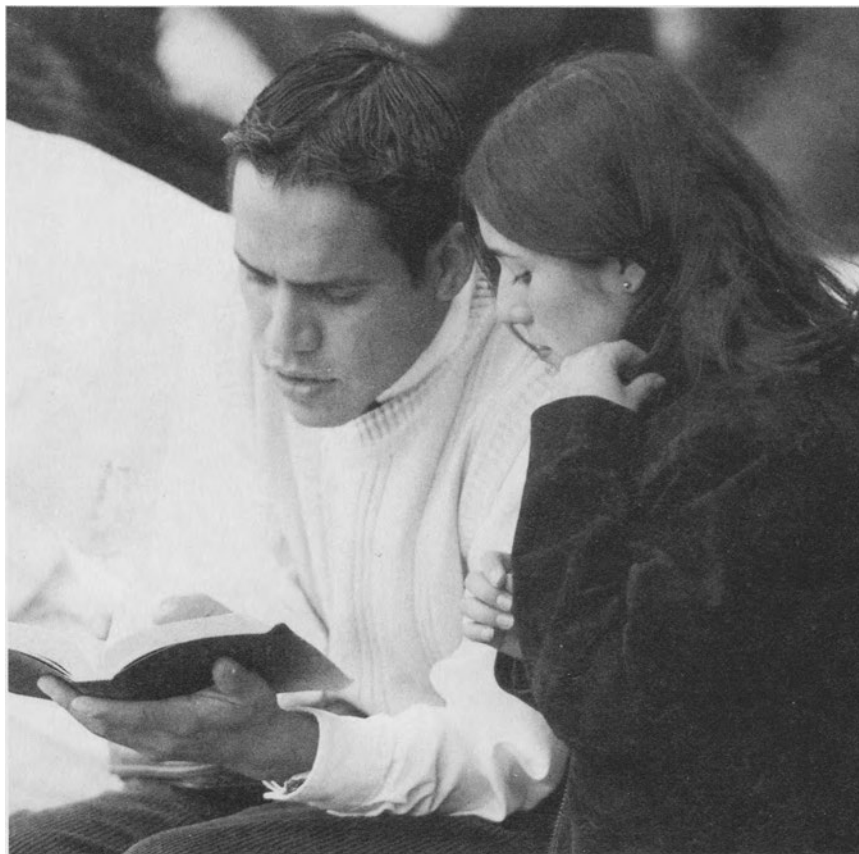
“Pero habían caído en grandes errores, pues no se esforzaban por guardar los mandamientos de Dios...”<sup>3</sup>.

Alma dirigió una misión para rescatarlos y, en sus enseñanzas, comparó la palabra con una semilla, y les explicó:

“...Ahora bien, si dais lugar para que sea sembrada una semilla en vuestro corazón, he aquí, si es una semilla verdadera, o semilla buena, y no la echáis fuera por vuestra incredulidad, resistiendo al Espíritu del Señor, he aquí, empezará a hincharse en vuestro pecho; y al sentir esta sensación de crecimiento, empezaréis a decir dentro de vosotros: Debe ser que ésta es una semilla buena, o que la palabra es buena, porque empieza a ensanchar mi alma; sí, empieza a iluminar mi entendimiento...”<sup>4</sup>.

El relato revela que muchos de los zoramitas pobres se convirtieron y se unieron al pueblo justo de Ammón en la tierra de Jersón, después que Alma y sus compañeros hubieron vuelto a sembrar la semilla.

Algunas semillas cayeron en tierra pedregosa durante los primeros días de la Iglesia en que el profeta José Smith llamó a varios conversos a servir como misioneros. Uno de ellos fue Simonds Ryder, ordenado élder el 6 de junio de 1831, por José

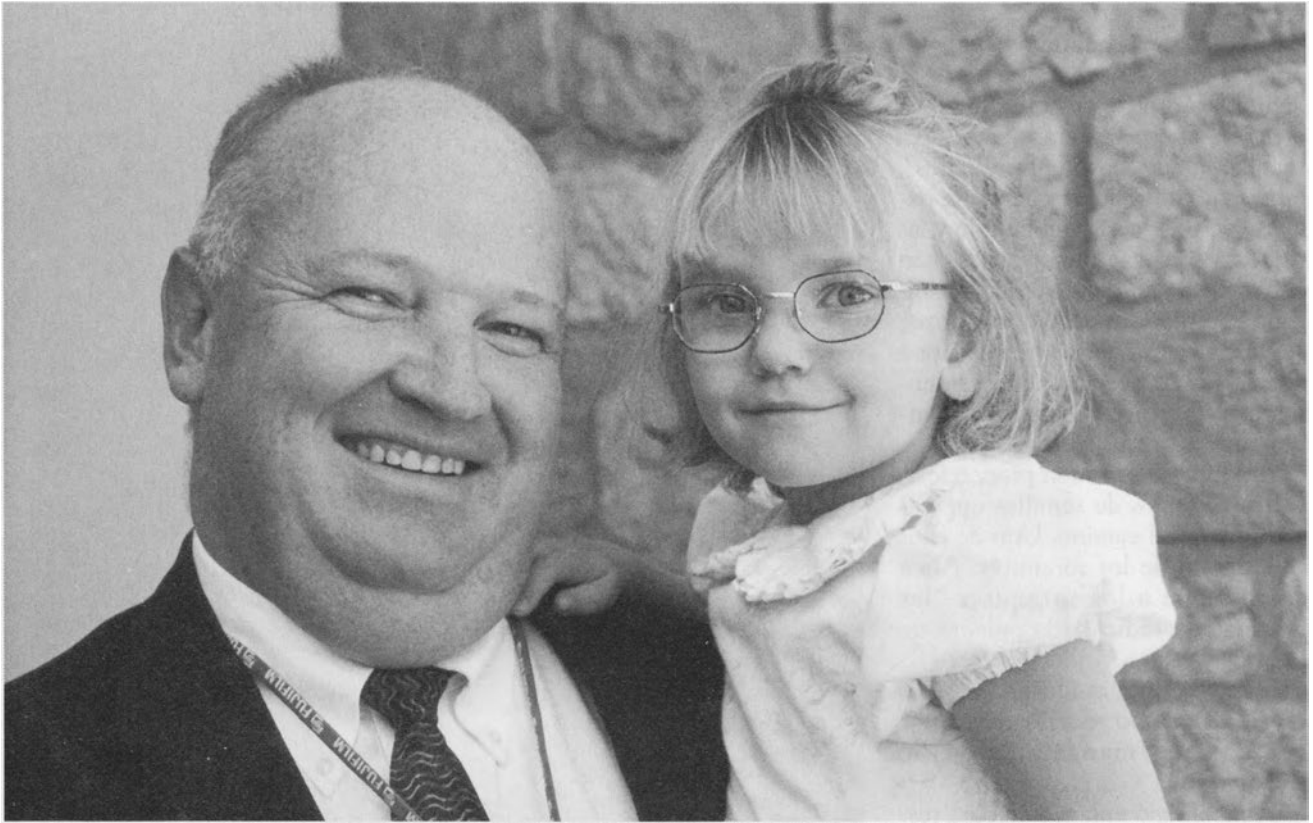


Smith. Después de leer la revelación relacionada con él y, al darse cuenta de que su nombre se había escrito con “i” latina en vez de “y” (griega), se ofendió, aparentemente por no saber que a menudo José Smith dictaba las revelaciones a sus escribas. Su desilusión por la falta de ortografía en su nombre no sólo lo llevó a la apostasía, sino que más tarde lo indujo a participar en la infame labor de cubrir con brea al profeta José y cubrirlo de plumas<sup>5</sup>. Al igual que la semilla que cayó en el pedregal, Simonds Ryder al principio recibió gozoso la palabra, pero luego se sintió ofendido por algo trivial y perdió su lugar en el reino de Dios.

A veces los espinos ahogan el almácigo, como fue el caso del joven rico que preguntó al Salvador qué debía hacer para heredar la vida eterna. Dijo que él había guardado todos los Diez Mandamientos desde su juventud y preguntó: “¿Qué más me falta?”. Al darse cuenta del amor que el joven sentía por sus riquezas, Jesús le enseñó una ley mayor del Evangelio: “Vende [todo] lo que

tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme”. Mateo escribe que “...oyendo el joven esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones”<sup>6</sup>. La semilla se había sembrado en este joven, pero a causa de sus riquezas, había caído entre espinos y se había asfixiado.

Hoy día, al viajar a través del mundo, vemos que muchas semillas han caído en buena tierra. Conocemos miembros maravillosos y fuertes de la Iglesia que son fieles y dedicados. Algunos de nosotros, que sembramos semillas como misioneros, pudimos haber pensado que esas semillas cayeron en terreno duro. No siempre es posible saber las consecuencias de un simple contacto. Durante años, William R. Wagstaff, que sirvió en la Misión Norte de los Estados del Centro (Estados Unidos), desde 1928 a 1930, se sintió desilusionado por no haber bautizado a más gente. En el verano de 1929, él y su compañero visitaron a una familia de granjeros a 300 kilómetros al oeste de



Winnipeg (Canadá).

“El hermano Wagstaff recordaba haber dado un Libro de Mormón a la madre y hablar sobre el Evangelio con ella durante las muchas visitas que les hicieron ese verano y el siguiente.

“Recordaba que durante cada visita, luego de quitarse ella el delantal, se sentaban a hablar del Evangelio; ella leía y hacía muchas preguntas.

“Pero cuando él finalizó su misión, ella aún no se había bautizado y él perdió todo contacto con ella”.

El hermano Wagstaff regresó a su casa, se casó y crió una familia. Posteriormente, en octubre de 1969, él y su esposa asistieron a la reunión de misioneros de él. “Una señora se le acercó y le preguntó: ‘¿No es usted el élder Wagstaff?’.

“...Se presentó como la mujer a la que él le había enseñado en su granja en las afueras de Winnipeg. En sus manos tenía un desgastado Libro de Mormón, el mismo que él le había dado hacía 40 años.

“Me mostró el libro’ cuenta él, miré la tapa y allí estaba mi nombre

y mi dirección’.

“Luego ella le dijo al hermano Wagstaff que cerca de 60 de sus familiares eran miembros de la Iglesia, entre ellos un presidente de rama”<sup>7</sup>.

El élder Wagstaff sembró la semilla durante su misión, pero regresó a casa mientras dicha semilla todavía se encontraba en la tierra. Cuarenta años más tarde se enteró de la abundante cosecha que finalmente se había logrado y que “...todo lo que el hombre sembrare, eso también segará”<sup>8</sup>.

Cada uno de nosotros debe nutrir sus semillas de fe para que sigan dando raíces. El presidente Hinckley nos ha exhortado seriamente a que ayudemos a los nuevos miembros a preparar sus almas para que las semillas de fe que plantaron los misioneros puedan crecer y desarrollarse.

Sin embargo, al mismo tiempo, parece que el terreno se está endureciendo y muchos son menos receptivos a las cosas del Espíritu. Los milagros de la tecnología moderna han traído eficiencia a nuestra vida en maneras que hace apenas una generación ni siquiera se soñaban; sin

embargo, con esa nueva tecnología ha venido también una avalancha de nuevos desafíos a nuestra moral y a nuestros valores. Algunos tienden a confiar más en la tecnología que en la teología. Sin embargo, me apresuro a afirmar que el conocimiento científico, las maravillas de la comunicación y los prodigios de la medicina moderna han provenido del Señor para dar realce a Su obra a través del mundo. A modo de ejemplo, el sitio de Internet de FamilySearch<sup>MR</sup> (Historia Familiar) de la Iglesia recibe un promedio de más de siete millones de visitas al día. Pero Satanás, por supuesto, está al tanto de este gran progreso en la tecnología y también la aprovecha para lograr sus propósitos, que son el destruir y hacer el mal. El se deleita en la pornografía disponible en Internet y en la sordidez de muchas películas y programas de televisión. Incluso se las ha ingeniado para incluir algunos de sus propios mensajes satánicos en alguna de nuestra música moderna. Para que las semillas de fe germinen en nuestras vidas debemos evitar caer en las garras de Satanás.

Es necesario también preparar nuestra propia tierra para recibir la fe y, para hacerlo, debemos arar la tierra por medio de la oración diaria humilde, pidiendo fortaleza y perdón; debemos rastrillar la tierra sobreponiéndonos a nuestros sentimientos de orgullo; debemos preparar el almácigo guardando los mandamientos de la mejor forma que nuestra capacidad lo permita; debemos ser honrados con el Señor en el pago de nuestro diezmo y otras ofrendas; debemos ser dignos y capaces de invocar los grandes poderes del sacerdocio para que nos bendigan a nosotros, a nuestras familias y a las demás personas por las cuales somos responsables. No hay mejor lugar para nutrir las semillas espirituales de nuestra fe que dentro de los sagrados santuarios de nuestros templos y en nuestros hogares.

Ustedes, jóvenes del Sacerdocio Aarónico, se deben empeñar diligentemente en adquirir adiestramiento y la mayor educación posible. Ustedes, diáconos y maestros, no tienen que decidir cuál será la carrera definitiva que deseen seguir; sin embargo, deben hacer todo lo posible por prepararse para enfrentar los desafíos de la vida y al final mantener en un futuro a sus respectivas esposas e hijos. En cierta forma, los jóvenes que a temprana edad no adquieran conciencia de los talentos y las oportunidades que el Señor les ha dado, no están honrando totalmente su sacerdocio. Sé que en algunas partes del mundo esto es muy difícil, pero las oportunidades para ustedes, jovencitos, aumentarán si aprenden bien una habilidad básica. También les sería de beneficio, jovencitos, si aprendieran otro idioma. Si no se preparan durante su juventud les será muy difícil empezar a prepararse cuando sean adultos.

Al asociarme con algunos de nuestros jóvenes, me he preguntado por qué las semillas han caído en tierra dura. A menudo parece que no se ha puesto suficiente esfuerzo en preparar la tierra para recibir las semillas de fe, como lo hizo mi

abuelo con su campo de alfalfa.

Creo que muchos espíritus brillantes, especiales y valientes se han reservado para esta época de desafíos. Recuerdo a un brillante niño que se llamaba Timmy.

Timmy tenía sólo dos centavos en su bolsillo cuando se acercó al granjero y le mostró un delicioso tomate que colgaba de una planta.

“Le doy dos centavos por ése”, ofreció el niño.

“Ese tomate vale cinco centavos”, le dijo el granjero.

“¿Y éste?”, preguntó Timmy, mostrando uno más pequeño, medio verde y menos tentador. El granjero asintió con la cabeza. “Está bien”, dijo Timmy, y cerró el acuerdo poniendo los dos centavos en la mano del granjero. “Lo pasaré a buscar dentro de una semana”<sup>9</sup>.

Ustedes, jóvenes, podrían aprender de Timmy, que invirtió dos centavos en un tomate que valdría cinco centavos en el futuro. Si están dispuestos a invertir ahora, tendrán oportunidades de lograr tanto como cualquier generación que haya vivido sobre la tierra. Sin embargo, para muchos, la semilla de la fe cae entre espinos y la semilla queda sin dar frutos<sup>10</sup>.

Ustedes, mis hermanos que poseen el santo sacerdocio de Dios, se pueden preguntar por qué estamos ansiosos de que las semillas de fe germinen en ustedes. Deseamos en particular que ustedes, jovencitos, tengan un testimonio fuerte, con raíces sólidas, porque sólo entonces será una brújula infalible que les permitirá resistir los fuertes vientos de la adversidad. Creemos que la salvación del mundo se ha puesto sobre el sacerdocio de esta Iglesia; esta responsabilidad descansa totalmente sobre nosotros; no podemos eludirla. Como dijo el presidente Gordon B. Hinckley:

“Si el mundo ha de salvarse, a nosotros nos toca hacerlo; no nos es posible escapar de esa responsabilidad. Ningún otro pueblo en la historia del mundo ha recibido la clase de mandato que nosotros hemos recibido. Somos responsables de todos los que han vivido sobre la tierra, lo

cual tiene que ver con nuestra historia familiar y la obra del templo; somos responsables de todos los que viven ahora sobre la tierra, lo cual tiene que ver nuestra obra misional; y vamos a ser responsables de todos los que aún vivirán sobre la tierra”<sup>11</sup>.

Ahora bien, hermanos, debido a que poseemos esos preciados poderes, creo que vamos a ser responsables de nuestros esfuerzos para lograr cumplir esta extraordinaria responsabilidad. No podemos avergonzarnos de la doctrina porque ésta no sea popular o socialmente aceptable. No debemos disculparnos por lo que se ha revelado por medio de los profetas de nuestra época. Es la palabra de Dios para el mundo. Siempre hay un precio que pagar si esperamos tener un testimonio de esta santa obra. Siempre se pondrá a prueba nuestra fe”<sup>12</sup>.

Alma dijo que cuando sintamos crecer la semilla de la fe, ésta ensanchará nuestra alma, iluminará nuestro entendimiento y será deliciosa para nosotros. Que Dios les bendiga para que tengan la experiencia que esas palabras encierran, lo ruego en el nombre de Jesucristo. Amén. □

## NOTAS

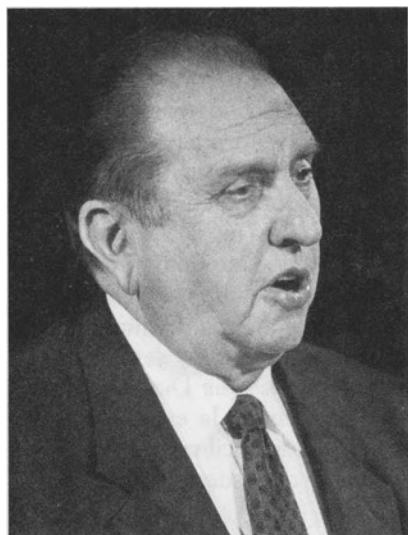
1. Mateo 13:4-8.
2. Véase Mateo 13:19-23.
3. Alma 31:8-9.
4. Alma 32:28.
5. Véase Milton V. Backman, hijo, *The Heavens Resound: A History of the Latter-day Saints in Ohio, 1830-1838*, 1983, págs. 93-94; y Donald Q. Cannon y Lyndon W. Cook, editores, *Far West Record: Minutes of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints, 1830-1844*, 1983, pág. 286.
6. Mateo 19:20-22.
7. Julie A. Dockstader, “Missionary Moments: A Lot of Rejoicing”, *Church News*, 4 de mayo de 1991, pág. 16.
8. Gálatas 6:7.
9. En Jacob M. Braude, *Braudes Treasury of Wit and Humor*, 1964, pág. 175.
10. Véase Mateo 13:22.
11. Seminario para presidentes de misión, 25 de junio de 1999; citado en “Church Is Really Doing Well” *Church News*, 3 de julio de 1999, pág. 3.
12. Véase D.yC. 105:19.



# El poder del sacerdocio

**Presidente Thomas S. Monson**  
Primer Consejero de la Primera Presidencia

"El sacerdocio no es tanto un don como un mandato para servir, un privilegio para edificar, una oportunidad para bendecir las vidas de los demás".



**H**ermanos del sacerdocio reunidos aquí y en todo el mundo, me siento humilde por la responsabilidad que tengo de hablar ante ustedes, y ruego que el Espíritu del Señor esté conmigo mientras lo hago.

Algunos de ustedes son diáconos, otros maestros o presbíteros, todos ellos oficios en el Sacerdocio Aarónico. Muchos de ustedes son líderes, setentas o sumos sacerdotes. Se espera mucho de cada uno de nosotros.

En una proclamación de la Primera Presidencia y del Consejo de los Doce Apóstoles emitida el 6 de abril de 1980, se expuso esta declaración de testimonio y verdad:

"Afirmamos solemnemente que La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es, de hecho, la restauración de la Iglesia restablecida por el Hijo de Dios cuando en Su

vida mortal organizó Su obra en la tierra; que lleva Su sagrado nombre, el nombre de Jesucristo; que está edificada sobre el cimiento de apóstoles y profetas, siendo El mismo la piedra angular; que Su sacerdocio, tanto el orden de Aarón como el de Melquisedec, fue restaurado por las manos de aquellos que lo poseyeron antiguamente: Juan el Bautista, en el caso del Sacerdocio Aarónico; y Pedro, Santiago y Juan, en el caso del Sacerdocio de Melquisedec"<sup>1</sup>.

El 6 de octubre de 1889, el presidente George Q. Cannon expresó esta súplica:

"Deseo ver fortalecido el poder del sacerdocio... Deseo ver esta fortaleza y poder difundidos por toda la organización del sacerdocio, abarcando desde la cabeza hasta el último y más humilde diácono de la Iglesia. Todo hombre debería buscar las revelaciones de Dios y disfrutarlas, esa luz de los cielos que resplandece en su alma y le da conocimiento respecto a sus deberes, a esa porción de la obra de Dios a la que es llamado como poseedor del sacerdocio"<sup>2</sup>.

El Señor mismo resumió nuestra responsabilidad cuando, en la revelación sobre el sacerdocio, nos exhortó: "Por tanto, aprenda todo varón su deber, así como a obrar con toda diligencia en el oficio al cual fuere nombrado"<sup>3</sup>.

Hermanos del Sacerdocio Aarónico, ya sean diáconos, maestros o presbíteros, aprendan su deber. Hermanos del Sacerdocio de Melquisedec, aprendan su deber.

Hace algunos años, cuando nuestro hijo menor estaba para cumplir

los doce años de edad, él y yo salíamos del edificio de las Oficinas Generales de la Iglesia cuando nos saludó el presidente Harold B. Lee. Mencioné que Clark pronto cumpliría doce años, tras lo cual el presidente Lee le preguntó: "¿Qué sucederá cuando cumplas doce años, Clark?". Ese fue uno de esos momentos en que el padre ruega que su hijo tenga la inspiración de responder bien. Sin vacilar, Clark le contestó: "Seré ordenado diácono".

Esa era la respuesta que el presidente Lee esperaba. Luego aconsejó a nuestro hijo: "Recuerda, es una gran bendición poseer el sacerdocio".

Espero con toda mi alma y corazón que cada joven que reciba el sacerdocio lo honre y sea fiel a la confianza que se le deposita cuando se le confiere.

Hace cuarenta y cuatro años escuché a William J. Critchlow, Jr., presidente en esa época de la Estaca Ogden Sur, dirigirse a los hermanos en la sesión general del sacerdocio de una conferencia y relatar una historia acerca de la confianza, el honor y el deber. Permítanme compartirla con ustedes, pues su sencilla lección se aplica a nosotros hoy en día, tal y como en aquel entonces.

"Rupert se detuvo al lado del camino a contemplar una gran cantidad de gente que pasaba apresurada. Al poco rato reconoció a un amigo. '¿Hacia dónde van todos con tanta prisa?', preguntó.

"El amigo se detuvo. '¿No lo sabes?', le dijo.

"No sé nada', contestó Rupert.

"Verás', continuó el amigo, 'el rey ha perdido su esmeralda real. Ayer asistió al casamiento de un noble y llevaba la esmeralda en una delgada cadenilla atada al cuello. De alguna forma la esmeralda se soltó de la cadena y todos la están buscando porque el rey ofreció una recompensa a quien la encuentre. Vamos, date prisa'.

"No puedo ir sin pedirle permiso a mi abuela', titubeó Rupert.

"No te puedo esperar; deseo encontrar la esmeralda', replicó su amigo.

“Rupert se apresuró a llegar a la cabaña que se encontraba a la entrada del bosque, en busca del permiso de su abuela. ‘Si lograrse encontrar la esmeralda nos mudaríamos de esta choza tan húmeda y compraríamos un terreno en la ladera de la montaña’, le dijo a su abuela.

“Pero su abuela movió la cabeza en señal negativa. ‘¿Qué harían las ovejas?’, preguntó. ‘Ya están inquietas en el corral esperando que las lleve a pastar; y por favor no olvides llevarlas a beber cuando el sol esté alto en el cielo’.

“Lleno de tristeza, Rupert llevó las ovejas a pastar y al mediodía las guió hasta el abrevadero del bosque, donde se sentó sobre una roca, junto al arroyo. ‘Si tan sólo hubiera tenido la oportunidad de ir a buscar la esmeralda del rey’, pensó. Al volver la cabeza para mirar el fondo arenoso del arroyo, repentinamente fijó la vista en el agua. ¿Qué será eso? ¡No podía ser! Saltó al agua y sus dedos agarraron algo verde, con un pequeño trozo de cadena dorada. ‘¡La esmeralda del rey!’ gritó. ‘Debe haberse caído de la cadena cuando el rey, montado a caballo, galopaba por el puente que cruza el arroyo, y la corriente la trajo hasta aquí’.

“Con ojos relucientes, Rupert corrió hacia la choza de su abuela para contarle sobre su gran hallazgo. ‘Afortunado eres, hijo’, le dijo ella, ‘pero nunca la habrías encontrado si no hubieras estado cumpliendo con tu deber, pastoreando las ovejas’. Rupert sabía que eso era verdad”<sup>4</sup>.

La lección que se debe aprender de este relato se encuentra en un versito popular: “Haz tu deber, que es lo mejor; y deja el resto para el Señor”.

Si hay alguien que se sienta demasiado débil para cambiar los altibajos de su vida, o si hay alguien que no se decide a mejorar debido al más grande de los temores, el temor al fracaso, no existe una seguridad más reconfortante que estas palabras del Señor: “Basta mi gracia a todos los hombres que se humillan ante mí; porque si se humillan ante mí, y tienen fe en mí, entonces haré que las cosas débiles sean fuertes para ellos”<sup>5</sup>.

Los milagros se pueden encontrar en todas partes cuando se magnifican los llamamientos en el sacerdocio. Cuando la fe reemplaza a la duda y el servicio desinteresado elimina el egoísmo, el poder de Dios hace que Sus propósitos se hagan realidad.

El sacerdocio no es tanto un don como un mandato para servir, un privilegio para edificar, una oportunidad para bendecir las vidas de los demás.

Hermanos, los que tengamos responsabilidades con los jóvenes del Sacerdocio Aarónico, no les demos solamente oportunidades de aprender, sino pongámosles ejemplos dignos de emular.

Para los que poseemos el Sacerdocio de Melquisedec, nuestro privilegio de magnificar nuestros llama-

mientos está siempre presente. Somos pastores al cuidado de Israel. Las ovejas hambrientas levantan la cabeza para ser alimentadas con el pan de vida. ¿Estamos preparados para alimentar el rebaño de Dios? Es imperativo que reconozcamos el valor de un alma humana, de que nunca abandonemos a uno de Sus preciados hijos.

Permítanme leer la carta de un joven, la cual refleja el espíritu de amor que ayudó a afirmar un testimonio del Evangelio:

“Estimado presidente Monson:

“Gracias por tomar la palabra en la convención nacional de Scouts celebrada en el fuerte A. P. Hill, Virginia. Durante la gira que realizamos, vimos muchos lugares famosos como las Cataratas del Niágara, la estatua de la Libertad, la Campana

Vista de aproximadamente 50 filas de bancas, y del balcón que circunda el Tabernáculo por tres lados.



de la Libertad y muchos otros sitios. La Arboleda Sagrada fue el lugar del que más disfruté. Nuestros padres nos habían escrito cartas a cada uno de nosotros para leerlas mientras estuviéramos en la arboleda. Después de leer la carta que me escribieron mis padres, me arrodillé a orar. Pregunté si la Iglesia era realmente verdadera, si José Smith en verdad vio una visión y es un profeta verdadero de Dios, y también si el presidente Gordon B. Hinckley es un verdadero profeta de Dios. Inmediatamente después de terminar la oración, sentí, por medio del espíritu, que estas cosas eran en realidad verdaderas. Previamente había orado sobre esas mismas cosas, pero jamás había recibido una respuesta tan poderosa. No había manera que yo pudiera negar que esta Iglesia fuera verdadera o que el presidente Hinckley fuera un profeta de Dios.

“Me siento muy bendecido por ser miembro de esta Iglesia. Gracias nuevamente por asistir a la convención.

“Atentamente,  
“Chad D. Olson

“E D. Al guía de la gira y al chofer del autobús les dimos un ejemplar del Libro de Mormón con nuestros testimonios. Son personas magníficas. Quiero ser misionero”.

Al igual que José Smith, este joven se había retirado a una arboleda sagrada y orado en busca de respuestas a preguntas originadas por una mente inquisitiva. Una vez más se había contestado una oración y se había obtenido una confirmación de la verdad.

Hay muchos miembros menos activos que vagan por el desierto de la duda o que luchan en el pantano del pecado. Uno de esos miembros me escribió lo siguiente:

“Me da miedo estar solo. El Evangelio jamás se me ha salido del corazón, aun cuando ha salido de mi vida. Le ruego que ore por mí. Estaría feliz incluso con las migajas que caen de la mesa del miembro más humilde de la Iglesia, porque él tiene más de lo que yo tengo ahora. Yo solía pensar que la posición y la responsabilidad eran importantes en

la Iglesia, pero ahora sé que siempre estuve equivocado. Lo importante era el ser miembro, el poder del sacerdocio, la paternidad y el servicio. Sé cómo llegar a la Iglesia, pero a veces creo que necesito a alguien que me muestre el camino, que me alienate, que elimine mis temores y me dé su testimonio. Pensaba que la Iglesia se había perdido, cuando en realidad el que estaba perdido era yo”.

El llamado del deber puede venir silenciosamente a medida que los que poseemos el sacerdocio respondemos a las asignaciones que recibimos. El presidente George Albert Smith, líder modesto pero eficaz, declaró: “Vuestro deber es primeramente aprender lo que el Señor desea y después, por el poder y la fuerza del Santo Sacerdocio, magnificar vuestro llamamiento en la presencia de vuestros semejantes para que éstos estén dispuestos a seguirnos”<sup>6</sup>.

¿Qué significa magnificar un llamamiento? Significa edificarlo en dignidad e importancia, hacerlo honorable y digno de elogio a los ojos de todos los hombres, aumentarlo y fortalecerlo para que la luz del cielo brille a través de él a la vista de otros hombres. ¿Y cómo se magnifica un llamamiento? Simplemente llevando a cabo el servicio que le corresponde. Un élder magnifica su llamamiento al aprender cuáles son sus deberes como tal y cumplirlos. Y

así como en el caso de un élder, también lo es con un diácono, un maestro, un presbítero, un obispo y con cada uno que tenga un oficio en el sacerdocio.

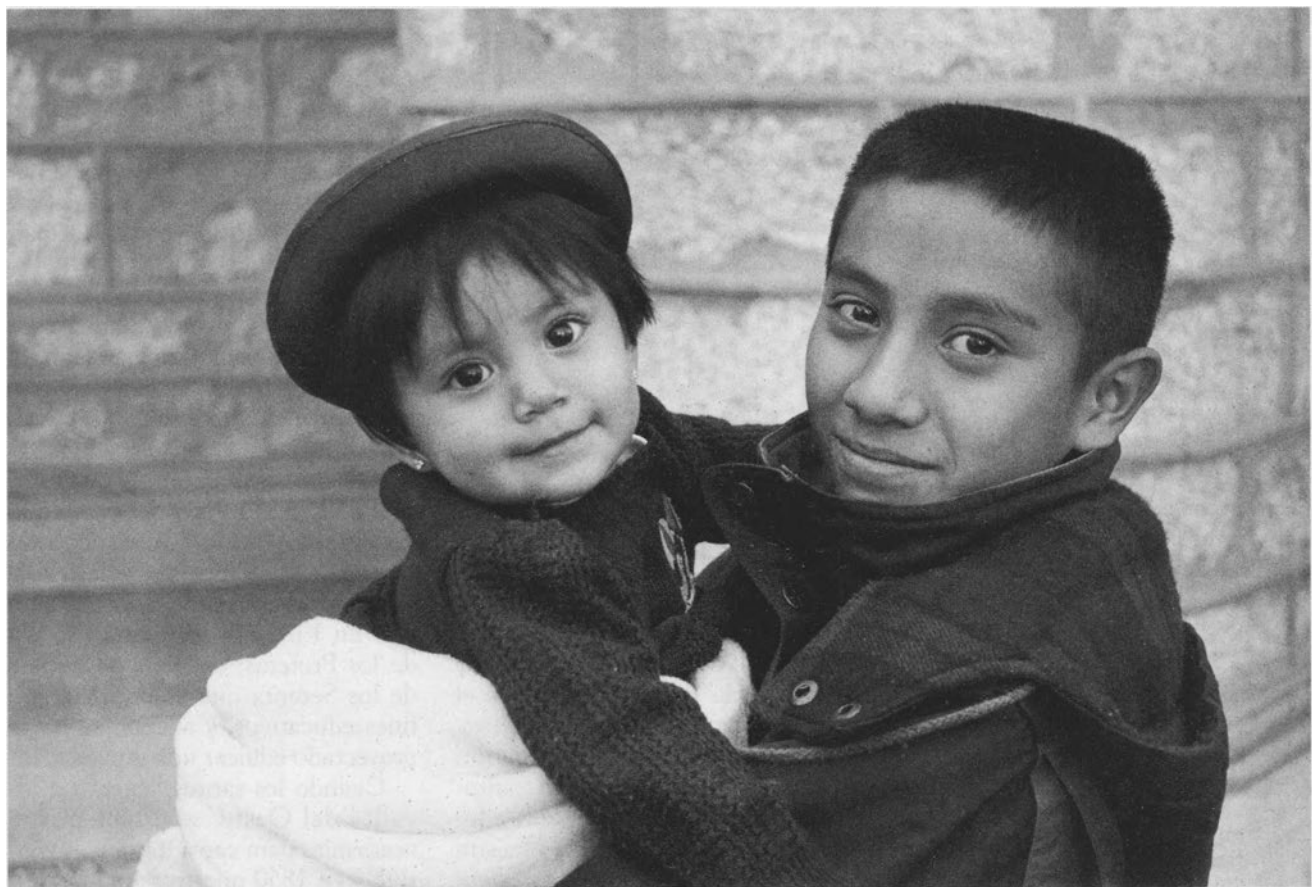
Como recordamos, Pablo, conocido como Saulo, iba en camino hacia Damasco para perseguir a los cristianos. Al estar cerca de esa ciudad, le rodeó un resplandor de luz y cayó a tierra, atemorizado, y escuchó una voz que decía: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”. Y Saulo preguntó: “¿Quién eres, Señor?”. Y la voz dijo: “Yo soy Jesús”.

Un Saulo arrepentido preguntó: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?”. Con la respuesta del Señor, Saulo el perseguidor pasó a ser Pablo el proselitista, y dio comienzo a su gran esfuerzo misional<sup>7</sup>.

Hermanos, es haciendo y no sólo soñando que se bendicen vidas, otras personas reciben guía y se salvan almas. Santiago agregó: “Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos”<sup>8</sup>.

Ruego que todos los que nos encontramos reunidos esta noche en esta asamblea del sacerdocio hagamos un esfuerzo renovado para que seamos dignos de recibir la guía del Señor en nuestra vida. Hay muchos por ahí que ruegan y oran para recibir ayuda; están los desalentados, los que sufren de mala salud y por los





problemas de la vida que los conducen a la desesperación.

Siempre he creído en la veracidad de las palabras: “Las bendiciones más gratas de Dios siempre se reciben de las manos de los que le sirven aquí en la tierra”<sup>9</sup>. Tengamos siempre manos prestas, limpias y dispuestas para que podamos participar en proporcionar lo que nuestro Padre Celestial desea que otros reciban de El.

Deseo terminar con un ejemplo de mi propia vida. Tuve un preciado amigo que parecía experimentar más de los problemas y las frustraciones de esta vida de los que podía soportar. Finalmente, fue hospitalizado a consecuencia de una enfermedad incurable; yo no sabía que él se encontrara allí.

Mi esposa y yo habíamos ido a ese mismo hospital a visitar a otra persona muy enferma. Al salir del hospital y mientras nos dirigíamos al lugar donde habíamos estacionado el auto, sentí la clara impresión de que debía regresar y averiguar si por

casualidad Hyrum Adams estaba internado allí. Hacía muchos años que había aprendido que nunca, nunca debía aplazar los susurros del Señor. Ya era tarde, pero al verificar con uno de los encargados me informó que, en efecto, Hyrum era uno de los pacientes.

Nos dirigimos a su habitación, llamamos a la puerta y entramos. No estábamos preparados para la escena que nos esperaba. Había globos de colores por todas partes. En la pared había un gran cartel que decía “Feliz cumpleaños”. Hyrum estaba sentado en la cama, con los miembros de su familia a su lado. Cuando nos vio, exclamó: “Hermano Monson, ¿cómo supo que hoy es mi cumpleaños? Sonreí, pero dejé la pregunta sin responder.

Aquellos que estaban en ese cuarto y que poseían el Sacerdocio de Melquisedec rodearon a ese hombre, su padre y amigo, y se le dio una bendición del sacerdocio.

Luego de derramar lágrimas, de intercambiar sonrisas de gratitud, y

de dar y recibir abrazos de ternura, me incliné hacia Hyrum y le susurré: “Hyrum, recuerda las palabras del Señor, porque te consolarán. El prometió: ‘No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros’”<sup>10</sup>.

Que cada uno de nosotros esté siempre en la obra del Señor y de ese modo tenga derecho a la ayuda de El, lo ruego humildemente en el nombre de Jesucristo. Amén. □

#### NOTAS

1. *Liahona*, julio de 1980, pág. 87.
2. *Deseret Weekly*, 2 de noviembre de 1889, pág. 598.
3. D. y C. 107:99.
4. En Conference Report, octubre de 1955, pág. 86.
5. Éter 12:27.
6. *Liahona*, julio de 1996, pág. 46.
7. Hechos 9:3-6.
8. Santiago 1:22.
9. Montgomery, Whitney, “Revelation”, en *Best-Loved Poems of the LDS People*, ed. Jack M. Lyon y otros, 1966, pág. 183.
10. Juan 14:18.

# Por qué hacemos algunas de las cosas que hacemos

Presidente Gordon B. Hinckley

"Ésta no es una causa fácil ni una obra sin esfuerzo, e incluso sacrificio. Seguiremos adelante siguiendo el sendero que el Señor nos ha señalado".



**M**is queridos hermanos, les felicito dondequiera que se encuentren. Como de costumbre, el Tabernáculo está completamente lleno. Para la próxima primavera nos será posible dar cabida a todos los que deseen sentarse juntos para participar de estas extraordinarias reuniones de sacerdocio del sábado por la noche, lo cual será una gran bendición.

Para concluir esta reunión, deseo hablarles unos minutos sobre el tema: porqué hacemos algunas de las cosas que hacemos.

Me doy cuenta de que es un título que suena un poco extraño; pero ésta es la única reunión en la que

podemos tratar procedimientos y normas de la Iglesia. Ruego que el Espíritu Santo me guíe.

La Iglesia es una organización eclesiástica. Es una sociedad caritativa cuyo principal interés es la adoración del Señor Jesucristo. Nuestra misión más grande es la de testificar de Su existencia real. No debemos participar en nada que no esté en armonía con ese objetivo principal; en cambio debemos participar en cualquier cosa que esté en armonía con ello.

Hacemos muchas cosas que a primera vista no parecen estar relacionadas con ese objetivo primordial; hablaré en cuanto a dos o tres de ellas. Entre ellas se encuentra el funcionamiento de la Universidad Brigham Young. La gente nos pregunta por qué patrocinamos una institución tan grande y costosa que básicamente se concentra en la educación secular. La pregunta es apropiada. Ese patrocinio tiene una base doctrinal.

El Señor ha decretado por medio de la revelación:

"Enseñaos diligentemente, y mi gracia os acompañará, para que seáis más perfectamente instruidos en teoría, en principio, en doctrina, en la ley del evangelio, en todas las cosas que pertenecen al reino de Dios, que os conviene comprender;

"de cosas tanto en el cielo como

en la tierra, y debajo de la tierra; cosas que han sido, que son y que pronto han de acontecer; cosas que existen en el país, cosas que existen en el extranjero, las guerras y perplejidades de las naciones, y los juicios que se ciernen sobre el país; y también el conocimiento de los países y de los reinos,

"a fin de que estéis preparados en todas las cosas, cuando de nuevo os envíe a magnificar el llamamiento al cual os he nombrado y la misión con la que os he comisionado" (D. y C. 88:78-80).

Resulta obvio entonces que estamos obligados a aprender no sólo lo relacionado con lo eclesiástico sino también con lo secular. En la Iglesia existe una tradición en cuanto a eso. En Kirtland había una Escuela de los Profetas; en Nauvoo la Sala de los Setenta que se utilizaba con fines educativos, y además se había proyectado edificar una universidad.

Cuando los santos llegaron a los valles del Oeste, se establecieron academias para capacitar a la juventud, y en 1850 nuestros antepasados pioneros aprobaron los estatutos de la Universidad de Utah. La Universidad Brigham Young se fundó mucho más tarde, sobreviviendo a la mayoría de las academias de la Iglesia. Ha crecido hasta tener inscritos en la actualidad más de 27.000 alumnos. Es un grupo numeroso de estudiantes, pero es una fracción muy pequeña de los jóvenes de la Iglesia que son dignos de obtener educación universitaria. Podemos dar cabida a relativamente unos pocos; pero si no podemos dar cupo a todos, ¿por qué se lo damos a algunos? La respuesta es que, si no podemos dar cabida a todos, demosla a todos los que podamos. El número de alumnos a los cuales se puede dar cupo dentro de la universidad es limitado, pero la influencia de ella es ilimitada. Se están realizando enormes esfuerzos por aumentar y expandir esa influencia.

¡Cuán afortunados son aquellos que tienen la oportunidad de asistir! Llego al borde del enojo cuando escucho protestas entre los alumnos o el personal docente. Estoy agradecido



de poder decir que, con unas pocas excepciones, tanto los que llegan a aprender como los que enseñan agradecen esa gran bendición y son conscientes de ella.

Además, la universidad ha contribuido al reconocimiento bastante favorable de la Iglesia. Su institución patrocinadora, o sea la Iglesia, es extensamente reconocida; se ha destacado por sus normas e ideales, de los cuales se ha escrito y hablado, y que le han hecho saber al mundo aquello en lo que creemos. Sus programas académicos y deportivos han brindado honor tanto a la universidad como a la Iglesia. Y, a medida que las generaciones de alumnos pasen por sus aulas, se gradúen y se vayan por el mundo, honrarán esa grandiosa institución y a su patrocinador: La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

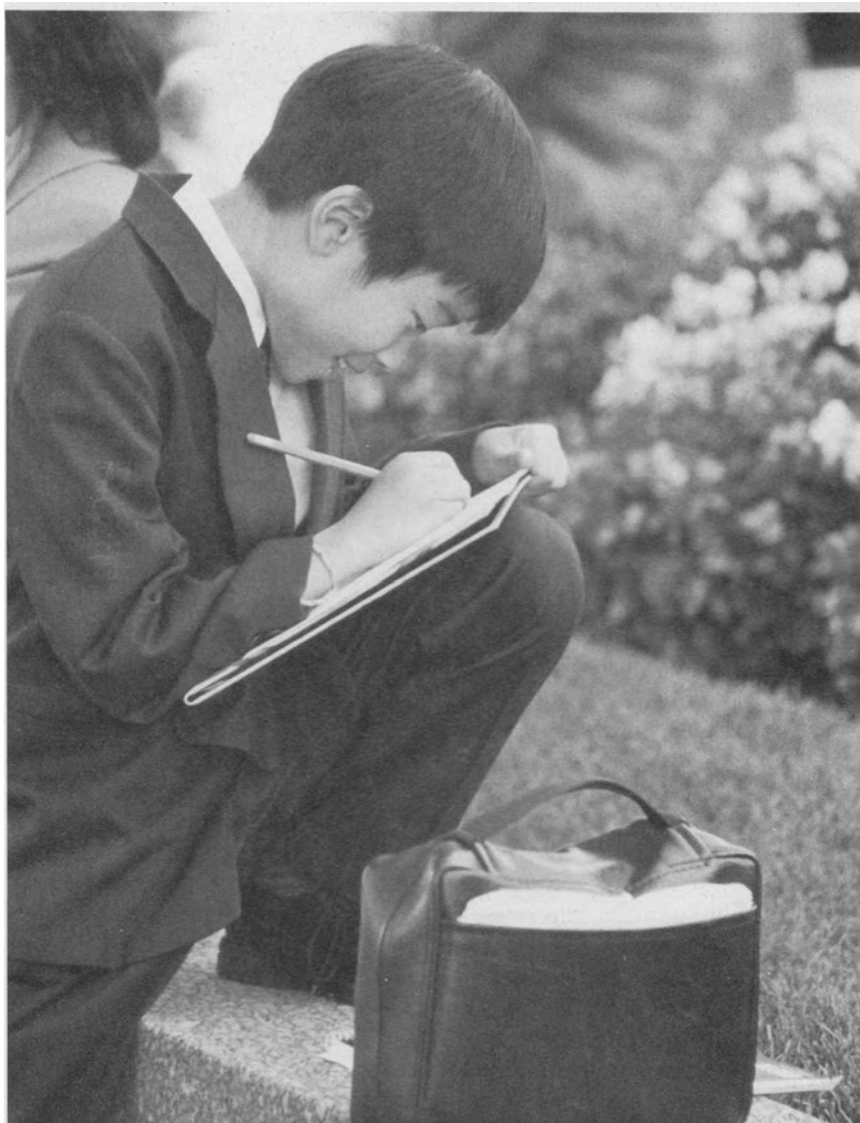
Seguiremos apoyando a la Universidad Brigham Young, aquí y en Hawái; continuaremos dando nuestro apoyo al Colegio Universitario Ricks. No creo que vayamos a edificar otras universidades. Quisiéramos construir suficientes con el fin de que hubiese cupo para todos los que quisieran asistir, pero no nos es posible; son sumamente caras. Sin embargo, conservaremos éstas como insignias para que testifiquen del extraordinario y serio cometido que tiene esta Iglesia hacia la educación, tanto eclesiástica como secular y, al hacerlo, demostrar al mundo que se puede obtener un excelente aprendizaje secular en un ambiente de fe religiosa.

Como respaldo a estas instituciones estarán nuestras otras escuelas, nuestros institutos de religión diseminados por todas partes y el magnífico sistema de seminarios de la Iglesia.

Se espera que por medio de ellos, nuestra juventud, dondequiera que se encuentre, experimente algo de lo positivo que se puede tener en la Universidad Brigham Young.

La próxima pregunta es: "¿Por qué tiene la Iglesia negocios?"

Participamos en algunos negocios, pero no muchos. La mayoría de ellos comenzaron durante los primeros



días en que la Iglesia era la única organización que podía proporcionar el capital necesario para crear ciertas empresas comerciales estructuradas para abastecer a la gente en esta remota zona. Desde entonces nos hemos despojado de algunas en tanto se consideró que ya no existía una necesidad. Entre estas inversiones obsoletas estaba por ejemplo la antigua "Consolidated Wagón and Machine Company" que era bastante próspera en la época de los carromatos y de la maquinaria agrícola tirada por caballos; la compañía dejó de tener razón de ser.

La Iglesia vendió los bancos que una vez le pertenecieron. Al desarrollarse buenos servicios bancarios en la comunidad, ya no hubo necesidad

de que la Iglesia fuera propietaria de bancos.

Algunas de esas empresas acomodan directamente las necesidades de la Iglesia. Por ejemplo, la comunicación es un asunto que nos incumbe; debemos comunicarnos con gente de todas partes del mundo; debemos comunicarnos aquí para dar a conocer nuestra posición, y en el extranjero para familiarizar a otras personas con nuestra obra. Y por eso somos dueños de un periódico, el *Deseret News*, la institución empresarial más antigua de Utah.

Igualmente, somos dueños de estaciones de radio y televisión, las cuales proporcionan una voz a las comunidades a las que prestan servicio. Quisiera hacer notar que en

ocasiones nos avergonzamos de los programas que se transmiten por televisión, por lo que nuestra gente hace todo lo posible por reducir el impacto que éstos puedan tener.

Contamos con una sección de bienes raíces diseñada principalmente para asegurar la viabilidad comercial y el atractivo de las propiedades que rodean la Manzana del Templo. El centro de muchas ciudades se ha deteriorado terriblemente. Sin embargo, no se puede decir eso de Salt Lake City, aun cuando tal vez ustedes estén en desacuerdo cuando tratan de llegar hasta el Tabernáculo estos días. Nos hemos esforzado para asegurar que esta parte de la comunidad se conserve atractiva y viable. Con los hermosos terrenos de la Manzana del Templo y la manzana adjunta hacia el este, mantenemos unos jardines comparables a los mejores de cualquier parte del mundo. Esta parte de la ciudad se verá aún más hermosa cuando se termine la construcción que se está llevando a cabo en la calle Main y se termine el enorme centro de conferencias que se está construyendo hacia el norte.

¿Funcionan esas empresas con fines de lucro? Claro que sí; funcionan en un mundo competitivo; pagan impuestos; son ciudadanos importantes de esta localidad. Y obtienen ganancias, y de esas ganancias proviene el dinero que utiliza la Fundación de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días para ayudar a las causas buenas y de caridad de esta comunidad así como del exterior y, particularmente, para colaborar en la gran obra humanitaria de la Iglesia.

Esas entidades empresariales contribuyen un diez por ciento de sus ganancias a la fundación, la cual no puede dar donaciones a sí misma ni a otras entidades de la Iglesia, pero puede utilizar sus recursos para ayudar a otras causas, lo que hace generosamente. Se han distribuido millones de dólares; se ha alimentado a miles de personas; se les han suministrado medicinas; se les han dado ropa y albergue en épocas de gran emergencia y terribles aflicciones.

Cuán agradecido estoy por la beneficencia de esta maravillosa Fundación que obtiene sus recursos económicos de las empresas de la Iglesia.

Tengo tiempo para una pregunta más: “¿Por qué se involucra la Iglesia en cuestiones relacionadas con la moral que son presentadas ante la legislatura y el electorado?”

Me apresuro a añadir que nos ocupamos únicamente de esos asuntos legislativos que son de naturaleza puramente moral o que afectan directamente el bienestar de la Iglesia. Nos hemos opuesto al juego de azar y a las bebidas alcohólicas y seguiremos haciéndolo. Lo consideramos no sólo nuestro derecho sino también nuestro deber el oponernos a esas fuerzas que, según nuestra opinión, socavan el carácter moral de la sociedad. Gran parte de nuestros esfuerzos, una porción considerable, está en conjunto con otros cuyos intereses son similares. Hemos trabajado con grupos de judíos, de católicos, de musulmanes, de protestantes y con aquellos que no profesan ninguna afiliación religiosa en particular. Actualmente tal es el caso en California, en donde los Santos de los Últimos Días están trabajando como parte de una coalición para salvaguardar el matrimonio tradicional de fuerzas en nuestra sociedad que tratan de definir nuevamente esa sagrada institución. El matrimonio aprobado por Dios entre un hombre y una mujer ha sido la base de la civilización por miles de años. No hay ninguna justificación para que se deba volver a definir lo que es el matrimonio. Ese no es nuestro derecho, y quienes intenten hacerlo tendrán que rendir cuenta ante Dios por ello.

Algunos describen la legalización del presunto matrimonio entre personas del mismo sexo como un derecho civil. Pero eso no se trata de derechos civiles, sino de la moralidad. Otros cuestionan el derecho constitucional que tenemos como Iglesia de alzar nuestra voz sobre un tema que es de importancia fundamental para el futuro de la familia. Creemos que el defender esta sagrada institución

mediante nuestros esfuerzos por preservar el matrimonio tradicional está, sin ninguna duda, dentro de nuestras prerrogativas religiosas y constitucionales. En efecto, es por nuestra doctrina que nos vemos obligados a exponer nuestra opinión.

Sin embargo, y esto es algo que deseo recalcar, quiero decir que nuestra oposición a los intentos de legalizar el matrimonio entre personas del mismo sexo jamás se debe interpretar como justificación para el odio, la intolerancia o el maltrato de aquellas personas que profesan tendencias homosexuales, ya sea en forma individual o como grupo. Como dije desde este púlpito hace un año, nuestro corazón se conmueve por aquellos que se dicen llamar “gays y lesbianas”. Los amamos y honramos como hijos e hijas de Dios y se les da la bienvenida a la Iglesia. No obstante, se espera que ellos sigan las mismas reglas de conducta dadas por Dios que se aplican a todos los demás, ya sean solteros o casados.

Elogio a aquellos de nuestros miembros que voluntariamente se han unido a otras personas de pareceres similares para defender la santidad del matrimonio tradicional. Como parte de una coalición que comprende a personas de otras religiones, ustedes brindan considerablemente de sus recursos. El dinero que se está recabando en California ha sido donado a la coalición por miembros de la Iglesia en forma individual. Ustedes, al igual que muchos de otras iglesias, contribuyen su tiempo y talentos para defender una causa que en algunos sectores quizás no refleje una ideología progresista pero que, sin embargo, es la parte central del plan eterno que el Señor tiene para Sus hijos. Este es un esfuerzo unificado.

Creo que eso es todo lo que tengo para decir sobre éste y sobre los demás temas de los que he hablado. He tratado de explicar por qué hacemos algunas de las cosas que hacemos y espero haber sido de ayuda.

Ahora, para terminar, quisiera decirles que amo al sacerdocio de esta Iglesia; es un elemento vital y viviente; es el corazón mismo y la



fortaleza de esta obra. Es el poder y la autoridad mediante la cual Dios, nuestro Padre Eterno, lleva a cabo Su obra en la tierra; es la autoridad mediante la cual los hombres hablan en Su nombre; es la autoridad mediante la cual gobiernan Su Iglesia.

Amo a los jovencitos que poseen el Sacerdocio Aarónico. Todo joven que lo posea y rinda obediencia a los mandamientos del Señor puede esperar tener la guía del Espíritu Santo en su vida. Ese Espíritu lo bendecirá en sus estudios y en sus demás actividades, y lo guiará en aquellos proyectos que serán una bendición para él así como para las personas que lo rodean.

Jóvenes, apoyo y repito lo que se ha dicho aquí esta noche; vivan dignos del sacerdocio que poseen. Nunca hagan nada que les haga perder esa dignidad. Observen la Palabra de Sabiduría; no es difícil, y les brindará las bendiciones prometidas. Eviten las drogas; éstas los destruirán por completo; les privarán del control y de la disciplina que ejerzan sobre su mente y su cuerpo;

los esclavizarán y los aprisionarán de manera tan feroz y mortal que les será casi imposible liberarse.

Manténganse alejados de la pornografía; ésta también los destruirá; llenará sus mentes de maldad y destruirá la capacidad que tienen de apreciar lo bueno y lo hermoso.

Eviten las bebidas alcohólicas como si fueran una enfermedad repugnante. La cerveza les ocasionará el mismo daño que el licor; ambos contienen diferentes niveles de alcohol.

Rechacen la inmoralidad; arruinará sus vidas si ceden a ella; acabará con su amor propio; les privará de agradables oportunidades y los hará indignos de la compañía de una linda jovencita.

A medida que miren hacia adelante y planeen su vida, incluyan una misión. Tienen la obligación de hacerlo. Quizás sea una experiencia difícil pero enriquecerá y dará equilibrio a sus vidas, además de ser una bendición para los demás de una forma imposible de comprender.

Mucho depende de ustedes, mis

queridos amigos.

Que el Señor los bendiga al avanzar en la vida, y al obedecer los mandamientos del Señor.

Esta noche le recuerdo a todo hombre y jovencito que se encuentra en esta enorme congregación que ésta es la Iglesia y el reino del Dios Todopoderoso. Como nuestra historia lo ha demostrado ampliamente, ésta no es una causa fácil ni una obra sin esfuerzo, e incluso sacrificio. Seguiremos adelante siguiendo el sendero que el Señor nos ha señalado. Trataremos de ser fuertes y no desfallecer al seguir esos programas y prácticas que se han establecido y mantenido a través de las generaciones de los tiempos.

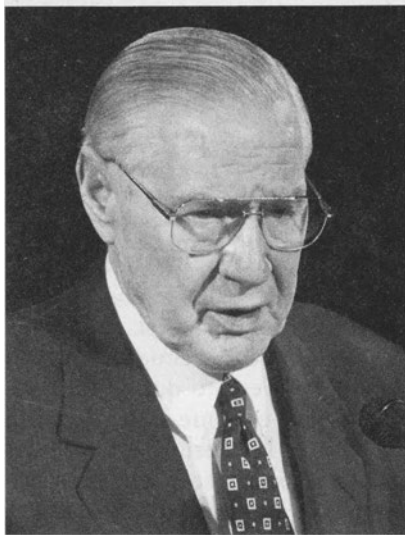
Hermanos, formamos parte de una extraordinaria organización. Seguiremos adelante sin desmayar ni desistir en nuestra empresa de edificar este reino y establecer rectitud sobre la tierra. Que el Señor nos conceda sabiduría, fortaleza y determinación, lo ruego humildemente en el nombre de nuestro Redentor, el Señor Jesucristo. Amén. □

# La esperanza, ancla del alma

Presidente James E. Faust

Segundo Consejero de la Primera Presidencia

"Nuestra más grande esperanza proviene del conocimiento de que el Salvador rompió las ligaduras de la muerte... Él expió nuestros pecados con la condición de que nos arrepintamos".



**M**is queridos hermanos, hermanas y amigos, llego a este púlpito agradecido por la inspiración y la dedicación de los que construyeron este sagrado, santo e histórico tabernáculo. Rindo homenaje al presidente Brígaam Young, quien demostró su genio como líder al construir este edificio excepcional y el portentoso órgano. Al mismo tiempo me regocijo porque, bajo el inspirado liderazgo del presidente Hinckley, estamos construyendo una magnífica casa de adoración para dar cabida a una Iglesia que continúa creciendo. Este nuevo edificio es una expresión de

esperanza para la Iglesia en el siglo venidero.

En esta ocasión, "quisiera hablaros", como dijo Moroni, "concerniente a la esperanza"<sup>1</sup>. Hay excepcionales fuentes de esperanza que exceden nuestra propia aptitud, aprendizaje, fortaleza y capacidad. Entre ellas está el don del Espíritu Santo. Por medio de la prodigiosa bendición de este miembro de la Trinidad, "podremos conocer la verdad de todas las cosas"<sup>2</sup>.

La esperanza es el ancla de nuestras almas. No sé de persona alguna que no tenga necesidad de tener esperanza: jóvenes o mayores, fuertes o débiles, ricos o pobres. Como exhortó el profeta Eter: "de modo que los que creen en Dios pueden tener la *firme esperanza* de un mundo mejor, sí, aun un lugar a la diestra de Dios; y esta esperanza viene por la fe, proporciona un ancla a las almas de los hombres y los hace seguros y firmes, abundando siempre en buenas obras, siendo impulsados a glorificar a Dios"<sup>3</sup>.

Nefi amonestó a los de su época: "Por tanto, debéis seguir adelante con firmeza en Cristo, teniendo un fulgor perfecto de esperanza y amor por Dios y por todos los hombres. Por tanto, si marcháis adelante, deleitándoos en la palabra de Cristo, y perseveráis hasta el fin, he aquí,

así dice el Padre: Tendréis la vida eterna"<sup>4</sup>.

Todas las personas en esta vida tienen sus retos y dificultades. Eso es parte de nuestra prueba mortal. La razón de algunas de estas pruebas no se puede comprender excepto sobre la base de la fe y la esperanza, puesto que suele haber un propósito mayor que no siempre comprendemos. La paz proviene de la esperanza.

Pocas actividades están más libres de riesgos que el cumplir una misión para La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, dado que los misioneros están literalmente en las manos del Señor. Deseamos que a todos ellos se les pudiera conservar totalmente fuera de peligro en todo momento, pero eso no es la realidad. Los misioneros, así como sus familiares y líderes, confían plenamente en la protección del Señor y, cuando ocurre una tragedia poco común, todos ellos son sostenidos por el Espíritu de Aquel a quien sirven.

El verano pasado visité al élder Orin Voorheis en casa de sus padres en Pleasant Grove, Utah. El es un joven grande de contextura, apuesto y espléndido, que sirvió en la Misión Argentina Buenos Aires Sur. Una noche, cuando llevaba unos once meses en la misión, unos ladrones armados asaltaron al élder Voorheis y a su compañero. En un insensato acto de violencia, uno de ellos le pegó un tiro en la cabeza al élder Voorheis. Durante días, él se debatió entre la vida y la muerte, imposibilitado de hablar, de oír, de moverse e incluso de respirar por su propia cuenta. Gracias a la fe y oraciones de innumerables personas durante un largo tiempo, por fin le retiraron del equipo de mantenimiento de vida y le trajeron a los Estados Unidos.

Tras una prolongada hospitalización y terapia, el élder Voorheis se fortaleció, pero continúa estando paralizado y no puede hablar. El progreso ha sido lento. Los padres decidieron llevar a su hijo a casa y cuidar de él en el entorno de cariño de su propia familia. Sin embargo,

su modesta casa carecía del espacio y del equipo necesarios para el tratamiento terapéutico. Muchos vecinos, amigos y benefactores llenos de bondad contribuyeron para agrandar la casa y proporcionarle el equipo de terapia física.

Si bien el élder Voorheis todavía está completamente paralizado e imposibilitado de hablar, tiene un espíritu maravilloso y responde, con un movimiento de la mano, a las preguntas que se le hacen. Todavía usa la placa de misionero. Sus padres no preguntan: “¿Por qué le sucedió esto a nuestro noble hijo, que servía en obediencia al Maestro?”. Nadie puede responder a ciencia cierta por qué; sólo que quizá haya en ello un propósito más elevado. Debemos andar por fe. Recordemos la respuesta del Salvador a la pregunta: “...¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?”. El Salvador respondió que no era porque alguien hubiera pecado, sino para que las obras de Dios se manifestaran en él<sup>5</sup>. En lugar de albergar resentimiento, los miembros de la familia Voorheis inclinan la cabeza y dicen al Señor: “Hágase Tu voluntad. Hemos dado gracias por él todos los días de su vida y, con la ayuda de los demás, estamos dispuestos a cuidar de él”.

Mi propósito al visitar al élder Voorheis era unirnos con su padre, el obispo, el maestro orientador y otros para darle una bendición de esperanza. Habrá quienes pregunten: “¿Hay alguna esperanza para el élder Voorheis en esta vida?”. Creo que hay una gran esperanza para todas las personas. A veces pedimos milagros a Dios, y éstos suelen ocurrir, aunque no siempre del modo que esperamos. La calidad de vida del élder Voorheis es menos que deseable, pero la influencia de su vida en los demás es incalculable y sempiterna tanto aquí como en Argentina. En efecto, después de su accidente, la Rama Kilómetro 26, de Argentina, creció rápidamente y no tardó en llenar los requisitos para la construcción de una capilla.

La esperanza consiste en confiar en las promesas de Dios, es tener fe



en que si obedecemos ahora, las bendiciones que anhelamos se cumplirán en el futuro. Abraham “creyó en esperanza contra esperanza, para llegar a ser padre de muchas gentes”. En contra de la razón humana, él confió en Dios estando “plenamente convencido” de que Dios cumpliría su promesa de darles a él y a Sara un hijo en su vejez<sup>6</sup>.

Hace unos pocos años, la hermana Joyce Audrey Evans, una joven madre de Belfast, Irlanda del Norte, tenía dificultades con un embarazo. En el hospital donde la llevaron, una de las enfermeras le dijo que era probable que perdiera la criatura. La hermana Evans le respondió: “Pero no puedo rendirme... tiene que darme esperanza”. Posteriormente, la hermana Evans contó: “No podía darme por vencida sino hasta que se desvaneciera toda esperanza razonable. Se lo debía a mi hijo que aún no nacía”.

Tres días después perdió al niño. De eso, ella escribió: “Durante un largo rato, no sentí nada; pero después un profundo sentimiento de paz embargó todo mi ser. Junto con la paz viene el entendimiento. Comprendí entonces por qué no podía renunciar a la esperanza pese

a todas las circunstancias: porque uno vive con esperanza o vive con desesperación. Sin esperanza no es posible perseverar hasta el fin. Había buscado un respuesta a mis oraciones y no me llevé una desilusión: fui sanada físicamente y premiada con un espíritu de paz. Nunca antes me había sentido tan cerca de mi Padre Celestial; nunca antes había sentido una paz así...”

“El milagro de la paz no fue la única bendición que recibí en aquella ocasión. Unas semanas después, comencé a pensar en el hijo que había perdido. El Espíritu me trajo a la memoria las palabras de Génesis 4:25: ‘la cual dio a luz un hijo, y llamó su nombre Set: Porque Dios (dijo ella) me ha sustituido otro hijo...’

“Pocos meses después quedé embarazada otra vez. Cuando nació mi hijo, se dijo que era una criatura ‘perfecta’”. Le pusieron por nombre Evan Seth<sup>7</sup>.

La paz en esta vida se basa en la fe y en el testimonio. Todos podemos encontrar esperanza mediante nuestras oraciones personales y hallar consuelo en las Escrituras. Las bendiciones del sacerdocio nos elevan y nos sostienen. La esperanza también





**Para ayudar a las personas que dirigen la palabra, el púlpito tiene un micrófono, un reloj y un teleprompter donde aparecen las palabras de los discursos preparados.**

se recibe por revelación personal directa, a la cual tenemos derecho si somos dignos. También contamos con la seguridad de vivir en una época en la que existe en la tierra un profeta que posee y que ejerce todas las llaves del reino de Dios.

Samuel Smiles escribió que “la esperanza es como el sol, el cual, al avanzar hacia él, proyecta la sombra de nuestra carga detrás de nosotros’... La esperanza endulza el recuerdo de nuestras más bellas vivencias; mitiga nuestras dificultades para nuestro progreso y nuestra fortaleza; es nuestra amiga en las horas tenebrosas y nos anima en las horas felices; brinda promesas para el futuro y da significado al pasado. Transforma el desaliento en determinación”<sup>8</sup>.

La fuente inagotable de nuestra esperanza es que somos hijos e hijas de Dios y que Su Hijo, el Señor Jesucristo, nos ha salvado de la muerte. ¿Cómo podemos saber que Jesús es en verdad nuestro Salvador y Redentor? En términos humanos, Su realidad es prácticamente indefinible, pero Su presencia se puede conocer de modo patente por medio del

Espíritu si procuramos de continuo vivir bajo la sombra de Su influencia. En el Libro de Mormón, leemos el relato de Aarón cuando explicaba el Evangelio al padre de Lamoni; le dijo: “...si te arrodillas delante de Dios... e invocas con fe su nombre, creyendo que recibirás, entonces obtendrás la esperanza que deseas”<sup>9</sup>. El anciano rey siguió ese consejo al pie de la letra y recibió un testimonio de la verdad que Aarón había impartido, lo cual redundó en que él y toda su casa se convirtieran y viniesen al Señor.

Nuestra más grande esperanza proviene del conocimiento de que el Salvador rompió las ligaduras de la muerte. El logró la victoria por medio de Su dolor, padecimiento y aflicción espantosos. El expió nuestros pecados con la condición de que nos arrepintamos. En el huerto de Getsemaní exclamó angustiado: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú”<sup>10</sup>. Lucas describe la intensidad del dolor: “Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra”<sup>11</sup>.

Todos podemos hallar esperanza en lo que le ocurrió a Pedro durante los sucesos que llevaron a la Crucifixión. Quizá el Señor nos hablaba a todos nosotros cuando dijo a Pedro: “...he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo;

“pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto [convertido], confirma a tus hermanos”.

Y Pedro le respondió: “Señor, dispuesto estoy a ir contigo no sólo a la cárcel, sino también a la muerte”.

Y él le dijo: “Pedro, te digo que el gallo no cantará hoy antes que tú niegues tres veces que me conoces”<sup>12</sup>.

Cuando Pedro observaba el curso de los acontecimientos, alguien lo reconoció como discípulo de Cristo. Una criada dijo: “También éste estaba con él”, pero Pedro respondió que no lo conocía. Otras dos personas también le reconocieron como discípulo del Señor, y Pedro volvió a negar que conocía al Salvador. Y mientras él hablaba, cantó el gallo.

“Entonces, vuelto el Señor, miró a Pedro; y Pedro se acordó de la palabra del Señor, que le había dicho: Antes que el gallo cante, me negarás tres veces.

“Y Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente”<sup>13</sup>.

Ese suceso fortaleció a Pedro de tal manera que nunca más falló y se le conoció como la roca. Su esperanza llegó a cimentarse firmemente en la Roca eterna, o sea, nuestro Redentor Jesucristo<sup>14</sup>. En calidad de Apóstol principal, llevó a cabo la obra con fidelidad y valentía.

Así como Pedro llegó a tener esperanza después de un momento de debilidad, ustedes, yo y todos podemos tener la esperanza que proviene del conocimiento de que Dios en verdad vive. Esa esperanza emana de la creencia de que, si tenemos fe, El nos ayudará durante nuestras dificultades: si no en esta vida, ciertamente lo hará en la existencia venidera. Como dijo Pablo a los corintios: “Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres”<sup>15</sup>. En el plan eterno de las cosas, todo lo malo que nos haya

ocurrido se rectificará. En la justicia perfecta del Señor, a todos los que vivan dignamente se les compensarán las bendiciones que no hayan recibido aquí.

En mi opinión, nunca ha habido en la historia de esta Iglesia motivo de tanta esperanza con respecto al futuro de la Iglesia y de sus miembros en todo el mundo. Creo, y testifico de ello, que vamos avanzando hacia un nivel más elevado de fe y de actividad del que ha habido. Ruego que cada uno de nosotros sea hallado haciendo su parte en este gran ejército de rectitud. Cada uno de nosotros vendrá ante el Santo de Israel y dará cuentas de su rectitud personal. Se nos ha dicho que “allí él no emplea ningún sirviente”<sup>16</sup>.

Junto con mi llamamiento apostólico he recibido el testimonio seguro de la vida y el ministerio del Salvador. Junto con Job declaro: “Yo sé que mi Redentor vive”<sup>17</sup>. Mi testimonio “está en los cielos”<sup>18</sup>. Jesús es el Cristo, el Salvador de todo el género humano. José Smith fue el inspirado profeta que restauró las llaves, la autoridad y la organización salvadoras que le fueron delegadas bajo la dirección de Dios el Padre y de Su Hijo, el Señor Jesucristo. De esto testifico en el santo nombre de Jesucristo. Amén. □

#### NOTAS

1. Moroni 7:40.
2. Moroni 10:5.
3. Eter 12:4; cursiva agregada.
4. 2 Nefi 31:20.
5. Véase Juan 9:2-3.
6. Romanos 4:18-21.
7. “To Live in Hope”, *Ensign*, septiembre de 1995, pág. 70.
8. Como se cita en *Especially for Mormons*, tomo II, Stan y Sharon Miller, pág. 113.
9. Alma 22:16.
10. Mateo 26:39.
11. Lucas 22:44.
12. Lucas 22:31-34.
13. Véase Lucas 22:56-62.
14. Véase Helamán 5:12.
15. 1 Corintios 15:19.
16. 2 Nefi 9:41.
17. Job 19:25.
18. Job 16:19.

# Guardaos de los falsos profetas y de los falsos maestros

Élder M. Russell Ballard

Del Quorum de los Doce Apóstoles

“Cuidense de los que hablan y escriben oponiéndose a los profetas verdaderos de Dios”.



**H**acia el final del ministerio terrenal del Salvador, Sus discípulos acudieron a El con varias preguntas referentes al futuro: “Dinos... ¿qué señal habrá de tu venida?”.

Jesús respondió: “Mirad que nadie os engañe.

“Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán. Y oiréis de guerras y rumores de guerras... y habrá pestes y hambres, y terremotos en diferentes lugares. Y todo esto será principio de dolores” (Mateo 24:3-8).

El apóstol Pablo nos dijo de estos días: “Porque vendrá tiempo cuando

no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias.

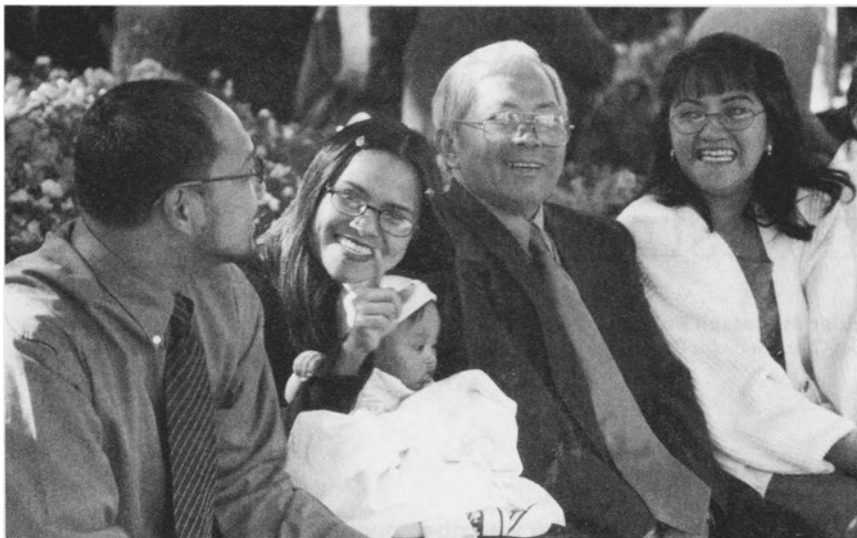
“Y apartarán de la verdad el oído” (2 Timoteo 4:3-4).

Pablo enseñó también que el Señor “constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas... a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo.

“Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios...

“Para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error” (Efesios 4:11-14).

Hermanos y hermanas, nadie, excepto el Padre, conoce la hora exacta de la Segunda Venida (véase Mateo 24:36). Hay, sin embargo, ciertas señales que confirman las profecías de las Escrituras relativas a ese día de gran tumulto. Jesús advirtió en varias ocasiones que antes de Su Segunda Venida “muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos” (Mateo 24:11). Como apóstoles del Señor Jesucristo es nuestro deber ser atalayas en la torre, avisando a los miembros de la Iglesia que se cuiden de los falsos



profetas y de los falsos maestros que aguardan en secreto para destruir la fe y el testimonio. Hoy les advertimos que están surgiendo falsos profetas y falsos maestros; y si no tenemos cuidado, incluso aquellos de entre los miembros fieles de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días caerán víctimas de ese engaño.

El presidente Joseph F. Smith nos dio consejos sabios y claros que se aplican en la actualidad:

“No podemos aceptar nada como autorizado sino lo que viene directamente por medio de la vía señalada, las organizaciones constituidas del sacerdocio, que es la vía que el Señor ha señalado para dar a conocer su disposición y voluntad al mundo... Y en el momento en que los individuos buscan otra fuente, en ese instante le abren la puerta a las influencias seductoras de Satanás y se exponen a convertirse en siervos del demonio; pierden de vista el orden verdadero mediante el cual pueden disfrutarse las bendiciones del sacerdocio; se salen de la protección del reino de Dios a terreno peligroso. Cuando veáis que un hombre se levanta y afirma haber recibido revelaciones directas del Señor para la Iglesia, independientemente del orden y vía del sacerdocio, podéis tacharlo de impostor” (Joseph F. Smith, *Doctrina del Evangelio*, págs. 40-41).

Cuando pensamos en los falsos

profetas y en los falsos maestros tendemos a pensar en aquellos que apoyan de manera clara una doctrina falsa o que presumen tener autoridad para enseñar el Evangelio verdadero de Jesucristo de acuerdo con la propia interpretación de ellos. Con frecuencia suponemos que tales individuos están relacionados con pequeños grupos radicales que viven al margen de la sociedad. Sin embargo, repito: Hay falsos profetas y falsos maestros que son, o al menos dicen ser, miembros de la Iglesia. Hay personas que, sin autoridad, mencionan el nombre de la Iglesia para respaldar sus productos y sus prácticas. Cuidense de los tales.

Los miembros de la Iglesia sostuvieron ayer a la Primera Presidencia y a los miembros del Quorum de los Doce Apóstoles como profetas, videntes y reveladores, con Gordon B. Hinckley siendo sostenido como Presidente de La Iglesia ^ de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. El y sólo él tiene y ejerce en su plenitud todas las llaves del reino de Dios en la tierra. Cuán agradecidos debemos estar todos por conocer y sostener al presidente Gordon B. Hinckley.

De manera sencilla y poderosa, el presidente Hinckley nos enseña el plan eterno de salvación, recrimina el pecado, llama a todas las personas a arrepentirse y a aceptar a Cristo y Su Evangelio. Las doctrinas de la salvación eterna no son confusas ni

inciertas, sino que, por el contrario, son compatibles con la verdad revelada, tanto antigua como moderna.

El presidente Spencer W. Kimball nos recordó que los profetas “han estado denunciando constantemente aquello que es intolerable a la vista del Señor, [tal] como la contaminación mental, física y del medio ambiente; la vulgaridad, el robo, la mentira, el orgullo y la blasfemia; la fornicación, el adulterio, la homosexualidad, [y] todos los demás abusos cometidos contra el sagrado poder de la procreación; el asesinato y todo aquello que sea similar; [así como cualquier otro] tipo de profanación”. Y prosigue: “Que tales cosas puedan ser encontradas hasta cierto grado aun entre los santos, se hace difícil de creer... [Mas] con dolor aprendemos, no obstante, que el conocer el camino no significa necesariamente que caminemos por él” (*Liahona*, agosto de 1977, pág. 2).

Por tanto, cuidémonos de los falsos profetas y de los falsos maestros, tanto hombres como mujeres, quienes se eligen a sí mismos para declarar las doctrinas de la Iglesia, y que buscan esparcir su falso evangelio y atraerse seguidores patrocinando simposios, libros y publicaciones cuyos contenidos desafían las doctrinas fundamentales de la Iglesia. Cuidense de los que hablan y escriben oponiéndose a los profetas verdaderos de Dios, que son activos en la conversión de otras personas pero que desatienden de manera imprudente el bienestar eterno de aquellos a quienes seducen. Al igual que Nehor y Korihor, del Libro de Mormón, ellos confían en la sofistería para engañar y atraerse a otras personas a sus criterios. “Se [constituyen] a sí mismos como una luz al mundo, con el fin de obtener lucro y alabanza del mundo; pero no buscan el bien de Sión” (2 Nefi 26:29).

El presidente Joseph F. Smith nos advirtió de estas personas cuando habló de “los soberbios y los que se engrandecen a sí mismos, que leen a la luz de la lámpara de su propia vanidad, que interpretan según reglas por ellos mismos formuladas, que han

llegado a ser una ley para sí mismos y se hacen pasar por únicos jueces de sus propios hechos" (Joseph F. Smith, *Doctrina del Evangelio*, pág. 367).

Permítanme darles unos pocos ejemplos de las falsas enseñanzas de aquellos que "leen a la luz de la lámpara de su propia vanidad", y que aunque "siempre están aprendiendo... nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad" (2 Timoteo 3:1-7).

Los falsos profetas y los falsos maestros son aquellos que declaran que el profeta José Smith era un impostor; son los que rebaten que la Primera Visión fuese una experiencia auténtica. Declaran que el Libro de Mormón, así como otros registros canónicos, no son Escrituras antiguas. Intentan también redefinir la naturaleza de la Trinidad, y niegan que Dios haya dado y continúe dando revelación en la actualidad a Sus profetas ordenados y sostenidos.

Los falsos profetas y los falsos maestros son aquellos que de manera arrogante intentan crear nuevas interpretaciones de las Escrituras para demostrar que estos textos sagrados no debieran ser leídos como las palabras de Dios a Sus hijos, sino como meras declaraciones de hombres sin inspiración, limitados por sus propios prejuicios y sus inclinaciones culturales. Argumentan, por tanto, que las Escrituras necesitan una nueva interpretación, y que ellos son los únicos calificados para ofrecerla.

Quizás lo más deplorable es que niegan la Resurrección y la Expiación de Cristo, argumentando que "ningún Dios puede salvarnos" y rechazando la necesidad de un Salvador. En resumen, estos detractores intentan reinterpretar las doctrinas de la Iglesia para que encajen en ellas sus ideas preconcebidas, y de paso niegan a Cristo y Su papel mesiánico.

Los falsos profetas y los falsos maestros son además los que intentan cambiar las doctrinas dadas por Dios y basadas en las Escrituras, las cuales protegen la santidad del matrimonio, la naturaleza divina de la familia y la doctrina esencial de la

moralidad personal. Defienden una nueva definición de la moralidad para justificar la fornicación, el adulterio y las relaciones homosexuales, y algunos abogan abiertamente por la legalización de los llamados "matrimonios del mismo sexo". Para justificar su rechazo a las leyes inmutables de Dios que protegen a la familia, estos falsos profetas y maestros llegan a atacar la inspirada proclamación sobre la familia presentada al mundo en 1995 por la Primera Presidencia y los Doce Apóstoles.

Sin importar qué falsas doctrinas enseñen en particular, los falsos profetas y los falsos maestros son parte inevitable de los últimos días. Según José Smith, "siempre se levantarán los falsos profetas para oponerse a los verdaderos" (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, 1982, pág. 453).

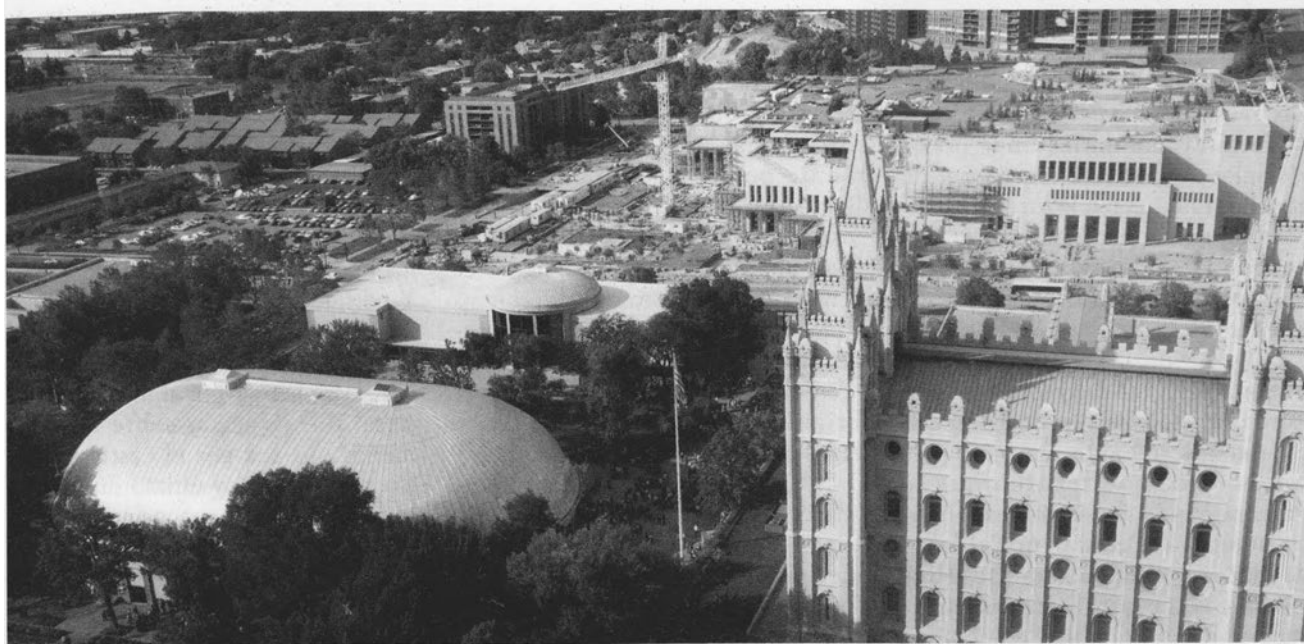
Sin embargo, en la Iglesia del

Señor no existe "oposición leal" alguna. Uno está a favor del reino de Dios y defiende a Sus profetas y apóstoles, o se opone a ellos. El consejo que Lehi dio a sus hijos sigue siendo válido para nosotros:

"Y el Mesías vendrá en la plenitud de los tiempos, a fin de redimir a los hijos de los hombres de la caída. Y porque son redimidos de la caída, han llegado a quedar libres para siempre, discerniendo el bien del mal, para actuar por sí mismos, y no para que se actúe sobre ellos, a menos que sea por el castigo de la ley en el grande y último día, según los mandamientos que Dios ha dado.

"Así pues, los hombres son libres según la carne; y les son dadas todas las cosas que para ellos son propias. Y son libres para escoger la libertad y la vida eterna, por medio del gran Mediador de todos los hombres, o





*En primer plano: El Tabernáculo, a la izquierda, y el Templo de Salt Lake, a la derecha. Segundo plano: Centro de Visitantes Norte, a la izquierda. En el fondo: el nuevo Centro de Conferencias (en construcción).*

escoger la cautividad y la muerte, según la cautividad y el poder del diablo; pues él busca que todos los hombres sean miserables como él.

“Y ahora bien, hijos míos, quisiera que confiaseis en el gran Mediador y que escuchaseis sus grandes mandamientos; y sed fieles a sus palabras y escoged la vida eterna, según la voluntad de su Santo Espíritu” (2 Nefi 2:26-28).

Hermanos y hermanas, estemos anhelosamente consagrados a causas buenas; amemos al Padre y a Su Hijo; apoyemos las revelaciones del Evangelio restaurado y vivamos de acuerdo con ellas; amemos a nuestros semejantes y llenemos nuestros corazones y nuestras almas con la luz del Evangelio de Jesucristo. Entonces cantaremos con Isaías:

“He aquí Dios es salvación mía; me aseguraré y no temeré...

“[sacaré] con gozo aguas de las fuentes de salvación” (Isaías 12:2-3).

También por medio de las inspiradas palabras de Pablo a los gálatas sabemos que “el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe,

“mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley...

“Si vivimos por el Espíritu,

andemos también por el Espíritu” (Gálatas 5: 22-23, 25).

Como miembros de la Iglesia, cada uno de nosotros debe ser un ejemplo de lo que en verdad significa ser un Santo de los Últimos Días en creencia y hechos. Nuestro ejemplo tendrá un efecto poderoso en las demás personas, haciendo que el Evangelio restaurado llegue a ser mucho más relevante, significativo, persuasivo y deseable para ellos. Irradie cada uno de nosotros el gozo, la confianza, el amor y la calidez de ser parte de la Iglesia verdadera de Cristo. Nuestro discipulado no es algo que tengamos que sobrellevar con caras largas y un corazón endurecido, ni se trata de algo que debamos tener celosamente escondido sin compartir con los demás. Al entender el amor que el Padre y el Hijo tienen por nosotros, nuestros espíritus se elevarán y “vendrán a Sión entonando canciones de gozo sempiterno” (D. y C. 45:71).

Extendamos una mano amiga de amistad y amor a nuestro prójimo, incluso a los que no son de nuestra fe, para ayudar en el establecimiento de mejores relaciones entre las familias y una mayor armonía en nuestros vecindarios. Recuerden que con demasiada frecuencia nuestro

comportamiento es mayor impedimento para las demás personas de lo que es nuestra doctrina. Con un espíritu de amor por todos los hombres, mujeres y niños, ayudémosles a entender y a sentirse aceptados y apreciados.

Recordemos que es nuestro deber ser fieles a las verdades restauradas del Evangelio de Jesucristo. Se requiere fe, fe de verdad, total y sin reservas, para aceptar y luchar por vivir los consejos de los profetas. Lucifer, el adversario de la verdad, no quiere que sintamos ni que mostremos ese tipo de fe. El nos invita a desobedecer, azuzando la contención en el corazón de los que no son fieles. Si llega a tener éxito, éstos se alejarán de la luz hacia la oscuridad del mundo. Nuestra seguridad y nuestra paz dependen de que trabajemos tan fuerte como podamos para vivir como el Padre y el Hijo desean que vivamos, y alejarnos de los falsos profetas y de los falsos maestros, y estar anhelosamente consagrados a causas buenas.

Sé que Dios vive; Jesús es el Cristo. El Evangelio restaurado es verdadero y hay una gran dicha en estar anhelosamente consagrados a esta obra sagrada y verdadera. De ello testifico en el nombre de Jesucristo. Amén. □



# Nuestro destino

Élder L. Aldin Porter  
De la Presidencia de los Setenta

"El centro del plan es el Señor Jesucristo. Si lo rechazamos a Él y lo despreciamos, el gran plan de felicidad no tendrá eficacia a favor de nosotros".



Hace algunos meses, al término de una sesión de una conferencia de estaca, conversé conmigo una hermosa joven-cita de unos 18 o 19 años de edad, quien me expresó cierta preocupación por algunos aspectos de la proclamación sobre la familia. Su actitud no era de rechazo, sino de un deseo sincero de entender. He pasado bastante tiempo reflexionando sobre la preocupación de ella.

El Dios de la creación habló a Moisés en un esfuerzo por ayudarlo a entender el destino de este mundo: "Y he creado incontables mundos, y también los he creado para mi propio fin; y por medio del Hijo, que es mi Unigénito, los he creado" (Moisés 1:33).

Presten atención a las palabras del Señor: "los he creado para mi propio fin". El Señor tenía un propósito al establecer los mundos y en

unos cuantos versículos explicó cuál era: "Porque, he aquí, ésta es mi obra y mi gloria: Llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre" (Moisés 1:39).

Está claro que el Señor tenía un plan trazado para lograr Sus propósitos. En las Escrituras leemos los diferentes nombres del plan: "el gran plan de felicidad", "el plan de redención", "misericordioso designio del Creador", "el plan de salvación", "el plan de justicia" y "el gran plan del Dios Eterno".

Cada nombre hace hincapié en un aspecto u otro del plan, pero en realidad sólo hay un plan, al que se le dan diferentes nombres, por medio del cual Dios intenta llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre.

Piensen en un avión que sale del aeropuerto con la trayectoria completamente trazada en un mapa. Los pilotos y la tripulación saben exactamente hacia dónde van y no se desviarán de su curso y no dejarán de llegar a su destino ni una vez en cincuenta mil vuelos, a menos que interfieran las condiciones del tiempo o una falla mecánica. Imagínense otro avión con capitán y tripulación, pero sin un plan de vuelo. Se ponen en marcha los motores y el avión se desplaza por la pista. Cuando empieza a ascender, la tripulación no sabe si girar hacia el este o hacia el oeste. Si ustedes estuvieran en ese avión, no tendrían casi ninguna posibilidad de llegar a su destino. Es evidente para todos nosotros que la tripulación de un avión necesita un plan de vuelo.

Así es con nuestras vidas. No se pueden tomar decisiones a largo plazo a menos que la persona entienda que hay un propósito aquí y reconozca que tiene que entender por lo menos algunos aspectos del misericordioso plan del Gran Creador.

El Señor nos ha dado instrucciones y mandamientos para ayudarnos a lograr el destino que El tiene previsto para nosotros. Se entienden mejor los mandamientos cuando se sabe algo del plan. Alma enseñó este principio cuando dijo: "Por tanto, después de haberles *dado a conocer el plan de redención*, Dios les dio mandamientos de no cometer iniquidad, el castigo de lo cual sería una segunda muerte, que era una muerte eterna respecto de las cosas pertenecientes a la rectitud; porque en éstos el plan de redención no tendría poder, pues de acuerdo con la suprema bondad de Dios, las obras de la justicia no podían ser destruidas" (Alma 12:32; cursiva agregada).

Una parte importante del plan es el derecho a elegir personalmente. El Señor lo llama albedrío moral. Nosotros podemos elegir lo que deseemos, pero no podemos evitar las consecuencias de nuestras elecciones. Piensen en eso. Se nos permite tomar nuestras propias decisiones en esta vida, pero no debemos decir después que el plan es injusto debido a que tenemos que aceptar el resultado de nuestras elecciones.

El centro del plan es el Señor Jesucristo. Si lo rechazamos a El y lo despreciamos, el gran plan de felicidad no tendrá eficacia a favor de nosotros. El dedicó Su vida en la existencia preterrenal, durante la vida terrenal, e incluso en los mundos eternos a establecer el plan del Padre para nuestra bendición y beneficio. El precio para el Maestro fue monumental. Piensen en Su dolor en Getsemaní y en Su sufrimiento en el Calvario. Esto ha de darnos un concepto de la importancia enorme del plan de redención.

El orgullo, el deseo de obtener las cosas vanas del mundo, la falta de castidad, el mal entendido de la identidad sexual, la codicia y la indiferencia por la santidad de la vida



En estos altos armarios rectangulares, cada uno con una colmena tallada, hay pequeños televisores donde las Autoridades Generales y otros líderes de las organizaciones auxiliares que están sentados más abajo del púlpito pueden ver la conferencia.

son sólo unos cuantos de los obstáculos de la vida terrenal. Pueden obstaculizar nuestro destino o evitar que lo alcancemos. El plan admite el arrepentimiento, pero no la aceptación de un comportamiento auto-destructivo.

“Porque yo, el Señor, no puedo considerar el pecado con el más mínimo grado de tolerancia.

“No obstante, el que se arrepienta y cumpla los mandamientos del Señor será perdonado” (D. y C. 1:31-32).

El comprender el plan nos puede ser de gran consuelo en las severas pruebas que enfrenta el género humano. Más aún, esa comprensión fortalecerá nuestra fe. Una de las pruebas más difíciles es la separación de los seres queridos debido a la muerte. El plan es un gran consuelo si entendemos las siguientes

palabras de las Escrituras:

“Porque así como la muerte ha pasado sobre todos los hombres, para cumplir el misericordioso designio del gran Creador, también es menester que haya un poder de resurrección, y la resurrección debe venir al hombre por motivo de la caída; y la caída vino a causa de la transgresión; y por haber caído el hombre, fue desterrado de la presencia del Señor” (2 Nefi 9:6).

Somos literalmente hijos e hijas de Dios. Esa realidad debe impregnar cada fibra de nuestro ser. El saber esta verdad influirá en gran forma en las decisiones de la vida que nos acarrearán ya sea gozo o amargo pesar.

Muchos de los que diseñan las filosofías de los hombres saben poco o nada de los propósitos de Dios. Sus conceptos seculares a menudo son

deplorablemente inadecuados para los propósitos eternos. Por ejemplo, si alguien cree que la existencia del hombre sobre la tierra es un accidente de la naturaleza, el criterio de esa persona está en error. Estos filósofos modernos no saben de la vida preterrenal del género humano ni están al tanto del destino eterno del hombre. ¿Cómo es posible que propongan conceptos que puedan soportar las pruebas de los siglos?

El presidente Gordon B. Hinckley anunció la proclamación de la familia diciendo:

“Con tanta sofistería que se hace pasar como verdad, con tanto engaño en cuanto a las normas y los valores, con tanta tentación de seguir los consejos del mundo, hemos sentido la necesidad de amonestar y advertir sobre todo ello. A fin de hacerlo, nosotros, la Primera

Presidencia y el Consejo de los Doce Apóstoles, presentamos una proclamación a la Iglesia y al mundo como una declaración y confirmación de las normas, doctrinas y prácticas relacionadas a la familia que los profetas, videntes y reveladores de esta Iglesia han repetido a través de la historia” (Gordon B. Hinckley, “Permanezcamos firmes frente a las asechanzas del mundo”, *Liahona* de enero de 1996, pág. 116).

Algunos se quejan que cuando los profetas hablan con claridad y firmeza están quitándonos el albedrío. Aún tenemos la libertad de elegir; pero debemos aceptar las consecuencias de esas decisiones. Los profetas no nos quitan el albedrío; simplemente nos amonestan con respecto a las consecuencias de nuestras decisiones. ¡Cuán absurdo es criticar a los profetas por sus advertencias!

Cultiven la fe en los profetas y en sus amonestaciones; busquen la confirmación del Espíritu en cuanto a la inspiración de ellos; entonces, cuando ellos hablen y ustedes respondan de manera positiva a su consejo, encontrarán consuelo, paz y aun gozo.

Alma, un profeta de la antigüedad, tenía fuertes sentimientos de preocupación por sus semejantes cuando dijo: “Sí, declararé yo a toda alma, como con voz de trueno, el arrepentimiento y el plan de redención: Que deben arrepentirse y venir a nuestro Dios, para que no haya más dolor sobre toda la superficie de la tierra” (Alma 29:2).

Si comprendemos el gran plan del Eterno Dios, la declaración de la familia trae consigo paz y seguridad. La obra en sí da testimonio de sí misma, porque el Espíritu de Dios está con ella.

El mensaje de la proclamación confortará a los padres que tal vez estén poniendo en tela de juicio la función que ellos desempeñan en el hogar. Llevará seguridad a los hijos al ser criados por padres que les aman y entienden su destino divino. Y llevará felicidad perdurable a la joven que me habló al entender ella y cumplir la función que le asignó un Padre Celestial sabio y amoroso. En el nombre de Jesucristo. Amén. □

# Paz, esperanza y orientación

**Patricia P. Pinegar**

Presidenta General de la Primaria recientemente relevada

“Regocijémonos en las bendiciones de paz, esperanza y orientación; bendiciones de las que muchos de los hijos de nuestro Padre no disfrutaron”.



regresamos a Inglaterra para terminar nuestra misión. Fue un tiempo de gran consternación para toda la familia.

Un día, poco después de regresar a Inglaterra, iba por la calle cuando un conocido que se había enterado de la muerte de nuestro hijo me dijo: “¿Y ahora qué piensa de su Dios? Usted está sirviéndole en una misión y El le ha arrebatado a su hijo”. Me quedé impactada y herida. Sentí tristeza por ese hombre que no comprendía el plan de nuestro Padre Celestial.

La difícil experiencia de la muerte de mi hijo me sirvió para darme cuenta y para gozar de las bendiciones de paz, de esperanza y de orientación; bendiciones de las que pueden disfrutar todos los que en verdad acepten y vivan el Evangelio de Jesucristo. Doy testimonio de las palabras del élder Richard G. Scott: “Entiende que al mismo tiempo que enfrentas un problema que te causa tristeza puedes sentir también paz y regocijo” (“La confianza en el Señor”, *Liahona*, enero de 1996, pág. 18).

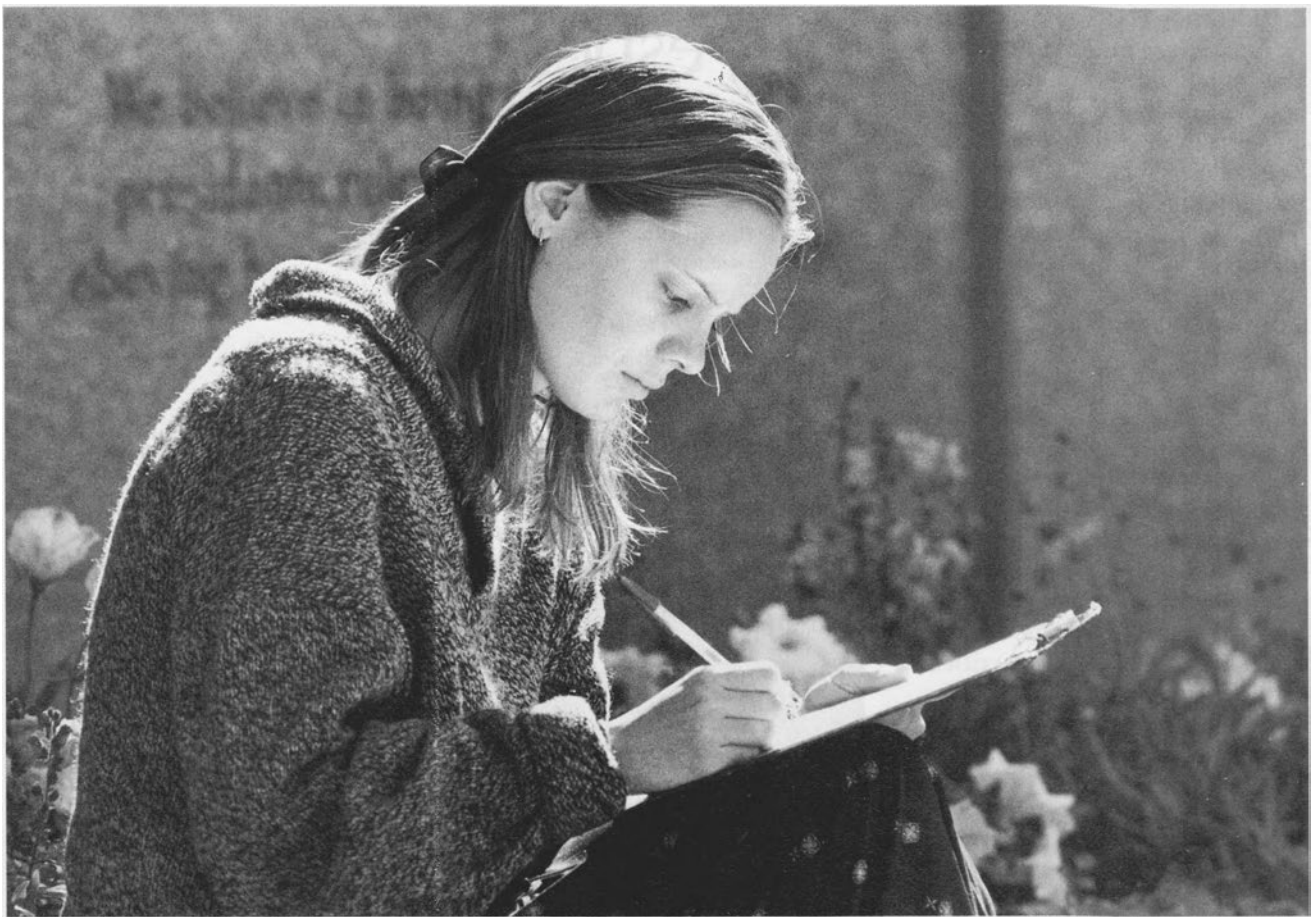
¿Cuáles son algunas de las cosas específicas que podemos hacer para tener esas bendiciones de paz, de esperanza y de orientación en nuestra vida? Permítanme hablarles de tres que me han sido de ayuda.

Primero, debemos confiar plenamente en el plan de felicidad de nuestro Padre y en la función que desempeñó en él nuestro Salvador. El confiar en Su plan me brindó paz

“**F**íate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas” (Proverbios 3:5-6).

Hermanos y hermanas, amo al Señor y confío en El con todo mi corazón. Sé que El vive y que nos ama a todos. Sé que nuestro Padre Celestial tiene un plan perfecto para nosotros y, si seguimos ese plan y el ejemplo de nuestro Salvador, encontraremos paz en este mundo atribulado, nuestro corazón se llenará de esperanza y recibiremos la orientación que necesitamos.

Mientras servíamos una misión en Inglaterra, Cory, nuestro hijo de diecisiete años, perdió la vida en un accidente automovilístico. Vinimos a Utah para el funeral, y de inmediato



después de la muerte de nuestro hijo; sabía en dónde estaba él y que nuestro Padre Celestial le amaba. Tenía perfecta esperanza de que, debido a la Expiación del Salvador, mi hijo vivía y volveríamos a estar juntos como una familia eterna. También recibí orientación; sabía lo que yo tenía que hacer y lo que nuestra familia debía hacer para estar juntos para siempre.

La segunda cosa que me ha ayudado a recibir esas bendiciones es el principio de la obediencia basada en la valentía. Estoy tan agradecida por el don de Dios que consiste de leyes y mandamientos. El esforzarnos por vivir las enseñanzas de Jesús y el obedecer Sus leyes y mandamientos nos brindan paz, esperanza y orientación. Las Escrituras enseñan: “Mucha paz tienen los que aman tu ley” (Salmos 119:165). También enseñan que “el que hiciere obras justas recibirá su galardón, sí, la paz en este mundo y la vida eterna en el mundo venidero” (D. y C. 59:23).

Cuando mi esposo servía como presidente del Centro de Capacitación Misional en Provo, como se imaginarán, a menudo hablábamos a los misioneros acerca de los sentimientos de felicidad y de paz que se reciben al obedecer con valentía los principios verdaderos. Hablábamos de la influencia del Espíritu Santo que reciben aquellos que son obedientes y les exhortábamos a esforzarse siempre por ser obedientes. Me encantaba contarles el relato del niño que había ido al parque con su padre para hacer volar una cometa.

El niño era muy pequeño; era la primera vez que hacía volar una cometa. Su padre le ayudó, y después de varios intentos, la cometa empezó a volar. El niño corrió y aflojó el hilo, haciendo que la cometa volara más alto. El pequeño estaba tan emocionado; la cometa era tan hermosa. Por fin, cuando ya no tuvo más hilo para que la cometa volara más alto, le dijo a su padre: “Papá,

cortemos el hilo para que se vaya la cometa; quiero verla volar más y más alto”.

El padre respondió: “Hijo, la cometa no volará más alto si cortamos el hilo”.

“Sí, lo hará”, contestó el niño. “El hilo no la deja volar más alto; estoy seguro de ello”. Entonces, el padre le alcanzó una navaja al niño y éste cortó el hilo. En unos segundos, la cometa perdió el control; se movía de aquí para allá hasta que cayó, quedando destrozada. El pequeño no lo podía comprender; estaba seguro de que el hilo era lo que detenía a la cometa.

Los mandamientos y las leyes de Dios son como el hilo de la cometa; nos conducen y nos dirigen hacia arriba. La obediencia a esas leyes nos brinda paz, esperanza y orientación.

La tercera cosa que podemos hacer para recibir las bendiciones de paz, esperanza y orientación es aprender a responder a los susurros

del Espíritu Santo y demostrar nuestra gratitud al Señor por este gran don.

Hace unas semanas ayudé a cuidar a la abuela Pinegar, quien tiene 99 años y está muy débil, ciega y un tanto sorda, y últimamente no ha podido comunicarse más que con un susurro. Su diminuto cuerpo está tan encorvado que los pulmones casi no tienen capacidad para llenarse de aire.

Me le acerqué y le pregunté: “Abuela, cuénteme en qué forma ha sido el Evangelio una bendición en su vida”. Muy suavemente musitó su gratitud por los susurros del Espíritu Santo y la guía que había recibido de Él.

Cuando su segundo hijo, James, tenía dieciocho meses de edad, él y su hermano mayor jugaban en el patio mientras ella los observaba desde la ventana. De pronto, ella lo perdió de vista y salió corriendo de la casa llamándole y buscándole desesperadamente. El canal de irrigación estaba con agua, aunque se suponía que no debía tenerla; ella buscó por la orilla del canal y no pudo ver nada. Corrió para pedir ayuda a los trabajadores de la granja, y en seguida se fue al lugar en donde el agua pasaba por un acueducto subterráneo. Al cruzar hacia el otro extremo del acueducto, vio dos zapatitos y tiró de ellos. Al tener a su hijo en brazos, tuvo la impresión de que debía sujetarse las manos, colocarlas debajo del estómago del niño y llevarlo frente a ella de este modo, usando la rodilla para soportar su peso. De esa forma, corrió hacia el camino suplicando ayuda. La inspiración que ella recibió de llevarlo en esa posición tan fuera de lo común salvó la vida del niño.

Hermanos y hermanas, estoy personalmente agradecida por la inspiración que recibimos como presidencia de la Primaria. Durante la conferencia general en la que fuimos sostenidas, el presidente Gordon B. Hinckley describió algunas de las terribles atrocidades de las que han sido objeto niños de todas partes del mundo. En periódicos y revistas leemos en cuanto a las



influencias perversas que invaden nuestros hogares.

Como nueva presidencia de la Primaria, llena de inquietudes, oramos y escudriñamos las Escrituras y fuimos guiadas a un versículo de Isaías que describe las condiciones que existirán durante el milenio: “No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová” (Isaías 11:9). Eso es exactamente lo que deseábamos que ocurriera. No queríamos que ningún niño sufriera daño ni se le destruyese, pero no deseábamos esperar hasta el milenio; queríamos que ocurriera de inmediato. Si nuestras Primarias contaran con abundante conocimiento del Señor, si en nuestros hogares tuviéramos pleno conocimiento del Señor, habría paz y rectitud, y los niños no serían dañados de ningún modo. Oramos para saber cómo podríamos ayudar para que eso ocurriera, y acudimos a 2 Nefi 25:26. Nuestros hogares y nuestras Primarias se llenarán del

conocimiento del Señor, si “hablamos de Cristo, nos regocijamos en Cristo, predicamos de Cristo”.

Estamos tan agradecidas por la paz y la esperanza que esos pasajes de las Escrituras nos brindaron, así como por la orientación que recibimos por medio del Espíritu Santo para alentar a las líderes de la Primaria a tener Primarias centradas en Cristo.

Hermanos y hermanas, regocijémonos en las bendiciones de paz, esperanza y orientación; bendiciones de las que muchos de los hijos de nuestro Padre no disfrutaban. Cuando sintamos estas grandiosas bendiciones en nuestra propia vida, ayude-mos a los demás a sentir las también, en especial a los niños. Para parafrasear las palabras del Salvador: “...y tú, una vez vuelto, confirma a [tus niños]” (Lucas 22:32).

El tema de las Escrituras para la Primaria es: “Y todos tus hijos serán instruidos por el Señor; y grande será la paz de tus hijos” (3 Nefi 22:13). El mundo no es un lugar seguro; no es



un lugar en donde los niños sientan paz, esperanza y orientación a menos que se les enseñe a amar y seguir al Salvador. Les ruego que los ayuden a saber que ellos pueden recibir esas bendiciones y a mostrarles lo que deben hacer para recibirlas.

Estoy sumamente agradecida por la oportunidad que he tenido de servir en la Primaria. Amo a mis consejeras, a la hermana Anne Wirthlin y a la hermana Susan Warner. Hemos estado unidas en nuestro deseo de servir y de ser una bendición para los niños de la Iglesia. Creemos que las Primarias que se centran en Cristo pueden ser de ayuda a los padres a medida que enseñan a sus hijos el Evangelio de Jesucristo, que es el único conocimiento que dará a nuestros hijos paz, esperanza y orientación. Estoy agradecida a las fieles y dedicadas miembros de la mesa general y al capaz personal de la oficina, y doy gracias a nuestros líderes del sacerdocio que nos han enseñado e inspirado. Estoy agradecida por la nueva presidencia de la Primaria que ha sido sostenida en esta conferencia; les ofrezco mi amor y mi apoyo. Expreso mi más sincero agradecimiento y amor a mi preciosa familia y en especial a mi esposo por su constante cariño y apoyo.

Reconozco la bondad y la misericordia de mi Salvador en todo aspecto de mi vida. Las bendiciones de paz, esperanza y orientación que he mencionado son tan sólo tres de las muchas formas en las que el Evangelio de Jesucristo bendice mi vida. Como lo expresa la letra de una canción de la Primaria, quiero que el Salvador sepa que.

*Yo siento su amor,  
Su bendición constante;  
le ofrezco el corazón,  
El mi Pastor será.*

*Yo siempre lo seguiré,  
mi vida le daré,  
pues siento Su amor  
que me infunde calma.*

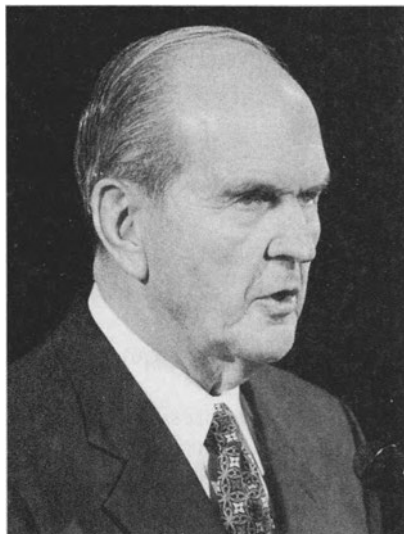
(“Siento el amor de mi Salvador”,  
*Canciones para los Niños*, N° 42).

En el nombre de Jesucristo.  
Amén. □

# Un testimonio del Libro de Mormón

**Élder Russell M. Nelson**  
del Quorum de los Doce Apóstoles

“Cuando lean el Libro de Mormón, concéntrense en la figura principal del libro que es —desde el primero hasta el último capítulo—: el Señor Jesucristo”.



Poco después de mi llamamiento a ser uno de los Doce Apóstoles, me pidieron que fuera a la oficina del Presidente de nuestro Quorum, el presidente Ezra Taft Benson. El me expresó su profunda preocupación porque los miembros de la Iglesia no apreciaban en toda su magnitud el valor del Libro de Mormón. Con emoción en la voz, me leyó un pasaje de la sección 84 de Doctrina y Convenios:

“Y en ocasiones pasadas vuestras mentes se han ofuscado a causa de la incredulidad, y por haber tratado ligeramente las cosas que habéis recibido,

“esta incredulidad y vanidad han traído la condenación sobre toda la iglesia”<sup>1</sup>.

Para entonces, el presidente Benson había captado toda mi atención. En seguida, concluyó con su admonición:

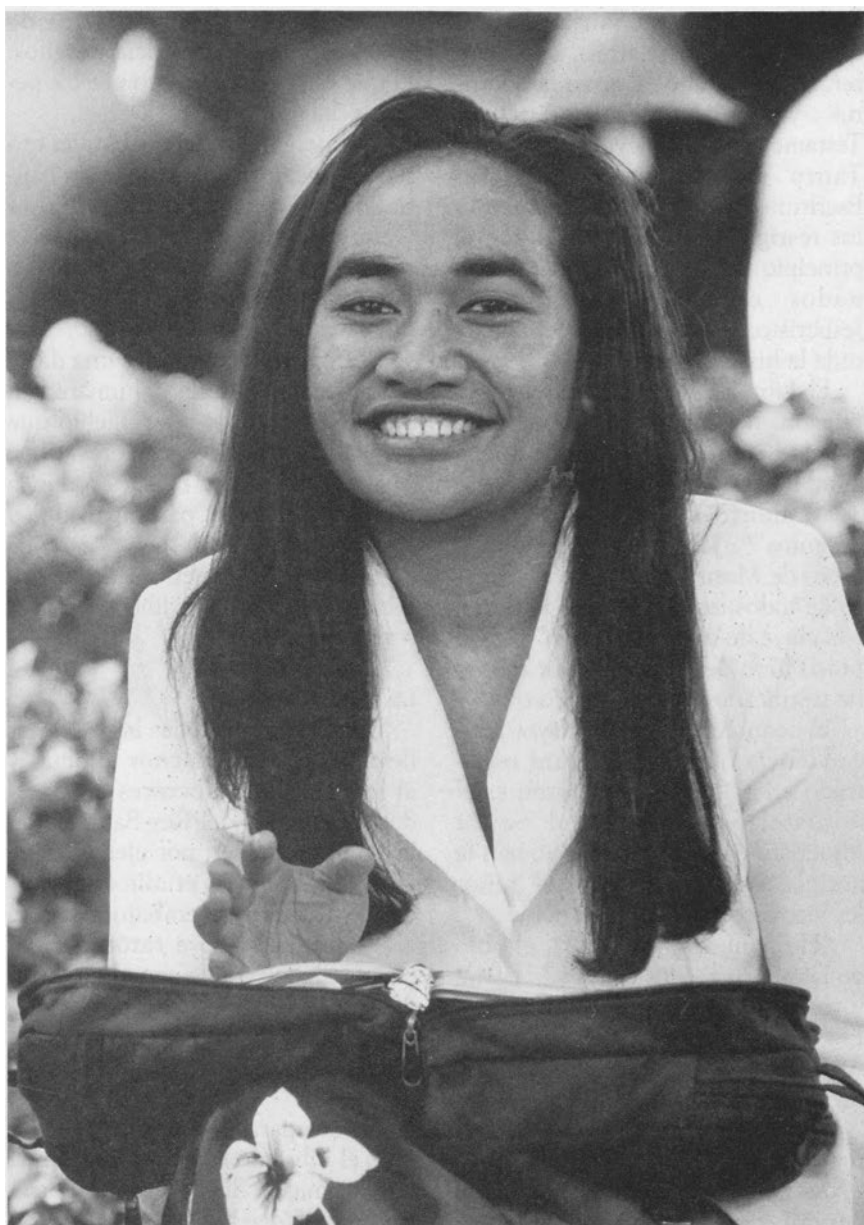
“y permanecerán bajo esta condenación hasta que se arrepientan y recuerden el nuevo convenio, a saber, el Libro de Mormón...”<sup>2</sup>.

Nunca olvidaré esa lección. Desde entonces, el presidente Howard W. Hunter, el presidente Gordon B. Hinckley y muchos otros líderes de la Iglesia han continuado proclamando el Libro de Mormón a la gente de todo el mundo.

Quisiera añadir mi testimonio de la divinidad de este libro. Lo he leído muchas veces. También he leído mucho de lo que se ha escrito acerca de él. Hay escritores que se han concentrado en sus relatos, en su gente o en las breves descripciones de la historia. Otros se han interesado en su estructura lingüística o en lo que se dice de las armas, la geografía, la vida animal, las técnicas de construcción o los sistemas de pesos y medidas.

Por interesantes que sean esos temas, el estudio del Libro de Mormón es más satisfactorio cuando el lector se concentra en el objetivo *principal* del libro, que es testificar de Jesucristo. En comparación, todos los otros asuntos son secundarios.

Cuando lean el Libro de Mormón, concéntrense en la figura principal del libro que es —desde el



primero hasta el último capítulo—: el Señor Jesucristo, el Hijo del Dios Viviente<sup>3</sup>. Y busquen el segundo tema corroborativo, que es: Dios guardará Sus convenios con el resto de la casa de Israel<sup>4</sup>.

El Libro de Mormón es un componente importantísimo de ese convenio<sup>5</sup>. Es Escritura santa que comprende escritos sagrados de las planchas menores y de las planchas mayores de Nefi, de las planchas de Mormón, de las planchas de Eter y de las planchas de bronce que contenían “los cinco libros de Moisés... la historia de los judíos... [y] las profecías de los santos profetas”<sup>6</sup>.

Cuando Mormón compendió esos registros, indicó que no se podía escribir “ni la centésima parte” de los actos del pueblo<sup>7</sup>. Así vemos que los aspectos *históricos* del libro adoptan una importancia *secundaria*.

La Santa Biblia consta de 66 libros individuales; el Libro de Mormón contiene 15. El Primer Libro de Nefi —escrito unos seis siglos *antes* del nacimiento de Jesucristo— deja constancia de que el profeta Lehi<sup>8</sup> recibió una visión del árbol de la vida<sup>9</sup>. Su hijo Nefi oró para llegar a saber lo que significaba; y en respuesta, se le manifestó

una visión notable en la cual vio a una virgen llevando a un Niño en los brazos; vio al Redentor del mundo, Su ministerio terrenal y Su crucifixión. Vio a otros doce que seguían al Santo. Y previo la oposición continua a la obra de Dios y de Sus Apóstoles<sup>10</sup>.

Otros grandes profetas del Libro de Mormón —cada uno a su modo— testificaron de la divinidad del Señor Jesucristo. Entre ellos se encuentran el hermano de Jared<sup>11</sup>, Zenoc, Neum y Zenós<sup>12</sup>. Los testimonios de Jesucristo *que son anteriores* a Su nacimiento en Belén también se registraron, tal como el del rey Benjamín, el de Abinadí, el del padre de Alma, el de Alma, hijo, el de Amulek, el de los hijos de Mosíah, el del capitán Moroni, el de los hermanos Nefi y Lehi, y el de Samuel el tamañita<sup>13</sup>. En una secuencia al parecer interminable de proclamaciones proféticas —el testimonio de “todos los santos profetas”<sup>14</sup> de “muchos miles de años antes de su venida”<sup>15</sup>—, el Libro de Mormón hace la solemne declaración de que Jesús es el Cristo, nuestro Salvador y Redentor.

#### LOS ESCRITORES

La mayoría de los libros que contienen las bibliotecas del mundo se han escrito para los lectores de su época respectiva, y, en general se han escrito por ganancia, por las utilidades de los derechos de autor adquiridas por las buenas ventas.

Pero no ha sido así con el Libro de Mormón, que fue escrito *en la antigüedad para nuestra época*. El libro revela la autoridad y el poder infinitos de Jesucristo en relatos de dos dispensaciones americanas antiguas<sup>16</sup>: conservados para el beneficio de nosotros los que vivimos en la dispensación del cumplimiento de los tiempos. Desde luego, sus escritores no percibieron ganancias. En realidad, pagaron muy caro el privilegio de su participación. ¿Qué los motivó? ¡Su devoción a Dios! Los cuatro escritores principales del libro —Nefi, Jacob, Mormón y Moroni<sup>17</sup>—, todos ellos fueron testigos presenciales del Señor, al igual

que su traductor martirizado, el profeta José Smith.

## EL CONTENIDO

Los escritos de ellos se centraron en el Señor, en Su misión y en Su ministerio. Jacob, por ejemplo, menciona reiteradamente la expiación y la resurrección de Cristo, "...amados hermanos", escribió Jacob, "reconciliaos con [Dios] por medio de la expiación de Cristo, su Unigénito Hijo, y podréis obtener la resurrección... y ser presentados como las primicias de Cristo a Dios...

"Y ahora bien... ¿por qué no hablar de la expiación de Cristo, y lograr un perfecto conocimiento de él, así como el conocimiento de una resurrección y del mundo venidero?"<sup>18</sup>

El consejo de Jacob es invaluable y eterno.

El Salvador manifestó que el Libro de Mormón contiene "la plenitud de [Su] evangelio eterno"<sup>19</sup>. ¿Cómo definió El el *Evangelio*? El Señor resucitado enseñó: "...éste es el evangelio que os he dado: que vine al mundo a cumplir la voluntad de mi Padre, porque mi Padre me envió"<sup>20</sup>.

En seguida, amplió Su definición al decir: "Y mi Padre me envió para que fuese levantado sobre la cruz; y que después de ser levantado sobre la cruz, pudiese atraer a mí mismo a todos los hombres"<sup>21</sup>.

Esta exclusiva misión mortal del Señor —el *Evangelio*, como El lo definió— la conocemos como la Expiación. Por lo tanto, la *plenitud* del Evangelio implica una comprensión más amplia de la Expiación<sup>22</sup>. Esto no se obtiene de la Biblia únicamente. La palabra *expiación* ["atonelement" en inglés] (en cualquiera de sus formas) se menciona sólo una vez en la Versión del Rey Santiago del Nuevo Testamento en inglés<sup>23</sup>. ¡En el Libro de Mormón aparece 35 veces!<sup>24</sup> Además, el Libro de Mormón contiene más referencias a la Resurrección que la Biblia<sup>25</sup>.

El Salvador se refirió al Libro de Mormón como a Su "nuevo convenio" con la casa de Israel<sup>26</sup>. Es una señal tangible del convenio culminante de Cristo con el género

humano<sup>27</sup>. Las enseñanzas divinas que contiene este libro, como un tercer testamento, aclaran la doctrina y unifican el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. Tanto los convenios de las Escrituras<sup>28</sup> como los testamentos<sup>29</sup> y los testigos<sup>30</sup>, todos ellos, desde el principio del tiempo, están relacionados con la expiación de Jesucristo, que es el acto central de toda la historia humana.

El Libro de Mormón es el texto religioso más importante que ha revelado Dios al hombre "desde que se compilaron los escritos del Nuevo Testamento hace casi dos milenios"<sup>31</sup>. José Smith dijo que el Libro de Mormón es "el más correcto de todos los libros sobre la tierra, y la clave de nuestra religión"<sup>32</sup>. Es el único libro del cual el Señor mismo ha testificado que es verdadero<sup>33</sup>.

El acontecimiento de mayor trascendencia que se encuentra registrado en el Libro de Mormón es el ministerio personal del Señor Jesucristo entre los que habitaban la antigua América. A ellos el Señor les hizo este revelador anuncio:

"He aquí, soy Jesucristo, el Hijo de Dios. Yo creé los cielos y la tierra, y todas las cosas que en ellos hay. Era con el Padre desde el principio...

"...las Escrituras concernientes a mi venida se han cumplido...

"Yo soy la luz y la vida del mundo...

"...Y al que venga a mí con un corazón quebrantado y un espíritu contrito, lo bautizaré con fuego y con el Espíritu Santo...

"...he venido al mundo para traer redención al mundo, para salvar al mundo del pecado.

"Por tanto, al que se arrepintiere y viniere a mí como un niño pequeño, yo lo recibiré, porque de los tales es el reino de Dios... he dado mi vida, y la he vuelto a tomar; así pues, arrepentíos y venid a mí... y sed salvos"<sup>34</sup>.

Después de esa excelsa introducción, el Maestro confirmó Su identidad al invitar a los de la multitud a meter las manos en Su costado y a palpar las marcas de los clavos en Sus manos y en Sus pies. Entonces

supieron que el mismo Dios de Israel estaba en presencia de ellos: El que había sido muerto por los pecados del mundo<sup>35</sup>.

El enseñó a los del pueblo; les enseñó a orar, a arrepentirse, a ser bautizados, a participar de la Santa Cena, a saber de Su doctrina, a comprender la importancia de las ordenanzas y de los convenios sagrados y a perseverar hasta el fin<sup>36</sup>.

El Libro de Mormón es una dádiva de Dios para toda la humanidad, y El "ha mandado a su pueblo que persuada a todos los hombres a que se arrepientan"<sup>37</sup>. El invita a todos "a que vengan a él y participen de su bondad", y El no desecha "a nadie de los que a él vienen... sean negros o blancos, esclavos o libres, varones o mujeres..."<sup>38</sup>.

## LA TRADUCCIÓN

Esta llamada a todas las personas lleva aparejados muchos idiomas y el trabajo de traductores entendidos. La Versión del Rey Santiago de la Biblia en inglés, por ejemplo, fue el producto de 50 eruditos ingleses que realizaron su trabajo en siete años, traduciendo a razón de *una* página al día<sup>39</sup>. En la actualidad, traductores expertos se dan por satisfechos si también pueden traducir las Escrituras a razón de *una* página al día.

En comparación, José Smith tradujo el Libro de Mormón a razón de *diez* páginas al día, y terminó el trabajo ¡en 85 días!<sup>40</sup> (Muchos de nosotros nos sentimos contentos si podemos *leer* el libro en ese margen de tiempo.)

Un ritmo de trabajo así es aún más extraordinario si se tienen en cuenta las circunstancias en las que el Profeta trabajó. Durante ese mismo espacio de tiempo, mientras enfrentaba constantes distracciones y una incesante hostilidad, José Smith se trasladó de Harmony, Pennsylvania, a Fayette, Nueva York, a unos 160 kilómetros de distancia<sup>41</sup>. Solicitó los derechos de autor<sup>42</sup>. Recibió las revelaciones que comprenden 12 secciones de Doctrina y Convenios<sup>43</sup>. Seres celestiales restauraron el santo sacerdocio.

No obstante, él terminó la traducción en menos de tres meses.

La Primera Presidencia ha brindado a los Doce Apóstoles la oportunidad de ver partes del manuscrito original del Libro de Mormón y también del manuscrito del impresor. No es posible describir con palabras la profunda emoción que sentimos al examinar esos valiosísimos documentos y advertir que casi no hay correcciones editoriales en ellos.

#### TESTIMONIO PERSONAL Y BENDICIONES

Toda persona que estudie con espíritu de oración el Libro de Mormón también podrá recibir un testimonio de su divinidad<sup>44</sup>. Además, este libro servirá de ayuda en lo que respecta a los problemas personales y lo hará de una manera muy real. ¿Desean librarse de un mal hábito? ¿Desean mejorar las relaciones personales de su familia? ¿Desean aumentar su capacidad espiritual? ¡Lean el Libro de Mormón! Este los acercará más al Señor Jesucristo y a Su amoroso poder<sup>45</sup>. El que alimentó a la multitud con cinco panes y dos peces<sup>46</sup> —el que hizo ver a los ciegos y andar a los cojos<sup>47</sup>— ¡también puede bendecirlos a

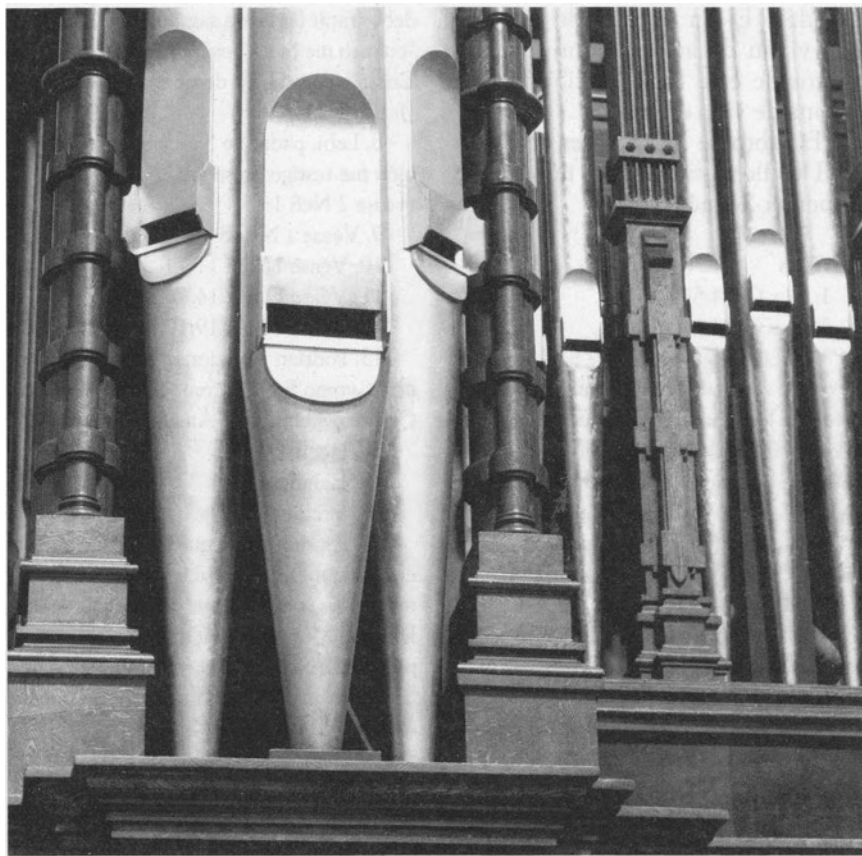
ustedes! Él ha prometido que los que vivan de acuerdo con los preceptos de este libro “recibirán una corona de vida eterna”<sup>48</sup>.

¡El Libro de Mormón es verdadero! De ello testifico en el nombre de Jesucristo. Amén. □

#### NOTAS

1. D.yC. 84:54-55.
2. D.yC. 84:57.
3. El Libro de Mormón se ha dispuesto en 6.607 versículos, de los cuales 3.925 aluden a Jesucristo, empleando para ello más de 100 títulos. Por eso, el nombre de Cristo se menciona de una forma u otra en un promedio de una referencia cada 1,7 versículos. (Véase Susan Easton Black, *Finding Christ through the Book of Mormon*, 1987, págs. 16-18.)
4. Véase 3 Nefi 16:11-12; 29:3; Mormón 5:20; 8:21; 9:37.
5. Véase D.yC. 84:57-58.
6. “A Brief Explanation about the Book of Mormon”; 1 Nefi 5:11-13.
7. Jacob 3:13. Esta explicación se repite cinco veces más. (Véase Palabras de Mormón 1:5; Helamán 3:14; 3 Nefi 5:8; 26:6; Eter 15:33.) Jacob, que recibió las planchas de manos de su hermano Nefi, proporciona conocimiento adicional y destaca que no debe “tratar[] más que ligeramente la historia de este pueblo”, sino que debe tratar las cosas sagradas y grandes “cuanto me fuera posible, por causa de Cristo y por el bien de nuestro pueblo” (Jacob 1:2, 4).
8. Lehi, padre de Nefi y de Jacob, también fue testigo presencial del Señor (véase 2 Nefi 1:15).
9. Véase 1 Nefi 8:10-35.
10. Véase 1 Nefi 11:14-36.
11. Véase Éter 3:14.
12. Véase 1 Nefi 19:10.
13. Podrían mencionarse muchos otros, como Enós, Jarom, Omni, Amarón, Quemis, Abinadom, Amalekí y otros más.
14. Jacob 4:4.
15. Helamán 8:18.
16. Jaredita y lehita.
17. Por motivo de que Isaías se cita muchísimo, merece que se le mencione como uno de los colaboradores principales del Libro de Mormón. Una útil nota al pie de página a 2 Nefi 2:2 de la edición actual de las Escrituras SUD, en inglés, indica que unos 433 versículos de Isaías —aproximadamente una tercera parte de todo el libro— se citan en el Libro de Mormón. En la edición en el idioma inglés, más de la mitad (unos 233 versículos) difieren en algún detalle de su equivalente de la Biblia, “en tanto que unos 200 versículos tienen los mismos términos de la Versión del Rey Santiago de la Biblia en inglés”. Un erudito en los escritos de Isaías documenta que en





El órgano del Tabernáculo, reconstruido y ampliado varias veces durante sus 124 años, es uno de los más grandes y hermosos del mundo. El tubo mayor mide 9,8 metros, mientras que el menor sólo 19 milímetros.

no menos de 391 de los 433 versículos se hace referencia a los atributos, al aspecto, a la majestad y a la misión de Jesucristo. (Véase Monte S. Nyman, *Great Are the Words of Isaiah*, 1980, tomo 7, págs. 283-287.)

El élder Jeffrey R. Holland (en su libro *Christ and the New Covenant*, 1997, págs. 78-94) ha clasificado las enseñanzas de Isaías que se encuentran en el Libro de Mormón en cinco categorías de interés actual:

- 1) El nacimiento y el ministerio mortal de Cristo (véase 1 Nefi 11:13, 15, 18, 20; 2 Nefi 17:14-15; Alma 7:10).
- 2) Cristo visita a los espíritus encarcelados (véase 1 Nefi 21:6-9).
- 3) Cristo manifiesta bondad para con Sión en los últimos días y protección hacia ella (véase 1 Nefi 21:13-16; 2 Nefi 7:1-2; 3 Nefi 22:8; cita de Isaías 54:8).
- 4) El Cristo del Milenio (véase 2 Nefi 12:2-5; 21:1-12; 30:9).
- 5) La Crucifixión y la Expiación (véase Mosíah 14:1-12).
18. Jacob 4:11-12.

19. D. y C. 27:5; véase también D. y C. 20:9; José Smith—Historia 1:34.

20. 3 Nefi 27:13. El texto completo del sermón del Señor comprende, además, *ordenanzas* y *convenios* como aspectos integrales del Evangelio.

21. 3 Nefi 27:14.

22. No todas las doctrinas divinas se encuentran en el Libro de Mormón. La obra del templo como la conocemos en la actualidad ha sido revelada como parte de la restauración de todas las cosas y se enseña tanto en Doctrina y Convenios como en revelaciones posteriores a profetas vivientes.

23. Véase Romanos 5:11.

24. La palabra *expiación* aparece 29 veces en la Biblia en español, en la versión de Casiodoro de Reina, revisada por Cipriano de Valera.

25. La palabra *resurrección* aparece 42 veces en la Biblia en español, en la versión de Casiodoro de Reina, revisada por Cipriano de Valera, y 113 en el Libro de Mormón. (Véase también *Christ and the New Covenant*, pág. 238.)

26. Véase D. y C. 84:57.

27. Véase 3 Nefi 21:1; 29: encabezamiento del capítulo.

28. *Convenio* proviene del latín *convenire*, que significa “Ser de un mismo parecer y dictamen”; “ajustarse, concordarse”.

29. *Testamento* proviene del latín *testis*, que significa “testigo.” *Testamento* se relaciona también con la raíz latina *tres stare*, que quiere decir “hay tres”.

30. *Testigo* se define como “persona que presencia o adquiere directo y verdadero conocimiento de una cosa”.

31. Jeffrey R. Holland, *Christ and the New Covenant*, págs. 9-10.

32. *Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 233.

33. Véase D.yC. 17:6.

34. 3 Nefi 9:15-16, 18, 20-22.

35. Véase 3 Nefi 11:14.

36. Véase 3 Nefi 15:9.

37. 2 Nefi 26:27.

38. 2 Nefi 26:33.

39. Véase *Christ and the New Covenant*, pág. 349.

40. Desde el 7 de abril hasta el 30 de junio de 1829. Tras restar el tiempo dedicado a otras tareas propias de la época, el tiempo de que se disponía para realizar ese trabajo era de cerca de 55 días. La edición actual del Libro de Mormón en inglés contiene 531 páginas. Teniendo en cuenta los 55 días para el trabajo de la traducción, se calcula un promedio de 9,7 páginas, como se considera una página en la actualidad, al día.

41. Véase John W. Welch y Tim Rathbone, “Book of Mormon Translation by Joseph Smith”, *Encyclopedia of Mormonism*, 4 tomos, 1992, tomo I, pág. 211.

42. Véase “A Chronology of Church History,” Apéndice 2, *Encyclopedia of Mormonism*, tomo IV, pág. 1652, fecha del 11 de junio de 1829.

43. Secciones 6-9 y 11-18.

44. Véase Moroni 10:4-5.

45. El profeta José Smith declaró que “un hombre se acercaría más a Dios por seguir sus preceptos [los del Libro de Mormón] que los de cualquier otro libro”, *Enseñanzas del Profeta José Smith*, págs. 233-234.

46. Véase Mateo 14:19-20; Marcos 6:41-42; Lucas 9:16-17.

47. Véase Mateo 11:5; Lucas 7:21-22.

48. D. y C. 20:14.



# En el cénit de los tiempos

Presidente Gordon B. Hinckley

"Que Dios nos bendiga con una perspectiva del lugar que ocupamos en la historia y... con el deseo de mantenernos erguidos y de caminar con determinación de manera digna de los santos del Altísimo".



Qué emocionante y maravilloso es pasar por el umbral de los siglos! Dentro de poco, todos tendremos esa experiencia. Pero aún más fascinante es la oportunidad que tenemos de dejar atrás el milenio que está por acabar y dar la bienvenida a mil años nuevos. Al contemplar este período, me acoge un grandioso y solemne sentimiento por las cosas de la historia.

Hace tan sólo dos mil años que el Salvador estuvo sobre la tierra. Un maravilloso reconocimiento del lugar que El ocupa en la historia es el hecho de que el calendario que actualmente está en uso en casi todas partes del mundo ubica el nacimiento del Señor como el meridiano de los tiempos. Todo lo que ocurrió anterior a esa fecha se cuenta

desde esa fecha hacia atrás; y todo lo que ha ocurrido desde entonces se mide a partir de ella hacia adelante.

Siempre que alguien usa una fecha, ya sea que se dé cuenta de ello o no, reconoce la venida a la tierra del Hijo de Dios. Su nacimiento, como se ha llegado comúnmente a determinar, marca el punto central de los tiempos, el meridiano de los tiempos reconocido a través de la tierra. Cuando utilizamos esas fechas no prestamos atención a ese hecho, pero si nos detenemos a pensar, debemos reconocer que El es la figura sublime de toda la historia del mundo sobre la cual se basa nuestra medida del tiempo.

En los siglos antes de que El viniera a la tierra, hubo profecías acerca de Su venida. Isaías declaró: "Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz" (Isaías 9:6).

El rey Benjamín declaró a su pueblo más de un siglo antes del nacimiento del Salvador:

"Porque he aquí que viene el tiempo, y no está muy distante, en que con poder, el Señor Omnipotente que reina, que era y que es de eternidad en eternidad, descenderá del cielo entre los hijos de los hombres; y morará en un tabernáculo de barro, e irá entre los hombres efectuando grandes milagros,

tales como sanar a los enfermos, resucitar a los muertos, hacer que los cojos anden, y que los ciegos reciban su vista, y que los sordos oigan, y curar toda clase de enfermedades...

"Y se llamará Jesucristo, el Hijo de Dios, el Padre del cielo y de la tierra, el Creador de todas las cosas desde el principio; y su madre se llamará María" (Mosiah 3:5, 8).

No es de sorprender que ángeles hayan cantado al tiempo de Su nacimiento y que magos hayan viajado desde lejos para rendirle homenaje.

Fue el hombre perfecto que anduvo sobre la tierra; El cumplió la ley de Moisés y trajo un nuevo precepto de amor al mundo.

Su madre era mortal, y de ella recibió los atributos de la carne; Su Padre era inmortal, el Gran Dios del Universo, de quien recibió Su naturaleza divina.

La sublime expresión de Su amor llegó con Su muerte, en que dio Su vida como sacrificio por todos los hombres. Esa Expiación, que se llevó a cabo en dolor inconcebible, se convirtió en el acontecimiento más grandioso de la historia, un acto de gracia para el cual el hombre no contribuyó nada, pero que trajo consigo la seguridad de la resurrección para todos aquellos que hayan vivido o que vivirán sobre la tierra.

Ningún otro acto de toda la historia humana se le compara; ningún otro suceso jamás ocurrido se le puede igualar. Totalmente libre de egoísmo y con amor incondicional para toda la humanidad, se convirtió en un acto de misericordia sin igual para toda la raza humana.

Luego, con la resurrección aquella primera mañana de Pascua vino la triunfal declaración de inmortalidad. Bien lo expresó Pablo: "Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados" (1 Corintios 15:22). El Señor no sólo concedió las bendiciones de la resurrección a todos, sino que abrió el camino a la vida eterna para todos aquellos que observen Sus enseñanzas y mandamientos.

El fue y es la grandiosa figura central de la historia humana, el cénit de los tiempos y las eras de

todos los hombres.

Antes de Su muerte, El había llamado y ordenado a Sus apóstoles; ellos llevaron adelante la obra por un tiempo; Su Iglesia estaba establecida.

Transcurrieron los siglos. Una nube de obscuridad se asentó sobre la tierra. Isaías lo describió de esta manera: "Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra, y oscuridad

las naciones" (Isaías 60:2).

Era una época de pillaje y sufrimiento, caracterizada por largos y sangrientos conflictos. Carlomagno fue coronado emperador de los romanos en el año 800.

Eran tiempos de desesperanza, una época de amos y de siervos.

Pasaron los primeros mil años y daba comienzo el segundo milenio. Sus primeros siglos eran una conti-

nuación de los anteriores; eran tiempos cargados de temor y sufrimiento. La terrible y mortífera peste se originó en Asia en el siglo catorce; se extendió hacia Europa y subió hacia Inglaterra. A dondequiera que iba causaba la muerte repentina. Boccaccio dijo de sus víctimas: "Al mediodía almorzaban con sus amigos y familiares y de noche cenaban con sus ancestros en el otro mundo"<sup>1</sup>. Llenaba de terror el corazón de la gente. En cinco años acabó con veinticinco millones de personas, un tercio de la población de Europa.

Periódicamente reaparecía para asestar un golpe con su mano oscura y macabra. Pero ésa fue también una época de mayor iluminación. A medida que los años continuaban su marcha inexorable, la luz del sol de un nuevo día empezaba a vislumbrarse sobre la tierra. Era el Renacimiento, un espléndido florecimiento del arte, de la arquitectura y la literatura.

Los reformadores se esforzaron para cambiar la iglesia, hombres destacados como Lutero, Melanchthon, Hus, Zwingli y Tyndale. Estos fueron hombres de gran valor, algunos de los cuales padecieron muertes crueles por sus creencias. Nació el protestantismo con su petición de reforma. Cuando esa reforma no se logró, sus precursores organizaron iglesias propias, lo cual hicieron sin contar con la autoridad del sacerdocio. Lo único que ellos deseaban era encontrar una forma mediante la cual pudiesen adorar a Dios como ellos pensaban que se le debía adorar.

Mientras esa causa se intensificaba por el mundo cristiano, las fuerzas políticas también se empezaban a movilizar. Vino entonces la Revolución Americana, lo cual resultó en el nacimiento de una nación, cuya constitución declaraba que el gobierno no debía interferir en asuntos de religión. Era la alborada de un nuevo día, un día glorioso. Aquí ya no hubo más una iglesia del estado. No se favorecía a una secta más que a otra.

Después de siglos de tinieblas, dolor y luchas llegó el momento pro-



picio para la restauración del Evangelio. Los antiguos profetas habían hablado de este día tan esperado.

Toda la historia del pasado señalaba hacia esta época. Los siglos, con todos sus sufrimientos y esperanzas, habían llegado y se habían ido. El Juez Todopoderoso de las naciones, el Dios viviente, determinó que habían llegado los tiempos de los cuales habían hablado los profetas. Daniel había previsto una piedra cortada, no con mano, y que fue hecha un gran monte que llenó toda la tierra.

“Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; [sino que] desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre” (Daniel 2:44).

Isaías y Miqueas habían hablado mucho antes cuando vieron nuestros días con visión profética:

“Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones.

“Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová” (Isaías 2:2-3; véase también Miqueas 4:2).

Pablo había escrito acerca de la procesión entera del tiempo, del desfile de los siglos, diciendo: “Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá [ese día] sin que antes venga la apostasía” (2 Tesalonicenses 2:3).

Además, había dicho en cuanto a estos días: “[Habría] de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra” (Efesios 1:10).

Pedro previo todo el panorama grandioso de los siglos cuando declaró con visión profética:

“Así que, arrepentios y convertios, para que sean borrados vuestros

pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio,

“y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado;

“a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo” (Hechos 3:19-21).

Estas y otras visiones proféticas señalaban hacia esta gloriosa época, la época más maravillosa en todos los anales de la historia humana en que habría un día de restitución de la verdadera doctrina y verdadera práctica.

El albor de ese día glorioso fue en el año 1820 en que un jovencito, con sinceridad y fe, se dirigió hacia una arboleda y elevó su voz en oración, en busca de esa sabiduría que pensaba que tanto necesitaba.

Recibió como respuesta una gloriosa manifestación. Dios el Eterno Padre y el Señor Jesucristo resucitado se le aparecieron y hablaron con él. El velo que había estado cerrado la mayor parte de dos milenios se abrió para introducir la dispensación del cumplimiento de los tiempos. A ello siguió la restauración del santo sacerdocio, primero el Aarónico, y luego el de Melquisedec, bajo las manos de aquellos que lo habían poseído anti-

guamente. Otro testamento, que hablaba como una voz desde el polvo, salió a luz como un segundo testigo de la realidad y la divinidad del Hijo de Dios, el gran Redentor del mundo.

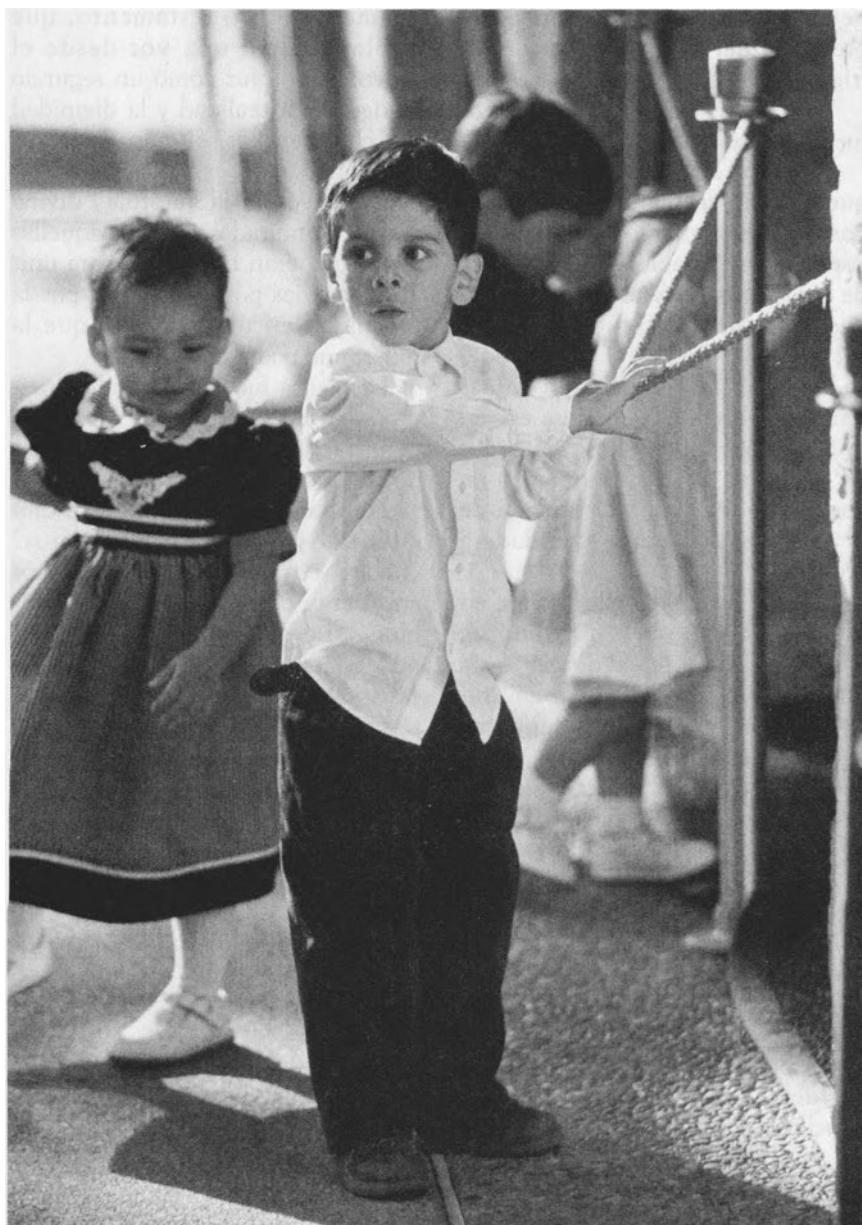
Las llaves de la autoridad divina fueron restauradas, incluso aquellas llaves que eran necesarias para unir a las familias por esta vida y por la eternidad en un convenio que la muerte no podía destruir.

La piedra fue pequeña al principio; algo en que uno no repararía, pero ha ido creciendo y está rodando hasta llenar toda la tierra.

Hermanos y hermanas, ¿se dan cuenta de lo que poseemos? ¿Reconocen el lugar que ocupamos en el gran drama de la historia humana? Lo que ocurre ahora es el punto central de todo lo que ha ocurrido antes. Este es el tiempo de restitución. Estos son los días de restauración. Este es el tiempo en el que los hombres de la tierra vienen a la montaña de la casa del Señor para buscar y aprender Sus vías y para andar en Sus senderos. Este es el resumen de todos los siglos de tiempo desde el nacimiento de Cristo hasta este día actual y maravilloso.

*Ya rompe el alba de la verdad  
y en Sión se deja ver;  
tras noche de obscuridad,*





*el día glorioso amanecer.*  
 ("Ya rompe el alba", *Himnos*, N<sup>o</sup> 1).

Han pasado los siglos. La obra de los últimos días del Todopoderoso, de la que hablaron los antiguos, de la que profetizaron apóstoles y profetas, ha llegado. Está aquí. Por alguna razón que desconocemos, pero en la sabiduría de Dios, hemos tenido el privilegio de venir a la tierra en esta gloriosa época. Ha habido un gran florecimiento de la ciencia; se ha abierto una gran oportunidad para el aprendizaje; ésta es la época más sobresaliente del campo del empeño y del logro humano, y, más

importante aún, es la época en que Dios ha hablado de nuevo, en que Su Amado Hijo se apareció, en que el sacerdocio divino ha sido restaurado, en que tenemos en nuestras manos otro testamento más del Hijo de Dios. ¡Qué época tan gloriosa y maravillosa!

Demos gracias a Dios por este generoso don. Le agradecemos este maravilloso Evangelio cuyo poder y autoridad se extienden incluso más allá del velo de la muerte.

Tomando en consideración lo que tenemos y lo que sabemos, debemos ser mejores personas de lo que somos; debemos ser más semejantes

a Cristo, perdonar más, y ser de más ayuda y consideración para aquellos que nos rodean.

Nos encontramos en el cénit de los tiempos, sobrecogidos por un grandioso y solemne sentimiento del pasado. Esta es la dispensación final y última hacia la cual han señalado todas las anteriores. Doy testimonio de la realidad y la veracidad de estas cosas. Ruego que cada uno de nosotros sienta la formidable maravilla de todo ello al esperar en breve la desaparición de un siglo y la muerte de un milenio.

Dejemos que se acabe este año y que llegue el nuevo. Que pase otro siglo y uno nuevo lo reemplace. Digamos adiós a un milenio y demos la bienvenida al comienzo de mil años más.

Y así avanzaremos en el continuo camino de crecimiento y progreso y aumento, influyendo positivamente en la vida de la gente de todas partes mientras la tierra dure.

En algún momento de todo este avance, Jesucristo aparecerá para reinar con esplendor sobre la tierra. Nadie sabe cuándo acontecerá eso; ni siquiera los ángeles del cielo saben el tiempo de Su regreso. Pero será un día bienvenido.

*Oh Rey de reyes, ven  
 en gloria a reinar,  
 con paz y salvación,  
 tu pueblo a libertar  
 Ven tú al mundo a morar,  
 e Israel a congregar*

("Oh Rey de reyes, ven", *Himnos*, N<sup>o</sup> 27).

Que Dios nos bendiga con una perspectiva del lugar que ocupamos en la historia y que después que la hayamos recibido, nos bendiga con el deseo de mantenernos erguidos y de caminar con determinación de manera digna de los santos del Altísimo, es mi humilde oración, en el nombre de Jesucristo. Amén. □

#### NOTAS

1. *The Decameron of Giovanni Boccaccio*, traducción al inglés de Richard Aldington, 1930, pág. 7.

# Un año de jubileo

Élder L. Tom Perry  
Del Quorum de los Doce Apóstoles

"Demos mayor prioridad a la oración familiar, al estudio en familia de las Escrituras y a la noche de hogar, y eliminemos las actividades que nos llenan la vida de cosas mundanas y perniciosas".



**E**stoy seguro de que siempre recordaré el haber sido el primer orador de la última sesión de esta histórica conferencia general. No se trata solamente de la última sesión de esta conferencia, sino que es la última sesión de esta década y la última sesión que llevará la fecha de los 1900. Esta sesión es apropiada para una especial anotación en un diario personal. Los acontecimientos históricos captan en especial nuestra atención cuando recordamos el pasado y prevemos el futuro. Durante las últimas semanas de este año, los medios de difusión habrán de pregonar los principales sucesos del siglo veinte. Los pronosticadores tratarán de orientar nuestra atención hacia las posibilidades del siglo veintiuno. Para los creyentes

que han aceptado el Evangelio de nuestro Señor y Salvador, ésta debería ser también una época especial para recordar las bendiciones que El ha dado a Sus hijos creyentes y las promesas de bendiciones aún mayores para el futuro.

A través de todos los tiempos, el Señor ha hecho recordar a Sus hijos el deber que tienen para con El. Siempre me ha interesado la forma en que el Señor enseñó y cuidó a Israel durante los cuarenta años en que deambuló por el desierto. En el libro de Levítico, así llamado porque se relaciona con los deberes y las enseñanzas de los levitas, se dan instrucciones para el año de jubileo y para su observancia. Creo que en la forma en que Israel celebró ese año tan especial hay también un mensaje para nosotros. En el capítulo 25 de Levítico leemos:

"Jehová habló a Moisés en el monte de Sinaí, diciendo:

"Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando hayáis entrado en la tierra que yo os doy, la tierra guardará reposo para Jehová.

"Seis años sembrarás tu tierra, y seis años podarás tu viña y recogerás sus frutos.

"Pero el séptimo año la tierra tendrá descanso, reposo para Jehová; no sembrarás tu tierra, ni podarás tu viña...

"Y contarás siete semanas de año, siete veces siete años, de modo que los días de las siete semanas de años vendrán a ser cuarenta y nueve años.

"Entonces harás tocar fuertemente la trompeta en el mes séptimo a los diez días del mes; el día de la expiación haréis tocar la trompeta por toda vuestra tierra.

"Y santificaréis el año cincuenta, y pregonaréis libertad en la tierra a todos sus moradores; ese año os será de jubileo, y volveréis cada uno a vuestra posesión, y cada cual volverá a su familia" (Levítico 25:1-4, 8-10).

Las leyes relacionadas con el jubileo abarcaban tres puntos. Primero, la gente tenía que hacer descansar la tierra de modo que pudiera rejuvenecerse y ser más productiva en el futuro. Hoy en día, en nuestra vida tan atareada y compleja, el año de jubileo nos brinda una excelente oportunidad para evaluar la dirección en que vamos y determinar si nuestras prioridades están en orden. ¿Hemos puesto acaso las oportunidades de bendiciones, eternas por encima de las ambiciones mundanas? ¿Hay algo en nuestra vida a lo que podríamos dar descanso por una temporada a fin de renovar nuestra alma para ser más productivos, especialmente en lo que más le interesa a nuestro Señor?

Hace ya un siglo, entramos en la era de la gran revolución industrial. La mente creativa de los hombres empezó a desarrollar una serie de dispositivos para hacer más fácil nuestra vida. Piensen en la última vez que remodelaron alguna parte de su casa y vean cuántos tomacorrientes adicionales pusieron en cada cuarto. Piensen luego en dónde agregaron cables de extensión con más tomacorrientes para conectar nuevos artefactos eléctricos. A pesar de todos estos nuevos dispositivos para ahorrar trabajo, me imagino que la vida no es para ustedes más fácil, sino más complicada que nunca.

Al acercarnos al siglo veintiuno, nos encontramos en medio de una revolución informativa, la tal llamada era de información, con todos sus nuevos desafíos y sus oportunidades. En la actualidad estamos inundados de información. Para muchas personas, la televisión les está privando de dedicar valiosos momentos a la



familia. Internet es una nueva fuente de información que ofrece tremendas oportunidades, como así también otra posibilidad: la de volvernos adictos. Lamentablemente, con las bendiciones de la nueva era de información nos llegan algunos desafíos, al encontrar las fuerzas malignas nuevos medios de difusión y nuevas formas de infiltrarse en nuestra mente. Las influencias del mundo invaden nuestros hogares con nuevos perfiles y formas para desafiar nuestra determinación de emplear nuestro tiempo sabiamente y para los propósitos del Señor.

Quizás podríamos seguir el ejemplo de la ley del antiguo Israel y renovarnos. Hagamos una lista de esas actividades básicas que enriquecen al hombre y a la mujer eternos y decidamos en nuestro año de jubileo suspender aquellas que son de muy poco valor y significado que hasta podrían poner en peligro nuestro bienestar eterno. Demos mayor

prioridad a la oración familiar, al estudio en familia de las Escrituras y a la noche de hogar, y eliminemos las actividades que nos llenan la vida de cosas mundanas y perniciosas.

Desde septiembre de 1995 hemos estado fomentando un programa para poner de relieve los puntos necesarios para la capacitación de líderes, el cual nos exhorta a establecer nuevamente la preeminencia del hogar y la familia como las unidades fundamentales de la Iglesia, exhortando a cada miembro de la familia a establecer como primera prioridad el tiempo que pasa con ella. ¿Podríamos hacer de nuestro año de jubileo una temporada para renovar nuestra forma de actuar anterior y dejar a un lado las cosas que impidan nuestro progreso eterno? ¿Y podríamos entonces dedicarnos nuevamente a las que nos brindan eterno gozo?

La segunda ley relacionada con el año de jubileo consistía en devolver

las propiedades a sus propietarios originales o a sus herederos. Si en la actualidad tuviéramos esta costumbre, el primero de enero yo podría ir hasta Perry, Utah, y pedir a las personas que residen en la tierra que pertenecía a mi bisabuelo que se fueran para que mi familia pudiera recuperarla. Esa era una interesante propuesta diseñada a fin de preservar las tierras para que las futuras generaciones las disfrutaran como herencia. Por supuesto que esas costumbres no existen hoy en día, así que, los vecinos de Perry, Utah, no tienen necesidad de preocuparse, pero la práctica de preservar otras formas de herencia, como nuestro patrimonio familiar, es algo que debemos fomentar.

¿Hemos preservado para nuestros hijos los notables relatos de cómo conocieron y aceptaron el Evangelio nuestros antepasados? Su estudio y aceptación del Evangelio nos ha brindado la gran oportunidad de recibir

Los visitantes afuera del Tabernáculo admiran una de las famosas exhibiciones florales de la Manzana del Templo.





bendiciones eternas.

A la edad de 17 años, mi abuelo dejó atrás su hogar en Dinamarca para encontrar una nueva vida en América. Viajó hasta Mendon, Utah, donde vivía su tío, quien lo empleó para que trabajara en su granja. Después de un tiempo, se acercó a su tío y le dijo: “Ustedes los mormones son gente rara. He estado trabajando con usted durante muchos meses y ni una sola vez me ha dicho nada acerca de su religión ni me ha invitado a asistir a la Iglesia con usted”. Su tío entonces le preguntó si le gustaría saber algo al respecto y, al responder mi abuelo que sí, le habló acerca de José Smith y de la aparición del Libro de Mormón, y le dio un ejemplar del libro para que lo leyera. Después de leerlo un poco, mi abuelo se lo devolvió diciendo: “No encuentro en él nada de valor para mí”. Al día siguiente, mientras araba el campo, se puso a pensar en el relato de su tío acerca de la aparición del Libro de Mormón. Pensó que era imposible que un joven con tan escasa educación hubiera podido crear una obra como ésa. Quizás convendría que le echara otro vistazo. Entonces le pidió a su tío que le prestara otra vez el libro y esa vez no pudo dejarlo a un lado. El espíritu le dio a saber

que ese libro era verdadero; pidió entonces ser bautizado y permaneció activo durante toda su vida.

Estas experiencias de conversión de nuestros familiares, que nos demostraron un cometido y una fe tan grandes a través de su existencia, nos brindan mucho de lo que hoy disfrutamos a través de los frutos del Evangelio. Por cierto que el conocimiento de esa fe y ese cometido debe transmitirse de una generación a otra a fin de fortalecer nuestro deseo de vivir con la misma convicción que ellos pusieron de manifiesto en su vida. No hay ninguna duda de que su testimonio añade convicción y solidez al nuestro.

Helamán poseía una manera muy especial para transferir su patrimonio a sus hijos: les daba el nombre de sus nobles antepasados para que los recordaran y recordaran sus obras. Las Escrituras dicen:

“He aquí, hijos míos, quiero que os acordéis de guardar los mandamientos de Dios; y quisiera que declaraseis al pueblo estas palabras. He aquí, os he dado los nombres de nuestros primeros padres que salieron de la tierra de Jerusalén; y he hecho esto para que cuando recordéis vuestros nombres, los recordéis a ellos; y cuando os acordéis de

ellos, recordéis sus obras; y cuando recordéis sus obras, sepáis por qué se dice y también se escribe, que eran buenos” (Helamán 5:6).

Finalmente, durante el año de jubileo, todos los israelitas que habían sido esclavos por alguna razón, recibían su libertad. Por supuesto que esta práctica de esclavitud ha sido abolida desde hace mucho tiempo en casi todas partes del mundo; no obstante, si no nos mantenemos alerta, cualquiera de nosotros puede ser engañado y después esclavizado por el diablo.

Cada uno de nosotros tiene su propio albedrío. Este es una bendición conferida al hombre desde el principio. El Señor le declaró a Adán: “Y les he concedido discernir el bien del mal; de modo que son sus propios agentes, y otra ley y mandamiento te he dado” (Moisés 6:56).

Teniendo esto en cuenta, es preciso que haya una oposición en todas las cosas (véase 2 Nefi 2:11), ya que con el albedrío es necesario escoger entre lo bueno y lo malo. Más aún, el albedrío trae consigo la posibilidad del pecado, lo que a su vez crea la necesidad del arrepentimiento. El presidente Kimball dijo: “El pecado provoca intensamente el vicio y a veces conduce a los hombres a una trágica condición irreparable. Sin el arrepentimiento, no puede haber perdón y sin el perdón se arriesgan todas las bendiciones de la eternidad. A medida que el transgresor se sumerge más y más en el pecado y el error se arraiga más profundamente y la voluntad de cambiar se debilita, todo va tornándose en desesperanza y entonces se hunde cada vez más hasta que ya no desea regresar o ha perdido el poder para hacerlo” (*The Teachings of Spencer W. Kimball*, pág. 83).

Entonces nos aconsejó:

*“Substituyan los hábitos, cambien de ambiente.* El cambio se produce reemplazando con nuevos hábitos los anteriores. Mediante pensamientos y acciones se moldea el carácter y el futuro.

“Se puede cambiar al cambiar de ambiente; se deben abandonar las

cosas efímeras por cosas mejores. Es necesario rodearse de los mejores libros, música, obras de arte y personas" (*The Teachings of Spencer W. Kimball*, pág. 172).

Al acercarnos a un nuevo siglo, por cierto que ha llegado el momento de examinar lo que nuestras normas han sido en el pasado. ¿Podría éste ser el momento de reforzar aquellas costumbres que nos hacen buenos y mejores? ¿Podría ésta ser la hora de abandonar esos hábitos y actividades que nos engañan y nos encadenan a las trampas del adversario y retrasan nuestro progreso eterno?

Harry Emerson Fosdick escribió una vez: "Algunos cristianos llevan su religión en la espalda. Es una alforja de creencias y prácticas que deben cargar. Por momentos les resulta muy pesada y de buen gusto se la sacarían, pero eso significaría abandonar viejas tradiciones, así que vuelven a cargarla. Pero los verdaderos cristianos no acarrean su religión, sino que ésta los acarrea a ellos. No es un peso sino unas alas. Los eleva, los ayuda en momentos difíciles, hace que el universo les parezca amigable, la vida con más propósito, la esperanza más real y el sacrificio más digno de mérito. Los libra de todo temor, trivialidad, desaliento y pecado: el gran esclavista del alma de los hombres. Uno puede reconocer al verdadero cristiano, al verlo, por su buena disposición" (*Twelve Tests of Character*, 1923, págs. 87-88).

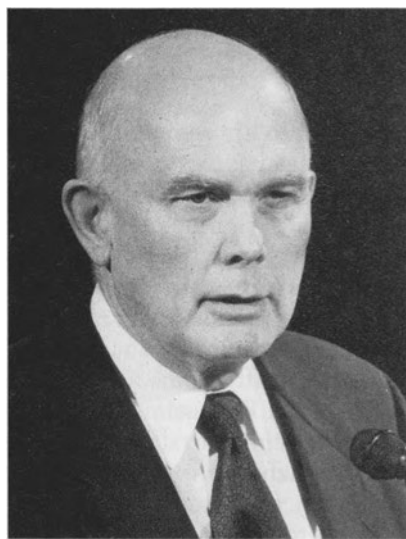
Espero que sea particularmente obvio que, cuando el mundo nos observe, seamos reconocidos por nuestra buena disposición para vivir, creer y practicar verdaderas ideas y doctrina cristianas. Ruego que Dios nos bendiga para que contemplemos el nuevo siglo con la fe, el testimonio, la confianza y la determinación de prepararnos mejor para la vida eterna que todos procuramos obtener. Ruego que el nuevo año comience con el sonar de trompetas y exclamaciones de gozo al aprovechar al máximo este año de jubileo. Es mi humilde oración en el nombre de Jesucristo. Amén. □

# La enseñanza del Evangelio

Élder Dallín H. Oaks

Del Quorum de los Doce Apóstoles

"En nuestros sagrados llamamientos como maestros del Evangelio, ningún esfuerzo es demasiado bueno para la obra del Señor y el progreso de Sus hijos".



Un conocido autor escribió un libro acerca de su mejor maestro. El poderoso impacto que este maestro tuvo en el estudiante se basó en la convicción del joven de que su maestro realmente se interesaba por él y quería que aprendiera e hiciera lo que le ayudaría a encontrar la felicidad. El autor concluyó su tributo con esta pregunta: "¿Han tenido ustedes alguna vez un verdadero maestro? ¿Un maestro que les haya considerado como materia prima, pero a la vez una materia tan preciosa como una joya que, con sabiduría, podría pulirse hasta lograr un espléndido brillo? Si tienen la fortuna de encontrarse con maestros de tal calibre, nunca les será difícil regresar a ellos"<sup>1</sup>.

Cada uno de los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es, o será, un maestro. Cada uno de nosotros tiene un interés esencial en el contenido y en la eficacia de la enseñanza del Evangelio. Queremos que todos tengan excelentes maestros del Evangelio y que esos maestros nos ayuden a encontrar la manera de regresar, no sólo a ellos sino a nuestro Padre Celestial.

Nuestra preocupación en cuanto a la enseñanza del Evangelio no se limita solamente a aquellos que son llamados a enseñar en los quórumes del sacerdocio, en la Primaria, la Sociedad de Socorro, la Escuela Dominical, las Mujeres Jóvenes o en otra asignación. En el grandioso plan de salvación del Señor no hay maestros más importantes que los padres que enseñan constantemente a sus hijos mediante el ejemplo y el precepto. Cada uno de nosotros enseña mediante el ejemplo a quienes nos rodean. Aun los niños se enseñan mutuamente. Cada misionero es un maestro. Y cada líder es un maestro. Tal como hace años lo enseñó el presidente Hinckley, "la enseñanza eficaz es la esencia misma del liderazgo en la Iglesia"<sup>2</sup>.

La enseñanza del Evangelio es universal e importante. Realmente "no existe mayor responsabilidad que ninguno de nosotros pueda tener que la de ser maestros de los

hijos de Dios”<sup>3</sup>. La ocupación de nuestro Salvador fue la de maestro; El fue el Maestro ideal y nos invita a todos a emularlo en ese gran servicio<sup>4</sup>.

Hace varios años la Primera Presidencia asignó al Quorum de los Doce el cometido de revitalizar la enseñanza en la Iglesia. Los Doce, con la ayuda de los Setenta, aceptaron el desafío y ahora, después de años de preparación y con la participación de magníficos maestros del Evangelio, eruditos, escritores y otras personas, la Primera Presidencia acaba de iniciar un esfuerzo a través de toda la Iglesia “para revitalizar y mejorar la enseñanza”. Dicha carta dice: “Este énfasis renovado tiene por objeto mejorar la enseñanza en el hogar y en las reuniones de la Iglesia, así como ayudar a nutrir a los miembros con la buena palabra de Dios”<sup>5</sup>.

Recientemente publicamos un folleto de diez páginas titulado

*Cómo mejorar la enseñanza del Evangelio — Una guía para el líder*. Actualmente se están distribuyendo ejemplares entre todos los líderes y a cada oficial de quórumes y organizaciones auxiliares de la Iglesia. Como ahí se explica, nuestra preocupación en cuanto a “la enseñanza del Evangelio en la Iglesia” incluye lo que los padres enseñan cada día en sus hogares así como la obra de los maestros en los quórumes y en las organizaciones auxiliares.

Este importante esfuerzo por “revitalizar y mejorar la enseñanza en la Iglesia” consta de tres elementos. En primer lugar, destaca las importantes responsabilidades que tienen los líderes de esforzarse para mejorar la enseñanza del Evangelio en sus respectivas organizaciones. Queremos que todos los líderes se esfuercen por alentar y ayudar a los maestros y alumnos sobre quienes presiden.

En segundo lugar, dicho esfuerzo

establece reuniones trimestrales para el mejoramiento de los maestros de tres grupos diferentes —los niños, los jóvenes y los adultos— a fin de “instruirse y edificarse unos a otros” (D. y C. 43:8), en cuanto a los principios, métodos y aptitudes que habrán de mejorar la enseñanza y el aprendizaje del Evangelio.

Finalmente, por lo menos una vez por año se enseñará un curso de 12 lecciones sobre “Cómo enseñar el Evangelio”, por lo general durante la Escuela Dominical. El material de este curso provendrá de una nueva edición abreviada y mejorada de *La enseñanza: El llamamiento más importante - Guía de consulta para enseñar el Evangelio*. Este libro se está distribuyendo en todos los barrios y las ramas de la Iglesia.

También hemos preparado una nueva edición de *La enseñanza/ Guía*, para ser utilizado en el hogar y en las unidades en desarrollo que no pueden contar aún con suficiente personal para llevar a cabo todo el programa de la Iglesia.

## II.

Algunos podrían preguntarse por qué estamos haciendo tales esfuerzos para mejorar la enseñanza del Evangelio. Esas personas deben tener la bendición de contar con maestros excelentes, de los que tenemos un gran número en la Iglesia. Otros quizás comprendan por qué es tan necesario dicho esfuerzo y estarán orando para que tenga éxito.

Durante muchos años he procurado aprender más acerca de la naturaleza y la calidad de la enseñanza en los diversos quórumes y organizaciones de la Iglesia. Lo he hecho apareciéndome sin previo aviso en las clases de algunos barrios de diferentes lugares. Hasta el momento he logrado visitar cientos de clases. Quiero disculparme si algunas de tales visitas han aterrorizado a sus maestros. Mi impresión ha sido que casi todos los maestros que he podido observar en estas visitas inesperadas han apreciado la presencia de un visitante que deseaba aprender y manifestarles aprecio por sus esfuerzos y su preocupación por los alumnos.



La mayoría de las veces lo que he podido ver en esas visitas ha sido muy grato y satisfactorio. He visto a inspirados maestros cuyo amor por el Evangelio y por sus alumnos era tan evidente que el efecto de su enseñanza resultaba realmente estimulante. También he podido observar a un sinnúmero de atentos y respetuosos alumnos, bien dispuestos a recibir el mensaje y ansiosos por saber más.

No obstante los grandes ejemplos que he podido observar, estoy seguro de que en la Iglesia, en su totalidad, y en lo que respecta a cada uno de nosotros en forma individual, siempre podemos mejorar. El desafío que el progreso presenta es inherente al plan que nuestro Padre Celestial tiene para Sus hijos. En nuestros sagrados llamamientos como maestros del Evangelio, ningún esfuerzo es demasiado bueno para la obra del Señor y el progreso de Sus hijos.

### III.

Hay muchas maneras diferentes de enseñar, pero toda buena enseñanza se basa en ciertos principios fundamentales. Sin pretender abarcarlo todo, quiero señalar y comentar en cuanto a seis principios básicos de la enseñanza del Evangelio.

El *primero* es el amor y tiene dos manifestaciones. Cuando se nos llama a enseñar, debemos aceptar nuestro llamamiento y enseñar motivados por nuestro amor a Dios el Eterno Padre y a Su Hijo, Jesucristo. Además, el maestro del Evangelio debe enseñar siempre con amor por sus alumnos. Se nos ha enseñado que debemos orar “con toda la energía de [nuestros] corazones... [para estar] llenos de este amor” (Moroni 7:48). El amor a Dios y el amor a Sus hijos es la razón principal para servir. Los que enseñan por amor serán magnificados como instrumentos en las manos de Aquel a quien sirven.

*Segundo*, el maestro del Evangelio, tal como el Maestro a quien servimos, debe concentrarse totalmente en aquellos a quienes enseña. Su completa concentra-

ción se debe guiar a las necesidades de sus ovejas: el bienestar de sus alumnos. El maestro del Evangelio no debe dedicarse a sí mismo. Quien comprenda este principio no habrá de considerar su llamamiento como simplemente “dar o presentar una lección”, porque tal definición contempla la enseñanza desde el punto de vista del maestro y no del alumno.

Al concentrarse en las necesidades de sus alumnos, el maestro del Evangelio nunca obstaculizará la vista hacia al Maestro poniéndose por delante o distrayendo la lección con actitudes de engrandecimiento personal o intereses mezquinos. Esto quiere decir que el maestro del Evangelio nunca debe entregarse a las “supercherías sacerdotales”, las cuales son “el que los hombres prediquen y se constituyan a sí mismos como una luz al mundo, con el fin de obtener lucro y alabanza del mundo” (2 Nefi 26:29). El maestro del Evangelio no predica para “hacerse popular” (Alma 1:3) o “por causa de las riquezas y los honores” (Alma 1:16), sino que sigue el maravilloso ejemplo del Libro de Mormón en cuanto a que “el predicador no era de más estima que el oyente, ni el maestro era mejor que el discípulo” (Alma 1:26). Ambos siempre han de mirar hacia el Maestro.

*Tercero*, el maestro excelente del Evangelio debe enseñar empleando el material aprobado del curso con un mayor énfasis en destacar la doctrina, los principios y las ordenanzas del Evangelio de Jesucristo. Esto se nos ha mandado en revelaciones recientes en las que el Señor dice: “Los... maestros de esta iglesia enseñarán los principios de mi evangelio, que se encuentran en la Biblia y en el Libro de Mormón, en el cual se halla la plenitud del evangelio.

“Y observarán los convenios y reglamentos de la iglesia para cumplirlos, y esto es lo que enseñarán, conforme el Espíritu los dirija” (D. y C. 42:12-13).

Los maestros a quienes se les ha mandado enseñar “los principios

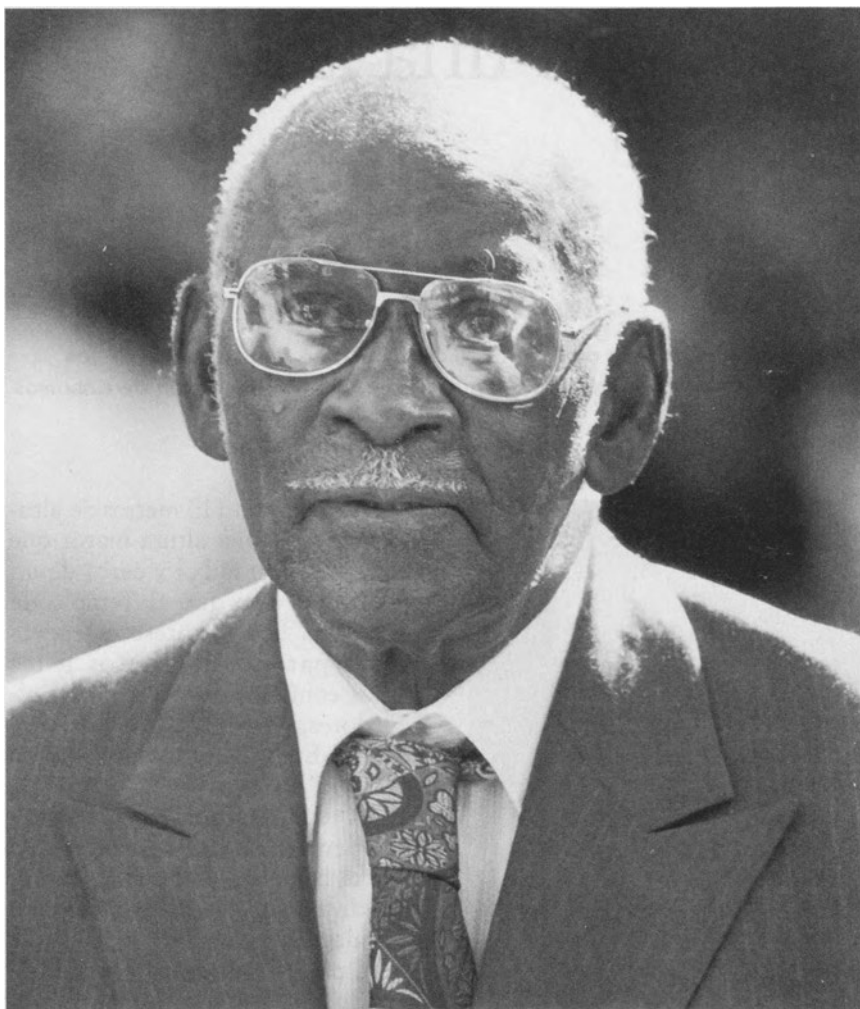
[del] evangelio” deben generalmente evitar enseñar reglas o aplicaciones específicas. Por ejemplo, no tienen que enseñar ninguna regla con el fin de determinar lo que es un diezmo íntegro y tampoco proporcionar una lista de las cosas que deben hacerse o no hacerse para santificar el Día de Reposo. Una vez que el maestro haya enseñado la doctrina y los principios correspondientes a la misma, tales aplicaciones o reglas específicas pasan por lo general a ser responsabilidad de las personas y las familias.

Las doctrinas y los principios bien enseñados tienen una influencia más poderosa sobre la conducta que cualquier reglamentación. Cuando enseñamos la doctrina y los principios del Evangelio podemos ser recipientes del testimonio y de la guía del Espíritu para así reforzar nuestra enseñanza e inspirar la fe de nuestros alumnos para que procuren la guía de ese mismo Espíritu al aplicar tales enseñanzas en su vida personal.

El tema que se enseña en los quórumes del Sacerdocio de Melquisedec y en la Sociedad de Socorro durante el segundo y el tercer domingo de cada mes es *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia*. En los últimos dos años hemos estado estudiando las enseñanzas del presidente Brigham Young. En los próximos dos años estudiaremos las enseñanzas del presidente Joseph F. Smith. Los libros que contienen estas enseñanzas, puestos a disposición de todo miembro adulto de la Iglesia como material de consulta permanente para sus bibliotecas, contienen doctrina y principios. Son valiosos y apropiados en cuanto a las necesidades de nuestros días y son magníficos para la enseñanza y el análisis.

Al visitar diversos quórumes y reuniones de la Sociedad de Socorro, generalmente he quedado muy complacido e impresionado sobre cómo se han presentado y recibido estas *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia*. Sin embargo, también he podido observar a veces que algunos maestros sólo han mencionado





casualmente un determinado capítulo y entonces han presentado una lección y han fomentado comentarios sobre otros temas de su propia preferencia. Esto no es aceptable. El maestro del Evangelio no ha sido llamado para que escoja el tema de una lección, sino para que enseñe y comente sobre lo que se ha aprobado específicamente. Los maestros del Evangelio también deben tener mucho cuidado y evitar temas de su preferencia personal, conjeturas particulares y temas de controversia. Las revelaciones del Señor y las instrucciones de Sus siervos son muy claras al respecto. Todos debemos recordar la notable instrucción dada por el presidente Spencer W. Kimball en cuanto a que el maestro del Evangelio es un “invitado”:

“A él se le ha dado un cargo de autoridad y ha sido oficialmente aprobado, y aquellos a quienes enseña están

justificados en suponer que, al haber sido escogido y sostenido en el debido orden, representa a la Iglesia y que lo que enseña ha sido aprobado por la Iglesia. No importa cuán brillante pueda ser o cuántas verdades nuevas crea haber descubierto, no tiene derecho a apartarse del programa de la Iglesia”<sup>6</sup>.

*Cuarto*, el maestro del Evangelio se prepara diligentemente y trata de utilizar los medios más eficaces para presentar las lecciones aprobadas. El nuevo curso de “La enseñanza del Evangelio” y las nuevas reuniones de mejoramiento para maestros han sido obviamente diseñados para ayudar a los maestros en dicho esfuerzo.

El *quinto* principio fundamental de la enseñanza del Evangelio que deseo destacar es el mandamiento del Señor, citado anteriormente, de que los maestros del Evangelio

“enseñarán los principios de mi evangelio... conforme el Espíritu los dirija... Y si no recibís el Espíritu, no enseñaréis” (D. y C. 42:12-14). El maestro del Evangelio tiene el deber y el privilegio de tratar de obtener ese nivel de discipulado en el que sus enseñanzas sean dirigidas y apoyadas por el Espíritu en vez de seleccionadas y disponerlas con rigidez para satisfacer su propia conveniencia o preparación. Los maravillosos principios de “La enseñanza y el liderazgo en el Evangelio” que aparecen en el nuevo *Manual de Instrucciones de la Iglesia*, incluyen lo siguiente:

“Los maestros y los miembros de la clase deben procurar el Espíritu durante la lección. Una persona puede enseñar verdades muy profundas y los alumnos pueden estar participando en análisis estimulantes, pero a menos que el Espíritu esté presente, eso no tendrá un efecto poderoso en el alma...

“Cuando el Espíritu está presente en la enseñanza del Evangelio, ‘el poder del Espíritu Santo... lleva [el mensaje] al corazón de los hijos de los hombres’ (2 Nefi 33: 1)”<sup>7</sup>.

El presidente Hinckley mencionó una importante conclusión al mandamiento de enseñar por el Espíritu cuando hizo este desafío:

“Debemos... lograr que nuestros maestros hablen con el corazón más que de sus libros para comunicar su amor por el Señor y por esta obra maravillosa, y de alguna manera ello encenderá el corazón de aquellos a quienes enseñan”<sup>8</sup>.

Ese es nuestro objetivo: amar a Dios y dedicarnos a que el Evangelio de Jesucristo “encienda” el corazón de aquellos a quienes enseñamos.

Esto nos trae al *sexto* y último principio que deseo destacar. El maestro del Evangelio se preocupa por el resultado de sus enseñanzas y medirá el éxito de su labor y de su testimonio en base al impacto que haya logrado en la vida de sus alumnos<sup>9</sup>. El maestro del Evangelio nunca estará satisfecho con solamente presentar un mensaje o predicar un sermón. El maestro excelente del

Evangelio desea ayudar en la obra del Señor de brindar la vida eterna a Sus hijos.

El presidente Harold B. Lee dijo: “El llamamiento del maestro del Evangelio es uno de los más nobles del mundo. El buen maestro puede surtir una gran influencia en inspirar a los jóvenes y a los adultos para que transformen su vida y logren su más alta recompensa. La importancia del maestro fue descrita hermosamente por Daniel Webster cuando dijo, ‘Si trabajamos el mármol, perecerá; si trabajamos sobre bronce, se deteriorará; pero si trabajamos sobre mentes inmortales, si las llenamos con los principios y el justo temor de Dios y el amor al prójimo, grabaremos sobre ellas algo que resplandecerá por toda la eternidad’”<sup>10</sup>.

Testifico que ésta es la obra de Dios y que nosotros somos Sus siervos con la sagrada responsabilidad de enseñar el Evangelio de Jesucristo, el mensaje más sublime de todos los tiempos. Necesitamos más maestros que estén a la altura del mensaje. Ruego que todos lleguemos a ser excelentes maestros del Evangelio, en el nombre de Jesucristo. Amén. □

#### NOTAS

1. Mitch Albom, *Tuesdays with Morrie*, 1997, pág. 192.
2. Véase “Venido de Dios como maestro”, *Liahona*, julio de 1998, pág. 27.
3. David O. McKay, *Gospel Ideals*, 1953, pág. 175.
4. Véase, en forma general, Boyd K. Packer, *Teach Ye Diligently*, 1975.
5. Carta de la Primera Presidencia, fechada el 15 de septiembre de 1999 (99736 002).
6. *The Teachings of Spencer W. Kimball*, editado por Edward L. Kimball, 1982, pág. 533.
7. *Manual de Instrucciones de la Iglesia*, págs. 362-363.
8. *Teachings of Gordon B. Hinckley*, 1997, págs. 619-620.
9. Véase Henry B. Eyring, “El poder del enseñar la doctrina”, *Liahona*, julio de 1999, pág. 85.
10. *The Teachings of Harold B. Lee*, editado por Clyde J. Williams, 1996, pág. 461.

## “Nadie es una isla”

Élder Richard H. Winkel

De los Setenta

“Los nuevos miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días no pueden subsistir por sí solos... ellos necesitan de nosotros y nosotros de ellos”.



registrado medía 113 metros de altura, lo cual es una altura mayor que una cancha de fútbol y cerca de un tercio más alto que el Templo de Salt Lake. Los gigantes secoyas hacen parecer diminutos a los demás coníferos y árboles de los alrededores, convirtiéndose así en el “Monte Everest de todos los seres vivientes”.

“Sí, todas las cosas que de la tierra salen, en su sazón, son hechas para el beneficio y el uso del hombre, tanto para agrandar la vista como para alegrar el corazón;

“sí, para ser alimento y vestidura, para gustar y oler, para vigorizar el cuerpo y animar el alma.

“Y complace a Dios haber dado todas estas cosas al hombre; porque para este fin fueron creadas, para usarse con juicio, no en exceso, ni por extorsión.

“Y en nada ofende el hombre a Dios, ni contra ninguno está encendida su ira, sino contra aquellos que no confiesan su mano en todas las cosas y no obedecen sus mandamientos” (D. y C. 59:18-21).

Los secoyas de la costa son en verdad señores en su reino y una de las creaciones más extraordinarias de nuestro Padre Celestial. Ellos reinan sobre los demás árboles a causa de su impresionante altura y su majestuosa belleza. Sin embargo, estos imponentes gigantes poseen otra característica realmente excepcional y en cierta forma desconocida para la mayoría de nosotros. Aun cuando pueden alcanzar una altura de hasta 92 metros y pueden pesar más de

**H**ermanos y hermanas, me da mucho gusto estar con ustedes esta tarde. Mientras preparaba mi discurso, me puse a pensar que ésta es la primera vez que se me pide hablar en el Tabernáculo y que también será la última! Pero me complace estar con ustedes en este histórico edificio en esta histórica ocasión.

Quisiera cambiar de ubicación geográfica y hablarles de otro bello lugar. La costa norte de California es albergue de los árboles más altos del mundo. Una caminata por el antiguo bosque virgen de secoyas puede ser una de las experiencias más impresionantes e inspiradoras que jamás puedan tener.

En ocasiones, esos árboles sobrepasan los dos mil años y pueden alcanzar hasta más de 92 metros de altura. El secoya más alto que se ha



Autoridades Generales y miembros del Coro del Tabernáculo se ponen de pie en señal de respeto cuando el presidente Hinckley se dirige a tomar asiento antes de una sesión de la conferencia.

460.000 kilogramos, estos árboles tienen un sistema de raíces sumamente superficial. Dichas raíces sólo tienen uno o dos metros de profundidad pero pueden extenderse más de cien metros. A medida que esas raíces se extienden, se entrelazan con las de sus hermanos y hermanas secoyas y también con otros tipos de árboles, formando una especie de malla entretejida. La mayoría de los expertos les dirían que de todos modos es imposible que ese sistema de raíces poco profundas mantenga a los secoyas intactos y protegidos de los fuertes vientos y de las inundaciones. Sin embargo, los sistemas de raíces entrelazadas son el secreto de su fortaleza y nos enseñan una gran lección.

Primero, debemos reconocer que esos magníficos gigantes no podrían sobrevivir por sí solos, ya que sin la

ayuda de otros miembros de la familia y de sus serviciales vecinos no podrían subsistir.

Me gustaría que meditaran en los dos primeros versos de la canción adaptada de una meditación de John Donne:

*Nadie es una isla,  
nadie está solo.  
Feliz me hacen las alegrías del  
hombre,  
Como triste sus dolores.*

*Los dos nos necesitamos,  
por lo que habré de defender  
A todo hombre como hermano,  
a todo hombre como amigo.*

(John Donne, "No Man Is an Island" en *A Collection of Inspirational Verse*, Bryan B. Gardner y Calvin T. Broadhead, pág. 69 [traducción libre]).

Los nuevos miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días no pueden subsistir por sí solos; tal vez den la impresión de que son tan fuertes e independientes como los secoyas, pero ellos necesitan de nosotros y nosotros de ellos. El presidente Hinckley, en una transmisión vía satélite efectuada en febrero del corriente año, relató la historia de una mujer que se convirtió a la Iglesia el año pasado. Ella escribió:

"Mi jornada en la Iglesia fue muy especial y bastante difícil. Este año ha resultado ser el más duro de toda mi vida. También ha sido el de mayor satisfacción. Como miembro nuevo, continúo enfrentando desafíos todos los días'.

"Sigue entonces diciendo que, al unirse a la Iglesia, no sintió el apoyo de los líderes de su barrio. Como



nuevo miembro, parecía serle indiferente a su obispo y, sintiéndose rechazada, recurrió a su presidente de misión quien le ofreció algunas oportunidades.

“En su carta dice que ‘los miembros de la Iglesia no saben lo que es ser un miembro nuevo en la Iglesia y, por consiguiente, les resulta casi imposible comprender cómo ayudarnos’” (“Apacienta mis ovejas”, *Liahona*, julio de 1999, pág. 122).

Ellos necesitan nuestro cariño y nuestro apoyo. Ya sea que nos demos cuenta de ello o no, ellos tratan de allegarse a nosotros de la misma forma que los secoyas extienden sus raíces hacia el abeto, la cicuta, la píceas y otras especies más. Debemos acercarnos a esos miembros nuevos y apoyarlos en su progreso espiritual, porque son nuestros hermanos y hermanas. ¿No desempeñamos mejor nuestras tareas cuando nuestra familia y nuestros amigos nos apoyan y nos aman? Aun hasta los árboles crecen mejor cuando lo hacen junto a otros en los bosques; crecen más altos, más derechos, más fuertes y producen mejor madera. Cuando un árbol crece solo, echa más ramas, las cuales generan nudos que podrían debilitar el árbol y disminuir la calidad

de la madera.

Recordarán que cuando Cristo organizó Su Iglesia llamó a muchos a prestar servicio: apóstoles, profetas, patriarcas, obispos, diáconos, maestros, presbíteros, etc. Muchos fueron llamados a servir en Su reino. Esos llamamientos se hicieron con el fin de fortalecer a los miembros, para organizar la Iglesia y para bendecir la vida de los hijos de Dios.

Cuando el Salvador llamó a Pedro, a Santiago, a Juan y a otros más, ¿tenían experiencia? No, pero El les dijo que los capacitaría, que los haría pescadores de hombres. ¿Cometieron errores Sus apóstoles y Sus discípulos? Claro que sí, pero se les brindó la oportunidad de aprender y lo hicieron. Del mismo modo aprenderán y progresarán nuestros nuevos hermanos y hermanas a medida que nos hagamos amigos de ellos, les demos llamamientos y los nutramos con la buena palabra de Dios.

Una de las especies que más abunda bajo la protección de las copas de los secoyas es un árbol pequeño y poco conocido de madera dura llamado “*Lithocarpus densiflorus*”, al cual se le llama también “roble moreno”. Pertenece a la misma familia de los robles propiamente dichos pero es un poco dife-

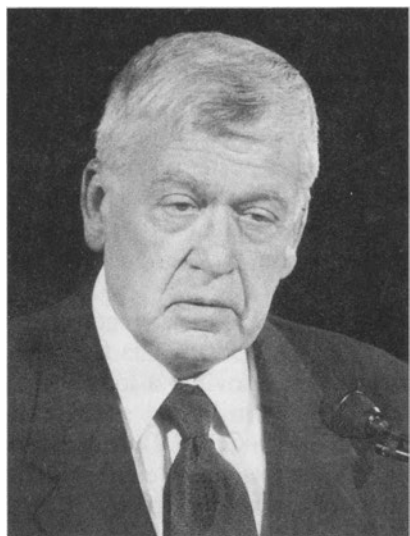
rente. Hay varios millones de metros de madera de esa clase de árbol que crece entre los populares secoyas. Esos robles poseen muchas características buenas, pero casi nadie los tiene en cuenta ni los utiliza para nada. ¡Qué desperdicio, qué tragedia si se considera su potencial! La actitud de muchos madereros es: “Nos arreglamos bien con los que hemos tenido hasta ahora, ¿para qué cambiar?”. No debemos pasar por alto el potencial de los miembros nuevos ni juzgar equivocadamente sus talentos. Recuerden: “...él invita a todos ellos a que vengan a él y participen de su bondad; y a nadie de los que a él vienen desecha, sean negros o blancos, esclavos o libres, varones o mujeres; y se acuerda de los paganos; y todos son iguales ante Dios, tanto los judíos como los gentiles” (2 Nefi 26:33).

Estoy muy agradecido por la red de amigos que me han nutrido a lo largo de la vida; por haber nacido de buenos padres, por mis hermanos y hermanas y demás familiares. Siento agradecimiento especial por el amor y el apoyo que me brinda mi maravillosa esposa Karen y nuestros maravillosos y queridos hijos. También quisiera decir que me siento muy afortunado de haber tenido tantos buenos amigos a lo largo de los años, tanto dentro de la Iglesia como fuera de ella. Agradezco el haber estado recientemente vinculado con misioneros tan extraordinarios en España y por los maravillosos miembros de ese país. Hermanos y hermanas, sé que tenemos un Padre Celestial bondadoso y sabio y doy mi testimonio de Su Hijo, Jesucristo, y de Su sacrificio expiatorio, el cual nos afecta a cada uno de nosotros. Testifico también de que a la Iglesia la dirige en la actualidad un gran Profeta, el presidente Gordon B. Hinckley. Ruego al Señor que nos bendiga a todos para que nos sintamos más unidos y nos preocupemos más los unos por los otros, especialmente al entrar en esta nueva era de crecimiento de la Iglesia y en este impresionante nuevo milenio, lo digo en el nombre de Jesucristo. Amén. □

# “Con lengua de ángeles”

Élder Robert S. Wood  
De los Setenta

**"Lo que decimos y hacemos no sólo da a conocer nuestra persona interior sino que también nos moldea a nosotros mismos, a los que nos rodean y por último a toda la sociedad".**



**A**l comparar la importancia de algunas de las cosas más destacadas del reino con la dieta alimentaria del antiguo Israel, Jesús dijo a Sus discípulos: “No lo que entra en la boca contamina al hombre; mas lo que sale de la boca, esto contamina al hombre...”

“Pero lo que sale de la boca, del corazón sale; y esto contamina al hombre...” (Mateo 15:11, 18). Nuestras palabras, lo mismo que nuestras expresiones externas, no son neutras, puesto que revelan lo que somos y dan forma a lo que llegaremos a ser.

En los últimos días, el Señor ha vuelto a hacer hincapié en la forma en que, con las palabras del Libro de Mormón, nuestras “prácticas exteriores” (Alma 25:15) corrompen o edifican. Lo que digamos y el modo como procedamos crearán una atmósfera cordial u hostil al Espíritu Santo. En

la sección 88 de Doctrina y Convenios, el Señor nos aconseja desechar las “conversaciones livianas” y la “risa excesiva”. El relaciona esas expresiones con defectos del corazón —los “deseos de concupiscencia”, el “orgullo” y la “frivolidad”— que al final resultan en “hechos malos” (D. y C. 88:69, 121). Entiendo que las “conversaciones livianas” se refieren al lenguaje irreverente y degradante, y que la “frivolidad” se refiere a lo que el Señor ha llamado tratar con liviandad las cosas sagradas (véase D. y C. 6:12).

Por otro lado, el Señor nos ha pedido tener “corazones y semblantes alegres” (D. y C. 59:15). También nos ha dicho que debemos hablar y actuar de manera tal que nos edifiquemos el uno al otro, y ha indicado que “lo que no edifica no es de Dios, y es tinieblas” (D. y C. 50:23). En [el invernadero] “Winter Quarters”, cuando los santos se encontraban en medio del riguroso éxodo, el Señor mandó: “tiendan vuestras palabras a edificaros unos a otros” (D. y C. 136:24). Nefi dice que el fruto de recibir el Espíritu Santo y de prestar oído a los susurros del Espíritu es que podríamos hablar “con lengua de ángeles” (2 Nefi 32:2). De ese modo, creamos un espíritu de reverencia y de revelación.

Hace poco oí una conversación entre algunos de nuestros nietecitos. Al parecer, uno de ellos había empleado la palabra “estúpido”. Nicholas, de ocho años de edad y recién bautizado, comentó que quizá no se debiera decir eso, porque es una “mala palabra”. Eso evidenció la

buena influencia que su madre y su padre habían tenido en él. Sé que ha habido conversaciones por el estilo con respecto a otras expresiones. Algunos pensarán que eso es de poca importancia comparado con las expresiones mucho más groseras y degradantes que se oyen a nuestro alrededor. Pero ocurre que, ya sea en formas pequeñas o grandes, nuestras palabras sí crean una atmósfera en la que edificamos o destruimos. Hace poco le comenté a un amigo de la Ciudad de Nueva York que consideraba que el ambiente de la ciudad había mejorado notablemente durante los últimos años y que me preguntaba a qué se debía eso. El me dijo que su esposa es juez municipal y que habían emprendido la tarea de hacer cumplir las cosas menos importantes, como reglamentaciones que regulaban el escupir y el obedecer las reglas del tránsito, y que eso influía en las cosas más importantes. El Señor dijo que en nuestro hablar y proceder edificantes de cada día invitamos al espíritu de verdad y de rectitud, con lo que “desech[amos] las tinieblas de entre [n]osotros” (D. y C. 50: 25).

Recuerdo que, cuando estaba en el primer año de universidad, en la clase de inglés, el profesor insistía en que, para describir una situación, uno de los alumnos debía emplear una expresión soez en lugar de una más delicada. Me perturbó la expresión, la cual rara vez había oído aunque nunca en un medio agradable. Años después, al proseguir mis estudios superiores, en una conversación que tuve con un amigo, él insistió en que uno debe ser, según él lo dijo, directo, aunque hubiera que ser grosero e insensible a los sentimientos de los demás. Lamentablemente, las actitudes expresadas en esos dos casos se han vuelto muy frecuentes en nuestra sociedad y se hallan incluso entre los santos. A lo largo de los años han ido en aumento las insinuaciones de carácter sexual, el humorismo estentóreo, las expresiones violentas y el ruido estruendoso en el hablar, en la música y en los gestos. Mucho de lo que nos rodea es vulgar y rudo, reflejo de corrupción del



comportamiento y de la sensibilidad moral. La sociedad no ha mejorado con nuestras “conversaciones livianas” ni con nuestra “frivolidad”. En lugar de ello, nuestras expresiones han contaminado nuestras comunidades y corrompido nuestras almas.

El presidente Spencer W. Kimball advirtió que era preciso cuidarse de la vulgaridad de palabra y de expresión, y aconsejó en particular no hablar sin tapujos de asuntos sexuales, lo cual relacionó con la inmodestia. “Las conversaciones y bromas impúdicas”, dijo, “constituyen otro peligro que anda al acecho, buscando como presa a cualquiera que se muestre dispuesto a aceptarlo como el primer paso a la contaminación de la mente, y consiguientemente, del alma” (*El Milagro del Perdón*, pág. 232.).

Lo que decimos y hacemos no sólo da a conocer nuestra persona

interior sino que también nos moldea a nosotros mismos, a los que nos rodean y por último a toda la sociedad. Todos los días cada uno de nosotros tiene que ver con el oscurecer la luz o con el desechar las tinieblas. Se nos ha llamado para invitar la luz y para ser una luz, para santificarnos nosotros mismos y edificar a los demás.

En su Epístola Universal, Santiago explica detalladamente mucho de lo que es necesario hacer para hacerse santo. Entre lo que dice al respecto, menciona el refrenar nuestro lenguaje y conversación. En efecto, dice: “Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo” (Santiago 3:2). Y, empleando el ejemplo de una nave, comentó que así como un timón muy pequeño gobierna una gran nave, del mismo modo la lengua

marca el rumbo de nuestro destino (véase el versículo 4). Si se emplea indebidamente, la lengua “contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación” (vers. 6). ¿Cómo es posible, pregunta, que de una misma boca procedan bendición y maldición? (véase el versículo 10).

Me ha impresionado el hecho de que cuando Isaías recibió el llamamiento del Señor, se lamentó diciendo que era “hombre inmundo de labios” y que habitaba “en medio de pueblo que tiene labios inmundos” (Isaías 6:5). Ese pecado también tuvo que ser quitado de Isaías para que llevase la palabra del Señor. ¿No es extraño que salmistas y profetas por igual hayan implorado al Señor que pusiera “guarda” a su boca y que guardara “la puerta de [sus] labios” (Salmos 141:3), “para no pecar con [su] lengua” (véase Salmos 39:1)?

Al hablar y actuar, preguntémonos si lo que decimos y la forma en que actuamos invitan a los poderes del cielo a nuestra vida y si invitan a todos a venir a Cristo. Debemos tratar las cosas sagradas con reverencia. Tenemos que eliminar de nuestra conversación lo inmodesto y lo lujurioso, lo violento y lo amenazante, lo degradante y lo falso. Como escribió el apóstol Pedro: “sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir” (1 Pedro 1:15). La expresión “vivir” se refiere allí no sólo a lo que decimos sino a todo nuestro comportamiento. Al igual que Nefi, él nos invita a vivir de modo tal que podamos hablar “con lengua de ángeles”.

Doy testimonio de que Dios es en verdad santo. El es nuestro Padre y nosotros somos Sus hijos. Somos herederos y coherederos con Jesucristo de Su gloria. Cristo llevó nuestros pecados y venció la muerte. El nos ha invitado a ser como El es y a edificarlos en palabra y hechos. Junto con Juan, creo que es nuestro destino que “cuando él se manifieste, se[a]mos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Juan 3:2). En el nombre de Jesucristo. Amén. □



# Rectitud

Élder William R. Bradford  
De los Setenta

**"Ningún otro sentimiento del alma del hombre puede brindar el gozo y la felicidad que se reciben al saber que se está haciendo todo lo posible por llegar a ser justo".**



Vivimos en una época en la que muchos hombres y mujeres consideran que sus acciones no tienen consecuencias morales y que lo que hacen sólo tiene consecuencias sociales. En esto niegan a Dios y a la vez niegan que las cosas son buenas o malas.

Todos hemos escuchado alguna vez la declaración: "Está bien, haz lo que quieras", y así es también con la forma en que muchos viven en el mundo hoy día.

Les testifico que hay una manera mejor: la de vivir una vida de rectitud.

La palabra *rectitud* es una palabra muy interesante y singular. Es una palabra que encierra significado y que se extiende y abarca todos los atributos de Dios. Entonces, la persona que es recta es como Dios, o posee los atributos de Dios.

El bien y el mal existen y son

contrarios el uno al otro. Las acciones del género humano sí tienen consecuencias morales. El Evangelio de Jesucristo define la diferencia que existe entre lo que es bueno y lo que es malo. Lo que es bueno viene de Dios. Cristo ha dicho: "Y cualquier cosa que persuada a los hombres a hacer lo bueno viene de mí; porque el bien de nadie procede, sino de mí. Yo soy el mismo que conduce a los hombres a todo lo bueno..." (Eter 4:12).

La rectitud es una amalgama de todo lo que es bueno. Abraza los principios del poder y de la ley de los cielos, mediante la cual todas las cosas de Dios se manejan, se controlan y se gobiernan.

Hay gran simplicidad en la rectitud. En toda circunstancia que enfrentamos en la vida existe la manera correcta o la manera incorrecta de proceder. Si elegimos la forma correcta, nuestra forma de actuar se ve apoyada por los principios de rectitud, los cuales poseen el poder de los cielos. Si elegimos la manera equivocada y actuamos de acuerdo con esa elección, no existe tal promesa o poder de los cielos, y estamos solos y destinados a fracasar.

Surge la pregunta: ¿Cómo podemos saber qué es lo bueno y qué es lo malo? De la misma forma en que nuestro Padre Celestial envió a Su Hijo Jesucristo a crear esta tierra y a ejecutar y gobernar todo lo concerniente a ella, también envió al Espíritu Santo con el fin de proporcionar la luz del Espíritu a los hombres sobre la tierra.

La luz del Espíritu se organizó como un sistema de comunicación

para transmitir conceptos de verdad a la mente de los hijos de Dios. Si obedecemos las leyes que gobiernan el uso de la luz del Espíritu, el Espíritu Santo, por medio de esa luz, iluminará nuestra mente y nos facilitará el entender los conceptos de verdad. Esa es la forma en que nuestro Padre Celestial nos enseña a discernir el bien del mal. Si estamos dispuestos a aprender Sus caminos y seguirlos, nunca tendremos que adivinar, sino que siempre sabremos con seguridad la diferencia que existe entre el bien y el mal.

En la rectitud yace el cumplimiento de la fe y de la esperanza. Toda bendición que Dios ha prometido a Sus hijos se basa en la obediencia a Sus leyes y mandamientos. La obediencia a Sus leyes y mandamientos es lo que nos hace ser rectos, y esa rectitud nos hace merecedores de recibir las bendiciones prometidas.

Cada uno de nosotros vive su propia situación. Hay desafíos de salud, económicos, de educación, del no tener cónyuge, de soledad, opresión, abuso, transgresión y de una lista sin fin de diferentes condiciones. La solución a todos esos desafíos es la rectitud.

Cuando existe desobediencia hacia las leyes y los mandamientos de Dios, El, en Su benevolencia, nos ha dado la ley del arrepentimiento. Si actuamos de acuerdo con esta maravillosa ley, seremos perdonados de nuestra desobediencia y seremos más rectos; de esa forma, el arrepentimiento nos lleva a la rectitud. Muchos, y de hecho la mayoría, de los desafíos que tenemos en la vida mortal se pueden solucionar con el arrepentimiento. Todos ellos, al final, se pueden resolver por medio de la rectitud.

Existe gran gozo y felicidad en el esforzarse por vivir con rectitud. En términos simples, el plan que Dios tiene para Sus hijos es que ellos vengán a la tierra y hagan todo lo posible por aprender y vivir en obediencia a las leyes. Entonces, después de hacer todo lo que esté al alcance de ellos, la obra redentora del Salvador Jesucristo es suficiente

para suplir lo que ellos no pudieron hacer por sí mismos.

El antiguo profeta Moroni, al finalizar su obra y cerrar la recopilación del registro de los tratos de Dios con Su pueblo, conocido como el Libro de Mormón, lo expresó de esta forma: “Sí, venid a Cristo, y perfeccionaos en él, y absteneos de toda impiedad, y si os absteneis de toda impiedad, y amáis a Dios con toda vuestra alma, mente y fuerza, entonces su gracia os es suficiente, para que por su gracia seáis perfectos en Cristo...” (Moroni 10:32). La forma que tiene Moroni de decir que hagan todo lo que puedan es amar a Dios con toda su alma, mente y fuerza.

El esforzarse por vivir con rectitud es tratar de hacer todo lo que podamos en obediencia, lo que trae consigo la paz y el consuelo interiores de saber que, al hacer todo lo que esté a nuestro alcance, se cumplirá el plan de Dios para nuestro beneficio. Ningún otro sentimiento del alma del hombre puede brindar el gozo y la felicidad que se reciben al saber que se está haciendo todo lo posible por llegar a ser justo.

La rectitud nos brinda confianza y seguridad, y con ella comprometemos al Señor. El ha dicho: “Porque los nombres de los justos serán escritos en el libro de la vida, y a ellos les concederé una herencia a mi diestra. Y ahora bien, hermanos míos, ¿qué tenéis que decir en contra de esto? Os digo que si habláis en contra de ello, nada importa; porque la palabra de Dios debe cumplirse” (Alma 5:58).

¿Dónde podemos buscar refugio y seguridad en un mundo en donde la transgresión, la corrupción y el terrorismo infligen temor en el hombre y la mujer? No hay refugio ni seguridad excepto en la rectitud; no hay un lugar donde esconderse; no existen muros para aislar al adversario y a su campaña de oposición; no hay defensa contra la incertidumbre y lo desconocido, excepto la rectitud. El temor en el corazón y en la mente de los hombres y de las mujeres se puede transformar en paz sólo si se reemplaza ese temor con el

entendimiento del plan de felicidad de Dios y el conocimiento de que están haciendo todo lo que está a su alcance para llegar a ser justos y dignos de merecer la salvación eterna.

A medida que las fuerzas del bien y del mal se dividen más y más, aquellos que consideran que sus acciones no tienen consecuencias morales encontrarán su vida en tal caos que el estilo de vida que llevan les será insoportable. Entonces se cumplirán las profecías que dicen: “Y todas las cosas estarán en conmoción; y de cierto, desfallecerá el corazón de los hombres, porque el temor vendrá sobre todo pueblo” (D.yC. 88:91).

Cuando llegue ese día, los santos justos de Dios serán el único pueblo bien gobernado al cual el mundo podrá acudir. Será allí, y únicamente allí, que encontrarán estabilidad y perseverancia. Vendrán, sin conocer la doctrina de los justos, pero será como fue predicho: “Porque, he

aquí, os digo que Sion florecerá, y la gloria del Señor descansará sobre ella; y será por perdón al pueblo, y vendrán a ella de toda nación debajo de los cielos” (D. y C. 64:41-42).

La rectitud es el mejor camino y, al final, es el único camino. La rectitud

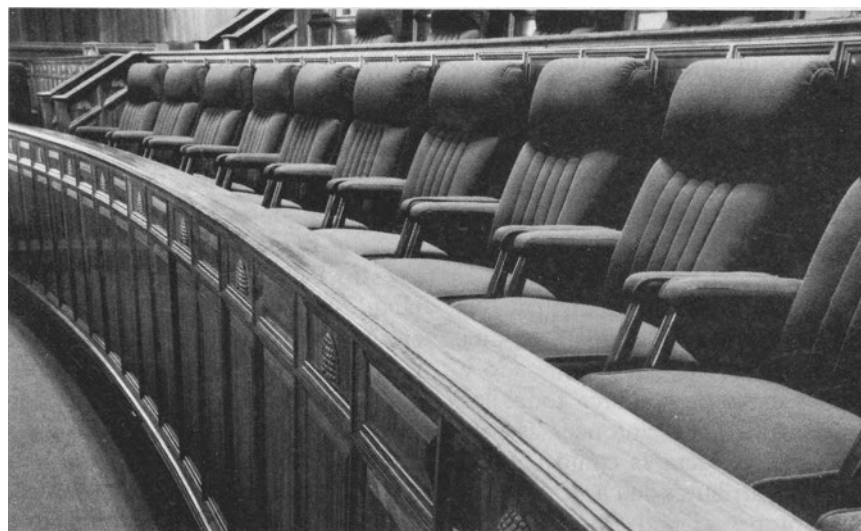
tiene el poder de proporcionar el gozo, la felicidad, y la seguridad que los hombres y las mujeres han esperado y buscado a través de todas las generaciones de los tiempos.

Parece una solución tan simple, pero la realidad es que “...Satanás anda por la tierra engañando a las naciones” (D. y C. 52:14). Existe la oposición, y existen el bien y el mal. Nuestras acciones tienen consecuencias morales. No hay una forma buena de hacer algo malo.

Como alguien que ha sido llamado a ser testigo de Jesucristo y a declarar Su Evangelio, ruego que no demoren el hacer todo lo que esté a su alcance; que pongan todo su empeño por conocer Sus leyes y Sus mandamientos y de inmediato pongan manos a la obra para obedecerlos. Al hacerlo, estarán en el proceso que los hará justos y a la vez dignos de las bendiciones prometidas.

Jesucristo está a la cabeza de esta obra. El es un Dios de rectitud. En su bondadosa misericordia nos ha proporcionado un profeta recto, y si lo seguimos, estaremos haciendo lo que es correcto. Testifico de la veracidad de este hecho y de las palabras que he hablado, en el nombre de Jesucristo. Amén. □

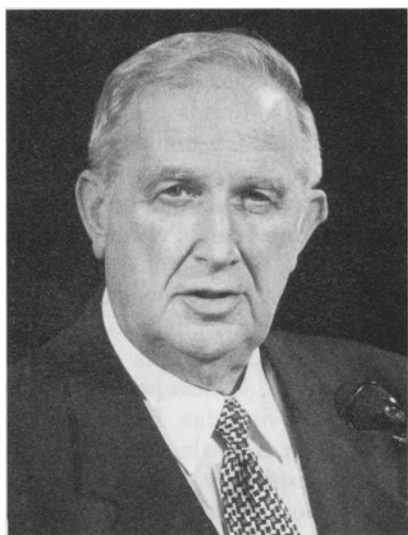
**Durante la conferencia general, ocupan estos asientos los miembros del Quorum de los Setenta y líderes de la Sociedad de Socorro, de las Mujeres Jóvenes y de la Primaria. Nótese el símbolo de la colmena tallado en los rectángulos de los paneles de madera. La colmena es un símbolo pionero que representa la importancia de trabajar unidos por el bienestar de la Iglesia.**



# ¡Él vive!

Élder Richard G. Scott  
Del Quorum de los Doce Apóstoles

**"Él [Jesucristo] ha dado Su vida para que, aun con nuestras debilidades, podamos superar nuestros errores por medio del arrepentimiento y la obediencia a Su Evangelio".**



**H**emos sentido conmovido el corazón, vivificada la imaginación y fortalecida nuestra determinación de llevar una vida mejor como resultado de los mensajes que hemos escuchado en las sublimes sesiones de esta conferencia. Muchas personas se han sentido motivadas, como yo, a mejorar su estilo de vida de manera que nuestras acciones estén más de acuerdo con nuestros sueños y metas. Quizás te hayas sentido inspirado a abandonar algún aspecto debilitante de tu vida actual o a corregir algún hábito malo que haya comenzado a arrastrarse para producir amargo fruto más adelante. Probablemente haya algunos que han resuelto arrepentirse y volver a las refrescantes aguas de la rectitud. Estas impresiones provienen del Salvador por medio del Espíritu Santo.

De Él hablaré. Puesto que los

pensamientos sobre el Salvador inspiran sentimientos tan conmovedores, citaré Sus propias palabras y el testimonio de otros profetas.

A fin de llevarnos a tomar las decisiones correctas, Él ha dicho lo siguiente:

"...hablaré a tu mente y a tu corazón por medio del Espíritu Santo que vendrá sobre ti y morará en tu corazón"<sup>1</sup>.

"Y se os dará el Espíritu por la oración de fe..."<sup>2</sup>.

"...te digo: Pon tu confianza en ese Espíritu que induce a hacer lo bueno, sí, a obrar justamente, a andar humildemente, a juzgar con rectitud; y éste es mi Espíritu.

"...Te daré de mi Espíritu, el cual iluminará tu mente y llenará tu alma de gozo;

"...por este medio sabrás, todas las cosas que de mí desearas, que corresponden a la rectitud, con fe, creyendo en mí que recibirás"<sup>3</sup>.

"Ora siempre, y derramaré mi Espíritu sobre ti, y grande será tu bendición, sí, más grande que si lograras los tesoros de la tierra y corrupción en la medida correspondiente"<sup>4</sup>.

Con el don del Espíritu Santo, viene la aptitud de desarrollar una capacidad fuertemente sensible para tomar las decisiones correctas. Cultiva ese don. Como el Señor lo ha dicho, eso se logra con una vida invariable y recta. Al incrementar tu capacidad de percibir la dirección de esa influencia infalible, evitarás la desilusión, el desaliento e incluso la tragedia.

El Señor ha puesto en tu vida co-

rrientes de influencia divina que te conducirán de acuerdo con el plan particular que Él quiere que *cumplas* en la tierra. Por medio del Espíritu, trata de reconocer y seguir cuidadosamente esa dirección; en' camínate por ella; decídetete, voluntariamente, a ejercer tu albedrío para seguirla. No te dejes abrumar por concentrarte exclusivamente en el hoy con sus desafíos, sus dificultades y sus oportunidades; esas preocupaciones no deben recibir toda tu atención, hasta el punto de consumir tu vida, ¡Ah, cómo quisiera exhortarte a grabar profundamente en tu alma el reconocimiento de que ahora tu vida forma parte de un plan mucho más grande que el Señor tiene para ti. Viviste parte de él en la vida premortal; allí fuiste valiente y viniste acá porque querías progresar y disfrutar de mayor felicidad. Lo que decidas hacer ahora afectará el cumplimiento de ese plan divino que Él tiene para ti.

No entiendo completamente cómo se lleva esto a cabo, pero esa dirección divina no te quita el albedrío; puedes tomar las decisiones que quieras. Y si las decisiones no son correctas, hay una senda para volver: el arrepentimiento. Cuando se cumplen sus condiciones, la expiación del Salvador libera de las exigencias de la justicia por los errores cometidos. El dijo: "...yo, el Señor, no puedo considerar el pecado con el más mínimo grado de tolerancia. No obstante, el que se arrepienta y cumpla los mandamientos del Señor será perdonado"<sup>5</sup>.

Es maravillosamente sencillo e incomparablemente hermoso. Al continuar viviendo con rectitud, siempre sabrás qué hacer; el saberlo puede a veces exigirte gran *esfuerzo* y confianza. Sin embargo, al cumplir las condiciones para recibir esa guía divina, reconocerás lo que tienes que hacer: obedecer los mandamientos del Señor, confiar en Su plan y evitar cualquier cosa que sea contraria a Él. Cuanto más amoldes tu manera de vivir a la doctrina del Señor, más capacidad tendrás de hacer lo que el Espíritu te inspire<sup>6</sup>.

Te sugiero que memorices pasajes de las Escrituras que te conmuevan y te llenen el alma de comprensión. Cuando las Escrituras se emplean de la forma en que el Señor ha mandado que se registren, tienen un poder intrínseco que no se comunica si se parafrasean. A veces, si siento gran necesidad, repaso mentalmente pasajes de las Escrituras que me han fortalecido antes. Las Escrituras emanan gran solaz, guía y fuerza, especialmente cuando son las palabras del Señor. Estos dos ejemplos ilustran ese punto: “Consuélense, pues, vuestros corazones... toda carne está en mis manos; quedaos tranquilos y sabed que yo soy Dios”<sup>7</sup>.

“Las obras, los designios y los propósitos de Dios no se pueden frustrar ni tampoco pueden reducirse a la nada.

“Porque Dios no anda por vías torcidas, ni se vuelve a la derecha ni a la izquierda, ni se aparta de lo que ha dicho; por tanto, sus sendas son rectas y su vía es un giro eterno.

“Recuerda, recuerda que no es la obra de Dios la que se frustra, sino la de los hombres”<sup>8</sup>.

David se regocijó, diciendo:

“Jehová es mi pastor; nada me faltará.

“En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará.

“Confortará mi alma; me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre.

“Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento.

“Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores; unges mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando.

“Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida, y en la casa de Jehová moraré por largos días”<sup>9</sup>.

A veces, quizás quieras quejarte al Señor por algún problema que tienes sin haberlo buscado. Jacob enseñó lo siguiente: “...no procuréis aconsejar al Señor, antes bien aceptad el consejo de su mano. Porque

he aquí, vosotros mismos sabéis que él aconseja con sabiduría, con justicia y con gran misericordia sobre todas sus obras”<sup>10</sup>.

Dios sabe lo que es mejor para nosotros. Aunque tal vez no entendamos el porqué de algunas cosas que nos suceden, en Su debido tiempo lo sabremos y lo agradecere-mos.

El ha prometido ayudarnos a sobrellevar nuestras cargas: “Y... aliviaré las cargas que pongan sobre vuestros hombros, de manera que no podréis sentir las sobre vuestras espaldas... para que sepáis de seguro que yo, el Señor Dios, visito a mi pueblo en sus aflicciones”<sup>11</sup>.

Se nos aconseja lo siguiente: “Echa sobre Jehová tu carga, y él te sustentará.”<sup>12</sup>. Me ha ayudado muchísimo el poner a Sus pies un asunto difícil por un tiempo. Al volver a tomarlo, ha sido más liviano y fácil de manejar.

Toda doctrina de las Escrituras puede beneficiarnos, aun cuando se haya dirigido a una persona determinada, porque Dios ha dicho muchas veces: “...lo que digo a uno lo digo a todos...”<sup>13</sup>.

A Emma Smith se le dijo: “Continúa con el espíritu de mansedumbre y cuídate del orgullo... Guarda mis mandamientos continuamente, y recibirás una corona de justicia...”<sup>14</sup>.

Después, el Señor agregó: “...ésta es mi voz a todos”<sup>15</sup>.

Nefi confirmó esa doctrina al escribir: “...apliqué todas las Escrituras a nosotros mismos para nuestro provecho e instrucción”<sup>16</sup>.

En ese espíritu el Señor ha dicho: “Mas en todo se os manda pedir a Dios, el cual da liberalmente; y lo que el Espíritu os testifique, eso quisiera yo que hicieseis con toda santidad de corazón, andando rectamente ante mí, considerando el fin de vuestra salvación, haciendo todas las cosas con oración y acción de gracias...”<sup>17</sup>.

“Elevad hacia mí todo pensamiento; no dudéis; no temáis.

“Mirad las heridas que traspasaron mi costado, y también las marcas de los clavos en mis manos y pies; sed fieles; guardad mis mandamientos y heredaréis el reino de los cielos”<sup>18</sup>.

José Smith recibió ayuda para llevar a cabo obras que estaban muy por encima de su propia capacidad. En ocasiones, lo hizo por guía e intervención directas. Pero también muchas veces por la serena inspiración del Espíritu y el sostén que recibió a causa de su obediencia, su fe en el Maestro y su inquebrantable determinación de hacer la voluntad de El. ¿Por qué tuvo tanto éxito? En parte, por lo que él mismo dijo: “He hecho de esto mi regla: cuando el

**El presidente Gordon B. Hinckley conversa con el élder Robert D. Hales, del Quorum de los Doce Apóstoles.**





La gente pasea y conversa en la Manzana del Templo entre las sesiones de la conferencia.

Señor lo manda, hazlo”<sup>19</sup>.

Testifico que dentro de tu propia esfera de actividad y de responsabilidades el Señor te proporcionará esa misma ayuda. Si lo necesitas y lo mereces, disfrutarás de inspiración divina para saber qué hacer, y, si es necesario, de la potestad y la capacidad para lograrlo<sup>20</sup>. Por medio de la disciplina personal y aplicada, José Smith aprendió a perfeccionar su capacidad de seguir la guía del Señor; él no dejó que sus propios deseos, su conveniencia ni las persuasiones de los hombres impidieran ese cumplimiento al progresar y ser adiestrado por el Señor para llevar a cabo las tareas que se le encomendaron. Sigamos su ejemplo.

Ennoblecete tu vida con la belleza que te rodea y que es abundante: el alba esplendorosa recibiendo a un nuevo día; los frondosos brazos de un abeto adornado con los dorados medallones de un álamo vecino; las plateadas ondas de un lago de montaña transformadas por el brillo del sol; la silenciosa quietud de un pequeño valle bañado por la luz de la

luna; la exuberancia de un niño que juega y el amor en los ojos de su madre, “...regocijaos para siempre, y en todas las cosas dad gracias”<sup>21</sup>. “Y el que reciba todas las cosas con gratitud será glorificado; y le serán añadidas las cosas de esta tierra, hasta cien tantos, sí, y más”<sup>22</sup>.

Expresa gratitud por todas las bendiciones, porque “en nada ofende el hombre a Dios, ni contra ninguno está encendida su ira, sino contra aquellos que no confiesan su mano en todas las cosas y no obedecen sus mandamientos”<sup>23</sup>.

Dentro de un momento el presidente Hinckley dará su mensaje de clausura de la conferencia. Lo amo. A causa de su humildad y su esfuerzo incansable, el Señor ha magnificado sus extraordinarias aptitudes naturales para bendecir a millones de personas por todo el mundo. Sigamos sus inspirados consejos. El ha testificado que no es la cabeza de esta Iglesia. Esa cabeza es nuestro Señor y Maestro, Jesucristo, el Redentor.

El la guía. El ha dado Su vida

para que, aun con nuestras debilidades, podamos superar nuestros errores por medio del arrepentimiento y la obediencia a Su Evangelio. ¡Ah!, qué gente tan favorecida somos de tener esa luz, ese conocimiento, esas oportunidades de felicidad en la tierra y a través de las eternidades. Que podamos comprometernos a dar a conocer esta magnífica obra, personalmente o por medio de los misioneros, a nuestros amigos y vecinos, a fin de que ellos puedan unirse a este reino de Dios en la tierra y recibir las bendiciones supremas y eternas que están a su disposición.

Si es necesario que te arrepientas, hazlo ahora.

Si te has desviado y te has enredado en la telaraña del mundo, vuelve. Te amamos. Te necesitamos. Te ayudaremos.

Para terminar, quiero citar el testimonio de Alma como si fuera el mío propio, porque tengo la misma convicción que él:

“...hablo con la fuerza de mi alma...

“Porque soy llamado para hablar de este modo, según el santo orden de Dios que está en Cristo Jesús; sí, se me manda que me levante y testifique...”

“...que yo sé que estas cosas de que he hablado son verdaderas...”

“...os digo que el Santo Espíritu de Dios me las hace saber... he ayunado y orado muchos días para poder saber estas cosas por mí mismo. Y ahora sé por mí mismo que son verdaderas; porque el Señor Dios me las ha manifestado por su Santo Espíritu...”<sup>24</sup>.

Como uno de Sus Apóstoles, autorizado para testificar de El, testifico solemnemente que sé que el Salvador vive, que es un Personaje resucitado y glorificado, de amor perfecto. Testifico que El dio Su vida para que podamos vivir con El eternamente. El es nuestra esperanza, nuestro Mediador, nuestro Redentor. Yo sé que El vive. Yo sé que El te ama y que te ayudará a tener gozo y felicidad si vives digno de recibir esa ayuda. En el nombre de Jesucristo. Amén. □

#### NOTAS

1. D. y C. 8:2; véase también el versículo 3.
2. D.yC. 42:14.
3. D.yC. 11:12-14.
4. D.yC. 19:38.
5. D.yC. 1:31-32.
6. Véase D.yC. 43:15-16.
7. D.yC. 101:16.
8. D.yC. 3:1-3.
9. Salmos 23.
10. Jacob 4:10.
11. Mosíah 24:14.
12. Salmos 55:22.
13. Véase D.yC. 61:18; 82:5; 92:1; 93:49.
14. D.yC. 25:14-15.
15. D.yC. 25:16.
16. 1 Nefi 19:23.
17. D. y C. 46:7.
18. D.yC. 6:36-37.
19. *History of the Church*, 2:170.
20. Véase D.yC. 42:15-16.
21. D. y C. 98:1; véase 1 Tesalonicenses 5:16.
22. D.yC. 78:19.
23. D.yC. 59:21.
24. Alma 5:43-46.

# Adiós a este maravilloso y antiguo Tabernáculo

Presidente Gordon B. Hinckley

**"El Espíritu del Señor ha estado presente en este [Tabernáculo]. Es sagrado para nosotros. Es nuestra esperanza y nuestra oración que el nuevo [Centro de Conferencias] irradie también ese mismo espíritu".**



En la época en que se construyó fue una empresa de grandes proporciones, con el fin de acomodar a todos aquellos que desearan asistir a la conferencia. Tomó el lugar del viejo Tabernáculo, construido hacia el lado sur de donde nos encontramos, el cual tenía capacidad para dos mil quinientas personas.

Rendimos honores al presidente Brigham Young por su audacia en emprender la construcción de este singular y extraordinario edificio en una época en la que este territorio estaba aún en vías de colonización. El concepto del diseño era original; los constructores jamás habían visto algo semejante.

Estos enormes pilares de arenisca se construyeron primeramente para formar un óvalo que medía 76 metros de este a oeste. Sobre estos pilares se colocó una red de vigas enormes. Estas abarcaban una superficie de cerca de 46 metros, o sea, la mayor parte de la estructura del techo. No había columnas interiores de apoyo. Los pesimistas solían predecir que cuando quitaran los andamios interiores, el techo entero se vendría abajo. El grosor del techo era de 2,7 metros; estaba formado por una grandiosa obra de vigas entrelazadas sujetadas unas a otras con estacas de madera. Las vigas eran amarradas con cuero sin curtir para que cuando se secara apretara las estacas de madera con más fuerza.

Después se colocaron encima grandes láminas de madera, que

**H**ermanos y hermanas, al concluir esta gran conferencia nos sentimos muy emocionados. Si los planes siguen de acuerdo con lo previsto, es la última vez que nos reunimos en este Tabernáculo para la conferencia general. Con algunas excepciones, quizás media docena, hemos efectuado nuestras conferencias en este lugar durante 132 años.

Este Tabernáculo se comenzó a construir en 1863, y se usó por primera vez para la conferencia de octubre de 1867. En ese tiempo el Tabernáculo no tenía balcones; éstos se agregaron para la conferencia de abril de 1870.

¡Qué estructura tan extraordinaria y maravillosa! Pero ahora resulta pequeña para nuestras necesidades.



luego se revistieron con tejas. En el interior se pusieron las molduras y el yeso, en el cual se mezclaba pelo de ganado para hacerlo más resistente.

Se quitaron los andamios y el techo permaneció firme. Y ha seguido firme durante ciento treinta y dos años, aunque hace algunos años las tejas se reemplazaron con aluminio.

Durante todo ese tiempo, ha satisfecho las necesidades de esta Iglesia y de esta comunidad. Aquí se han efectuado conferencias generales de la Iglesia; las voces de los profetas se han escuchado desde este estrado; se ha citado la ley y declarado el testimonio. Aquí también se han llevado a cabo numerosas reuniones de la Iglesia de otra índole; en esta magnífica y antigua estructura se han efectuado los servicios fúnebres de amados líderes; presidentes de la nación y otros personajes distinguidos han dirigido la palabra desde donde yo me encuentro. Esta ha sido la sede del coro del Tabernáculo desde que la estructura se edificó. Más recientemente también llegó a ser la sede del coro y la sinfónica de la Juventud Mormona y el primer hogar de la sinfónica del estado de Utah. Por varios años se ha presentado aquí “El

Mesías” de Handel. Innumerables conciertos de diversas clases, una gran variedad de grupos musicales y muchos distinguidos solistas han entretenido al público en este magnífico y singular recinto.

¡Qué edificio tan extraordinario y útil ha sido! ¡Qué grandiosos propósitos ha cumplido! No conozco ninguna otra estructura como ésta en todo el mundo.

Es verdad que con los medios electrónicos podemos transmitir a cualquier lugar en el que deseemos que se nos escuche. Pero el mirar la pantalla de un televisor no es lo mismo que estar en la sala con los discursantes y los cantantes.

El nuevo recinto que estamos construyendo en la manzana de enfrente y al que hemos dado el nombre Centro de Conferencias, tendrá cupo para 21.000 personas —con el teatro adjunto serán 22.000— casi tres veces y media más la capacidad de este Tabernáculo. No sé si se llenará, pero lo que sí sé es que nos hemos dirigido a congregaciones mucho más grandes de Santos de los Últimos Días. Por ejemplo, en Santiago, Chile, hablamos ante 57.500 personas en un enorme

estadio de fútbol; en Buenos Aires, Argentina, ante 50.000; en Manila, Filipinas, en un gran coliseo, nos dirigimos a 35.000 personas congregadas bajo un mismo techo.

Este Tabernáculo seguirá utilizándose para una gran variedad de propósitos. Se espera que el Coro continúe transmitiendo sus programas semanales desde aquí. Este edificio continuará dando cabida a diversas reuniones de la Iglesia, del público, y otras muchas finalidades.

Tomará un tiempo acostumbrarse al nuevo centro, pero será más cómodo. Tendrá aire acondicionado; los asientos serán más cómodos que estos bancos duros de madera, aunque temo que muchas personas se quedarán dormidas. No tiene el mismo diseño que el Tabernáculo, pero es también singular y maravilloso. Representa lo más moderno en técnicas arquitectónicas y de ingeniería; también dispondremos de más capacidad de estacionamiento.

Tenemos previsto que el próximo abril nos congregaremos en un nuevo recinto al dar comienzo a un nuevo siglo y a un nuevo milenio. El edificio tal vez no esté terminado; el órgano quizás no esté completamente instalado, y habrá otros detalles

Interior del Tabernáculo después de una sesión de la conferencia.



de construcción que necesiten atención. Casi con seguridad se dedicará dentro de un año.

Es una estructura bastante amplia y verdaderamente espléndida, diseñada y construida de acuerdo con los más estrictos requisitos ante casos de terremoto. Está construida con cemento reforzado, y tiene revestimiento de granito. Ese es el mismo tipo de piedra que se usó en la construcción del Templo de Salt Lake, incluso con las mismas impurezas en la piedra que ustedes podrán apreciar en ambos edificios.

De modo que, en lo que respecta a la conferencia general, nos

despedimos de un viejo y maravilloso amigo; esperamos que siga en pie y que siga siendo de utilidad durante mucho tiempo. Estamos dando un paso audaz, pero esta audacia está en armonía con el enorme progreso de la Iglesia por todo el mundo.

No tenemos ningún deseo de exceder a Brigham Young o a sus arquitectos: William H. Folsom, Henry Grow y Truman O. Angell. Tan sólo deseamos edificar sobre los formidables cimientos que el presidente Young puso al dar inicio a esta maravillosa obra aquí en los valles del oeste.

Al cerrar hoy las puertas de este

Tabernáculo y esperar a que llegue el momento en que se abran las puertas del nuevo Centro de Conferencias el próximo abril, lo hacemos con amor, con agradecimiento, con respeto y con reverencia —y en realidad, con afecto— por este edificio y por las personas que nos han precedido, quienes construyeron todo esto de forma tan magnífica y cuyo trabajo ha sido útil durante tanto tiempo.

Un edificio adquiere su propia personalidad. El Espíritu del Señor ha estado presente en este edificio. Es sagrado para nosotros. Es nuestra esperanza y nuestra oración que el nuevo edificio irradie también ese mismo espíritu.

Dejo ahora, con palabras que se han pronunciado con tanta frecuencia desde este grandioso salón de asambleas, mi testimonio, mi bendición y mi amor con ustedes, mis estimados colegas en esta gran causa. Esta obra es verdadera; ustedes lo saben, al igual que yo. Es la obra de Dios; cosa que también saben. Es el Evangelio restaurado de Jesucristo; es el camino a la felicidad, el plan para la paz y la rectitud.

Dios nuestro Padre Eterno vive. Su Hijo, nuestro Redentor, el Salvador resucitado del mundo, vive. Ellos se aparecieron al joven José para partir el velo para dar comienzo a una gran obra de restauración, para iniciar la dispensación del cumplimiento de los tiempos. El Libro de Mormón es verdadero; habla como una voz desde el polvo como testimonio de la divinidad del Señor. El sacerdocio con todas sus llaves, su autoridad y todas sus bendiciones se encuentra sobre la tierra.

Y todos somos partícipes de estos preciosos dones. De modo que, como diríamos a un viejo amigo: adiós. Que las bendiciones de Dios queden sobre este sagrado y maravilloso recinto, y que nosotros, al igual que aquellos que han venido aquí con frecuencia a participar del Espíritu que aquí mora, vivamos dignos del título Santos de los Últimos Días, es mi humilde oración, en el nombre del Señor Jesucristo. Amén. □

El balcón del Tabernáculo durante una sesión de la conferencia.



# Alégrense, hijas de Sión

Mary Ellen Smoot

Presidenta General de la Sociedad de Socorro

**"Las mujeres de todo el mundo se sentirán atraídas a la Iglesia a medida que perfeccionemos nuestra vida y vivamos las verdades esenciales para alumbrar el camino con el fin de que otras lo puedan seguir".**



**M**is queridas hermanas de la Sociedad de Socorro, con humildad me encuentro hoy día ante ustedes con una gratitud en mi corazón que no reconoce barreras. Les testifico que durante los últimos meses el Espíritu del Señor se ha hecho sentir en las organizaciones de la Iglesia. Hemos sentido Su influencia guiadora al trabajar con mis competentes consejeras, con nuestros devotos asesores del sacerdocio, con las hermanas miembros de la mesa directiva y con nuestro diestro personal al orar fervientemente en busca de guía a medida que hacemos avanzar esta obra. Hemos buscado y evaluado en forma diligente la forma de elevar a nuestras hermanas, dondequiera

que estén sirviendo, en un esfuerzo por determinar cómo puede cada una de nosotras captar la visión del extraordinario potencial de la organización de la Sociedad de Socorro.

Ruego que el Santo Espíritu las bendiga con una mayor visión de quiénes son, de por qué están aquí y de los dones singulares que aportan a la organización de la Sociedad de Socorro. Espero que a medida que mediten sobre la instrucción que recibirán esta noche de la Primera Presidencia y de la Presidencia General de la Sociedad de Socorro, reciban la confirmación de que en verdad son instrucciones que provienen del Señor. Este es un momento grandioso, uno de gran significado al prepararnos para el futuro.

En Zacarías 2:10-11 leemos:

"...alégrate, hija de Sión; porque he aquí vengo, y moraré en medio de ti, ha dicho Jehová.

"Y se unirán muchas naciones a Jehová en aquel día, y me serán por pueblo, y moraré en medio de ti; y entonces conocerás que Jehová de los ejércitos me ha enviado a ti".

Nos reunimos como hermanas de una Iglesia mundial con alegría por las bendiciones que el Evangelio nos brinda, ¡Es en verdad un día para que levantemos nuestros corazones! Primero, y lo más importante, nos alegramos al saber que nuestro Padre Celestial ama a cada una de nosotras; nos alegramos por nuestro testimonio de Jesucristo y por Su

sacrificio expiatorio; nos alegramos por la restauración del Evangelio y por la magnífica obra lograda por el profeta José Smith. Nos alegramos porque vivimos en una época en la cual un profeta viviente, el presidente Gordon B. Hinckley, hace avanzar audazmente la obra del Señor. Nos regocijamos por el número de templos que se están edificando, por los avances de la ciencia en informática para la búsqueda de nuestros antepasados, y ante el entusiasmo del servicio. Nos alegramos por el número de misioneros que se están enviando a todos los países de la tierra para congregar a los honrados de corazón. Nos alegramos por nuestra vida en forma individual y por la oportunidad que se nos ha dado a cada una de nosotras de ser parte del gran plan de felicidad de Dios. Nos alegramos por la organización de la Sociedad de Socorro, y porque sabemos que las mujeres de todo el mundo se sentirán atraídas a la Iglesia a medida que perfeccionemos nuestra vida y vivamos las verdades esenciales para alumbrar el camino con el fin de que otras lo puedan seguir.

Recordemos las palabras del poeta Wordsworth:

*"Un sueño y un olvido sólo es el nacimiento:  
El alma nuestra, la estrella de la vida,  
que en otra esfera ha sido constituida  
y procede de un lejano firmamento.  
No viene el alma en completo olvido  
ni de todas las cosas despojada,  
pues al salir de Dios,  
que fue nuestra morada,  
con destellos celestiales se ha vestido".*

(Oda: "Intimations of Immortality", de Recollections of Early Childhood).

Durante los últimos dos años y medio que hemos prestado servicio en la presidencia general de la Sociedad de Socorro, nos damos cuenta de que la gente del mundo siente curiosidad por la Sociedad de Socorro.

En un esfuerzo por responder a las preguntas que provienen de afuera de la Iglesia, y recordar la gran bendición que significa nuestra condición de mujer, nosotras, como presidencia general de la Sociedad de Socorro, presentamos la siguiente declaración:

*Somos hijas espirituales de Dios amadas por El, y nuestra vida tiene significado, propósito y dirección. Como hermandad mundial, estamos unidas en nuestra devoción a Jesucristo, que es nuestro Salvador y nuestro Ejemplo. Como mujeres de fe, de virtud, de visión y de caridad que somos:*

*Incrementamos nuestro testimonio de Jesucristo por medio de la oración y del estudio de las Escrituras.*

*Procuramos adquirir fortaleza espiritual al seguir los susurros del Espíritu Santo.*

*Estamos consagradas al fortalecimiento del matrimonio, de la familia y del hogar.*

*Consideramos que es noble ser madre y que es un gozo ser mujer.*

*Nos deleitamos en prestar servicio y en hacer obras buenas.*

*Amamos la vida y el aprendizaje.*

*Defendemos la verdad y la rectitud.*

*Apoyamos el sacerdocio como la autoridad de Dios sobre la tierra.*

*Nos regocijamos en las bendiciones del templo, comprendemos nuestro destino divino y nos esforzamos por alcanzar la exaltación.*

En calidad de presidencia, nos regocijamos por esta declaración, aprobada y auspiciada por la Primera Presidencia y por el Quorum de los Doce, la que establece claramente los principios de actitud y de acción que nos llevarán a cada una de nosotras a la presencia de nuestro Padre Celestial. A medida que apliquemos estas enseñanzas en forma individual, llegaremos al árbol de la vida, tal como lo esperaba nuestro padre Lehi. En 1 Nefi 8:12 leemos:

“Y al comer de su fruto, mi alma



se llenó de un gozo inmenso; por lo que deseé que participara también de él mi familia, pues sabía que su fruto era preferible a todos los demás”.

Nosotras, al igual que nuestro padre Lehi, tenemos la esperanza de que a medida que avancemos por el camino de la vida, participaremos en forma personal del fruto que se encuentra en el Evangelio de Jesucristo y experimentaremos el gozo que rebosará nuestra alma con mayor fe, esperanza y caridad. Examinemos juntas algunas de esas cualidades y la forma en que pueden afectar nuestra vida.

**Como hermandad mundial, estamos unidas en nuestra devoción a Jesucristo, que es nuestro Salvador y nuestro Ejemplo\***

Declaramos al mundo que no es por casualidad que abrazamos el Evangelio de Jesucristo; ¡es verdadero! La reflexión en ese gran plan pone esta vida en perspectiva.

Sabemos que hemos existido antes y que siempre existiremos; sabemos que hemos sido enviadas a la tierra a ganar experiencia y a probarnos a nosotras mismas. Las decisiones que tomemos son vitales si hemos de obtener la vida eterna y la exaltación. Sabemos que este estado es importante y el saberlo da significado, propósito y dirección a nuestra vida. Al final, todas deseamos

aprender bien nuestras lecciones y regresar al hogar, a nuestro amoroso Padre Celestial.

Aceptamos al Salvador como el Hijo Unigénito de nuestro Padre Celestial. Sabemos que por medio de El seremos redimidos y resucitados. Por lo tanto, “hablamos de Cristo, nos regocijamos en Cristo, predicamos de Cristo” (2 Nefi 25:26).

**Tenemos fe, virtud, visión y caridad\***

Al visitar diferentes partes del mundo, vemos a muchas hermanas de la Sociedad de Socorro que se aferran a la barra de hierro. Tenemos fe cuando vienen las tormentas de la vida y decidimos mantenernos limpias y puras al enfrentar las tentaciones.

Vemos una vertiente de caridad que brota del corazón de las hermanas a medida que buscan “el amor puro de Cristo” (Moroni 10:47).

**Estamos consagradas al fortalecimiento del matrimonio, de la familia y del hogar y consideramos que es noble ser madre y que es un gozo ser mujer.**

Entendemos que el hogar es la unidad básica creada por Dios para nuestro servicio y aprendizaje. De este entendimiento nace el cometido de lograr que el tiempo que pasemos con nuestra familia sea nuestra primera prioridad, y de mirar en nuestro interior para determinar cómo ser una mejor compañera. De estas reflexiones surgen actos de bondad, de amor y de perdón hacia nuestros cónyuges. Vemos mujeres que de verdad desean que sus hijos participen del fruto del Evangelio yendo a una misión y casándose en el templo, de modo que dedican tiempo a realizar noches de hogar significativas, a estudiar las Escrituras en familia, a orar y a asistir al templo con regularidad. La declaración será un recordatorio constante que nos ayudará a concentrarnos en nuestras responsabilidades más importantes.

Pero no todas las mujeres dan a luz a aquellos a quienes cuidan como madres.

El presidente Joseph F. Smith



quedó huérfano a la temprana edad de 13 años; más tarde se le envió a una misión a las Islas Hawaianas. En la Isla de Molokai contrajo una fiebre muy alta y estuvo gravemente enfermo durante tres meses. Una maravillosa hermana hawaiana lo llevó a casa de ella y lo atendió con tanto amor como si fuera su propio hijo.

Muchos años más tarde el presidente Smith visitó las islas en calidad de Presidente de la Iglesia. Charles Nibley relata con ternura esa experiencia:

“Era hermoso contemplar el profundo amor, el afecto que llegaba hasta las lágrimas, de esa gente por él. En medio de todo ello, noté que alguien conducía a una mujer anciana, pobre y ciega, caminando tambaleante bajo el peso de unos noventa años; en la mano llevaba unas cuantas bananas apetitosas; era todo lo que tenía, eran su ofrenda. Iba diciendo el nombre ‘ilosepa, Iosepa!’. Instantáneamente, apenas la vio, él corrió hacia ella, la tomó en los brazos, la abrazó y la besó... acariciándole la cabeza y diciendo: ‘Mamá, mamá, mi querida y anciana mamá’.

“Y con las lágrimas corriéndole por las mejillas se volvió hacia mí y me dijo: ‘Charlie, ella me cuidó cuando era muchacho, estando enfermo y sin nadie que me atendiera.

Ella me recibió en su hogar y fue una madre para mí” (*Enseñanzas de los presidentes de la Iglesia, Joseph F. Smith*, pág. 207).

Todas podemos extender nuestros brazos con amor hacia los demás y ofrecer dádivas de compasión y ternura que sólo brotan del corazón de una mujer.

#### **Nos deleitamos en prestar servicio y en hacer buenas obras.**

Hace varias semanas pasó un tornado por la ciudad de Salt Lake dejando devastación y destrucción a su paso. A la mañana siguiente, una presidenta de la Sociedad de Socorro, cuya propia casa sufrió daños considerables, tenía preparado un informe para sus líderes del sacerdocio para que se realizaran visitas y evaluaciones de la situación.

La alfabetización es una forma más de ayudar a otras personas a cambiar su vida para siempre. Una consejera encargada de educación [en los Estados Unidos] captó ese concepto e invitó a dos amigas a asistir a clases para aprender la forma de enseñar inglés como segundo idioma. Ahora están enseñando inglés a una maravillosa familia de trece miembros de Kosovo. La alfabetización ha sido una bendición tanto para ellas como para los alumnos.

#### **Defendemos la verdad y la rectitud.**

Alzamos nuestras voces para detener la ola de inmundicia y corrupción que representa una plaga en nuestra sociedad. Las hermanas que saben distinguir entre el bien y el mal permanecen firmes al lado del Señor, toman decisiones que las separan del resto del mundo al supervisar cuidadosamente a sus familias con respecto a los programas de televisión que miran, visten con modestia y evitan ver cualquier película que incite a la violencia o a la conducta inmoral.

#### **Apoyamos el sacerdocio como la autoridad de Dios sobre la tierra.**

En esta gran Iglesia vemos hermanas que reconocen las bendiciones del sacerdocio restaurado. Nos alegramos cada vez que se bendice a los bebés, se bautiza a los niños, cuando participamos de la Santa Cena, se nos aparta para un llamamiento en la Iglesia, y observamos a nuestros esposos dar bendiciones de padre. Estamos agradecidas por las bendiciones del sacerdocio que iluminan nuestra senda y nos brindan guía y esperanza. Nos alegramos por los dignos poseedores del sacerdocio y los apoyamos.

#### **Nos regocijamos en las bendiciones del templo, comprendemos nuestro destino divino y nos esforzamos por alcanzar la exaltación.**

Vemos hermanas que se regocian en las bendiciones del templo;

hermanas que buscan la forma de hacer convenios y los guardan, que efectúan la obra por sus antepasados y, de paso, encuentran que se alivianan sus propias cargas y se fortifica su fortaleza para resistir la tentación; hijas de Dios que entienden su destino divino, captan la visión de su potencial y se concentran en vencer sus debilidades.

Testificamos que cada una de nosotras tiene una función esencial, sí, una misión sagrada que cumplir como hija en Sión. Es un nuevo día, el amanecer de una nueva era. Es nuestro tiempo y es nuestro destino el alegrarnos a medida que llenamos la tierra con mayor bondad y ternura, mayor amor y compasión, como jamás se haya conocido antes. Es el momento de entregarnos al Maestro y dejarlo que nos guíe a campos fructíferos donde podamos enriquecer un mundo lleno de obscuridad y sufrimiento. Cada una de nosotras, no importa quiénes seamos ni dónde prestemos servicio, debemos erguirnos y aprovechar al máximo cada oportunidad que se nos presente. Debemos seguir el consejo del Señor y de sus siervos y hacer de nuestro hogar una casa de oración y un cielo de seguridad. Podemos y debemos profundizar nuestra fe al aumentar nuestra obediencia y nuestro sacrificio. En este proceso individual se producirá un milagro. La Sociedad de Socorro empezará a desarrollarse y a dar una mano de ayuda a millones de necesitados. Seguirá siendo una organización que lleve socorro y alegría. Y esto sucederá con una hermana a la vez. Nos uniremos en rectitud y participaremos en verdad del fruto del árbol de la vida. ¡Los frutos de nuestras labores pueden sanar al mundo y, a la vez, hermanas, nos sanarán a nosotras también!

Es mi humilde oración que cada una de nosotras salga de esta reunión con la determinación de dedicar su vida a Cristo. Les prometo que si lo hacen, tendrán toda la razón para regocijarse, porque el Señor “[morará] en medio de ti” (Zacarías 2:11). De esto doy testimonio, en el nombre de Jesucristo. Amén. □

# Superación personal, de la familia y del hogar

Virginia U. Jensen

Primera Consejera de la Presidencia General de la Sociedad de Socorro

"Estamos deseosas de que cada hermana se fortalezca a sí misma espiritualmente y de que adquiera los conocimientos prácticos que son esenciales para enfrentar los desafíos que sobrevendrán".



Cuando la Sociedad de Socorro celebró su aniversario número 50, el 17 de marzo de 1892, las hermanas de las ramas, de los barrios y de las estacas de toda la Iglesia, además de las congregadas aquí, en el Tabernáculo de Salt Lake, se reunieron para ofrecer una oración simultánea. Joseph F. Smith, que en ese entonces era consejero del presidente Wilford Woodruff, ofreció una oración especial de alabanza y acción de gracias, que contenía las siguientes palabras: "Bendice a las... hermanas miembros de la Sociedad de Socorro por toda la tierra... Acompáñalas con Tu espíritu para bendecirlas, para hacer que sus corazones se regocijen ante Ti" (actas de la Mesa Directiva General

de la Sociedad de Socorro, 17 de marzo de 1892, Archivos del Departamento Histórico, págs. 233-234).

Más de un siglo más tarde, estamos reunidas como hermanas esta noche con el fin de regocijarnos. Mi corazón está lleno de alegría y de gratitud por la gran Rendición que ustedes y yo tenemos de ser miembros de esta maravillosa Iglesia y de conocer el plan de salvación que diseñó nuestro Padre Celestial. Me regocijo por las maravillosas bendiciones que recibimos a medida que aprendemos y progresamos por medio de los programas de la Iglesia. Esta noche, me regocijo especialmente por los programas de la Sociedad de Socorro. Me regocijo por lo que éstos han hecho por nosotras en el pasado, y aun más, por lo que nos ayudarán a lograr en el futuro.

El presidente Joseph F. Smith recomendó la Sociedad de Socorro para nuestro beneficio cuando dijo que ésta fue "hecha por Dios, autorizada por Dios, instituida por Dios, y ordenada por Dios" (actas, 17 de marzo de 1914, pág. 54).

El élder Ezra Taft Benson nos recordó: "La Iglesia se estableció en gran medida para ayudar a la familia, pero mucho después de que la Iglesia haya cumplido con su misión, [la familia] todavía seguirá desempeñando su función" ("Strengthening the Family", *Improvement Era*, diciembre de 1970, pág. 46).



Me gustaría hablar acerca de la edificación de hogares en los que cada una de nosotras, en forma individual —ya sea que seamos casadas o solteras, jóvenes o ancianas—, podamos progresar y alcanzar nuestro máximo potencial; donde los miembros de la familia puedan aprender todo lo que deben saber para seguir el plan de salvación, que es el plan que nuestro Padre Celestial tiene para que cada uno de nosotros halle el camino de regreso a El y a nuestro hogar celestial cuando haya terminado este período de probación terrenal.

Me hago eco del fervor del presidente David O. McKay, que dijo: “Creo con todo mi corazón... que el mejor lugar para prepararse para la vida eterna es el hogar” (“Blueprint to Family Living”, *Improvement Era*, abril de 1963, pág. 252).

Pero las Escrituras advierten que debe haber una oposición en todas las cosas (2 Nefi 2:11). En efecto, el presidente Boyd K. Packer nos dice: “El objetivo principal del adversario... es perturbar, desbaratar y destruir el

hogar y la familia” (“El padre y la familia”, *Liahona*, julio de 1994, pág. 22).

Durante la pasada primavera, dos familias de pájaros construyeron nidos en el jardín de mi casa. Una gorriona pequeña escogió una rosál del patio para hacer su nido. Una y otra vez voló de un lado a otro, llevando en el pico briznas de césped y ramitas pequeñas. Con cuidado se abría paso entre las espinas del rosál y colocaba sus materiales de construcción en el lugar escogido. Trabajó sin descansar hasta terminar el pequeño nido. Quedé asombrada al ver la meticulosidad con que estaban entrelazadas las hierbas para formar una estructura fuerte y estable. Casi lloro de emoción al ver en el fondo del nido cuatro pedazos pequeños de algodón, puestos en el lugar preciso para hacer un lecho blando para sus pequeños.

El segundo pájaro, un petirrojo, escogió construir su nido en el frente de la casa, cerca de la canaleta que recoge el agua de la lluvia, un lugar alto,

donde los animales de rapiña o las personas no pudieran alcanzarlo. Como ella era más grande, su nido también lo era, y, además de ser más grande, el exterior estaba cubierto de barro, lo cual mantenía unidas las hierbas y las ramitas, y lo sostenía en la curva de la canaleta. En el interior había briznas de césped entrelazadas en forma de tazón que acomodaban perfectamente al pájaro.

Cuando estuvieron terminados los nidos, ambas aves pusieron sus huevos y empezaron la vigilia diaria de protegerlos y empollarlos. Hora tras hora, día tras día, las aves estuvieron echadas sobre sus huevos. Después de que los polluelos rompieron el cascarón y salieron, las madres trabajaron sin descanso para alimentar a sus hambrientas crías.

Un día particularmente caluroso me di cuenta de que la madre petirrojo estaba posada en el nido jadeando con el pico abierto. Obviamente, estaba incómoda bajo la luz intensa del sol, y me pregunté por qué se quedaba allí. Entonces me di cuenta de que no estaba echada totalmente en el fondo del nido como lo había hecho cuando tenía que mantener calentitos a sus pollitos, sino que estaba estirada cuidadosamente sobre la parte superior del nido formando un techo protector para que sus pichones, que todavía no tenían plumas, no se quemaran.

Me di a la tarea de leer acerca de los pájaros y del gran esfuerzo que hacen por construir la vivienda para su familia. Las golondrinas de los graneros hacen más de 1.200 viajes para transportar barro con el fin de construir sus nidos. Se descubrió que el nido de una oropéndola tiene 3.387 trozos de material en un solo nido. Me parece que los pájaros lo invierten todo —su tiempo, sus energías, sus medios y su propia comodidad— para formar su hogar y criar a sus pequeños. No es una labor importante a la que se le concede el segundo lugar o que se evita, sino todo lo contrario, se le da el primer lugar.

Desde que vi a los pájaros en el patio de mi casa, he deseado saber quién les enseñó a ellos lo que



deben hacer. ¿Cómo aprendieron a construir un nido y a dar sombra a sus vástagos? Los pájaros siguen su instinto para proveer, proteger y alimentar con cariño. Ese es el instinto que Dios les ha dado, y, el meditar en ello me ha hecho exclamar junto con el salmista: “¡Cuán grandes son tus obras, oh Jehová!” (Salmos 92:5).

Nosotras también somos bendecidas con instintos divinos. Por instinto, deseamos tanto para las personas que amamos; sin embargo, como seres humanos, nos salen al paso muchos problemas más que a los pájaros que observé. En la sociedad actual hay muchas personas que ponen en entredicho la importancia del hogar tradicional y de la familia. Algunos piensan que el tiempo y los talentos de la mujer tienen otros usos que son más importantes que la familia. Pero los profetas han declarado incesantemente que la función que implican los quehaceres del hogar es una de las ocupaciones más sagradas y significativas que un hombre o una mujer puedan tener. Las hermanas, en todas las circunstancias de la vida, tienen oportunidades de edificar y de atender a otras personas con amor dentro de su esfera de influencia. A medida que ustedes y que yo aprendemos más acerca del plan de salvación de nuestro Padre Celestial, se nos afianza la certeza de que no importa cuáles sean las circunstancias individuales de nuestra vida, el crear un ambiente seguro y edificante para quienes amamos es de suma importancia.

El élder Neal A. Maxwell dijo: “El hogar es por lo general el lugar donde gran parte de nuestra fe se establece y aumenta... Por tanto, cuán triste es que algunos hogares sean apenas una parada en la ruta, cuando deberían ser una escuela de preparación para el reino celestial” (*Lord, Increase Our Faith*, 1994, pág. 117).

A medida que luchemos contra las influencias negativas del mundo y nos esforcemos por edificar hogares que sean “una escuela de preparación para el reino celestial”, recordemos que nuestras actividades terrenales tienen un cimiento

espiritual y un final celestial.

Como Presidencia General de la Sociedad de Socorro deseamos reafirmar nuestras metas y nuestra dedicación al propósito de la Sociedad de Socorro, el cual es ayudar a las hermanas y a sus familias a venir a Cristo. Queremos asegurarnos de que la Sociedad de Socorro sea una ayuda y una bendición para todas las hermanas de la Iglesia, cualesquiera que sean sus circunstancias. Estamos deseosas de que cada hermana se fortalezca a sí misma espiritualmente y de que adquiera los conocimientos prácticos que son esenciales para enfrentar los desafíos que sobrevendrán.

Por consiguiente, con la aprobación de la Primera Presidencia y el Quorum de los Doce Apóstoles, nos complace anunciar lo siguiente: A partir del 1<sup>o</sup> de enero de 2000, se cambiará el nombre de la reunión de Economía Doméstica. El nombre nuevo será *Superación personal, de la familia y del hogar*. El propósito del nombre nuevo es comunicar claramente lo que esta importante reunión de entre semana tiene por objeto cumplir. El objetivo adicional del nombre nuevo es lograr que cada una de nosotras vuelva a concentrar su atención en su propio fortalecimiento a fin de que, con esa fortaleza revitalizada, pueda edificar a los miembros de su familia, a sus amigos, a sus vecinos y a la comunidad, para que cada una se acerque más a nuestro Padre Celestial y a Su Hijo Jesucristo. Durante los 15 minutos que dura la parte de la lección de esta reunión, las maestras presentarán un tema espiritual, y durante la parte de actividades de 60 a 90 minutos de duración aprenderemos conocimientos prácticos que se basen en el tema espiritual de la reunión. Esos conocimientos prácticos pueden estar relacionados con el arreglo y las reparaciones de la casa, así como con el cultivo de hortalizas o con el hacer acolchados. Además podríamos resolver participar en actividades de servicio que bendigan y fortalezcan a los demás. Esta reunión debe embellecer y mejorar la vida de cada una de nosotras.

Dentro del Evangelio están las respuestas que el mundo necesita para resolver los problemas que hay a nuestro alrededor. Por medio del Evangelio de Jesucristo, tenemos el conocimiento y los medios para establecer hogares fuertes donde reinen la paz, el amor y la fe. No hace falta que lo hagamos solas. Los programas de la Iglesia pueden ayudarnos. También necesitamos la ayuda que nuestro Padre Celestial está deseoso de brindarnos. En Salmos 127:1 se nos advierte: “Si Jehová no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican”.

Hace poco, mi amigo Richard llegó a casa después del trabajo y encontró a una niña muy pequeña sentada en la acera, delante de su casa, llorando. El le preguntó qué le ocurría. Entre sollozos, la pequeña le explicó que estaba perdida. El le dijo entonces que ésa era su casa y que su esposa se encontraba dentro. También le dijo que él sabía que ella no debía ir a ningún lado con extraños, pero que si quería entrar, él y su esposa tratarían de averiguar dónde quedaba su casa. Una vez que hubieron entrado en la casa, su esposa, Linda, empezó a consolar a la niña. “Estoy segura de que estás muy asustada”, le dijo.

“Estaba asustada”, respondió la pequeña, “hasta que vi el cuadro de



Jesús colgado en la pared. Entonces supe que no corría peligro”.

En todas partes del mundo, hay muchos hijos de Dios que andan perdidos. Los que conocemos la verdad podemos ayudarles. Podemos mostrarles un modelo de hogares fuertes y de miembros de familia rectos. Podremos ayudarles si tenemos al Salvador en nuestro hogar, no sólo un cuadro de El colgado de la pared, sino también Sus enseñanzas, Su Espíritu y Su amor. A pesar de los instintos con los que hemos sido bendecidas, esta clase de hogar no se forma automáticamente, sino que necesitamos fortaleza espiritual y los conocimientos prácticos para formar un hogar donde el Espíritu del Señor esté presente. La reunión de Superación personal, de la familia y del hogar es para que pongamos en práctica la hermandad, adquiramos conocimiento, aprendamos conocimientos prácticos y aumentemos el testimonio. Esta reunión también tiene por objeto lograr que nos redediquemos a nuestro hogar y a nuestra familia, y a brindar servicio dondequiera que se necesite.

A medida que las hermanas líderes de la Sociedad de Socorro y todas nosotras como miembros captemos la visión y la motivación de la reunión de Superación personal, de la familia y del hogar, y actuemos con el entusiasmo resultante, progresaremos en testimonio y en fortaleza espiritual; nos acercaremos más a nuestro Salvador y sabremos cómo edificar hogares en los que El pueda morar. Entonces, citando al presidente Thomas S. Monson: "el Señor, sí, nuestro inspector de construcción, nos dirá, como le dijo... a Salomón, un constructor de otra época, '...Yo he santificado esta casa que tú has edificado, para poner mi nombre en ella para siempre; y en ella estarán mis ojos y mi corazón todos los días'" (1 Reyes 9:3; *Pathways to Perfection*, 1973, pág. 250).

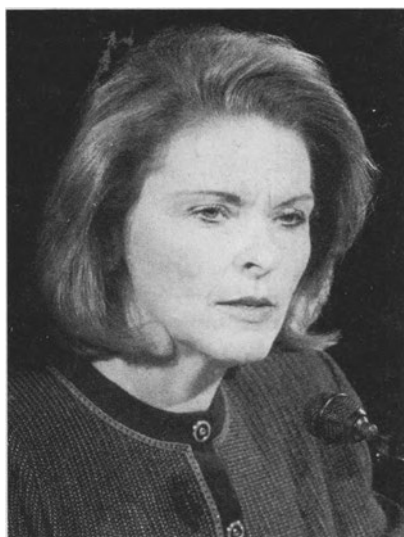
La Sociedad de Socorro es una organización de origen divino. Dentro de ella existe el poder para fortalecer a las hermanas y a sus familias, así como para crear una familia mundial de hermanas. En el nombre de Jesucristo. Amén. □

# Somos mujeres de Dios

Sheri L. Dew

Segunda Consejera de la Presidencia General de la Sociedad de Socorro

"La única forma en que nosotros podemos vencer al mundo es viniendo a Cristo, y eso significa apartarnos del mundo".



**H**ace poco, por una asignación profesional, tuve que viajar fuera del país, pero antes de partir tuve una premonición tan fuerte que pedí una bendición del sacerdocio. Se me advirtió que el adversario intentaría frustrar mi misión, y que me esperaban peligros físicos y espirituales. Se me aconsejó también que éste no debía convertirse en un viaje de turismo ni de compras, y que si me concentraba en mis asignaciones y buscaba la dirección del Espíritu, regresaría a casa a salvo.

La advertencia fue aleccionadora, pero al seguir con mis planes, pidiendo guía con cada paso, comprendí que mi experiencia no era tan singular. Quizás al partir de la presencia de nuestro Padre, El nos haya dicho: "El adversario intentará frustrar tu misión, y enfrentarás peligros espirituales y físicos, pero si te concentras en tus asignaciones, escuchas mi voz

y rehúas convertir la mortalidad en un viaje de turismo o de compras, regresarás a casa a salvo".

El adversario se deleita cuando actuamos como turistas, o sea, como oidores y no hacedores de la Palabra (véase Santiago 1:22), o como compradores, o sea, los que se ocupan de las vanidades de este mundo que sofocan nuestro espíritu. Satanás nos tienta con placeres y preocupaciones perecederos: las cuentas bancarias o el prestigio, la vestimenta o aun la apariencia física, porque sabe que donde esté nuestro tesoro, allí estará también nuestro corazón (Mateo 6:21). Desafortunadamente, es fácil permitir que los señuelos deslumbradores del adversario nos distraigan de la luz de Cristo. "Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?" (Mateo 16:26).

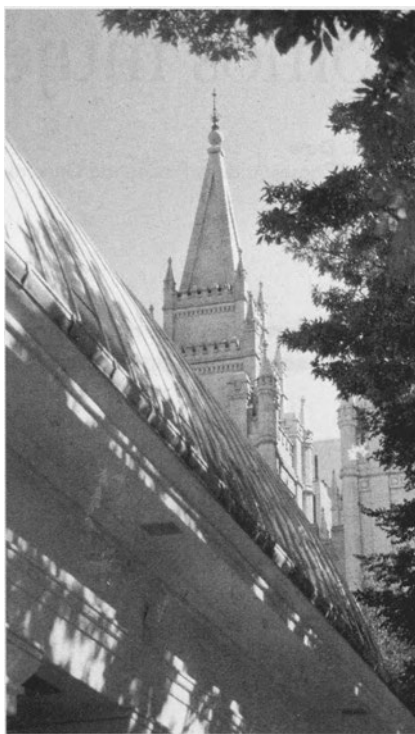
Los profetas nos han amonestado que renunciemos al mundo y volvamos el corazón a Jesucristo, quien prometió: "...en este mundo vuestro gozo no es completo, pero en mí vuestro gozo es cumplido" (D. y C. 101:36; cursiva agregada). Dijo el presidente Spencer W. Kimball: "Si insistimos en dedicar nuestro tiempo y recursos a la edificación de... un reino terrenal, eso es exactamente lo que heredaremos" (*Ensign*, junio de 1976, pág. 3). ¿Con cuánta frecuencia nos concentramos tanto en la búsqueda de la buena vida que perdemos de vista la vida eterna? Es el fatal equivalente espiritual a vender nuestra primogenitura por un guisado de lentejas.

El Señor reveló el remedio para ese desastre espiritual cuando

aconsejó a Emma Smith “[desechar] las cosas de este mundo y [buscar] las de uno mejor” (D. y C. 25:10). Y Cristo nos dio el modelo a seguir cuando antes de Getsemaní declaró: “...yo he *vencido* al mundo” (Juan 16:33; cursiva agregada). La única forma en que *nosotros* podemos vencer al mundo es viniendo a Cristo, y eso significa apartarnos del mundo. Significa colocar a Cristo y sólo a El en el centro de nuestra vida, de tal manera que las vanidades y las filosofías de los hombres pierdan su atracción adictiva. Satanás *es* el dios de Babilonia, o sea, el mundo. Cristo es el Dios de Israel y Su Expiación nos da el poder para vencer al mundo. “...Si esperan la gloria, la inteligencia y vidas sin fin”, dijo el presidente Joseph F. Smith, “...fdejen] *de lado las cosas del mundo*” (“Enseñanzas de los presidentes de la Iglesia: Joseph E Smith”, pág. 260; cursiva agregada).

Como hermanas en Sión, nosotras podemos obstaculizar la conspiración del adversario contra las familias y la virtud. Con razón nos tiente a conformarnos con placeres terrenales en lugar de buscar la gloria eterna. Una madre de 45 años con seis hijos me dijo que cuando dejó de leer constantemente las revistas que la abrumaban con imágenes de cómo debían ser su casa y su ropa, sintió más paz. Ella dijo: “Tal vez esté un poco gordita, canosa y arrugada, pero soy una hija de Dios, y El me conoce y me ama”.

La Sociedad de Socorro nos puede ayudar a apartarnos del mundo, porque su propósito explícito es ayudar a las hermanas y a sus familias a venir a Cristo. En ese espíritu, me uno a las hermanas Smoot y Jensen al declarar quiénes somos, y al abrazar el refinamiento en el enfoque de la Sociedad de Socorro. Ya no podemos darnos el lujo de dedicar nuestra energía a algo que no nos lleve a Cristo junto con nuestra familia. Esa es la prueba decisiva para la Sociedad de Socorro, y también para nuestra vida. En los días venideros, la dedicación casual a Cristo no será suficiente para sostenernos.



Las agujas del Templo de Salt Lake se elevan por sobre el techo del Tabernáculo.

Cuando yo era joven vi la dedicación de mi abuela, quien ayudó a mi abuelo a trabajar la granja en las llanuras de Kansas. De alguna forma superaron ese terreno semidesértico, la Gran Depresión y los tornados que aterrizan las Grandes Llanuras. A menudo me he preguntado cómo mi abuela toleró los años de pocos ingresos y de mucho trabajo, y cómo siguió adelante cuando murió su hijo mayor en un trágico accidente. La vida dé la abuela no era fácil. ¿Pero saben lo que más recuerdo de ella? Su total gozo en el Evangelio. Nunca era más feliz que cuando trabajaba en la historia familiar o enseñaba con las Escrituras en la mano. Ella *había* abandonado las cosas de este mundo para buscar las de uno mejor.

Para el mundo, mi abuela era ordinaria, pero para mí, representa a las heroínas no reconocidas de *este* siglo que hicieron honor a sus promesas premortales y dejaron un fundamento de fe sobre el cual podemos edificar. La abuela no era perfecta, pero era una mujer de Dios. Ahora nos corresponde a

ustedes y a mí llevar la bandera hasta el siguiente siglo. No *somos mujeres del mundo; somos mujeres de Dios*. Y como tales seremos contadas entre las más grandes heroínas del siglo veintiuno. Como proclamó el presidente Joseph F. Smith, no nos corresponde “[ser] guiadas por las mujeres del mundo; ...[sino] guiar ...a las mujeres del mundo, en todo lo que sea digno de alabanza” (“Enseñanzas de los presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith”, pág. 198).

Esto no invalida las vidas de incontables mujeres buenas de todo el mundo. *Pero nosotras somos singulares*, y lo somos por causa de nuestros convenios, por nuestros privilegios espirituales y por las responsabilidades que éstos conllevan. Somos investidas con poder y dotadas con el Espíritu. Tenemos un profeta *viviente*, ordenanzas que nos ligan al Señor y unas a otras, y el poder del sacerdocio entre nosotras. Comprendemos nuestro lugar en el gran plan de felicidad y sabemos que Dios es nuestro Padre y que Su Hijo es nuestro Defensor constante.

Con esos privilegios recibimos responsabilidades, porque “...de aquel a quien mucho se da, mucho se requiere” (D. y C. 82:3), y a veces son pesadas las demandas del ser un discípulo. ¿Pero no debemos esperar que nuestra jornada hacia la gloria eterna nos haga crecer? A veces justificamos nuestro interés en este mundo y nuestra actitud casual hacia el crecimiento espiritual al tratar de consolarnos mutuamente con la idea de que el vivir el Evangelio no debería requerir tanto de nosotros. Pero la norma de conducta del Señor siempre será más elevada y exigente que la del mundo, porque Sus recompensas son infinitamente más gloriosas: incluso el verdadero gozo, la paz y la salvación.

Entonces, ¿cómo cumplimos nosotras, como mujeres de Dios, con la medida plena de nuestra creación? El Señor recompensa a “...los que le buscan” (Hebreos 11:6), y le buscamos no sólo al estudiar y escudriñar, al suplicar y orar, sino también al renunciar a los placeres mundanales

que están sobre la raya que separa a Dios y al mundo. De otra manera, nos arriesgamos a ser llamadas pero no escogidas, porque nuestro corazón estará centrado en las cosas de este mundo (D. y C. 121:34-35).

Consideren el principio fundamental que se enseña en la secuencia de este mandato de las Escrituras: "...Amarás al Señor tu Dios con todo tu *corazón*, alma, mente y fuerza" (D. y C. 59:5; cursiva agregada). Lo que el Señor requiere en primer lugar es nuestro corazón. Imagínense cómo se verían afectadas nuestras decisiones si amáramos al Señor por encima de todo: cómo emplearíamos nuestro tiempo y dinero, cómo nos vestiríamos en un día caluroso, cómo responderíamos al llamamiento de hacer nuestras visitas y de cuidarnos unas a otras, o cómo reaccionaríamos ante los medios de difusión que ofenden al Espíritu.

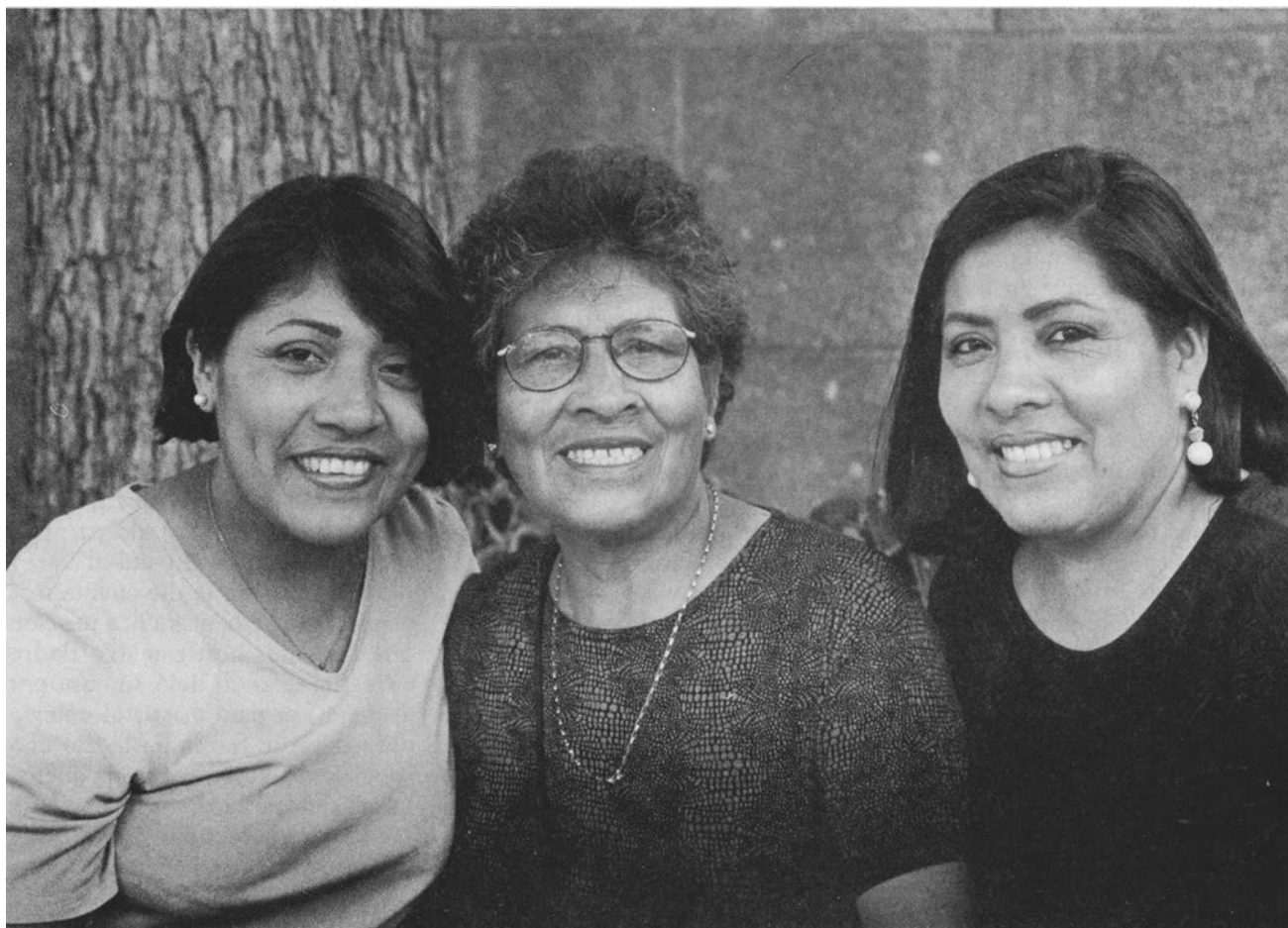
Cuando abandonamos el mundo

y venimos a Cristo, vivimos cada vez más como mujeres de Dios. Nacimos para recibir la gloria eterna, y así como los hombres fieles fueron preordenados al sacerdocio, nosotras fuimos preordenadas para ser mujeres de Dios. *Somos* mujeres de fe, de virtud, de visión y de caridad que nos regocijamos en la maternidad, en ser mujeres y en la familia. No nos abruma el alcanzar la perfección, pero *sí* nos esforzamos por ser puras. Y sabemos que con la fuerza del Señor podemos hacer todo lo recto, porque nos hemos sumergido en Su Evangelio (Alma 26:12). Y *repito*, no somos *mujeres del mundo, sino mujeres de Dios de los últimos días*. Como dijo el presidente Kimball: "No [podemos] recibir mayor reconocimiento en este mundo que el ser conocidas como [mujeres] de Dios" (*Ensign*, noviembre de 1979, pág. 102).

Este verano tuve una experiencia inolvidable en la Tierra Santa.

Sentada en el monte de las Bienaventuranzas que domina el mar de Galilea, a la distancia vi una ciudad edificada sobre un monte. Fue impactante la imagen visual de una ciudad que no se puede esconder, y al meditar en ese simbolismo tuve una impresión sobrecogedora de que nosotras, como mujeres de Dios, somos como esa ciudad; que si dejamos atrás las cosas del mundo y venimos a Cristo para que el Espíritu irradie en nuestra vida y a través de nuestros ojos, nuestra singularidad será una luz al mundo. Como hermanas de la Sociedad de Socorro, pertenecemos a la comunidad más importante de mujeres de este lado del velo. *Somos* una ciudad espectacular sobre el monte, y entre menos actuemos como las mujeres del mundo y entre menos tengamos su apariencia, más esperarán ellas que seamos su fuente de esperanza, paz, virtud y gozo.

Hace veinte años, en esta reunión, el presidente Kimball hizo una



declaración que hemos citado desde entonces. “Gran parte del progreso y crecimiento que tendrá la Iglesia en estos últimos días... sólo puede suceder si las mujeres de la Iglesia viven en forma justa y prudente, hasta el punto de que las consideren diferentes de las del mundo” (“Vuestro papel como mujeres justas”, *Liahona*, enero de 1980, pág. 171). Ya no podemos conformarnos con citar al presidente Kimball; nosotras somos las hermanas que debemos hacer realidad su profecía, y lo haremos. Sé que lo lograremos.

El presidente Gordon B. Hinckley dijo recientemente que “la salvación eterna del mundo descansa sobre los hombros de esta Iglesia... Ningún otro pueblo de la historia del mundo ha... recibido un mandato más imperioso... y conviene que pongamos manos a la obra” (“Church is Really Doing Well”, *Church News*, 3 de julio de 1999, pág. 3).

Mujeres de Dios; eso nos incluye a nosotras. Esta noche invito a cada una de nosotras a identificar por lo menos una cosa que podamos hacer para salir del mundo y acercarnos más a Cristo. Y el próximo mes, otra, y después otra. Hermanas, éste es un llamado a las armas; un llamado a la acción; un llamado a levantarnos; un llamado a armarnos con poder y con rectitud; un llamado a confiar en el brazo del Señor en lugar del brazo de la carne; un llamado a “[levantarnos] y [brillar], para que [nuestra] luz sea un estandarte a las naciones” (D. y C. 115:5); un llamado a *vivir* como mujeres de Dios para que junto con nuestra familia regresemos a salvo al hogar.

Tenemos tantos motivos para regocijarnos, ¡porque el Evangelio de Jesucristo es la voz de gozo! El Salvador venció, y por eso nosotras también podemos vencer. El se levantó al tercer día, y por eso nosotras podemos levantarnos como mujeres de Dios. Que dejemos a un lado las cosas de este mundo y busquemos las de un mundo mejor; que nos dediquemos en esta misma hora a abandonar el mundo y nunca mirar hacia atrás. En el nombre de Jesucristo. Amén. □

# Lo que significa ser una hija de Dios

**Presidente James E. Faust**  
Segundo Consejero de la Primera Presidencia

“El cometido y la dedicación de las hermanas de esta Iglesia han sido desde el comienzo un ingrediente maravilloso y fortalecedor”.



**M**is amadas hermanas. Me siento muy humilde al estar con ustedes. Tenemos el honor especial de contar esta noche con la presencia del presidente Hinckley y del presidente Monson. La música de este magnífico coro ha sido edificante y la conmovedora oración de la hermana Butterfield fue una invitación para que el Espíritu del Señor esté con nosotros. Nos hemos sentido inspirados por los mensajes de la hermana Jensen, de la hermana Dew y de la hermana Smoot, quienes han hablado acerca del tema de esta conferencia: “Canta y alégrate, hija de Sion; porque he aquí vengo, y moraré en medio de ti, ha dicho Jehová”<sup>1</sup>. Cada una de ustedes, como hija de Sión, irradia fe y bondad.

El respeto y la admiración que siento por ustedes, maravillosas hermanas, jóvenes y mayores, van más allá de toda expresión. Por favor acepten nuestro agradecimiento por su fe, su devoción y sus ejemplos de rectitud. El cometido y la dedicación de las hermanas de esta Iglesia han sido desde el comienzo un ingrediente maravilloso y fortalecedor de la Iglesia. Los problemas que enfrentan en la actualidad son diferentes de los de sus antecesoras, pero no por ello menos reales.

Esta noche voy a hablar de lo que significa ser una hija de Dios. El nuevo lema de la Sociedad de Socorro comienza así: “Somos hijas espirituales de Dios amadas por El”. El ser hija de Dios significa que ustedes son progenie de la Deidad, descendientes literales de un Padre Celestial, que han heredado un potencial y atributos divinos. El ser hija de Dios también significa que han nacido de nuevo, que han sido cambiadas de un “estado carnal y caído, a un estado de rectitud”<sup>2</sup>.

Una jovencita se dio cuenta más plenamente de la magnífica relación que tenemos con nuestro Padre Celestial cuando dejó su casa por primera vez para asistir al colegio universitario. Su padre le dio una bendición y le dijo cuánto la quería. Luego ella escribió:

“Me aferré a sus palabras de amor y de apoyo mientras con congoja me despedí de mi familia. Me sentí sola y temerosa en esas aguas desconocidas.



Esa mañana, antes de salir de mi apartamento, me arrodillé para pedir ayuda y desesperadamente le rogué a mi Padre Celestial que me diera la fortaleza necesaria para enfrentarme sola a ese mundo de estudios universitarios. El día anterior había dejado atrás a mi familia, a mis amigos y todo lo que me era familiar, y sabía que necesitaba Su ayuda.

“Mis oraciones fueron contestadas mientras meditaba en la tierna experiencia que había tenido con mi padre el día anterior. Una ola de consuelo me cubrió al darme cuenta de que no había llegado a la universidad sólo con la bendición de mi padre terrenal. De pronto sentí que un día, no hacía mucho tiempo, mi Padre Celestial también me había dado el calor de Sus brazos; quizás me dio consejos y palabras de aliento y me dijo que tenía fe en mí, de la misma forma que lo había hecho mi padre terrenal. En ese momento, supe que jamás me encuentro sin el amor perfecto y el apoyo infinito de mi Padre Celestial”<sup>3</sup>.

El ser miembro de la Sociedad de Socorro, lo cual es un privilegio para toda mujer adulta de la Iglesia, les proporciona un hogar al estar lejos del hogar celestial, en donde pueden confraternizar con otras mujeres que tienen las mismas creencias y valores.

Pensé en esto recientemente mientras nos encontrábamos en la histórica ciudad de Nauvoo, donde visitamos el pequeño edificio en el que se organizó la Sociedad de Socorro con 18 miembros el 17 de marzo de 1842. Pocos días después, el 28 de abril de 1842, el profeta José Smith declaró: “Mediante el orden que Dios ha establecido, esta sociedad recibirá instrucciones por conducto de aquellos que han sido elegidos para dirigir”. Luego hizo esta significativa y transcendental declaración profética: “Y ahora, en el nombre del Señor, doy vuelta a la llave y esta sociedad se regocijará y, desde ahora en adelante, descenderán sobre ella conocimiento e inteligencia. Este es el principio de días mejores para esta sociedad”<sup>4</sup>.



Tanto para el Templo de Kirtland como el de Nauvoo, las mujeres respondieron machacando su preciada vajilla de porcelana para que las partículas se utilizaran en las paredes del templo. Desde sus comienzos, grande ha sido el esfuerzo e infinitos los logros que ha realizado esta sociedad.

¿Qué es la Sociedad de Socorro? En mi opinión, su cometido se concentra en cuatro conceptos importantes:

Primero, es una hermandad divinamente establecida.

Segundo, la sociedad es un lugar de aprendizaje.

Tercero, es una organización cuyo propósito básico es el cuidado de los demás. Su lema es: “La caridad nunca deja de ser”.

Cuatro, la Sociedad de Socorro es un lugar en el que se satisfacen las necesidades de la mujer de rozarse a un nivel social.

La participación en la Sociedad de Socorro puede ayudar tanto a las hermanas jóvenes como a las mayores a ser mejores hijas de Dios. Ustedes, jovencitas, quizás piensen que no tienen mucho en común al reunirse con sus madres y abuelas. Sin embargo, como dijo Bethany

Collard, de 19 años: “Los atributos que las Mujeres Jóvenes comienzan a establecer... la Sociedad de Socorro los sigue edificando y manteniendo”. Ella empezó a “ver las buenas obras que realizan las hermanas miembros de la Sociedad de Socorro”, porque las buenas obras son algo común de las hermanas de todas las edades. De hecho, son los lazos que las unen sin importar su edad o condición. Como dijo Bethany: “Todas esas cosas son características de una mujer divina que es una digna hija de Dios”<sup>5</sup>. En la letra de uno de los himnos que cantamos, Emily H. Woodmansee escribió:

*El Padre nos dio la tarea sagrada  
de amar, socorrer con fiel abnegación,  
de hacer lo virtuoso, lo digno, lo bueno,  
Servir, alentar y tener compasión*<sup>6</sup>.

Es posible que algunas de las hermanas mayores se pregunten: “¿No he escuchado ya todas las lecciones de la Sociedad de Socorro? ¿Qué necesidad tengo de ir a la Sociedad de Socorro todas las semanas?”. La respuesta a estas preguntas podría encontrarse al relatar la historia de



un joven estudiante de piano. Su madre, con deseos de alentarle, “compró boletos para la actuación de Paderewski, el gran pianista polaco. Llegó la noche del concierto y madre e hijo se acomodaron en sus asientos en las primeras filas de la sala. Mientras la madre conversaba con algunas amigas, el niño se alejó silenciosamente.

“De pronto, llegó el momento de dar comienzo a la función y un rayo de luz atravesó la oscuridad de la sala, iluminando el gran piano de cola que estaba en el escenario. Fue entonces que el público se dio cuenta del pequeño que se encontraba sentado ante el piano, tocando inocentemente una canción infantil (“Twinkle, Twinkle, Little Star”).

“La madre se quedó boquiabierta, pero antes de que pudiera moverse, Paderewski apareció en el escenario y rápidamente se dirigió hacia el teclado. Con un susurro le dijo al

niño: ‘No te detengas. Sigue tocando’. Luego, inclinándose, el maestro comenzó a tocar el acompañamiento con la mano izquierda. Poco después extendió el brazo derecho hacia el otro lado, rodeando al niño, para agregar una improvisación a la melodía. Juntos, el viejo maestro y el joven principiante, mantuvieron fascinada a la concurrencia.

“En la vida, no importa lo poco que sepamos, el Maestro es el que nos rodea y nos susurra una y otra vez al oído: ‘No te detengas. Sigue tocando’. Y a medida que lo hacemos, El nos incrementa y complementa hasta crear una obra de extraordinaria belleza. El está allí, junto a todos nosotros, diciéndonos una y otra vez: ‘Sigue tocando’”<sup>7</sup>.

Si en verdad ya “lo han escuchado todo”, no hay duda de que necesitarán que se lo recuerden. Además, como dijo el presidente Hugh B. Brown: “Mientras que la

teología puede serle atractiva sólo al intelecto, la religión toca el corazón... La teología puede tratarse sólo de retórica, mientras que la religión requiere la acción”<sup>8</sup>. Para implementar su lema, “La caridad nunca deja de ser”, es necesario proceder.

Todos tenemos una gran deuda de gratitud para con Eva. En el Jardín del Edén, a ella y a Adán se les mandó no comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, pero a la vez se les dijo: “No obstante, podrás escoger según tu voluntad”<sup>9</sup>. La opción consistía en, o bien seguir la existencia confortable que llevaban en el Edén, donde nunca llegarían a progresar, u optar por una salida trascendental a la vida terrenal con todo lo opuesto inherente a ella: dolor, pruebas y la muerte física, en contraposición a la dicha, el progreso y el potencial de obtener la vida eterna. Al contemplar esta disyuntiva, se nos dice: “Y cuando la mujer vio que el árbol era bueno para comer... y un árbol deseable para darle sabiduría, tomó ella de su fruto y comió, y dio también a su marido, y él comió con ella”<sup>10</sup>. Y de esa forma comenzaron su probación y paternidad terrenales.

Una vez que se hubo hecho la elección, Adán expresó así su gratitud: “Bendito sea el nombre de Dios, pues a causa de mi transgresión se han abierto mis ojos, y tendré gozo en esta vida, y en la carne de nuevo veré a Dios”<sup>11</sup>.

Después de salir del Jardín del Edén, Eva hizo una declaración aún más extraordinaria de visionaria sabiduría: “De no haber sido por nuestra transgresión, nunca habríamos tenido posteridad, ni hubiéramos conocido jamás el bien y el mal, ni el gozo de nuestra redención, ni la vida eterna que Dios concede a todos los que son obedientes”<sup>12</sup>. Si no hubiese sido por Eva, ninguno de nosotros estaría aquí.

El profeta Lehi nos dijo:

“Pero he aquí, todas las cosas han sido hechas según la sabiduría de aquel que todo lo sabe.

“Adán cayó para que los hombres existiesen; y existen los hombres para que tengan gozo”<sup>13</sup>.

El presidente Joseph F. Smith registró su visión de las huestes de los muertos, en la que vio a los grandes y poderosos, entre los cuales se encontraban Adán y Eva, y nos describe el ámbito en que vio a Eva con éstas palabras: “Y nuestra gloriosa madre Eva, con muchas de sus fieles hijas que habían vivido en el curso de las edades y adorado al Dios verdadero y viviente”<sup>14</sup>. En verdad, nuestra madre Eva dejó un legado eterno que continúa a través de las edades para bendecir la vida de todos los hombres y mujeres.

Como hijas de Dios, no se pueden imaginar el potencial divino que cada una de ustedes posee. El baluarte secreto de la fortaleza interior de la mujer es, sin duda, su espiritualidad. Cuando se han convertido verdaderamente al Evangelio, ustedes son iguales e incluso superan a los hombres, tanto en fe, como en moralidad y dedicación. Ustedes tienen “más fe en el Señor [y] más fuerza y valor”<sup>15</sup>. Esa facultad espiritual interior parece que les diera cierta capacidad para hacer frente al dolor, a los problemas y a la incertidumbre.

Ustedes no tienen idea de los dones y los talentos que poseen. Todas las mujeres tienen rasgos atractivos; no me refiero a los atractivos que pueda tener una modelo, sino a los que emanan de la personalidad, la actitud y los sentimientos. Les insto, por tanto, a realzar los dones femeninos naturales que Dios les ha dado, con los cuales han sido tan ricamente bendecidas. Ninguna de ustedes debe sentirse tan complacida consigo misma como para dejar de preocuparse de cómo se ven o cómo se comportan. En su época, el presidente Brigham Young instó a las mujeres a obtener una educación académica, consejo que todavía sigue siendo vigente; pero me apresuro a agregar: en el curso de sus logros, no pierdan su encantadora femineidad.

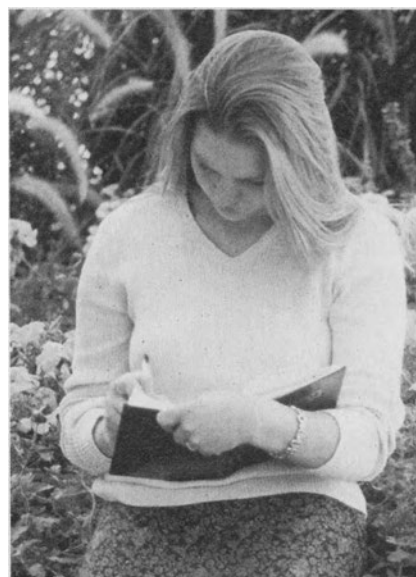
Hermanas, ustedes desconocen el alcance total de su influencia. Ustedes enriquecen a la humanidad entera. La vida humana comienza con ustedes. Toda mujer aporta su

fortaleza excepcional al seno familiar y a la Iglesia. El ser hija de Dios significa que si buscan su verdadera identidad podrán encontrarla; sabrán quiénes son y eso las hará libres; no libres de las restricciones sino más bien de las dudas, de las preocupaciones y de la presión que ejerzan las amistades. No tendrán que preocuparse de: “¿Me veo bien?”, “¿me expreso bien?”, “¿qué pensará la gente de mí?”. La convicción de que son hijas de Dios les brinda un sentimiento de seguridad en su propia valía, lo cual significa que podrán encontrar fortaleza en el bálsamo de Cristo. Dicha convicción les ayudará a soportar las congojas y los problemas con fe y serenidad.

Hermanas, me pregunto si pueden apreciar plenamente los dones, las bendiciones y todas aquellas cosas innatas con las que han sido dotadas, sencillamente porque son hijas de Dios. Es un error que la mujer piense que la vida comienza sólo con el matrimonio. Toda mujer puede y debe tener su propia identidad y sentirse útil, valorada y necesitada, ya sea soltera o casada. Debe confiar en que puede hacer algo por alguien que nadie más puede hacer en esta vida.

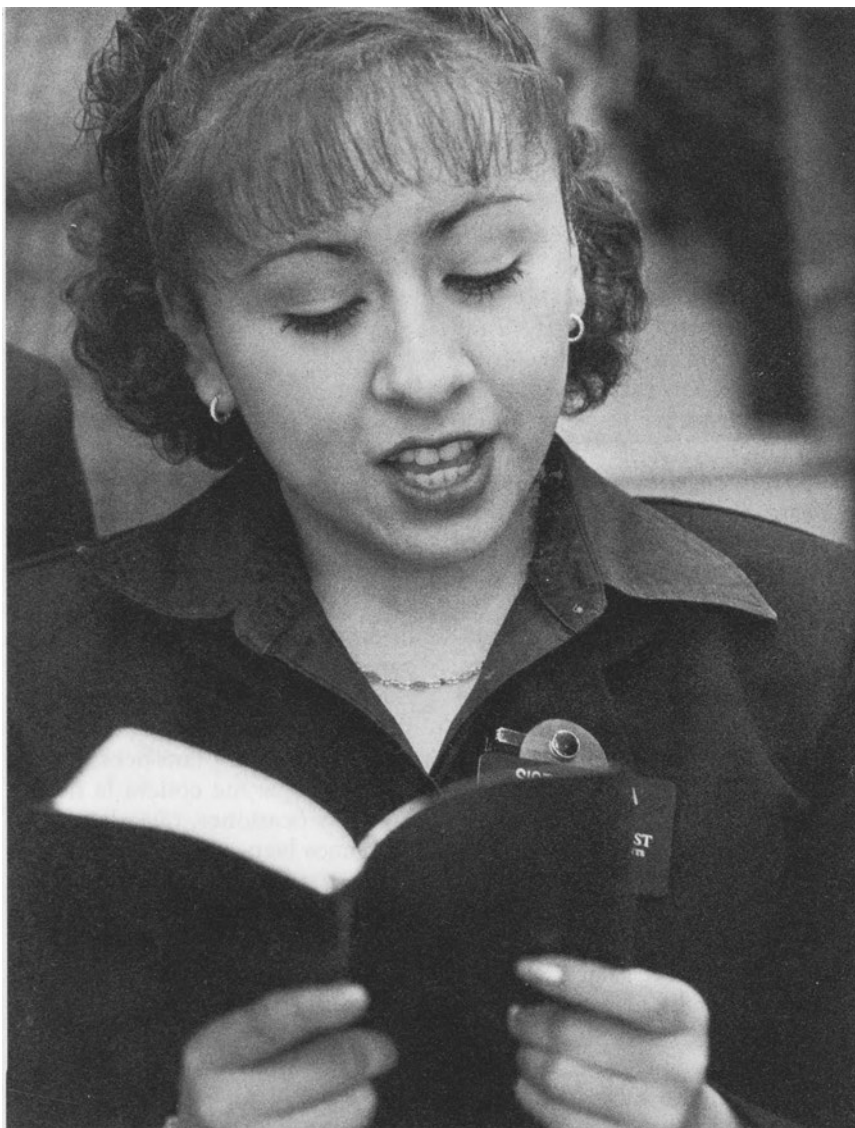
Los profetas de Dios han asegurado repetidamente a las fieles mujeres solteras que ellas pueden ser exaltadas. La exaltación requiere que reciban las ordenanzas y las bendiciones selladoras, lo cual, claro está, significa que tendrán que sellarse a un digno poseedor del sacerdocio en la vida venidera y disfrutar así de todas las bendiciones del matrimonio.

Mi tía abuela Ada nunca se casó. Quizás ella creía en la filosofía: “Cuando me siento aburrida de esta vida de soltera, pienso en todos los hombres con los cuales, por suerte, no estoy casada”. En todo caso, ella fue una de las primeras mujeres médicos del estado de Utah. Cuando yo era pequeño, mis hermanos y yo solíamos dormir afuera, en el porche cerrado de nuestra pequeña casa. Un día, mientras saltaba sobre la cama para ver cuán alto podía



llegar, salté demasiado cerca de la pared y me desgarré la cara con un clavo que sobresalía. ¡Bueno, necesito tener alguna excusa por mi apariencia! Se llamó entonces a la tía Ada para que me cosiera la herida. En otras ocasiones, cuando no nos sentíamos bien, ella nos daba aceite de castor y leche de magnesia; y cuando estábamos resfriados llegaba con cataplasmas de mostaza que hacían arder de calor nuestro pecho. Hoy día, cuando tengo achaques, los cuales se hacen cada vez más frecuentes a medida que envejezco, desearía que la tía Ada estuviera aquí para mantenerme saludable. Cada vez que me miro al espejo y veo la cicatriz —un recordatorio constante de mi tropiezo con el clavo— un gran amor por la tía Ada me llena el alma. Ella cumplió una función sumamente importante en mi vida.

De todo corazón, insto a las hermanas que han recibido su investidura a que obtengan las bendiciones, la paz y el consuelo del templo. El ser merecedoras de asistir al templo les proporciona una gran protección espiritual, aún a aquellas que no tengan la oportunidad de asistir con regularidad para recibir sus bendiciones. En Su sabiduría infinita, el Señor requiere que los hermanos dignos de asistir al templo posean el manto del sacerdocio para poder entrar, pero en cambio permite que las hermanas entren únicamente en



virtud de su dignidad personal.

Hace unos años, después de asistir al templo por primera vez, una hermana me escribió:

“¡Qué bendición tan gloriosa la de haber estado en esa casa! Abrí bien los ojos, los oídos y el corazón para asimilar sus enseñanzas. Sentí con todo mi ser la veracidad de los convenios que hice allí dentro. Cada vez que hacía un convenio, sentía que me encontraba de pie ante el Señor; Su influencia fue tan extraordinaria que no deseaba irme del templo al término de la sesión. Se me hizo realidad entonces el comprender que de verdad estaba en el mundo pero que no pertenecía a él”.

Cuatro semanas después, esta hermana volvió al templo para

hacer la obra por su madre, y escribió:

“Esta fue otra experiencia gloriosa. Sentí la presencia de mi madre cuando me encontraba en la sesión de la investidura y, cuando se efectuó el sellamiento de mis padres, sentí literalmente la presencia de ellos en el altar. La influencia del Espíritu Santo en el cuarto fue tan grande que me eché a llorar mientras era sellada a mis padres. Experimenté una verdadera reunión con ellos y, desde ese día, he sentido su presencia tan cerca que me parece mentira que hayan muerto”<sup>16</sup>.

Como dice la declaración de la Sociedad de Socorro, ustedes son hijas espirituales de Dios amadas por El. Además, en una revelación

que se recibió por medio del profeta José Smith, se nos dice que “todos los que reciben mi evangelio son hijos e hijas de mi reino”<sup>17</sup>. Y, como hijas de Su reino, ustedes pueden ser partícipes de todas las bendiciones del Evangelio.

Desde el comienzo de esta dispensación, las muchas contribuciones de las hermanas a esta santa causa han sido realmente admirables. Les testifico, hermanas, que nunca en la historia del mundo ha habido más necesidad que ahora de la rectitud de ustedes, de su ejemplo y de sus buenas acciones para llevar adelante esta santa obra.

Mis queridas hermanas, ruego que los dones divinos que posee cada una de ustedes florezcan en su plenitud. Deseo que puedan expresar plenamente sus ricos atributos femeninos de fortaleza espiritual, bondad, ternura, misericordia y benevolencia, lo cual lograrán a medida que presten servicio al Señor, a su familia y a sus semejantes. Que el Señor las bendiga para que puedan hacerlo, lo ruego en el nombre de Jesucristo. Amén. □

#### NOTAS

1. Zacarías 2:10.
2. Mosíah 27:25.
3. “Leaving Home”, *Caroline Hinckley*, *New Era*, mayo de 1999, pág. 35.
4. Actas de la Sociedad de Socorro de Nauvoo, 28 de abril de 1842; [véase *Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 279].
5. Notas de un discurso pronunciado por Bethany Collard, de Idaho Falls.
6. “Sirvamos unidas”, *Himnos*, N° 205.
7. Pasaje seleccionado de un discurso pronunciado por Ann Woodland, de Idaho Falls.
8. Conference Report, octubre de 1962, pág. 41.
9. Moisés 3:17.
10. Moisés 4:12.
11. Moisés 5:10.
12. Moisés 5:11.
13. 2 Nefi 2:24-25.
14. D.yC. 138:39.
15. “Más santidad dame”, *Himnos*, N° 71.
16. “The Glorious Moments”, Sipuao Matuauto, *Ensign*, agosto de 1974.
17. D.yC. 25:1.

# Se dirigen a nosotros

Informe de la Conferencia General semestral número 169, 2 y 3 de octubre de 1999, para los niños de la Iglesia

*Presidente Gordon B. Hinckley:* Que Dios nos bendiga con una perspectiva del lugar que ocupamos en la historia y... con el deseo de mantenernos erguidos y de caminar con determinación de manera digna de los santos del Altísimo.

*Presidente Thomas S. Monson, Primer Consejero de la Primera Presidencia:* En Su ministerio terrenal, el Maestro describió cómo debemos vivir, cómo debemos enseñar, cómo debemos servir y qué debemos hacer para llegar a ser lo mejor de nosotros mismos.

*Presidente James E. Faust, Segundo Consejero de la Primera Presidencia:* El conocimiento científico, las maravillas de la comunicación y los prodigios de la medicina moderna han provenido del Señor para dar realce a Su obra a través del mundo... Pero Satanás, por supuesto, está al tanto de este gran progreso en la tecnología y también la aprovecha para lograr sus propósitos, que son el destruir y hacer el mal... Para que las semillas de fe germinen en nuestras vidas debemos evitar caer en las garras de Satanás.

*Presidente Boyd K. Packer, Presidente en Funciones del Quorum de los Doce Apóstoles:* Jovencitos Santos de los Últimos Días, ¡pongan su vida en orden! ¡Acepten responsabilidades! ¡Lleven las riendas de su vida! ¡Dominen su mente y sus pensamientos! Si tienen amigos que no son una buena influencia para ustedes, hagan cambios, incluso si eso les causa soledad y aun el rechazo.

*Elder Russell M. Nelson, del Quorum de los Doce Apóstoles:* Toda persona que estudie con espíritu de oración el Libro de Mormón... podrá recibir un testimonio de su divinidad. Además, este libro servirá de ayuda en lo que respecta a los problemas personales y lo hará de una manera muy real. ¿Desean librarse de un mal hábito? ¿Desean mejorar las relaciones personales de su familia? ¿Desean aumentar su capacidad espiritual? ¡Lean el Libro de Mormón! Este los acercará más al Señor Jesucristo y a Su amoroso poder.

*Elder Joseph B. Wirthlin, del Quorum de los Doce Apóstoles:* Recuerdo cuando mi padre, que era también mi obispo, me puso las manos sobre la cabeza para conferirme el Sacerdocio Aarónico. Ese día sentí algo especial. En las semanas siguientes volví a sentir lo mismo al repartir los emblemas sagrados de la Santa Cena a los miembros de mi barrio... se me ocurrió entonces que estaba haciendo lo mismo que el Salvador había hecho en la Última Cena.

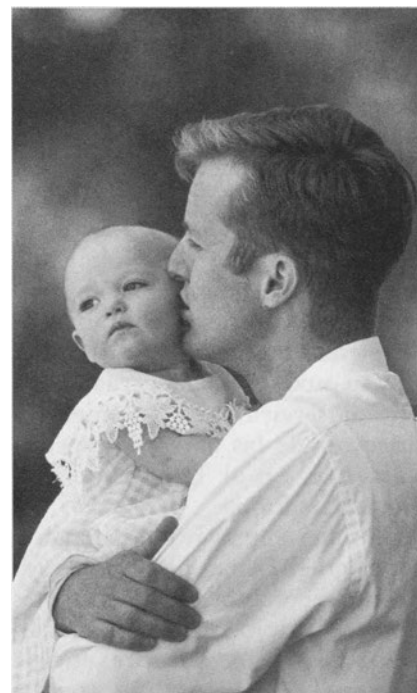
*Elder Jeffrey R. Holland, del Quorum de los Doce Apóstoles:* Algunas bendiciones nos llegan pronto, otras llevan más tiempo, y otras no se reciben hasta llegar al cielo; pero para aquellos que aceptan el Evangelio de Jesucristo, *siempre llegan*.

*Elder Henry B. Eyring, del Quorum de los Doce Apóstoles:* Quizás el mundo esté dispuesto a disculpar nuestra mala conducta porque los que nos rodean se

comportan mal. No es verdad que la conducta de los demás elimina la responsabilidad que tenemos por la nuestra. Las normas de Dios para nuestro comportamiento no cambian, ya sea que los demás elijan o no elevarse a la altura de ellas.

*Elder Vaughn J. Featherstone, de los Setenta:* Amados jóvenes, den gracias por tener padres que hacen sus oraciones y leen las Escrituras; valoren la noche de hogar y agradezcan a aquellos que les enseñan y los adiestran.

*Elder Alexander B. Morrison, de los Setenta:* Cuando en todo momento nos esforzamos por ser lo mejor; cuando estamos al cuidado de los demás y les servimos; cuando superamos el egoísmo con el amor; cuando ponemos el bienestar de los demás antes que el nuestro; cuando llevamos las cargas los unos de los otros y “[lloramos] con los que lloran”; cuando “[consolamos] a los que necesitan de consuelo, y [somos] testigos de Dios en todo tiempo, y en todas las cosas y en todo lugar” (Mosiah 18:8-9), es entonces que honramos al Señor, recibimos Su poder y llegamos a ser más y más como El. □



# Noticias de la Iglesia

## Se sostienen cambios en el liderazgo durante la conferencia

**D**urante la conferencia general de octubre de 1999 se concedió el estado de Autoridad General a los élderes Joe J. Christensen y Andrew W. Peterson, del Primer Quorum de los Setenta; se sostuvo al élder Ben B. Banks en la presidencia de los Setenta (véase “Noticias de la Iglesia”, *Liahona*, diciembre de 1999); se relevó a cuatro Setenta Autoridades de Área; se sostuvo a tres nuevos Setenta Autoridades de Área; se relevó a la presidencia general de la Primaria y se sostuvo a una nueva presidencia general de la Primaria.

El élder Christensen fue llamado como Autoridad General en abril de 1989, fecha en que desempeñaba el cargo de presidente de Ricks College, en Rexburg, Idaho. Desde 1993 hasta agosto de 1999, sirvió en la Presidencia de los Setenta. Con anterioridad había servido en la presidencia del Área Noroeste de América del Norte y del Área de Brasil. Antes de ser llamado como Autoridad General, el élder Christensen trabajó en cargos de enseñanza y de administración en el Sistema Educativo de la Iglesia durante más de 30 años. El y su esposa Barbara actualmente prestan servicio como presidente y directora de las obreras, respectivamente, en el Templo de San Diego, California.

El élder Peterson fue llamado a servir en el Primer Quorum de los Setenta en octubre de 1994. Antes de su servicio como Autoridad General fue Representante Regional, presidente de estaca y

presidente de misión, y fundó una próspera clínica dental en Salt Lake City. Servía en el cargo de presidente del Área México Norte cuando, en septiembre de 1997, sufrió un accidente en Utah que lo dejó paralizado.

Los cuatro hermanos relevados de sus cargos de Setenta Autoridades de Área son los élderes Max W. Craner, del Área Noroeste de América del Norte; César A. Dávila, del Área Norte de América del Sur; P Bruce Mitchell, del Área Australia/Nueva Zelanda y J. Kirk Moyes, del Área Utah Norte. Los tres nuevos Setenta Autoridades de Área, con sus respectivos cargos, son los élderes J. Devn Cornish, Área Sureste de América del Norte; Manfred H. Schütze, Área Europa Este y Johann A. Wondra, Área Europa Este.

Se relevó a la presidencia general de la Primaria: Patricia P. Pinegar, presidenta; Anne G. Wirthlin, primera consejera y Susan L. Warner, segunda consejera. Se llamó a la presidencia general de la Primaria a Coleen K. Menlove, presidenta; Sydney S. Reynolds, primera consejera y Gayle M. Clegg, segunda consejera. □

## La conferencia se transmite en Internet

**L**a conferencia general de octubre de 1999 marcó la primera vez que se pusieron en directo, a disposición del mundo, vía Internet, las transmisiones de audio y de video de las sesiones. La transmisión de audio estuvo disponible en diversos idiomas a través de LDSWorld.com, una red de servicio dirigida por Millennial Star

NetWork, Inc. La transmisión en video estuvo disponible por medio del servicio Brigham Young University's NewsNet, que ayudó a lanzar, en escala limitada, las primeras transmisiones de audio de las conferencias generales previas. Se estima que 100.000 miembros de todo el mundo participaron de la transmisión de la conferencia general por medio de Internet.

“Con el crecimiento de la Iglesia a través del mundo, la tecnología de Internet nos ofrece otro medio más de comunicación con los Santos de los Últimos Días dondequiera que estén”, dijo Dale Bills, portavoz de la Iglesia. “En las regiones en donde no existe cobertura vía satélite, los miembros de la Iglesia deben esperar varias semanas para recibir los mensajes de la conferencia. Es una gran bendición el tener la posibilidad de escuchar al presidente Hinckley y a otros líderes de la Iglesia hablar en directo”.

De acuerdo con el presidente de la compañía, Franklin Lewis, Millennial Star Network es una nueva empresa, propiedad de la Iglesia, cuya función es “colonizar una comunidad global electrónica de miembros y amigos de la Iglesia”. En [www.generalconference.com](http://www.generalconference.com) están disponibles los archivos de audio de los discursos de la conferencia en alemán, camboyano, cantonés, coreano, español, francés, inglés, japonés, laosiano, navajo, portugués, samoano y tongano.

En otras noticias relacionadas con Internet, la Iglesia recientemente rediseñó su sitio oficial web. Ubicado ahora en [www.lds.org](http://www.lds.org), el sitio ofrece información a miembros, representantes de los medios de difusión y visitantes interesados. En este sitio web se pueden obtener versiones impresas de la conferencia en los siguientes idiomas: alemán, búlgaro, checo, danés, español, finlandés, francés, holandés, húngaro, indonesio, inglés, italiano, noruego, portugués, ruso, samoano, sueco, tongano y ucraniano. □



## Coleen K. Menlove

Presidenta General de la Primaria



**E**s algo así como la sopa de verduras", dice la hermana Coleen Kent Menlove, al describir cómo las experiencias de la vida la han preparado para su nuevo llamamiento como presidenta general de la Primaria. "Cada ingrediente ha dado sabor y dimensión a la obra. Una gran variedad de personas y de experiencias han dado una perspectiva especial a mi vida".

La hermana Menlove nació el 1º de julio de 1943 en Salt Lake City, donde se crió, y en 1964 contrajo matrimonio con Dean W. Menlove, en el Templo de Salt Lake. "Mi esposo ha sido una gran influencia a medida que hemos trabajado juntos durante nuestra vida". El matrimonio Menlove tiene siete hijos y seis nietos.

Luego de recibir una licenciatura

en educación elemental de la Universidad de Utah, la hermana Menlove trabajó una temporada en el Distrito Escolar Salt Lake, antes de convertirse en ama de casa permanente. Durante los años en que criaba a sus hijos, terminó los estudios para obtener su maestría de la Universidad Brigham Young. Durante los últimos 14 años ha trabajado media jornada enseñando en una escuela de enseñanza básica.

Al hablar acerca de su pasatiempo como jardinera, la hermana Menlove dice: "Me encanta trabajar con la tierra; es muy relajante y me gusta combinar los colores de las flores". Disfruta el tiempo que pasa con sus nietos y dice que el hacer trabajos creativos con sus alumnos es "un verdadero gozo". También recuerda con mucho cariño las vacaciones con la familia a las montañas y a los lagos.

La hermana Menlove ha servido en la mesa general de las Mujeres Jóvenes, en comités de redacción de la Iglesia y en llamamientos de estaca y barrio en la Sociedad de Socorro, las Mujeres Jóvenes y la Primaria. "He aprendido la importancia de la inspiración y de trabajar en consejos", dice. "Se necesita la cooperación de todos nosotros para fortalecer a nuestros jóvenes y niños".

La hermana Menlove dice que siempre ha sabido que la Iglesia es verdadera, pero recientemente

admite: "Siento que he estado bajo la tutela del Espíritu de diferentes formas y con un entendimiento más grande. He aprendido que cuando se necesita hacer algo, recibimos ayuda espiritual para hacerlo que el Señor desea. Nuestro Padre Celestial nos ama a todos, y cada uno de nosotros tiene en su interior una chispa divina. El Espíritu Santo guiará y dirigirá nuestras vidas". □

## Sydney S. Reynolds

Primera Consejera de la Presidencia General de la Primaria



**M**adre de 11 hijos y abuela de 6, Sydney S. Reynolds es una firme partidaria de las mujeres que obtienen una educación y luego usan ese conocimiento en el hogar como madres que se quedan en casa al cuidado de esos hijos.



“Considero que la mayor aportación que podemos hacer es en el hogar”, dice. “El centrar la atención en el hogar nos bendecirá con el tiempo y ayudará a que nuestros hijos sean una bendición al mundo”.

La hermana Reynolds nació el 22 de octubre de 1943 y se crió en Burbank, California. Obtuvo su licenciatura en historia además de estudiar ciencias políticas y obtuvo un certificado para enseñar educación secundaria de la Universidad Brigham Young. En 1965 contrajo matrimonio con Noel B. Reynolds, en el Templo de Los Angeles, California. La familia Reynolds reside en Orem, Utah y también han disfrutado vivir en Boston, Massachusetts; Edimburgo, Escocia y en Jerusalén.

La experiencia de vivir en el extranjero benefició a la familia de muchas maneras. “Es un tiempo en el que la familia realmente se unifica”, dice la hermana Reynolds. “Se ve uno en una situación completamente nueva y no se tiene a los amigos cerca, de modo que la familia es la única fuente de apoyo”.

La hermana Reynolds se ha mantenido ocupada en asuntos de la comunidad y educacionales como presidenta de la Asociación de Padres y Maestros, miembro del comité organizador del Festival de Narradores de Timpanogos y miembro del comité directivo de la conferencia de mujeres de BYU. Entre sus llamamientos en la Iglesia se encuentran el de maestra de seminario matutino, presidenta de la Sociedad de Socorro de barrio, presidenta de las Mujeres Jóvenes de barrio y de estaca, miembro de la mesa general de la Primaria y maestra en todas las organizaciones auxiliares.

La hermana Reynolds dice que la capacitación que los niños reciban en la niñez es crucial. “Hasta los niños pequeños pueden entender que el Señor los ama y desea que regresen a El, pero debe haber alguien que les enseñe eso”, dice. “Esto sucede antes que todo en el hogar, y la Primaria apoya el hogar. La Primaria puede ser un gran recurso para las familias de la Iglesia en ayudar a que los niños aprendan sobre el Salvador”. □

## Gayle M. Clegg

Segunda Consejera de la  
Presidencia General de la Primaria



**S**iempre he amado a los niños, y el criar a los míos es lo que me ha dado más satisfacción”, dice Gayle M. Clegg, madre de cinco, abuela de nueve y ex maestra de escuela primaria en Utah, Brasil y Argentina. “Estoy agradecida de que el Señor me permita seguir trabajando con los niños de este mundo”.

La hermana Clegg nació el 23 de junio de 1942 en Glendale, California, la primera de cinco hijos, de Grant y Lillie Tidwell Muhlestein. Se crió en Utah y se graduó con grado de bachiller en historia de la Universidad de Utah. Allí conoció a Calvin C. Clegg, con quien se casó el 14 de agosto de 1964, en el Templo de Salt Lake.

Durante los próximos 16 años la familia vivió en Florida; Arizona; Washington, D.C.; Nueva Jersey; Brasil y Argentina. En cada sitio disfrutaron muchas oportunidades de prestar servicio a la Iglesia y de progresar espiritualmente.

“Mi experiencia en la Primaria empezó en Nueva Jersey”, dice la hermana Clegg. “Como presidenta joven aprendí que la Primaria es un lugar de amor donde se fortalece el testimonio al trabajar con los niños. Varios años más tarde enseñé en la Primaria en Brasil. Como no sabía el idioma, literalmente me aprendía de memoria las lecciones cada semana. Como resultado, aprendí a hablar portugués”.

La familia Clegg vivió dos años

en Brasil y luego se mudó a Argentina. “Durante tres años y medio nuestro hogar fue el centro de muchas actividades del barrio”, dice la hermana Clegg. En 1980 los Clegg regresaron a Salt Lake City.

“Somos una familia que disfruta las actividades al aire libre, como salir de excursión, conversar y contar historias”, nos dice. “La música es importante para nosotros. Todas mis hijas tocan el piano y a todos nos gusta cantar. Nuestras canciones predilectas son las de la Primaria”.

La hermana Clegg enseñó educación elemental desde 1982 hasta 1996, cuando se llamó al hermano Clegg a servir como presidente de la Misión Portugal Lisboa Norte.

Con respecto a su nuevo llamamiento, la hermana Clegg dice: “Tengo confianza en el conocimiento de que el Señor prepara y capacita a aquellos que llama a Su servicio. Considero que ésta será una oportunidad de demostrar mi agradecimiento al Salvador por todo lo que ha hecho por mí”. □



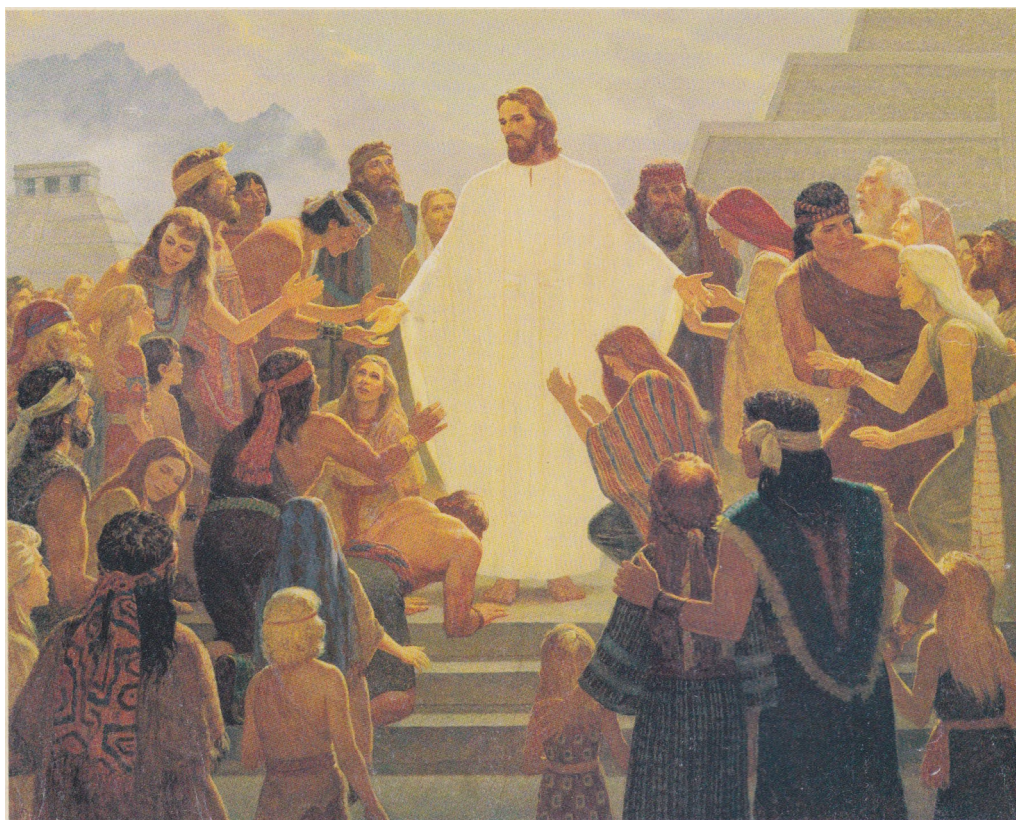




**"Él ungió los ojos del hombre ciego", por Walter Rane**

Movido a compasión por un hombre que había estado ciego desde su nacimiento, el Salvador "escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, y untó con el lodo los ojos del ciego, y le dijo: Ve a lavarte en el estanque de Siloé... Fue entonces, y se lavó, y regresó viendo" (Juan 9:6-7).





En el templo, en la tierra de Abundancia, Jesucristo resucitado apareció a una gran multitud del pueblo de Nefi, y dijo: “Levantaos y venid a mí, para que metáis vuestras manos en mi costado, y para que también palpéis las marcas de los clavos en mis manos y en mis pies, a fin de que sepáis que soy el Dios de Israel, y el Dios de toda la tierra, y que he sido muerto por los pecados del mundo” (3 Nefi 11:14).